

Ellen G. White Estate

ELENA G.
DE WHITE
EN
EUROPA

ELENA G. DE WHITE

Elena G. de White en Europa

D. A. Delafield

1979

**Copyright © 2012
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Se incluye en el más amplio de libertad [Libros online](#) Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)
[Sobre la Elena G. White Estate](#)

Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o la descarga de este libro le concede solamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para el uso exclusivamente para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados, o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por la presente.

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Prefacio

Elena G. de White participó personalmente en los comienzos y el desarrollo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en los Estados Unidos. Esta organización, que hoy alcanza dimensiones internacionales, surgió como resultado del gran movimiento adventista de 1840, en el cual Guillermo Miller y los ministros que lo secundaron desempeñaron el papel más destacado.

Cuando Dios hizo saber a Elena G. de White que debía servirlo como su mensajera especial, ella aceptó la misión que se le confiaba y proveyó los consejos y el aliento que resultaron de valor inestimable para la “manada pequeña” de adventistas observadores del sábado. Como la obra adventista en Europa había ido creciendo entre los años 1860 y 1870, era bastante natural que se invitara a la Sra. de White a pasar algún tiempo en el viejo mundo, para viajar por las iglesias a fin de celebrar reuniones, dictar conferencias y ayudar a la organización en desarrollo para que adquiriera fuerza y resistencia.

[6] En 1884 Elena G. de White aceptó una ferviente invitación de los hermanos que participaron del segundo concilio europeo que tuvo lugar en Basilea, Suiza, y al año siguiente viajó a Europa donde pasó dos años consecutivos trabajando en ocho países, en los cuales la obra iba progresando. Al mismo tiempo, continuó con su copioso trabajo literario en su departamento ubicado en la sede de la iglesia en Basilea.

Unos pocos meses después de su llegada a Europa, declaró repetidamente que en los diversos países europeos y en relación con la obra de la iglesia, observó circunstancias muy similares a las que existían treinta y cinco o cuarenta años antes en Norteamérica, cuando se estableció la obra allí. Sus dos años de labor, desde fines de septiembre de 1885 hasta agosto de 1887 dieron como resultado en todos los lugares donde trabajó, una mayor profundidad y solidez, y contribuyeron mucho para la unidad y la buena voluntad entre los creyentes.

Durante sus visitas esporádicas a Europa, los representantes de Publicaciones White pudieron observar un notable interés y curiosidad en torno de la visita de Elena G. de White, además de un gran deseo de conocer mejor las experiencias y logros obtenidos durante esos dos años. Esto culminó con una calurosa respuesta afirmativa de los dirigentes de publicaciones y de los administradores europeos reunidos en Jonkoping, Suecia, en 1971, cuando se les sugirió la posibilidad de preparar un estudio histórico que reviviera aquellos días plenos de acontecimientos, para que todos pudieran disfrutarlos. A tal efecto, se hicieron arreglos con D. A. Delafield, uno de los secretarios asociados de Publicaciones White, quien visitó durante un año los lugares donde Elena G. de White trabajó mientras estuvo en Europa. Otros miembros del personal de Publicaciones White, en especial Ronaldo Graybill, lo ayudaron a preparar los manuscritos.

Mientras viajaba y trabajaba en Europa, Elena G. de White escribió, con cierta regularidad, un diario bastante completo, rico en informaciones esenciales para dicha obra histórica. Algunas veces envió informes a la iglesia norteamericana, por medio de artículos que aparecían en los dos periódicos más importantes que se publicaban en inglés: *Review and Herald* y *Signs of the Times*. Muchos de los sermones que predicó durante esos dos años quedaron registrados en taquigrafía, y en los archivos de Publicaciones White se guardan copias mecanografiadas de ellos. Existen además algunas cartas que dirigió a miembros de su familia y a dirigentes de la organización, ricas en información biográfica y de interés humano, como también un registro de sus visiones. [7]

Una fuente importantísima de material es el libro *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists* (Bosquejos históricos de las misiones adventistas en el extranjero), editado y publicado en Basilea en 1886, y agotado hace mucho tiempo. Los capítulos relacionados con la historia de la obra en Europa en la época cuando fue publicado, así como los que relatan los viajes de la Sra. de White y las conferencias que dictó, han sido sumamente útiles para preparar este manuscrito.

El mayor problema del autor ha sido el de seleccionar el material para adaptarlo a las limitaciones de espacio que presenta este libro. No se ha tratado de presentar un registro diario de las actividades de Elena G. de White durante los dos años que pasó en Europa,

incluyendo sus viajes por barco, tren, carruajes o a pie. Pero los aspectos más importantes de su ministerio, representados por las grandes reuniones de predicación, las asambleas de obreros y las visitas a las iglesias, se entrelazan con las huellas de los viajes que realizó por los distintos países e iglesias.

Mientras cumplía esta misión, recibió una importante cantidad de visiones, de las cuales se presentan las que están relacionadas con la obra en Europa.

[8] Según el testimonio de las personas que trabajaron a su lado durante esos dos años y que siguieron relacionados con la obra de la iglesia en los años subsiguientes, su visita produjo una profunda impresión en el corazón y en la vida de la gente. No sólo llegaron a profesarle gran estima y respeto, sino también amor. Sus corazones respondieron con presteza a los mensajes que Dios les impartió para el crecimiento y la armonía de la iglesia.

Se incluyen aquí consejos importantes que ella presentó en forma oral o escrita en sus sermones, manuscritos y diarios. Gran parte de este material era inédito hasta que este libro proveyó la oportunidad de darlo a conocer. Toda vez que se cita algún texto, se indica su origen. El estudiante que desee conocer las fuentes que constituyen la base del material original [que no cita ninguna referencia], puede obtener esa información en las copias del manuscrito del editor, las cuales se pueden conseguir en el Ellen G. White Seventh-day Adventist Research Centre, Newbold College, Great Britain (Centro de Investigación Adventista Elena G. de White, Colegio Newbold, Inglaterra). Hay otras copias depositadas en la sede de las dos divisiones europeas de St. Albans, Inglaterra, y de Berna, Suiza, y, naturalmente, en las oficinas de Publicaciones White ubicada en el edificio de la Asociación General, y en la Universidad Andrews.

Aunque muchos de los extractos fueron tomados de los diarios de Elena G. de White, no se usa como referencia la palabra *diario*. Para facilitar el archivo y las referencias, todos los diarios originales manuscritos fueron copiados en forma de documentos numerados y mecanografiados, la mayoría de los cuales constituyen en conjunto un determinado período de sus actividades o se refieren a un viaje en particular. Por ejemplo, en lugar de hacer referencia al “Diario del 8 de octubre de 1885”, se indica “Manuscrito 25, 1885”.

Se ha intentado presentar, por decirlo así, un registro de la voz de la Sra. de White al dirigirse a los europeos en su propio continente, al comunicarse con el pueblo de Dios en sus respectivos países. Al preparar este registro se tuvieron en cuenta dos objetivos; primero, crear algo sumamente necesario: Un correcto libro histórico de referencias, basado en un importante período de la obra de la Iglesia Adventista en Europa, para lo cual se ha reunido la historia cronológica de los dos años que la Sra. de White pasó allí. Y, en segundo lugar, presentar en forma concisa la historia llena de contenido humano de las experiencias personales, las esperanzas, los triunfos, la desesperación, las vicisitudes y los sentimientos de una persona sumamente humanitaria, lo cual constituye una narración amena que se espera produzca en el lector la impresión de que ahora conoce a Elena G. de White, la mensajera del Señor. El relato está expresado con sencillez, y precisamente porque no se trata de una historia espectacular, resulta más convincente. [9]

Vale la pena destacar que la publicación de este libro coincide aproximadamente con el centenario de la llegada al continente europeo, en 1874, de J. N. Andrews, el primer misionero adventista que viajó al exterior.

No cabe duda que si Elena G. de White viviera, se alegraría por la aparición de este libro. Repetidas veces declaró que las experiencias de los primeros años de la iglesia deben figurar entre los recuerdos de las providencias especiales de Dios. En 1903, refiriéndose a la obra literaria que aun debía realizar, escribió que tenía la esperanza de participar en la preparación de un manuscrito relacionado con su trabajo en Europa. He aquí sus palabras:

“Voy a hacer un esfuerzo por preparar un relato de nuestra permanencia y trabajo en Europa. Reuniré las disertaciones que presenté mientras estuve allí, y las publicaré junto con un bosquejo histórico, cuya mayor parte se halla en el libro publicado hace algunos años sobre este tema. Y alguna vez quisiera escribir los episodios de mi trabajo en Australia”.—*Carta 150, 1903.*

La publicación de este libro de historia acrecentará, sin duda, el interés por el estudio del testimonio adventista que durante un siglo [10]

se ha venido presentando en Europa, e inspirará una fe poderosa que ayudará a planear mayores logros en el campo de la evangelización en los días que tenemos por delante.

Arturo L. White

Washington, D.C.

[11]

Índice general

Información sobre este libro	I
Prefacio	IV
Prólogo histórico	16
Rumbo a Europa	21
El primer viaje de Elena G. de White al extranjero	21
Llega la invitación de Europa	22
¿Sería presunción realizar ese viaje?	23
“El criterio de la Asociación General”	24
¡Listos para partir!	26
Una tormenta en el mar	27
Se amplia la perspectiva	29
Las visiones ayudan a lograrlo	29
De qué manera orientaron las visiones	29
El concepto de la obra misionera mundial	31
Los europeos inician la obra en Europa	31
Idónea para aconsejar	32
La acogida en Inglaterra	34
Dos activas semanas de reuniones	34
El primer misionero fue un inglés	34
Cimientos profundos y sólidos	36
Grimsby, asiento de la sede adventista	37
Trabajo fructífero en Ulceby	40
Una gran reunión en Riseley	41
La visita a Londres y Southampton	42
Preocupación por las almas en Londres	43
Hacia otros lugares de Europa	44
La sede en Basilea	45
Se organiza el ejército evangélico	45
“Yo he visto antes este lugar”	46
La vida en el edificio de la sede	48
Reflexiones acerca de la histórica Basilea	50
El ejército evangélico	51
Los dos primeros concilios europeos	52
La asociación Suiza	55

Una de las primeras de Europa	55
La Sra. de White asiste al congreso de la asociación Suiza . . .	56
Métodos apropiados de trabajo	57
Reuniones en sábado	58
El carácter práctico de las predicaciones de Elena G. de White	60
Una tarea para jóvenes y ancianos	61
El congreso llega a su fin	62
El tercer concilio misionero europeo	64
Una Asociación General en miniatura	64
Informes de las misiones	65
La verdad debe ser presentada con amor	66
Reuniones de preguntas y respuestas	67
La respuesta a los testimonios dados por la Hna. White	69
La importancia de las reuniones en carpa en Europa	70
Apremiantes necesidades financieras en Basilea	71
Se extiende el período de sesiones	74
Se despierta una controversia	75
Una interrupción imprudente	77
Una reunión de victorias	80
Una visión nocturna	80
El testimonio impreso de D. T. Bourdeau	82
Junto a los jóvenes	84
Una obra inspirada por el amor	84
La enfermedad de Edith Andrews	85
La consejera en la habitación de la enferma	86
La visita a Dinamarca	89
Un sueño que se hace realidad en Copenhague	89
El cruce de Alemania por tren	90
La llegada a Copenhague	91
Un público reducido pero atento	93
Una siembra fiel	93
“Me fueron presentadas” escenas	95
La necesidad de mejores lugares para reunirse	96
En el museo de cera	97
El caso de la tutora alemana	97
Una visita a Suecia	99
La tierra de los niños predicadores	99
El clima histórico de Estocolmo	101

Se eleva la norma de piedad	101
Indicios de la historia de la reforma	103
El fenómeno de los niños predicadores	105
Próxima parada: Grythytted	106
Un sueño significativo	109
Orebro y los hermanos Petri	110
Los adventistas Noruegos	112
Grandes reuniones públicas en cristianía	112
Las reuniones en el salón Good Templars	114
La manada pequeña de Drammen	115
Problemas en la iglesia de Cristianía	116
La observancia del sábado y las autoridades escolares	118
El mayor auditorio en el gimnasio militar	119
Se derrite el hielo de la indiferencia	121
De Escandinavia a Suiza	125
A través de Alemania	125
Un cruce peligroso	126
En la frontera alemana	127
Dos observaciones importantes	130
La primera visita a Italia	132
Ataques de “amigos” y adversarios	132
Bernardo Kalaria, el judío “convertido”	133
Labores en el norte de Italia	134
El cruce de los alpes en tren	135
Los primeros esfuerzos de Czechowski	136
Oposición en Torre Pellice	138
Interferencia y hostilidades	139
Aumentan las dificultades	140
La rivalidad de Miles Grant	142
El regreso a Basilea	144
Consejos para una pareja joven	145
En casa para el invierno	147
Compromisos en Basilea, Ginebra y Lausana	147
La fe y el sacrificio de los creyentes	148
El departamento de la familia White en Basilea	149
Actividades diversas	149
Llegan refuerzos de Norteamérica	150
Los correctores de originales colaboran con E. G. de White	151

L. R. Conradi llega a Europa	152
Un caballo y un coche para la visitante	152
Agotadora labor personal	153
Reuniones favorables en Bienne	159
La segunda visita a Italia	161
Un período de mucho trabajo	161
Una carta de Torre Pellice	161
Milán y la gran catedral	162
De los contrastes se extrae una lección	163
Hay que sembrar junto a todas las aguas	164
Escalando la montaña para llegar a Bobbio	166
La magnificencia de los Alpes	168
Observaciones hechas durante el viaje a Ginebra	168
El mundo antes del diluvio	170
Evidencias del diluvio	172
Entre los creyentes suizos	175
Diversas actividades con la familia Roth	175
Gira por las iglesias suizas	176
Tramelan y la familia Roth	177
Atrapados por el granizo	177
Segunda serie de reuniones en Escandinavia	181
Un congreso en Suecia y Dinamarca	181
Una escuela para obreros	182
Una charla práctica sobre la santificación	183
Dios requiere sacrificio	184
Días críticos para el presidente de la asociación	185
Turbulencia y paz	190
Progresos en Noruega y Dinamarca	190
Un símbolo de la obra de la Hna. White	190
Necesidades de la Iglesia en Cristianía	191
Una recomendación disciplinaria	192
La respuesta de la comisión	194
Una junta de iglesia desalentadora	195
La última reunión con la iglesia	196
Problemas en la lejana América	197
Próxima parada: Copenhague	198
La torre redonda de Copenhague	199
Trabajo y recreación	201

Tiempo de reflexión	201
Disertaciones de la Sra. de White	202
Un agradable viaje a Rigi	203
El cuarto concilio europeo	207
Del 27 de septiembre al 4 de octubre de 1886	207
Comienza la asamblea de obreros	208
Ayuda para los obreros que luchaban	209
Se retrasa la iniciación del concilio	210
El concilio se reúne al fin	212
Las carpas constituyen un éxito rotundo	212
Una profecía acerca del futuro	214
De compras en Grimsby	215
¿Querrá Francia recibir la luz?	217
La visita a París, Nimes y Valence	217
La luz del mensaje adventista	217
Breve estada en París	218
Un paseo por las calles de París	220
Los inválidos y la tumba de Napoleón	221
La llegada a Nimes	221
Ruinas romanas en Nimes	223
El joven relojero	224
Reuniones en la histórica Valence	226
La catedral de Saint Apollinaire	226
Reflexiones acerca de Valence	228
La tercera visita a los valles piemonteses	228
Un ministerio “bibliocéntrico”	231
Dos semanas de evangelización pública en Nimes, Francia	231
La necesidad de estudiar diariamente la Biblia	233
Hay que regresar a la Biblia	234
El propósito de las visiones	235
Definición y significado de las escrituras	235
El testimonio de S. N. Haskell	236
La palabra y el espíritu	237
Navidad en Tramelan	240
El primer templo dedicado en Europa	240
Las necesidades de todos los misioneros	241
El equipo evangelizador de Basilea	242
La dedicación del templo de Tramelan	243

El futuro del pueblo adventista	245
Una multitud en el templo Bautista	246
Obra literaria en Basilea	249
El conflicto de los siglos está basado en las visiones	251
El Señor me ha mostrado	252
“Vi que Lutero ...”	253
Cómo ayudaron los historiadores a Elena G. de White	254
Una ayuda para describir escenas del conflicto	256
Libre acceso a la biblioteca de Andrews	257
“Apropiado para los lectores europeos”	259
Los últimos meses en Suiza	261
“Instantáneas” tomadas de su diario	261
Otra visita a Tramelan	262
Una disertación sobre temperancia en la Capilla Bautista	264
El congreso de Suiza celebrado en 1887	264
La promesa de ser temperantes	265
Ayuda práctica para los obreros	267
Una visita a Zurich	268
Un paseo en bote por el lago Zurich	269
La visión de Vohwinkel	271
Dios exhorta a la unidad y la buena voluntad	271
La visión de Vohwinkel	271
El extraño se dirige a los presentes	272
Las reuniones del sábado	275
Un consejo acerca de los grupos pequeños	276
Las reuniones de Gladbach	278
La influencia de la obra de J. H. Lindermann	278
Una visita a la Iglesia de Gladbach	279
El pastor Luis R. Conradi	282
Conradi como dirigente	283
Conradi y la doctrina del santuario	284
Una carta de confesión dirigida a la Hna. White	284
Revive la fe de Conradi	288
La Sra. de White estimaba a Conradi	288
Los oyentes de Conradi	289
El informe de la comisión	290
La posición de Elena G. de White	291
El asunto del espíritu de profecía	292

El primer congreso en Europa	295
Centenares de personas viajan a Moss, Noruega	295
Visibles progresos en la Iglesia de Copenhague	296
El cruce a noruega por barco	297
El congreso se celebra en una isla	298
El quinto concilio europeo anual	299
Se establecen contactos con Carl Ottosen	301
Las primeras reuniones en carpa celebradas en Suecia	302
La despedida	303
La última escala del viaje	305
Un mes muy activo en Inglaterra	305
Elena G. de White y la obra en las cárceles	307
La despedida a los misioneros	308
De Londres a Southampton	309
El último tema de su diario	310
El regreso	312
A bordo del ciudad de Roma	312
En el puerto de Liverpool	313
La condición de las tres misiones europeas	314
El mar se parece a un plácido lago	315
La influencia de Elena G. de White en la iglesia europea . . .	317
Una voz profética que habla al mundo	319

Prólogo histórico

Ningun libro basado en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Europa, pasaría por alto la importantísima contribución que realizó el pastor y publicista pionero Juan Nevins Andrews. El pastor Andrews, establecido en Suiza, trabajó desde el otoño de 1874 hasta el otoño de 1883. El testimonio que dio en Europa marcó el nacimiento de dos fuerzas: La primera consistía en las fervientes súplicas de los adventistas guardadores del sábado que residían en Suiza, pidiendo que la Asociación General los ayudara y colaborara enviándoles un pastor; y la segunda, en la creciente convicción de los dirigentes de la iglesia de que debían enviar a uno de los miembros destacados, del Nuevo Mundo al Viejo, para colaborar con los hermanos europeos en la formación de una feligresía en Europa.

[18] Alberto Vuilleumier, de Tramelán, Suiza, uno de los primeros frutos del trabajo de Czechowski, se puso en contacto desde el principio con los dirigentes de la Asociación General en Battle Creek. En una carta dirigida a los “queridos hermanos en Cristo”, el 6 de enero de 1869, se lamentó por el hecho de que Czechowski “está casi siempre viajando”, e hizo la siguiente confesión: “Anhelamos que nuestra organización, que los hermanos, envíen un misionero lleno de valor y fe, que sea capaz de soportarlo todo por amor a la verdad, y que esté de acuerdo [armonice] con nosotros. Necesitamos la experiencia y la orientación de nuestros hermanos y deseamos, por consiguiente, que un hermano venga y permanezca aquí algún tiempo... para organizarnos, aconsejarnos, fortalecernos... Les abrimos nuestros brazos, nuestros corazones, y les ofrecemos nuestros hogares”.

A estos pensamientos fraternales de exhortación, seguían algunas preguntas acerca de la doctrina de la iglesia y comentarios sobre la obra de M. B. Czechowski y de un obrero nuevo y joven, Jaime Erzberger, quien, según dice la carta, “estudió para misionero en el Instituto de St. Chrischona, cerca de Basilea”. “Ya fue bautizado—continuaba la carta—, y está proclamando el mensaje del tercer

ángel en la Suiza alemana y nos da su apoyo. Es un genuino siervo de Dios y trabaja bien. También fueron bautizadas dos hermanas, y confiamos que este año se unirán a la iglesia otras personas que quedaron muy impresionadas. De esta manera se va abriendo camino la misión, en forma lenta pero, creemos, segura. Es una hora muy solemne para los que estamos en este campo”.

El mismo Andrews, que era presidente de la Asociación General, contestó la carta de Vuilleumier. Su respuesta está fechada el 2 de abril de 1869. Escribió con mucho sentimiento:

“Es probable que nuestra Asociación General se reúna a fines de mayo. En esa oportunidad consideraremos seriamente su carta y haremos lo posible por ayudarle. Tenemos relativamente pocos obreros y este país, desprovisto de ayuda, es vasto. Sin embargo, su súplica nos ha conmovido profundamente y con oración estudiaremos qué se puede hacer. Creemos que los hombres que van a trabajar como misioneros deben ser piadosos, de criterio sobrio, y el

[19]

celo y la cautela deben integrar su carácter... Es tarea de la Asociación General enviar estos misioneros. Nuestra falta de obreros para satisfacer las necesidades urgentes es tan grande que no sabemos a qué lado mirar”.

La carta tiene una posdata escrita por Jaime White, quien señala su plena conformidad con las declaraciones del Hno. Andrews, y añade: “Los amamos y sentimos un profundo interés por su prosperidad. Ayer, en una reunión especial de la iglesia, la Sra. de White habló en favor de ustedes a los hermanos en la forma más conmovedora. Casi todos lloraban... No quedaremos silenciosos e inactivos con respecto a ustedes”.

Jaime H. Erzberger, a quien los adventistas suizos enviaron a Estados Unidos para que abogara por conseguir un ministro, repitió y dio énfasis al pedido suizo de 1869. En Norteamérica lo ordenaron al ministerio y regresó al Viejo Mundo convertido en el primer pastor adventista que trabajó allí.

El saber que algunos grupos pequeños en distintos lugares de Europa, mediante el estudio de la Palabra, habían llegado a aceptar la verdad del sábado y la luz que el Señor le dio a Elena G. de White, en el sentido de que la iglesia debía distinguirse por su alcance internacional, ayudó a los adventistas a sentir la responsabilidad de evangelizar el mundo. Los dirigentes de la Asociación General consideraron con oración su responsabilidad de iniciar la obra en el extranjero y de elegir a una persona para enviarla a Europa en respuesta al llamado. Una cosa era cierta: Si pensaban enviar un representante de los Estados Unidos, tenía que ser el mejor. Entonces sus ojos se volvieron a Juan Nevins Andrews.

[20] Durante los primeros años de su ministerio, Andrews trabajó muy cerca de Jaime White y de su esposa Elena, quienes apoyaron con todo entusiasmo la propuesta de enviarlo a Europa. .Ambos siguieron con profundo interés el desarrollo de la obra en dicho continente.

La nutrida correspondencia que Andrews envió a los White—actualmente depositada en la bóveda de Publicaciones White—, indica que ambos esposos fueron sus íntimos consejeros, algo así como sus padres. El los amaba y les era profundamente leal. Aunque no había mucha diferencia de edad entre ellos, los temperamentos eran tan distintos que su relación mutua se complementaba. A pesar de ser suave, sumiso y temeroso de cometer errores, Andrews era fervoroso y trabajaba con ahínco. Poseía una gran fuerza intelectual y era un alumno e investigador infatigable. Era capaz de ver y de comprender la profundidad y la anchura de la verdad y de buscar con diligencia hasta hallarla. Los White correspondían sus confidencias y siempre estuvieron de su lado para impartirle fuerza mediante su criterio maduro y robusto y sus intrépidos rasgos de carácter.

Una combinación de conocimientos útiles y de capacidad intelectual, unidos a la fe en la Biblia y en los consejos del espíritu de profecía, fueron factores importantes que contribuyeron al éxito de Andrews, como sucedió también con otros dirigentes espirituales del movimiento adventista en los primeros tiempos de la proclamación del mensaje.

Los insistentes llamados de Europa para que enviaran ayuda pastoral y el sentido de responsabilidad arraigado en el corazón de los dirigentes de la iglesia, los indujeron a tomar una decisión. Elena

G. de White, al hablar posteriormente ante nuestros creyentes de Europa, declaró: “Les mandamos el mejor hombre que teníamos”.

Refiriéndose a una circunstancia que dio realce al llamado de Andrews, Juan Corliss escribió:

‘Se decidió realizar un congreso a poca distancia, al oeste de Battle Creek, en el verano de 1874, precisamente antes de la partida de nuestro

[21]

primer misionero al extranjero; el pastor Andrews estaba presente. Cuando se trató el tema de la expansión del mensaje, y se dio la noticia de que él partiría pronto para Europa, sobrevino un cambio en la reunión, y el pastor Andrews, a quien jamás se lo había visto tan solemne, cambió de inmediato su fisonomía. Su rostro resplandecía con tal luminosidad que al verlo y al oír sus palabras aparentemente inspiradas, que expresaban su serena aceptación de estar en cualquier parte con el Señor, pensé en la historia de Esteban, cuyo rostro parecía ‘el rostro de un ángel’”.—*Origin and History of Seventh-day Adventists 2:203.*

Esto describe el espíritu del hombre cuya labor como pionero en Europa concluyó con su muerte, dos años antes de la llegada de la Sra. de White.

Andrews, que era viudo, partió de Boston el 15 de septiembre con sus hijos Carlos y María. Su primera tarea fue visitar a los conversos nuevos, ayudar a impartir instrucción y organizar a los creyentes y grupos que iban surgiendo en Suiza, Escandinavia y otros lugares.

Estableció su hogar en Suiza y comenzó a publicar en francés, un idioma nuevo para él, pero que se dedicó a aprender de inmediato. Después de un tiempo se le reunieron A. C. y D. T. Bourdeau, dos franco-americanos que vivían en el estado de Vermont. Habían aceptado la fe en 1857, y la predicaron con todo entusiasmo en muchas ciudades y pueblos de Nueva Inglaterra y Canadá. En un esfuerzo por robustecer su ministerio, tradujeron e imprimieron varios folletos en francés.

Dios colocó la carga del ministerio sobre algunos inmigrantes europeos radicados en América, y con el tiempo se publicaron folletos en alemán y en holandés. Luego siguieron publicaciones en dinamarqués y en noruego. J. G. Matteson, de origen danés, trabajó con diligencia y abnegación entre los dinamarqueses y noruegos de los Estados Unidos. Más tarde viajó también a Europa, y tuvo una destacada actuación en los comienzos de la obra en los países escandinavos. Pero el primer misionero que llegó a Europa proveniente de los Estados Unidos fue Andrews.

Rumbo a Europa

El primer viaje de Elena G. de White al extranjero

Puerto: Boston.

Vapor: Cephalonia.

Pasajeros: Entre otros, Elena G. de White y sus acompañantes.

Fecha de embarque: 7 de agosto de 1885.

Destino: Liverpool.

La perspectiva de un viaje a Europa que incluía el cruce del Atlántico en barco, hizo que el corazón de Elena G. de White acelerara un poco sus latidos. La expectación que siente la persona que está a punto de realizar su primer viaje a otro país es casi siempre una sensación agradable, y la reacción de la Sra. de White, aunque cargada con un sentido de solemne responsabilidad, no fue una excepción. Además, un viaje a Europa en 1885—sobre todo si se iniciaba en el histórico puerto de Boston—constituía un privilegio que relativamente pocos norteamericanos podían disfrutar.

Desde el momento en que los dirigentes de la Iglesia Adventista en Europa invitaron a la Sra. de White a visitarlos, ella pensó en esa posibilidad y oró para que el Señor la dirigiera. Ahora todo estaba dispuesto, y ella estaba lista para embarcarse en las costas de su país. [24]

Su último día en Norteamérica, el viernes 7 de agosto, estuvo lleno de actividades, con compras de último momento y cinco o seis cartas por escribir. Más tarde se dirigió al puerto de la gran ciudad donde abordó el vapor Cephalonia, de la compañía Cunard. Aunque el barco no iba a partir hasta el día siguiente, la Sra. de White y sus compañeros de viaje prefirieron instalarse en sus camarotes antes que comenzara el sábado. Pasaron la noche del viernes a bordo del barco.

Guillermo C. White, con su esposa, Mary Kelsey White, y su primera hija, la pequeña y vivaracha Ella, que tenía entonces tres años de edad, acompañaron a la Sra. de White en este viaje. Iban además Sara McEnterfer, Anna Rasmussen, la Sra. Bertha Stein, y

dos de los hijos de A. C. Bourdeau: Arturo y Jesse, quienes iban a Europa para reunirse con su padre, que estaba allí desde 1884.

Elena G. de White, que compartía su camarote con Sara, lo describió como “grande y cómodo”. En su diario expresó: “El Señor parece estar muy cerca y siento paz y descanso”^{*} —**Manuscrito 16a, 1885.**

Como resultado inmediato de estar al fin instalada en el barco, experimentó un relajamiento. Se sentía guiada. Tenía la certeza de que Dios, en su providencia, la dirigía. Un mes antes, no estaba tan segura de que la voluntad del Señor era que aceptara la invitación para trabajar en Europa. He aquí la interesante historia de la providencia divina.

Llega la invitación de Europa

[25] Desde el 28 de mayo al 1 de junio de 1884, se realizó en Basilea, Suiza, la segunda sesión del Concilio Misionero Europeo, presidido por Jorge I. Butler, de los Estados Unidos. Durante esa reunión se resolvió solicitar a la Asociación General que pidiera a la Sra. Elena G. de White y a su hijo, Guillermo C. White, residentes en California, que visitaran las misiones europeas. Durante las sesiones que la Asociación General celebró en Battle Creek, Míchigan, en el mes de noviembre, en las cuales ambos estuvieron presentes, se concretó el pedido.

Una parte de dicha resolución dice lo siguiente:

“Expresamos nuestro ferviente deseo de que la Hna. White visite Europa, a fin de que la causa aquí pueda compartir los beneficios de sus labores y de la preciosa luz e instrucción que el Señor tan misericordiosamente nos concede por medio de su sierva”.—**The Review and Herald, 11 de noviembre de 1884, 713.**

También se requirieron en forma apremiante los servicios de su hijo Guillermo, que tenía entonces 30 años de edad. Su experiencia

^{*}Durante su estada en Europa, la Sra. de White registró sus experiencias en varios diarios que incluían a la vez asuntos generales y pormenores. Trabajó con tal intensidad que resulta sorprendente que haya tenido tiempo de producir un diario.

como gerente de una casa editora, la Pacific Press, ubicada en la costa occidental, lo capacitaba, a los ojos de los dirigentes de la iglesia, para “hacerse cargo de la terminación y el equipamiento” de la casa editora de Basilea.

La *Review* registra este pedido presentado en la sesión de la Asociación General de 1884, que tuvo lugar en el mes de noviembre, y declara que “Después de la lectura de la invitación formal, los pastores Butler y Haskell se refirieron a ‘la conveniencia de que la Hna. White y su hijo, el pastor Guillermo White, visiten Europa en un futuro cercano’. Ellos respondieron que estaban dispuestos a ir dondequiera que Dios les indicara, mediante sus providencias inconfundibles, que ése era su deber”.—*Ibid.*

[26]

¿Sería presunción realizar ese viaje?

Pero no hubo “providencias inconfundibles” que señalaran el camino del Viejo Mundo; el Señor no dio, al menos, ninguna instrucción ni visión. Una misteriosa providencia dejó que la Sra. de White descubriera en su propio interior la respuesta al llamado. En sus notas de viaje que se publicaron en la *Review*, declaró:

“Aunque oré durante meses pidiéndole al Señor que allanara mi camino a tal punto que pudiera estar segura de no cometer errores, con todo tuve que reconocer que el Señor había puesto una niebla delante de mis ojos”.—*Ibid.* 15 de septiembre de 1885.

Cuando llegó el llamado ella tenía 57 años; hacía tres años que había enviudado, estaba agotada por el esfuerzo de escribir el cuarto tomo de *El Gran Conflicto*, que acababa de publicarse, y había quedado excesivamente debilitada después de un fatigoso programa de reuniones y congresos celebrados durante el verano de 1884. El cansancio mental que la aquejaba casi no le permitía escribir desde hacía varios meses. ¿Sería presunción de su parte el intentar atravesar las llanuras norteamericanas para ir a Europa? Se preguntaba cuál era su deber. ¿Estaba de acuerdo ese viaje con la voluntad de Dios?

Su “fe fue severamente probada”. Anhelaba recibir consuelo y orientación humanas, y declaró lo siguiente:

“Mi valor había desaparecido, y anhelaba recibir ayuda humana de alguien que estuviera firmemente asido de lo alto, y cuya fe sirviera de estímulo a la mía. Día y noche mis oraciones ascendían al cielo para conocer la voluntad de Dios y aceptarla con perfecta sumisión. Pero mi camino no se aclaraba; no tenía evidencias especiales de que estaba en la senda del deber, o de que mis oraciones hubieran sido oídas”.—*Ibid.*

[27] Hasta el momento de su prematuro deceso en 1881, Jaime White animaba y aconsejaba a su esposa cuando ella tenía que tomar decisiones difíciles. Pero él ya no estaba. Ella había quedado sola, con excepción de sus dos hijos, especialmente Guillermo, cuyos consejos sabios y plenos de comprensión la fortalecían para la obra que tenía por delante. Aproximadamente en esa época, él la visitó en su casa de Healdsburg y le habló palabras de ánimo y fe.

“El criterio de la Asociación General”

“El me pidió que mirase hacia el pasado, cuando, en las circunstancias más desagradables había actuado con fe, de acuerdo con la mejor luz que poseía, y el Señor me fortaleció y apoyó. Así lo hice, y decidí actuar en conformidad con el criterio de la Asociación General, e inicié el viaje confiando en Dios”.—*Ibid.*

La Sra. de White, en una respuesta positiva a la animadora inspiración que le impartió Guillermo, preparó su baúl y partió con su hijo a Oakland. El sábado 11 de julio de 1885, por la tarde, habló en la iglesia de Oakland. Posteriormente declaró:

“El Señor me ayudó. Tenía la mente clara y me fue dada facilidad para expresarme... Decidí entonces que podía volver a atravesar las llanuras, con lo que recorrería por vigésima cuarta vez ese largo trayecto de este a oeste y de oeste a este”.—*Manuscrito 16, 1885.*

El lunes siguiente subió al tren que la llevaría a cumplir su primera cita en el extranjero. Luego declaró:

“Cuando me senté en el vagón, tuve la seguridad de que estaba obrando de acuerdo con la voluntad de Dios”.—*The Review and Herald*, 15 de septiembre de 1885.

Ese lunes de noche, en el tren, sintió que la mano de Dios quitaba la niebla de sus ojos. En la estación reinaba “gran confusión, y hacía meses que era incapaz de soportar algo semejante. Pero ahora no me molestó. Recibí la dulce paz que sólo Dios puede dar, y a semejanza de un niño cansado, hallé descanso en Jesús”.—*Ibid.* [28]

Más adelante, en relación con el llamado que le hicieron para trabajar en Australia en 1891, pasó por una experiencia igualmente desconcertante que puso a prueba su fe. Otros misioneros recibieron y contestaron llamados para trabajar en tierras lejanas. Ellos tuvieron que orar para conocer la voluntad de Dios. También tuvieron que aceptar el hecho de que Dios guía a sus siervos a través de los conductos regulares de la organización. Dios tiene una iglesia en la tierra, instituida por él. La iglesia cuenta con dirigentes escogidos, que son miembro de las asociaciones y juntas, dotados del poder de Dios para actuar en favor de su iglesia. Cuando Elena G. de White recibió el llamado para ir a Europa y Australia, tuvo que responder como cualquier otro obrero. Al igual que otros siervos de Dios, debió avanzar por fe. Al respecto declaró lo siguiente:

“He aprendido una vez más la lección que tuve que aprender tantas veces, de que debo descansar plenamente en Dios, por perpleja que esté. El jamás abandonará ni olvidará a los que le someten sus caminos. No debemos depender de la fuerza ni de la sabiduría humanas, sino que tenemos que hacer de él nuestro consejero y guía en todas las cosas”.—*Ibid.*

De este modo halló descanso y paz Elena G. de White al subir a bordo del barco en el puerto de Boston. Sabía que estaba avanzando en la dirección que la Divina Providencia le había trazado. Al escribir el libro *El Deseado de Todas las Gentes*, después que llegó a Australia en 1891, declaró:

“El Señor está tan dispuesto a enseñarnos cuál es nuestro deber, como a cualquier otra persona... Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que

[29]

desagrade a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir” (pág. 622).

¡Listos para partir!

El sábado de mañana, mientras el Cephalaria seguía anclado en el puerto de Boston, el grupo de viajeros recibió la última visita de algunos amigos, el pastor D. A. Robinson y el Hno. Eduardo Stillman, que fueron a despedirlos. La Sra. de White había escrito las últimas cartas. Las entregó a los dos hombres para que las despacharan, y se despidió de ellos.

El primer día fue agradable, y ella comenzó a pensar en la tarea que la aguardaba:

“Siento que mi corazón se abre en oración ante Dios pidiendo idoneidad para realizar la gran obra que me espera. Me siento animada y si me sobreviniera algún accidente o daño o la muerte, estoy en paz con Dios. Todo está bien... Deseo acercarme más a Jesús durante este viaje de diez días”.—*Manuscrito 16a, 1885.*

El deseo expresado en esta oración resumía el propósito de su vida. Más adelante escribió (y según se puede ver, sus palabras eran el resultado de su propia experiencia): “Es únicamente la obra realizada con mucha oración y santificada por el mérito de Cristo, la que al fin habrá resultado eficaz para el bien”.—*El Deseado de Todas las Gentes, 329.*

Ese domingo por la noche, después de contemplar una bellísima puesta de sol, fue al comedor con sus amigos para asistir a una reunión episcopal. Le pareció que los pasajes de las Escrituras que se leyeron fueron “muy apropiados” y declaró que “los himnos se cantaron con excelente sentimiento”.

Una tormenta en el mar

El lunes no hubo novedades. Pero el martes 11 de agosto cambió el tiempo. La Sra. de White escribió, con una aparente nota de expectación:

[30]

“El mar está turbulento. Las olas se elevan a mucha altura en un rocío verde, azul y blanco, se confunden y se estrellan con fuerza contra el ojo de buey... El barco se mece terriblemente y cada tabla parece sufrir la presión y las sacudidas. Hay pocas personas sobre la cubierta. Está mojada. Las sillas han sido amarradas con sogas. De un extremo al otro del barco se han extendido sogas con el objeto de que los que andan en cubierta puedan asirse de ellas para no caer. Realmente hay un fuerte balanceo. No puedo recostarme en el sofá. Los baúles se deslizan por los camarotes. Las maletas bailan de acá para allá... Me alegro de poder trepar hasta mi litera y recostarme. Poco es lo que puedo descansar. Tengo preciosos momentos de oración silenciosa. El Señor Jesús parece estar muy cerca de mí. Me siento tan agradecida de poder confiar en mi Salvador en todo momento”.—*Manuscrito 16a, 1885.*

Después de la tormenta siguieron dos días de relativa calma y niebla, acompañados por el sonido impresionante de la sirena por la niebla que, según describe ella en su diario, “brama su señal de advertencia que repercute en cada nervio del cuerpo”.—*Ibid.*

Y entonces, como de costumbre, la Sra. de White comienza a escribir nuevamente: Siete páginas el jueves, diez el viernes, diez el lunes siguiente.* Le escribió a su hijo Edson y a su hermana melliza Elizabeth. Hizo las cinco páginas que se imprimían en *The Sabbath School Worker* (El auxiliar de la escuela sabática). También escribía con regularidad su diario, para llevar un registro de la vida a bordo del Cephalaria y las meditaciones que le inspiraba.

[31]

*Durante los setenta años de su ministerio público escribió más de 100.000 páginas, más de 25 millones de palabras. Esta fue, probablemente, la parte más importante de su trabajo. Pocos autores, si es que hubo alguno, ya sea religioso o secular, han escrito tanto.

“He pensado en la gente que está en este barco y que no tiene fe en Dios ni esperanza en Jesucristo, el Redentor del mundo. Cuando el sol brilla y no amenaza ningún peligro, todo es hilaridad y diversión. Pero cuando los terribles vientos empujan y sacuden el barco, cuando llega el peligro, cuando la vida está en la balanza, el apetito por las diversiones termina...

“En medio de las aguas embravecidas, de la tormenta y la niebla, sentí que Jesús jamás había estado tan cerca, y que nunca había sido tan precioso para mí. Mi fe reposó en Dios, aunque las tinieblas me rodeaban. La fe del creyente es como la brújula del barco; por más que éste luche contra las olas y la tempestad, por más que se agite en el incansable mar permanentemente inquieto, la brújula conserva su posición y cumple su tarea. Mantiene su nivel en medio de las zambullidas y el balanceo, señalando el polo. Sentí que mi alma puede descansar en Dios a pesar de lo que venga, ya sean olas serenas o tumultuosas”.—*Manuscrito 17, 1885.*

Una y otra vez recordó Elena G. de White la historia de Noé y de su fe, cuando navegaba en el arca sacudida por la tormenta. La Sra. de White estaba tan familiarizada con las Escrituras que le resultaba natural establecer paralelos entre sus experiencias y las de los personajes bíblicos.

Finalmente, al atardecer del 18 de agosto, el *Cephalonia* ancló en Liverpool. La travesía había durado diez días, plenos de interés para la diminuta viajera cuya inagotable curiosidad y sensibilidad hacia el ambiente que la rodeaba, convertían la vida en una fuente de permanente interés. Pero ella no era una turista que venía a contemplar el paisaje. Tenía una importante obra que hacer para Dios.*

[32]

Dos años más tarde—menos dos semanas y un día—, el 3 de agosto, volvería a hacer el viaje de regreso desde ese mismo puerto. Su activa aventura europea habría pasado ya a la historia.

[33]

*2—E.G.W. en E.

Se amplia la perspectiva

Las visiones ayudan a lograrlo

La historia que se narra en este libro logrará una mejor perspectiva si nos detenemos brevemente a considerar algunos de los pasos que Dios dio para ayudar a los adventistas a adquirir la noción de su plena responsabilidad. Cuando Elena G. de White cruzó el Atlántico, debe haber meditado acerca de algunas de esas responsabilidades.

De qué manera orientaron las visiones

Tan pronto como los primeros creyentes adventistas adquirieron un concepto de la tarea que les aguardaba, Dios les señaló, por medio de visiones, el camino para establecer misiones en todo el mundo. El origen de esto, según Elena G. de White, se remonta a su primera visión, recibida en diciembre de 1844. Posteriormente, en noviembre de 1848, tuvo una visión en Dorchester, Massachusetts, donde se la instruyó para que le comunicara a Jaime White que debía imprimir un periódico y que “desde este pequeño comienzo saldrán rayos de luz que han de circuir el globo”.—*El Colportor Evangélico*, 9.

Más adelante, tres años antes que J. N. Andrews abandonara las costas de Norteamérica rumbo a Europa, los mensajes del Señor habían delineado una obra de proyección mundial:

[34]

“El 10 de diciembre de 1871 se me mostró que Dios llevaría a cabo una gran obra por medio de la verdad, si algunos hombres consagrados y abnegados se entregaban sin reservas a la tarea de presentarla a los que estaban en tinieblas... Los ángeles de Dios están tocando el corazón y la conciencia de los habitantes de otros países, y las almas honestas se inquietan al contemplar las señales de los tiempos en la perturbada condición de las naciones. Surge la pregunta en sus

corazones: ¿Cómo acabarán todas estas cosas?”—*Life Sketches of Ellen G. White*, 203.

En la visión del 1 de abril de 1874, el ángel volvió a instruirla:

“No perdáis de vista el hecho de que el mensaje que proclamáis está destinado al mundo entero... Vuestra luz... debe ser colocada sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en el mundo, la gran casa de Dios. Debéis tener miras más amplias que las que habéis tenido hasta ahora”.—*Joyas de los Testimonios* 3:89, 90.

Poco tiempo después, Jaime White dijo que declaraciones como ésta de parte del espíritu de profecía causaron preocupación en los primeros creyentes. Ellos no podían comprender, teniendo en cuenta las limitaciones de tiempo, los escasos miembros y los pocos recursos que poseían, cómo podrían ser capaces de abarcar la tierra.

Arturo W. Spalding, el historiador adventista, se refirió a la “iglesia joven” que “sabía, acerca de su destino y su trayectoria, poco más que los niñitos saben de la tierra”.

“Según declararon ellos, lo que debe significar es que este Evangelio debe ser predicado a todo el mundo *en forma simbólica*. Aquí en Norteamérica tenemos representantes de toda raza y nación. ¡Cuán

[35]

bueno es el Señor al poner al alcance de nuestras manos a los judíos y gentiles, a los anglosajones, teutones, latinos, eslavos, indios, negros, mongoles! Debemos llegar a ellos en este lugar, para cumplir así con las condiciones”.—*Origin and History of Seventh-day Adventists* 2:193.

Al usar la palabra “condiciones”, ellos se referían a los requisitos de la comisión evangélica. Dedujeron que si se predicaba el mensaje del tercer ángel en todo el territorio de los Estados Unidos, equivalía a predicarlo en todo el mundo.

El concepto de la obra misionera mundial

De este modo, mediante la Providencia divina, se fue desarrollando en forma gradual en la conciencia adventista el concepto de una iglesia internacional, y J. N. Andrews fue enviado a Europa.

Cuando Andrews llegó a Suiza en octubre de 1874, era obvio que la Providencia había preparado el camino para su llegada y para que el mensaje adventista se expandiera en el continente europeo. B. L. Whitney, quien llegó a Suiza en 1883 y trabajó como jefe de la Asociación Suiza, escribió que la neutral nación Suiza era el lugar natural para ubicar la sede de la obra.

“En esta república libre que es Suiza, ubicada en un lugar tan céntrico y admirablemente adaptada, por sus relaciones políticas, para convertirse en el centro de la gran tarea que había que realizar entre esas diversas nacionalidades, iba a establecerse la Misión Europea Central. Con sus tres idiomas nacionales: francés, alemán e italiano; ninguna barrera de prejuicios se interponía entre ella y los países vecinos, los cuales debían estar unidos en la común hermandad de la verdad. No podría haberse escogido ningún otro lugar mejor adaptado para esta obra que aquel que, según parecía, la Providencia había

[36]

preparado”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 14.

Los europeos inician la obra en Europa

Pero la obra de los adventistas del séptimo día ya había comenzado en Europa algunos años antes que Andrews apareciera allí. Jaime Erzberger y Alberto Vuilleumier, ambos de nacionalidad Suiza, predicaron el mensaje adventista antes de la llegada del pastor y pionero norteamericano. El humilde instrumento que actuó en su conversión fue M. B. Czechowski, un adventista polaco que en otra época había sido sacerdote católico.

La llegada de Andrews fue significativa pues con ella se inició un largo período de fructíferos esfuerzos de cooperación entre los adventistas de los dos continentes.

Norteamérica envió uno de sus mejores hombres para pelear la batalla en Europa al comienzo de la proclamación del mensaje. Andrews había sido presidente de la Asociación General y director de la *Review*. Un año antes de la llegada de la Sra. de White a Basilea, Suiza, en 1885, Jorge I. Butler, que era entonces presidente de la Asociación General, asistió al concilio europeo y pasó algún tiempo en las oficinas de la Asociación Suiza en Basilea. Dedicó sus mejores esfuerzos a preparar el camino para la visita de la Sra. de White. Dio consejos prácticos para la organización de la iglesia y ayudó a planear el edificio de la primera institución adventista en Europa, la casa editora de Basilea, llamada Imprimerie Polyglotte. Esteban Haskell y J. N. Loughborough también precedieron a la Sra. de White. La mayor contribución de estos dos hombres fue la decidida obra de evangelización que realizaron en Gran Bretaña. Y ahora aparecía en el escenario la figura más destacada de la Iglesia Adventista: Elena G. de White. Butler se quedó tan sólo un corto tiempo en Europa. La estada de la Sra. de White iba a extenderse por dos años.

[37]

Los creyentes europeos dieron la bienvenida a los visitantes, a sus esfuerzos y a la ayuda económica que aportaron. Este plan viable, inspirado por el Cielo, impartió vitalidad y fuerza a la iglesia naciente que se desarrollaba en un mundo conservador, donde las costumbres religiosas y las actitudes sociales estaban profundamente arraigadas en la vida del pueblo.

La obra en Europa comenzó unas tres décadas antes de la visita de Elena G. de White en 1885. Esos treinta años estuvieron marcados por la misma búsqueda de la verdad, el mismo espíritu de evangelización y pasión por las almas, y el mismo sacrificio y pobreza que existieron en los comienzos de la iglesia en los Estados Unidos.

Idónea para aconsejar

Elena G. de White, una de las fundadoras de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, junto con Jaime White y José Bates, participó de

las primeras experiencias de la organización. Pasó por el período de crecimiento y expansión que siguió a los días de los pioneros. Estaba, por consiguiente, capacitada para orientar e impartir valor, fe y unidad a la congregación durante los dos años que pasó en Europa. Conocía de antemano los problemas que la obra debió afrontar en esa época: Fundar y financiar instituciones, conseguir viviendas para los obreros, escoger lugares para las reuniones evangelizadoras, y promover una colaboración eficaz entre los obreros evangélicos.

En realidad, la Sra. de White era la única pionera de la iglesia que vivía todavía, capaz de impartir dicha orientación. Su esposo había fallecido en 1881 y José Bates en 1872. J. N. Loughborough, S. N. Haskell y G. I. Butler, que trabajaron en Europa durante períodos breves como obreros establecidos o realizando visitas, no tenían la misma experiencia. [38]

Pero, por sobre todo, el singular don de profecía que había sido otorgado a la Sra. de White, hizo de su visita un evento importante para los adventistas europeos y para la expansión del testimonio adventista en Europa.

Reinaba expectativa entre los hermanos. Cuando ella desembarcó del Cephalaria en Liverpool, aquel día de agosto, estaban ansiosos por escuchar sus mensajes. Es indudable que, gracias a la luz que había recibido de Dios, ella apresuraría la veloz difusión del mensaje destinado a llegar a todo el orbe. [39]

La acogida en Inglaterra

Dos activas semanas de reuniones

Cuando el *Cephalonia* atracó en el muelle de Liverpool, Elena G. de White estaba lista para empezar a trabajar. Se sintió animada ante la acogida que tuvo en el puerto. Allí la aguardaban M. C. Wilcox, director de *Present Truth* (La verdad presente), el periódico misionero inglés que él había iniciado el año anterior, y dos obreros más, Jorge R. Drew y Guillermo O’Neil.

El hermano Drew los llevó a su casa para pasar la noche, y todos oraron agradeciendo a Dios por su cuidado protector. Elena G. de White se sentía mejor que cuando partió de Norteamérica, y declaró: “Esta fue para mí una abundante evidencia de que estaba en la senda del deber”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 162.

Drew trabajaba como “misionero portuario” en Liverpool, y Elena G. de White se sintió conmovida cuando él le informó que en esa ciudad había 300.000 habitantes y apenas dos obreros adventistas para tratar de llegar a ellos. “¿Cómo pueden ellos lograr que brillen rayos de luz en esta gran ciudad?” preguntó con el corazón acongojado. “Me llena de dolor... pensar que hay tan pocos obreros y tanto por hacer. Habrá que enviar ayuda a esta ciudad”.—*Carta 22, 1885*.

[40]

El primer misionero fue un inglés

La primera “ayuda” tangible que recibió Inglaterra provino de Suiza. El libro *Historical Sketches* * declara:

* *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists* fue impreso en Basilea, Suiza, en 1886. Este libro registra las primeras actividades misioneras adventistas en Europa y Australia. Contiene una sección de sermones prácticos predicados por Elena G. de White en el tercer concilio europeo en Basilea, y un registro de sus viajes durante los últimos cinco meses de 1885.

“El primer misionero adventista que visitó Inglaterra fue el Hno. Guillermo Ings, quien llegó a Southampton desde Basilea, Suiza, el 23 de mayo de 1878.

“El Hno. Ings se quedó dos semanas, y luego regresó al Continente. Informó que había mucho interés y que la gente estaba hambrienta de la verdad. Pronto regresó a Inglaterra y reasumió su trabajo en su tierra natal. Después de 16 semanas informó que había diez personas que guardaban el sábado... El y su esposa se quedaron en Inglaterra hasta comienzos de 1882. Dedicó mucho tiempo a trabajar en el puerto, y envió millares de páginas de publicaciones acerca de la verdad presente en varios idiomas, a todas partes del mundo... Pero los esfuerzos del Hno. Ings no se redujeron a trabajar en el puerto. En Southampton y en las ciudades y los pueblos vecinos, presentó fielmente la verdad toda vez que tuvo oportunidad de hacerlo; iba de casa en casa consiguiendo suscripciones para los periódicos, hablando y orando con la gente” (pág. 81).

El mismo año que Ings comenzó a trabajar en Inglaterra, la Asociación General envió a J. N. Loughborough. a través del Atlántico. Llegó siete meses después que Ings. Loughborough se sumergió en tareas de evangelización en Southampton y sus suburbios antes que transcurriera una semana. Predicó en una carpa de 18 metros de diámetro que acababan de comprar. Seiscientas personas asistieron a la primera reunión. Hubo reuniones desde el 18 de mayo al 17 de agosto, y 30 personas firmaron “El Pacto”, que consistía en cumplir los santos mandamientos de Dios y aguardar al Señor del cielo.*

[41]

* Algunos habitantes de Gran Bretaña han venido observando con reverencia desde los tiempos de Colombano, en el siglo VI, los mandamientos de Dios, incluyendo el sábado del cuarto mandamiento. Mil años después, en el siglo XVI, murieron mártires en Inglaterra por guardar el verdadero día de reposo. Véase *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 79, 80.

Con respecto a la doctrina del segundo advenimiento, “de acuerdo con Mourant Brock... 700 clérigos de la Iglesia de Inglaterra levantaron el clamor: El Señor está a la puerta” mientras Miller predicaba el mensaje adventista en Norteamérica a principios de 1840

Hasta el 8 de febrero de 1880 no se celebró ningún bautismo. Ese día Loughborough sumergió a seis personas en las aguas. El no creía que se debía apresurar el ingreso de los interesados en la iglesia. El 2 de julio de 1881, 29 personas tomaron sus votos bautismales. Esto se debió en parte al excelente trabajo bíblico realizado por Maud Sisley, quien dejó los Estados Unidos para regresar a su país.

También el pionero S. N. Haskell visitó Gran Bretaña y trabajó en otros países de Europa en 1882. Animó a los obreros y los instó a comenzar la obra de publicaciones en Inglaterra. Otros pastores realizaron luego visitas breves. Pero J. H. Durland y M. C. Wilcox fueron misioneros dedicados a la obra en Gran Bretaña.

Cimientos profundos y sólidos

Las necesidades del lugar eran abrumadoras. Elena G. de White vio claramente que la tarea apenas había comenzado. Estaba ansiosa por que se colocaran cimientos profundos y sólidos. En 1879, cuando todavía estaba en Norteamérica, escribió:

[42] “Se me mostraron en visión muchos aspectos de la causa de
 [43] Dios. El estado de cosas en la iglesia... y la obra de Dios en Europa e
 Inglaterra... y en otros territorios nuevos. Es sumamente importante
 que la obra en los nuevos territorios se inicie en la debida forma,
 llevando el sello divino. En esos lugares muchos correrán el peligro
 de aceptar o admitir la verdad sin estar verdaderamente convertidos.
 Cuando la tormenta y la tempestad los prueben, se descubrirá que
 no han construido su casa sobre la roca sino sobre arena movediza.
 El pastor debe poseer una piedad práctica y debe desarrollarla en su
 vida diaria y en su carácter. Sus discursos no deberían ser meramente
 teóricos”.—*Testimonies for the Church* 4:321.

Estos consejos explican la obra cabal que J. N. Loughborough realizó en favor de sus conversos y el énfasis que S. N. Haskell puso en un ministerio de publicaciones vigoroso. Durante varios años ambos hombres habían trabajado muy cerca de Elena G. de White y tenían en alta estima sus consejos.

Volvamos ahora a Drew, en cuya casa se alojaba ella. Al igual que Ings, era inglés, y había nacido en Christchurch, Hampshire, (*Ibid.*). Pero en torno de 1850 las doctrinas del sábado y del segundo advenimiento no eran muy conocidas en Inglaterra ni en el resto del continente europeo.

en 1835. En su juventud había sido marino durante quince años. Cierta vez, oyó predicar a J. N. Loughborough en San Francisco y aceptó el mensaje adventista. Regresó a Inglaterra en 1882 y se dedicó a la “obra misionera en el puerto”, que consistía en distribuir publicaciones gratuitas y en vender libros y revistas a los pasajeros y a la tripulación de los barcos anclados en las ciudades portuarias.

Drew trabajó primero en Hull y luego en Liverpool. Durante el resto de su vida prosiguió sus labores en Gran Bretaña. Guillermo O’Neil, uno de los que recibieron a la comitiva de la Sra. de White en el puerto, trabajó con Drew en Liverpool a fin de adquirir experiencia para la obra que pensaba realizar luego en Londres. Los dos hombres visitaron centenares de barcos en los veinte kilómetros de muelles entre Liverpool y Birkenhead. En el primer trimestre de 1884 Drew visitó 680 barcos. A él se le adjudica la conversión del capitán finlandés A. F. Lundquist, quien introdujo el mensaje adventista en Finlandia. [44]

Grimsby, asiento de la sede adventista

Al día siguiente del arribo de la Sra. de White, ella y su comitiva, junto con M. C. Wilcox, tomaron el tren para Grimsby, donde está ubicada desde 1884 la sede de la misión y de la obra de publicaciones.

Cuando llegó a la oficina de la misión en la calle 72 Heneage Road, la Sra de White se encontró con Alfredo Mason y su esposa Inés, el evangelista Sands H. Lane y su esposa Parmelia, y Juanita Thayer. Eran todos norteamericanos que habían ido a colaborar con la Misión Británica.*

*Mason llegó a Inglaterra desde Woodland, California, para colaborar principalmente con la administración de la misión. Era también un experto tipógrafo y pudo dar ayuda práctica para imprimir **Present Truth** (La verdad presente). Posteriormente trabajó como tesorero de la Review and Herald Publishing Association en Norteamérica, y en 1913 fue llamado a Elmshaven, St. Elena, California, para supervisar la pequeña granja de la Sra. de White, donde permaneció hasta su muerte en 1915.

Sands Lane, oriundo de Míchigan, era un predicador de éxito. Más adelante fue presidente de varias asociaciones en los Estados Unidos. Cuando la Sra. de White llegó a Inglaterra, él estaba dirigiendo reuniones en una carpa en Riseley.

Juanita Thayer llegó al país en 1882, para ayudar a Loughborough en Southampton. En esa época trabajó como tipógrafa y correctora de pruebas de **Present Truth**, pero cuando M.

Según Guillermo White, Grimsby tenía 30.000 habitantes, y era “el puerto pesquero más grande de Inglaterra”. “Un lugar extraño para imprimir nuestro periódico; sin embargo, hemos estado despachando más de 9.000 ejemplares por mes” (Carta de Guillermo C. White, 18 de septiembre de 1885).

[45] La Sra. de White recuerda a Grimsby como “un lugar muy grande”, aunque no lo suficiente “como para llamarlo ciudad, porque no tenía una gran catedral”. **Carta 22, 1885**. Pero allí inició ella sus conferencias públicas que luego presentó ante muchos auditorios, grandes y pequeños, en ocho países europeos.

El viernes de tarde, una lluvia torrencial amenazó con disminuir considerablemente el número de asistentes, pero 170 personas desafiaron las inclemencias del tiempo para escuchar la conferencia de Elena G. de White titulada: “Temperancia Cristiana”, uno de sus temas favoritos. Al concluir su disertación recibió un entusiasta aplauso.

A las diez y media de la mañana siguiente fue a la pequeña iglesia de Grimsby para predicar su primer sermón sabático. Había unas 35 personas presentes, incluyendo las diez que viajaron desde Hull y Ulceby. A. A. John * llegó de Gales, donde venía proclamando el mensaje desde el comienzo del verano.

En el sermón que predicó aquel sábado de mañana, la mensajera del Señor compartió algunas experiencias de los primeros tiempos de la causa. Habló de los sacrificios que se hicieron y de la responsabilidad que recayó sobre cada uno de los miembros para sacrificarse más aún a fin de llevar la “verdad presente” a otros. Luego aseguró a la pequeña congregación que llegaría el tiempo cuando muchos abrazarían la verdad en el Reino Unido.

“Muchos rostros estaban bañados en lágrimas” aquel sábado de mañana, escribió la Sra. de White en su diario. Después de la reunión le presentaron a todos los miembros de la congregación en

C. Wilcox regresó a Norteamérica en 1886, quedó a cargo de la redacción. Más adelante inició la publicación del **Atlantic Union Gleaner** (1902), un periódico norteamericano, y fue su directora durante ocho años.

* A. A. John llegó a Gran Bretaña con su esposa Elena en 1882, y trabajó la mayor parte del tiempo en Grimsby y en las ciudades vecinas. Fue el fundador de la Iglesia de Grimsby. Más adelante regresó a Norteamérica donde se recibió de médico. Posteriormente trabajó como médico misionero en México.

forma individual, y los que venían de Hull y Ulceby le suplicaron que fuera a predicar también en sus distritos.

Por la tarde se celebró la escuela sabática. La Sra. de White habló durante treinta minutos, y luego tomaron otros la palabra en una reunión de testimonios, o “social”, como se las llamaba. [46]

Al escuchar el relato de los conmovedores incidentes acaecidos a los nuevos creyentes, dijo que no podía evitar el pensamiento de cuán semejante es la experiencia de todos los verdaderos seguidores de Cristo. No hay más que ‘un Señor, una fe, un bautismo’”. *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 462. La iglesia de Inglaterra y la de su país eran una: Una en pruebas y en sacrificios.

El domingo de mañana volvió a predicar, basándose en el texto de *Apocalipsis 3:15*: “Yo conozco tus obras”. Esa tarde, el 23 de agosto, se consiguió el Town Hall, la sala más grande disponible, para realizar una reunión pública.

Se calcula que hubo 1.200 personas presentes; todos los asientos estaban ocupados y las personas de pie llenaban los pasillos. Un coro de 55 voces, el “Grimsby United Temperance Prize Choir”, que había obtenido el segundo premio en el Palacio de Cristal de Londres el año anterior, se ofreció para presentar las partes musicales. Presentó siete Números: tres al comienzo, dos antes de finalizar y dos después de la oración final.

El auditorio escuchó con profunda atención mientras Elena G. de White habló del amor de Dios revelado en la naturaleza. Atrajo a sus oyentes con el espíritu del verdadero evangelista. Más tarde declaró:

“Cuando reflexioné que hasta el gran día final no volvería a encontrarme con todos los que estaban allí reunidos, traté de presentarles las preciosas cosas de Dios en forma tal que sus mentes se elevaran de la tierra al cielo. Pero tan sólo pude advertirles, suplicarles, y mostrarles a Jesús como el centro de atracción, y un cielo de bienaventuranza como la eterna recompensa del creyente”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 162, 163.

[47] Jesucristo fue la figura central de todas las predicaciones de la Sra. de White, tanto en su país como en el extranjero. Ella estaba en condiciones de decir:

“Cristo Jesús lo es todo para nosotros: El primero, el último, el mejor en todas las cosas. Jesucristo, su espíritu y su carácter, da color a todas las cosas; es la trama y la urdimbre, es el tejido mismo de nuestro ser entero”.—*Testimonios para los Ministros*, 395.

El discurso se publicó el viernes siguiente en el periódico *Grimsby News* (Noticias de Grimsby).

Trabajo fructífero en Ulceby

Después de pasar casi todo el lunes 24 de agosto escribiendo, Elena G. de White tomó un tren que la llevó hasta Ulceby, a 16 km de allí, y visitó la pequeña iglesia fundada por A. A. John. Su obra en ese lugar fue fructífera. Una mujer que estaba convencida acerca de la verdad, pero que aún no se había decidido a aceptarla, resolvió entonces obedecer todos los mandamientos de Dios.

[48] Antes de la reunión, la Sra. de White conversó un rato con un panadero, Eduardo Armstrong, y con su familia compuesta por nueve hijos.* Armstrong le contó que hacía un tiempo que su esposa guardaba el sábado, pero que él había estado indeciso por temor a que al hacerlo se vería afectada su subsistencia. El proveía pan a la familia de un lord inglés en Ulceby [Lord Yarborough], y esto le ayudaba a realizar la mayor parte de sus negocios en la villa. Finalmente decidió guardar el sábado a pesar de lo que pudiera sobrevenir. Anunció su decisión a la madre del lord, y le prometió traerle el pan a última hora del viernes y el domingo temprano, pero ella se negó, le pagó lo que le debía y lo despidió, diciéndole que ellos necesitaban pan fresco todos los días y que ella ordenaría que

* Cuatro de sus hijos llegaron a ser pastores adventistas. Un nieto, W. W. Armstrong, fue presidente de la Unión Británica. Anteriormente había servido como misionero en África oriental. Una de sus hijas, Dorotea, se casó con H. W. Lowe, quien durante muchos años tuvo una destacada actuación en la obra en Inglaterra; sirvió como presidente de la Unión Británica durante diez años, y posteriormente como secretario de la Comisión de Investigación Bíblica de la Asociación General.

se lo trajeran desde Grimsby. Sin embargo, a la semana siguiente lo llamó para preguntarle si había abandonado sus ideas tontas. Cuando Armstrong le respondió que no, dijo que de cualquier manera le seguiría comprando pan, porque el que le traían de Grimsby siempre estaba ácido.

Esta experiencia le permitió comprender a Elena G. de White las serias dificultades que debían enfrentar muchas personas en Gran Bretaña cuando aceptaban el sábado, y despertó su sincera simpatía.

“A los pobres les resulta muy difícil guardar el sábado”, escribió a su amigo el Dr. Gibbs. “No se trata de perder sus lujos, porque no los tienen; lo que pierden es el pan que sostiene la vida. Muchos creen, pero no tienen posibilidades de conseguir los alimentos más sencillos para su mantenimiento”. “Pero el ojo de Dios está puesto sobre sus hijos rectos y fieles en Inglaterra y él les abrirá un camino para que guarden todos sus mandamientos”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 163.

Después de pasar la noche con la familia Short en Ulceby, y de tomar un desayuno al “estilo inglés”, que consistió en “porridge [sopa de avena, dulce], pan con mermelada y torta”, tomó el tren de las nueve que la llevó de regreso a Grimsby.

Una gran reunión en Riseley

Al día siguiente volvió a partir, esta vez rumbo a Riseley, una pequeña ciudad cerca de Wellingborough, donde los pastores Lane y Durland habían estado celebrando reuniones en una carpa durante dos meses. Era un día lluvioso y nublado, pero había 400 personas esperando para escucharla; 300 estaban sentadas, y 100 de pie alrededor de la carpa.

La Sra. de White se sintió alentada por la actitud de los oyentes. “Escucharon fascinados”, escribió. “Parecían beber cada palabra. Después de la reunión, todos los que pudieron... me estrecharon la mano calurosamente diciendo: ‘Que Dios la bendiga por las palabras que habló... Que el Señor la guarde’”.—*Carta 22, 1885*.

[49]

La visita a Londres y Southampton

Como la Sra. de White estaba resfriada, al viajar a Londres * al día siguiente se sintió mal durante todo el camino. ¿Qué nueva aventura la aguardaba en esa gran ciudad?

Guillermo White se adelantó para encontrar a Enrique Kellogg, y ambos la esperaban cuando ella llegó. Enrique Kellogg, que no tenía ninguna relación con el Dr. Juan H. Kellogg, era un comerciante adventista que había estado antes a cargo de la *Review and Herald Publishing House*. Llegó a Europa en 1885 para ayudar a establecer la casa editora en Basilea, para comprar equipos y colaborar con la obra de publicaciones en Gran Bretaña y Escandinavia.

Después de llegar a Londres, el 27 de agosto alrededor de mediodía, Elena G. de White hizo una breve caminata, pero al poco tiempo tuvo que irse al hotel. Al día siguiente, viernes, ella y sus compañeros se encontraron con W. M. Jones, pastor de la Iglesia Bautista del Séptimo Día en Londres y director del *Sabbath Memorial*. Jones los guió en una recorrida por el famoso Museo Británico. Acerca de ese paseo la Sra. de White comentó: “No hubiéramos visto mucho sin la compañía e información que nos brindó el pastor Jones”.—**Manuscrito 16a, 1885.**

[50] Después de la visita al famoso museo, el grupo partió en tren para Southampton. Esa noche, en una casa particular, ella habló durante cuarenta minutos a los miembros de la iglesia y al día siguiente, sábado, predicó dos veces.

El domingo de mañana su resfrío había empeorado, pero acompañó a los demás durante una breve visita a las ruinas de algunos antiguos edificios y muros romanos. El paisaje y el paseo la fascinaron, pero regresó al hotel con palpitaciones en la cabeza. Me parecía que “cada uno de mis nervios temblaba”. **Carta 22, 1885.** Tenía que hablar esa noche, pero apenas podía pronunciar palabra. El hermano Durland había alquilado un gran salón y había hecho mucha propaganda, pero todos temían que iba a ser necesario cancelar la reunión. Guillermo White informó:

* Sus observaciones acerca de la capital inglesa están registradas en **Life Sketches, 384; Mensajes Selectos 2:411; Testimonies for the Church 6:25, 26 y Evangelism, 415, 416.**

“Pasamos gran parte de la tarde orando, y confiamos en que el Señor la ayudaría como lo hizo en otras oportunidades. Mamá consintió en ir al salón para intentar hablar. Había unas 600 personas reunidas, y cuando ella comenzó a hablar con voz ronca dos a tres de los presentes se retiraron. Pero en menos de cinco minutos se le aclaró la voz y habló durante una hora, con más vigor que en ninguna otra reunión en Inglaterra” (carta de Guillermo C. White, 18 de septiembre de 1885).

Preocupación por las almas en Londres

El lunes de mañana temprano estaban de regreso en Londres. Ella pasó allí dos días con sus noches escribiendo. Su proyecto más importante era escribir el sermón del domingo de noche, que había prometido enviar al periódico de Southampton, el *Hampshire Independent*. La última noche en Londres se sintió intranquila.

“No podía librarme de la preocupación que sentía por las almas en Inglaterra. Supliqué al Señor que despertara a su pueblo para que el espíritu misionero inflamara los corazones de los que ahora se sentían tranquilos en Sion; y para poder dar el mensaje de

[51]

amonestación a estas grandes ciudades. Hay cinco millones de habitantes en Londres y cien obreros no serían demasiado para tratar de reflejar la luz en esta gran ciudad. ¿Quién vendrá a ayudar al Señor contra los poderosos? ¿Quién saldrá fuera del campamento para llevar la amonestación?”—*Carta 22, 1885.*

En un sueño que tuvo algunos años antes, se le mostró que las ciudades agonizantes del mundo necesitaban desesperadamente la luz. “Uno que tenía dignidad y autoridad” le dijo:

“No perdáis de vista el hecho de que el mensaje que proclamáis está destinado al mundo entero. Debe ser predicado en todas las ciudades y en todos los pueblos,

por los caminos y los vallados. No debéis limitar la proclamación del mensaje”.—*Joyas de los Testimonios* 3:89, 90.

Hacia otros lugares de Europa

El viaje desde Londres a Dover por tren duró varias horas, pero Elena G. de White disfrutó del fresco verdor de la campiña, y notó el contraste con “los campos secos y marrones del otoño sin lluvias, en California”.

El cruce del canal fue muy agitado y mucha gente sufrió mareos. Pero ella no tuvo ningún malestar. Al llegar a Calais, Francia, después de una hora y media de travesía, encontraron al hermano Brown, un colportor de ese lugar, quien les regaló una cesta con peras, uvas, duraznos y nueces, que fue muy bienvenida. Para el viaje a Basilea, Guillermo White trató de conseguir un coche dormitorio para su madre, pero los once dólares de diferencia en el pasaje lo disuadieron de la idea. La familia White—tanto la madre como el hijo—usaban con frugalidad el dinero del Señor. Pero felizmente consiguieron un tren directo.

[52] A las 6 de la mañana del día siguiente, 3 de septiembre, llegaron a Basilea, Suiza, donde ella se radicó por dos años, plenos de acontecimientos. Poco después de su llegada escribió:

“Estamos al fin en Europa. Llegamos bien y tuvimos un viaje agradable; ninguno de nosotros sufrió accidente o daño alguno”.—*Carta 22, 1885.*

[53]

La sede en Basilea

Se organiza el ejército evangélico

Basilea está ubicada al norte de Suiza, cerca de las fronteras de Alemania y Francia. Al igual que en Zurich y Berna, allí se habla el alemán. La región es menos montañosa que la parte central de Suiza. Esta ciudad histórica, ubicada en un lugar tan estratégico, fue elegida como asiento de la sede adventista en Europa Central. Allí se estableció la primera institución de la iglesia en Europa. Cuando se anunció que allí se celebraría el tercer concilio europeo, el cual sería precedido por una reunión de cuatro días de la Asociación Suiza, Elena G. de White se apresuró a cruzar el Atlántico para estar presente en esas reuniones.

En la estación del ferrocarril en Basilea la esperaba B. L. Whitney, que fue a Europa en 1883 para hacerse cargo de la obra que dejó J. N. Andrews.* El joven Carlos M. Andrews, hijo de J. N., estaba también allí con uno de los hermanos Vuilleumier.

Se dirigieron en un coche a caballo hasta el edificio recién terminado de las oficinas y la casa editora, donde aguardaban otros antiguos amigos para saludarlos. Allí estaba A. C. Bourdeau, que había llegado hacía un año. También estaban la anciana madre de J. N. Andrews, Sarah L. Andrews; la esposa de A. C. Bourdeau, Martha* ; Bertha Stein y Anna Rasmussen. Las dos últimas habían cruzado el

[54]

*El activo hermano Andrews falleció en medio de sus labores en 1883 a la edad de 54 años. Está sepultado en Basilea. Dio su vida, literalmente, por la causa que empezaba a desarrollarse en Europa. Tuvo una amplia influencia. J. N. Loughborough, uno de los pioneros de la obra en Inglaterra, se convirtió por la predicación del pastor Andrews en Rochester, Nueva York, en 1852.

*Martha Bourdeau fue un interesante personaje que unió a tres prominentes familias. Su nombre de soltera era Martha A. Butler, y fue la hermana menor de Jorge I. Butler. Se casó en primeras nupcias con Guillermo Andrews, hermano de J. N. Andrews, con quien tuvo tres hijos, entre ellos Edith Andrews que falleció al poco tiempo de tuberculosis. Y finalmente, después que Bourdeau llegó a Europa en 1844, se casó con Martha, que había enviudado, y ambos trabajaron en Italia.

Atlántico con Elena G. de White, pero fueron directamente a Basilea en lugar de quedarse con ella en Inglaterra.

“Yo he visto antes este lugar”

El edificio de la casa editora que fue durante dos años el hogar de Elena G. de White, estaba situado en la esquina de Weiherweg y Rudolphstrasse, y costó, incluyendo la maquinaria, más de 30.000 dólares. A ella le agradó mucho el edificio y no le resultó desconocido, aun antes de llegar a Basilea. En el libro *Life Sketches* se relata la historia:

“Cuando la Sra de White y su grupo llegaron a la casa editora, el pastor [B. L.] Whitney dijo: ‘Vean nuestra sala de reuniones antes de subir’. Era una hermosa habitación en la planta baja, bien iluminada y amueblada. La Sra. de White observó con ojos escrutadores todos los aspectos del lugar, y luego dijo: ‘Es una buena sala de reuniones. Tengo la impresión de haber visto antes este lugar’.

“Al poco rato, visitaron la parte destinada a la imprenta. Cuando llegaron a la habitación donde estaba la prensa, la Sra. de White observó: ‘He visto antes esta prensa. Esta habitación me resulta muy familiar’. Los dos jóvenes que trabajaban allí no tardaron en acercarse, y los presentaron a los

[55]

[56]

visitantes. Después de estrecharles la mano, la Sra. de White preguntó: ‘¿Dónde está el otro?’

“‘¿Qué otro?’, preguntó el pastor Whitney.

“‘Hay un hombre de más edad aquí’, contestó la Sra. de White, ‘y tengo un mensaje para él’.

“El pastor Whitney le explicó que el capataz de la sala de prensas había ido a la ciudad por asuntos de negocios” (págs. 282, 283).

Diez años atrás, el 3 de enero de 1875, la Sra. de White relató a la gran congregación de la iglesia de Battle Creek que había visto en visión prensas que funcionaban en muchos países, imprimiendo periódicos, folletos y libros acerca de la verdad presente.

“Al llegar a ese punto de su narración, Jaime White la interrumpió para preguntarle si podía nombrar algunos de esos países. Ella contestó que no, porque no se lo habían dicho, “excepto uno; recuerdo que el ángel dijo Australia”. Pero declaró que aunque no podía nombrar los países, reconocería los lugares si los veía, porque conservaba la imagen muy clara en su mente.

“En la sala de prensas de la nueva casa editora de Basilea reconoció uno de esos lugares. Pocos meses después, al visitar Noruega, reconoció que había visto antes en visión la sala de prensas de la casa editora de Cristianía [actualmente Oslo]; y seis años después, cuando visitó Australia vio en la oficina del *Bible Echo* de Melbourne, otra sala de prensas que reconoció como la que había visto en la visión de Battle Creek el 3 de enero de 1875.—*Ibid.*

Cuánto debe haber animado al pastor Whitney y a los prensistas de Basilea la visión que ella relató. Ellos estaban cumpliendo la obra que el Señor quería que hicieran.

Un año después de la visión, en un editorial publicado en la *Review* bajo el título “Predicación a todo vapor”, Jaime White lanzó un desafío a los creyentes con estas conmovedoras palabras: [57]

“El avance de la causa en Europa requiere que haya una oficina de publicaciones en Suiza, como lo sugirió en un informe reciente nuestro digno misionero, el pastor J. N. Andrews. Aprobamos encarecidamente la medida... Poco es lo que se ha logrado en nuestro país sin la prensa. La causa avanzó muy lentamente en este continente hasta que comenzamos a publicar con gran fervor. La obra en Europa tendrá poco valor hasta que

nuestros hermanos europeos empiecen a predicar a todo vapor...

“Tenemos tres hombres capaces en Europa, consagrados a la causa de Dios, y esperamos que se levanten otros allí para defender la verdad. La Sra. de White se une a nosotros en la promesa de dar 1.000 dólares para la misión y la imprenta en Europa antes que concluya el año 1876, y esperamos que aquellos hermanos que poseen algo más que unos pocos recursos se nos unan con mano generosa en esta obra importante. Por la gracia de Dios tendremos una casa editora en Basilea, que es el punto central para Suiza, Alemania y Francia” (30 de marzo de 1876).

Pero la imprenta europea no abrió sus puertas hasta 1885, justamente antes de la llegada de Elena G. de White, en el mes de septiembre. Hasta entonces todo el trabajo lo hacían las imprentas comerciales. El primer esfuerzo por imprimir que realizó el pastor Andrews en Suiza, dio como resultado folletos preparados al principio por editores de Neuchatel y posteriormente de Basilea.

[58] En julio de 1876 el pastor Andrews comenzó a publicar *Les Signes des Temps* (Señales de los tiempos) que también fue impreso en un taller comercial. Su trabajo alcanzó un éxito considerable. A su muerte, el periódico francés contaba con 6.000 suscriptores.

La imprenta Suiza, en Basilea, construida con gran esfuerzo y sacrificio, fue seguida al poco tiempo por nuevas imprentas en Noruega, Inglaterra y Australia. Cuando se reunió la Asociación General en 1901, había veinte casas editoras en diferentes partes del mundo “predicando a todo vapor”. En la actualidad hay medio centenar que preparan publicaciones en más de 200 idiomas.

La vida en el edificio de la sede

Después que el pastor Whitney presentó a Elena G. de White a los obreros de la casa editora, subieron en el ascensor hidráulico hasta el segundo piso donde ella viviría transitoriamente en el departamento de la familia Whitney. El segundo piso del edificio estaba

totalmente destinado a viviendas, además de la parte del frente y del este del primer piso.

El hecho de que todos los obreros vivieran y trabajaran en el gran edificio de la casa editora contribuía, sin duda, a crear algunos problemas internos, y es indudable que esto agravaba la difícil situación de la gerencia, que procuraba mantener el debido decoro entre los jóvenes de ambos sexos que trabajaban en el establecimiento.

Aunque se ignora en qué departamento se instalaron finalmente Elena G. de White y la familia de su hijo, se sabe que estaba ubicado en el segundo piso y, sin duda, al frente (sur) del edificio. Desde sus ventanas se veía un gran parque o campo de maniobras, donde jugaban los niños y se entrenaban los soldados.

El edificio era de piedra y medía 14 m x 23 m. En el sótano estaban ubicadas la caldera y las dos máquinas de gas que producían energía para las prensas del piso superior. Sobre el sótano había un entrepiso ubicado un poco por debajo del nivel del suelo, lo cual permitía que entrara la luz por las ventanas. Allí se encontraban la sala de prensas y encuadernación, el depósito de papel, la fundición de estereotipos y una habitación dividida en pequeños depósitos iguales para las familias que vivían en el edificio. La mitad ubicada a la derecha o al este de la planta baja estaba destinada al salón de reuniones, con capacidad para 300 asientos; en la otra mitad estaban las oficinas de administración y de expedición, donde se doblaban y despachaban las publicaciones.

[59]

En el primer piso se encontraban la sala de composición y las oficinas destinadas a los redactores, traductores y correctores de pruebas. El frente y una parte del lado este de dicho piso había sido reservado para los departamentos donde vivían las familias.

Como ya se mencionó, en el segundo piso había sólo departamentos. Encima estaba el desván que se usaba como depósito, iluminado por el tragaluz del centro.

El viernes de noche Elena G. de White se dirigió a unas cincuenta personas reunidas en el salón de la planta baja. Su predicación fue traducida al francés y al alemán. Al respecto ella comentó: “Al principio resultaba bastante incómodo hablar de esa manera; pero esa impresión pasó pronto, y me resultó mucho menos difícil de lo que esperaba”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 183.

Reflexiones acerca de la histórica Basilea

Elena G. de White pasó los primeros días de la semana siguiente, el 7 y 8 de septiembre, escribiendo sus experiencias del viaje a Basilea, para publicarlas en la *Review and Herald*, y preparándose para la sesión del concilio europeo. Sus pensamientos retrocedieron a los tiempos de la Reforma en Suiza, tema al cual se había referido dos años atrás en el tomo 4 de su popular libro *Spirit of Prophecy (The Great Controversy)* [El Conflicto de los Siglos]. Pero mientras estuvo en Suiza escribió:

“La ciudad de Basilea fue un lugar importante para los reformadores protestantes. Suiza fue uno de

[60]

los primeros países de Europa que captó la luz de la mañana y anunció el surgimiento de la Reforma. Y Basilea fue uno de esos sitios donde la luz del día concentró sus rayos; de allí se irradiaron a los lugares circunvecinos. No fue, sin embargo, hasta después de transcurridos algunos años de espera y conflicto, que la Reforma se estableció aquí completamente”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 169, 170.

Se le reveló que las publicaciones que existían en el período de la Reforma eran importantes para el éxito de la obra del Señor en esa época.

“Por ser la sede de una universidad, Basilea era un centro de reuniones favorito para los eruditos. Contaba también con muchas imprentas. Fue aquí donde Zwinglio recibió su primera educación; donde Erasmo publicó el Nuevo Testamento que había traducido al latín del griego original; donde Frobenius, el célebre impresor, publicó los escritos de Lutero, y en poco tiempo los diseminó por Francia, España, Italia e Inglaterra; y también donde Juan Foxe pasó parte de su exilio tratando de imprimir algunos de sus libros... Aquí

imprimió la primera parte de *Book of Martyrs* (El libro de los mártires)”.—*Ibid.* 171.

Después la Sra. de White comenzó a pensar en la iglesia moderna, con sus posibilidades de imprimir y publicar el último mensaje de Dios.

“En la providencia de Dios, nuestra casa editora está ubicada en este lugar santo [Basilea]. No podríamos desear un lugar más favorable para publicar la verdad en diferentes idiomas. Como Suiza es una república pequeña, las cosas que provienen de ella no se reciben con suspicacia, como sucedería si una nación poderosa las entregara a otra de sus grandes rivales. Aquí se hablan tres idiomas: francés, alemán e italiano; es, por lo tanto, un lugar

[61]

favorable para imprimir publicaciones en estos idiomas”.—*Ibid.*

El ejército evangélico

Como la Sra. de White era evangelista de corazón, analizó el futuro de la proclamación del mensaje adventista en Europa y lo representó con la figura de un ejército bien entrenado.

“La plaza llena de césped que está frente a la oficina, y que ya he mencionado antes, está reservada por el gobierno suizo para efectuar maniobras militares. En ciertas épocas del año veo allí entrenarse día tras día a los soldados, para estar listos, cuando sea necesario, a incorporarse al servicio activo. Al observar los progresos del entrenamiento y al notar de vez en cuando la perfecta demostración que realiza cada compañía, surge en mí el interrogante: ¿Por qué no puede haber en Basilea un gran ejército de soldados cristianos que se entrenen para el servicio activo en las grandes batallas que hay que pelear en los diversos países de Europa

contra la tradición, la superstición y el error? Los que se están entrenando para pelear la batalla del príncipe Emanuel, ¿por qué han de ser menos fervientes, menos escrupulosos, menos minuciosos al prepararse para la lucha espiritual?”—*Ibid.*

Entrenar soldados para la lucha espiritual significaba ofrecerles una educación cristiana: Escuelas patrocinadas por la iglesia a las cuales pudieran asistir los voluntarios para el servicio, a fin de prepararse para la “batalla” en las vastas fronteras de Europa; “para salir como misioneros”, declaró la Sra. de White. Y añadió: “Y también para que nuestros hermanos que tienen niños dispongan de un lugar donde enviarlos y donde no estén obligados a asistir a clases en sábado”.—*Ibid.* 172.

[62] Este dilema de la asistencia a la escuela en sábado iba a convertirse en un problema realmente penoso en algunos países de Europa. El tiempo ha demostrado que Dios obró muchos milagros en favor de sus hijos obedientes, pero a menudo éste ha sido el crisol de la prueba y de la fidelidad.

Hagamos una pausa para considerar cómo se formó la estructura básica de la organización adventista en Europa. Este estudio es fundamental para comprender la estructura que dio como resultado asociaciones, casas editoras, colegios e instituciones médicas.

Los dos primeros concilios europeos

Entre el 14 y 17 de septiembre de 1882 se realizó el primer concilio misionero europeo, en Basilea. Esta reunión ayudó a desarrollar unidad y cohesión entre los mensajeros de Dios que trabajaban en tres territorios diferentes: Gran Bretaña, Escandinavia y Suiza. En el libro *Historical Sketches* se informan los alcances de esa reunión:

“Por ser ésta la primera reunión en su género, se dedicó más a la consulta y la comparación de las labores realizadas en el pasado que a recomendar planes para el trabajo futuro. Al adoptar estatutos se formó una organización permanente: Como presidente se eligió al pastor J. N. Andrews; secretario, el pastor A. A. John;

y tesorero Carlos M. Andrews. Aunque la cuestión de la relación que existiría entre esta organización y las diversas partes de la obra en Europa quedó a cargo de las recomendaciones de la Asociación General, los beneficios prácticos que se obtuvieron en esta primera asamblea fueron tan evidentes que se recomendó allí mismo que, a partir de ese momento, se realizaran esas asambleas por lo menos una vez al año” (pág. 109).

Debido a la extrema debilidad del pastor J. N. Andrews y a su muerte ulterior, se pospuso el segundo concilio europeo que estaba planeado para octubre de 1883. Se fijó una nueva fecha para esta segunda reunión, del 28 de mayo al 1 de junio de 1884 en Basilea, la cual coincidió con el fin de la visita de G. I. Butler a las tres misiones europeas. En esa ocasión la representación enviada por las misiones fue mucho más numerosa; hubo delegados de Italia y también de Rumania.

[63]

El concilio de 1884 adoptó ciertas recomendaciones, que incluían un nombre oficial: “El Concilio Europeo de las Misiones Adventistas del Séptimo Día”, y la designación de una comisión general ejecutiva, de tres miembros, formada por hermanos escogidos de las tres misiones. Esto permitiría aplicar a la obra por realizar el mejor criterio de todos los misioneros, y haría que todos se sintieran responsables del progreso de la causa común.

Conviene notar que este arreglo no creó una superestructura de “división” o de “unión”, ni requirió un grupo de obreros nuevos o un nuevo presupuesto. Sencillamente, reunió a los presidentes de las misiones locales en una comisión tripartita que debía supervisar la obra en general en Europa. De este modo, la Asociación General podía tratar directamente con esta comisión todos los asuntos importantes de la obra en expansión, y Europa podía contar con una voz en las sesiones de la Asociación General.

El énfasis que se dio a la necesidad de que cada territorio tuviera su representante, a fin de “unificar la obra” en Europa, refleja los rasgos más definidos y sobresalientes de la forma representativa que emplea la organización para administrar la iglesia. A pesar de que esta feliz idea de una representación completa alcanzó su culminación en la sesión de la Asociación General celebrada en

Battle Creek en 1901, la idea básica se manifestó y fue aceptada en los comienzos de la obra en Europa.

[64] Desde los primeros días de la Iglesia Adventista, aun antes que se organizara la Asociación General en 1863, los mensajes del espíritu de profecía repetían que se^{*} debía mantener el orden y usar procedimientos ordenados al desarrollar un sólido gobierno eclesiástico.—Véase *Primeros Escritos*, 97.

Y ahora vemos que el instrumento usado por Dios estaba presente en Europa, para facilitar el progreso de un testimonio evangelizador e institucional poderoso en el continente.

[65] Elena G. de White estuvo también presente en el Tercer Concilio Misionero Europeo en Basilea, y sus predicaciones y consejos ejercieron una fuerte influencia en la organización de la iglesia en Europa y contribuyeron a una rápida difusión de la verdad divina.

*3—E.G.W. en E.

La asociación Suiza

Una de las primeras de Europa

El Jueves 10 de septiembre, los obreros y miembros laicos de la iglesia comenzaron a llegar a Basilea para el congreso de la Asociación Suiza que se iniciaría esa tarde. Un antiguo amigo de Elena G. de White, Daniel T. Bourdeau, llegó con un grupo de creyentes franceses. Ella los saludó cordialmente y mantuvo una agradable entrevista con Bourdeau y su pequeña familia.

Estaban presentes su esposa Marion, y sus hijas Paciencia—una adolescente de quince años llena de energías—y Agustina, de diez años. Elena G. de White conocía a la familia Bourdeau desde la época en que estuvo radicada en Bourdeauville, al norte de Vermont, cuando su casa era un importante puesto de avanzada adventista.

El hermano de Daniel, A. C. Bourdeau, fue el primer miembro de la familia que aceptó el mensaje del tercer ángel. Cuando lo hizo, Daniel pensó que estaba loco al guardar el sábado en lugar del domingo. Orgulloso por la beca bíblica que había obtenido en un seminario bautista del Canadá, Daniel se dedicó a probar, por medio de las Escrituras, que su hermano estaba equivocado. Durante ese proceso, por supuesto, descubrió precisamente lo contrario, y se vio obligado a admitir que la Biblia favorecía el día de reposo adventista; a pesar de ello, no pudo aceptar todavía que las visiones de la Sra. de White fueran auténticas. Entonces se realizó una importante reunión en Puente Buck, Nueva York, en 1857. Daniel estaba presente, y durante la reunión Elena G. de White recibió una visión. Los fenómenos físicos que caracterizaron sus primeras visiones, uno de los cuales era la ausencia de respiración (véase [Daniel 10:17, 18](#)) se hicieron presentes en esa ocasión.

[66]

Jaime White, que estaba allí, invitó a pasar al frente a las personas que dudaban para que comprobaran por sí mismas. Explicó que cuando la Sra. de White estaba en visión, se abstraía por completo de todo lo que la rodeaba, y dio oportunidad a cualquiera de los

presentes para que la examinara. Esa fue la oportunidad de Bourdeau. Obtuvo permiso del pastor White, y con un espíritu de reverencia y decoro, después de comprobar que no había señales externas de respiración, recurrió a un extraño procedimiento. Más tarde dio el siguiente testimonio:

“Puse mi mano sobre su boca, oprimiéndole las fosas nasales entre mis dedos pulgar e índice, de modo que, aunque ella lo deseara, le era imposible exhalar o inhalar aire. La mantuve sujeta de este modo con la mano durante unos diez minutos, el tiempo suficiente como para que se asfixiara en circunstancias normales; pero esta prueba no le afectó en lo más mínimo” (Declaración de D. T. Bourdeau, del 4 de febrero de 1891, citada en *The Great Second Advent Movement* (El gran movimiento adventista), por J. N. Loughborough, pág. 210).

[67] Bourdeau confesó que después de este incidente * jamás volvió a dudar del origen divino de las visiones de la Sra. de White. Durante el Concilio Europeo que se celebró al poco tiempo, la confianza de Bourdeau fue sometida a una severa prueba, pero se mantuvo inalterable. Y jamás la perdió.

La Sra. de White asiste al congreso de la asociación Suiza

Esa noche se inauguró el segundo congreso anual de la Asociación Suiza. Esta asociación fue una de las primeras que se organizó oficialmente en Europa, en una reunión general celebrada el año anterior (1885), en Bienne. Se reunieron ministros de Francia, Italia, Alemania y Rumania, como también de Suiza, y aunque la asociación recibió el nombre de “Suiza”, en realidad incluía las iglesias de todos esos países. Ciento veinticinco delegados estuvieron presen-

* Los fenómenos físicos que acompañaron a las visiones de Elena G. de White durante los primeros 40 años de su ministerio, fueron una evidencia convincente para muchos de sus contemporáneos, de que sus visiones eran genuinas y no un mero engaño o un truco del diablo. Pero ni la Sra. de White ni sus contemporáneos que creían que ella era una verdadera mensajera de Dios, consideraron esas manifestaciones extraordinarias como prueba fundamental de la legitimidad de su condición de profeta. Eran sólo algunas evidencias entre otras muchas. Como Satanás puede falsificar los fenómenos físicos, era necesario que hubiera otras pruebas. Esas pruebas se definen en los siguientes textos bíblicos: [Mateo 7:15-20](#); [Isaías 8:20](#); [Jeremías 28:9](#); [1 Juan 4:1, 2](#). Algunas personas que estudiaron a fondo la vida de la Sra. de White concuerdan en que su vida y su obra estuvieron a la altura de esas normas bíblicas.

tes en la reunión de Bienne, donde se organizó la asociación; pero cuando la Sra. de White se levantó para hablar en la sesión del día viernes, le sorprendió y deleitó ver allí a casi 200 creyentes reunidos. “Raras veces se ve un grupo tan inteligente y de noble aspecto”, informó a los lectores de la *Review*. “A pesar de pertenecer a países diferentes, al fijar nuestros ojos en el mismo objetivo, Jesucristo, nos acercamos a Jesús y los unos a los otros”.—*The Review and Herald*, 3 de noviembre de 1885.

Los delegados escucharon con profundo interés la primera presentación de la mensajera del Señor. Fue una predicación cálida e inspiradora: “Esta mañana me interesó profundamente escuchar los informes del trabajo realizado en los diversos territorios”, comenzó diciendo. Añadió luego algunos recuerdos, y observó que esos informes eran muy similares a los que oyó cuando se inició la obra en Norteamérica. Estaba segura de que en Europa los obreros tenían el mismo sentir que los de Norteamérica, cuando veían aceptar el mensaje a los nuevos conversos: “Un alma que abraza la verdad tiene más valor que montañas de oro. Llorábamos y nos regocijábamos, y apenas podíamos dormir”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 147. [68]

Después se refirió al informe del trabajo en Italia presentado por el pastor A. C. Bourdeau:

“Se ha hablado de los valles del Piamonte. Por la luz que he recibido sé que en esos valles hay almas preciosas que aceptarán la verdad. No conozco personalmente esos lugares; pero me fueron presentados como que estaban relacionados en ciertos aspectos con la obra de Dios en el pasado”.—*Ibid.*

A continuación aseguró a los representantes de otros países de Europa que “en todos los territorios mencionados en los informes hay aún una gran obra por realizar”.—*Ibid.*

Métodos apropiados de trabajo

La Sra. de White se refirió luego a los métodos apropiados de trabajo. Subrayó la importancia de las visitas personales a los

hogares. El pastor debe estar alerta para captar cualquier indicio de interés y de convicción despertado por su predicación, y debe comenzar a trabajar de inmediato con las personas involucradas. “Muchas almas preciosas vacilan durante un tiempo”, dijo Elena G. de White, “y luego se inclinan hacia el error, porque el pastor no realizó un esfuerzo personal en el momento apropiado”. *Ibid.* 148. Sugirió que tal vez los obreros deberían vivir en los lugares donde las necesidades son mayores. “Deberían acercarse a la gente, sentarse a sus mesas y alojarse en sus humildes hogares”. —*Ibid.* Si esto significaba que los obreros debían ir con su familia a lugares indeseables, tendrían que recordar, simplemente, que cuando Jesús trabajó en Palestina no siempre permaneció en los lugares más agradables.

Pero no sólo señaló a los ministros como los únicos heraldos del mensaje. Sabía que había madres muy laboriosas y jornaleros que también tenían una obra que hacer para Dios. “Hermanos y hermanas, vosotros que permanecéis apegados a los objetos superfluos de vuestra casa, tenéis una tarea que cumplir. La obra de salvar almas no debe quedar sólo a cargo de los ministros. Toda persona convertida procurará llevar a otros al conocimiento de la verdad. Comenzad a trabajar con los que están en vuestro propio hogar y vecindario... También podéis elevar vuestras peticiones en favor de los obreros que trabajan en los distintos territorios. Dios escuchará vuestras oraciones”.—*Ibid.*

Ese consejo no era un mero sermonear. Aunque madre de cuatro hijos, la Sra. de White siempre trabajó fielmente para llevar a Cristo a los que estaban junto a ella y también a sus vecinos. Sus contactos misioneros en Europa, tanto dentro de la iglesia como fuera de ella, eran frecuentes y fructíferos, como veremos más adelante.

Reuniones en sábado

El sábado de mañana, al mirar por la ventana, la Sra. de White vio que los coches de caballos pasaban tambaleándose y luchando contra el barro de las calles a medida que se iba reuniendo la gente. Luego se dirigió a la nueva capilla para la reunión sabática. Su preocupación se expresa en las siguientes palabras: “Que el Señor nos acompañe”.—*Manuscrito 16a, 1885.*

D. T. Bourdeau predicó en francés, y su hermano tradujo el sermón al inglés para que pudieran entenderlo los norteamericanos e ingleses presentes.

[70]

Por la tarde, Elena G. de White volvió a predicar. Lo hizo con mucha claridad y fervor, y cuando efectuó el llamado la respuesta fue desbordante. Surgieron un centenar de testimonios fervientes. “Todos manifestaron que el discurso los había impresionado y beneficiado. Realmente parece que esta gente está ansiosa por recibir ayuda y está dispuesta a aceptar mi testimonio”.—*Ibid.*

Por la luz que la Hna. White recibió del Señor, las iglesias adventistas no debían descuidar las reuniones de testimonios, porque ellas abrían grandes depósitos de fortaleza y ánimo recíproco dentro de la familia de la iglesia.

La reunión “social” o de testimonios tenía también un valor práctico como escuela, donde los creyentes aprendían a expresarse y a usar la voz al dar sus testimonios. En las congregaciones nuevas de Europa, y más adelante en Australia, la Sra. de White introdujo esta clase de reuniones.

“Aunque la reunión social es algo nuevo, aprenden en la escuela de Cristo, y están venciendo el temor y el temblor. Les presentamos el hecho de que la reunión social será la mejor forma de prepararlos y educarlos para que sean testigos de Cristo”.—*Manuscrito 32, 1894.*

El domingo de mañana debía reunirse la flamante Sociedad Suiza de Publicaciones. Las dimensiones de la obra que tenían por delante les producía una sensación de desamparo, ya que sólo contaban con un colportor alemán, y algunos pocos más en otros países. Guillermo White se adelantó para hablar. A pesar de sus escasos 31 años, era un experto dirigente de publicaciones, y había trabajado como gerente de la Pacific Press. Sabía manejar el negocio de publicaciones con unos pocos colportores. Se refirió al comienzo de la obra de colportaje en Norteamérica, que databa de pocos años, y a la cantidad de programas experimentales que se probaron allí antes de descubrir mejores métodos de trabajo. Y sus animadores consejos dieron resultado. Antes de concluir el congreso el pastor White y Sands Lane, de Inglaterra, organizaron una numerosa clase

[71]

de aspirantes al colportaje, ocho de los cuales decidieron dedicarse a ese trabajo.

El carácter práctico de las predicaciones de Elena G. de White

Ese mismo día, la Sra. de White predicó un sermón práctico a los misioneros. Comenzó hablando del escepticismo de Natanael cuando oyó mencionar a Jesús por primera vez:

“Esta es una lección para todos nuestros ministros, colportores y misioneros. Cuando os halléis frente a personas que, como Natanael, tienen prejuicios contra la verdad, no tratéis de presentarles vuestras opiniones con demasiado énfasis. Mencionad al principio temas en los que ambos concuerden. Inclinaos con ellos para orar, y con humilde fe presentad vuestras peticiones al trono de la gracia. Tanto vosotros como ellos podréis establecer un contacto más estrecho con el cielo, el prejuicio se debilitará y os será más fácil llegar al corazón”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 149.

Nuevamente destacó la importancia del trabajo personal, y declaró que la obra del mensaje del tercer ángel se cumplirá en gran medida por el esfuerzo perseverante e individual y por las visitas a los hogares.

Luego volvió a referirse a su tema favorito:

“Presentad la verdad tal cual es en Jesús; no con el ánimo de discutir o de buscar contención, sino con humildad y temor... Muchos rechazan la verdad porque no les es presentada con el espíritu de Cristo”.—*Ibid.* 150.

[72] Según ella, este amor lograría mucho más que los argumentos, por más poderosos que fueran. Luego aconsejó cómo tratar los casos más difíciles. Dijo que aun en el caso de que alguien cerrara la puerta en la cara del misionero, éste no debía ceder. Ese era el momento de que los “silenciosos mensajeros de la verdad”—la página impresa—, dieran su testimonio.

Una tarea para jóvenes y ancianos

La Sra. de White sabía que debían afrontar enormes dificultades, pero había una obra que podían realizar los miembros de todas las edades:

“El éxito no depende tanto de la edad o de las circunstancias de la vida, como del amor genuino hacia los demás. Mirad a Juan Bunyan dentro de las paredes de la prisión... No está ocioso. El amor por las almas sigue ardiendo en su interior, y desde su oscura prisión surge una luz que alumbra a todo el mundo civilizado. Su libro *El Peregrino*, escrito en las circunstancias más adversas, describe la vida cristiana con tal precisión, y presenta el amor de Cristo bajo una luz tan atractiva, que centenares y millares de personas se convirtieron por medio de ese instrumento”.—*Ibid.* 151.

Las palabras que siguieron inspiraron ánimo a los que tenían origen luterano:

“Contemplad ahora a Lutero en su prisión de Wartburg, mientras traduce la Biblia, que salió luego como una antorcha llevada de un país a otro por sus conciudadanos, para separar la religión de Cristo de la superstición y el error”.—*Ibid.*

Luego instó a los jóvenes para que se dedicaran al servicio de Cristo, y terminó con una exhortación:

“Estoy agradecida al ver una congregación tan numerosa en esta reunión. Pero el año próximo, ¿se verá más que duplicado el número de los presentes? Que cada uno responda por sí mismo acerca de lo que hará”.—*Ibid.* 153.

Aquella tarde volvió a predicar. Nuevamente el auditorio se separó en grupos de distintas nacionalidades. El pastor D. T. Bourdeau [73] tradujo al idioma francés, el pastor Erzberger al alemán y el pastor

Oyen al dinamarqués y noruego. Fue una experiencia agradable para la Sra. de White, ya que el sistema de traducción le permitía disponer de más tiempo para reflexionar en lo que estaba diciendo, y para descansar la voz.

Hubo también una exhortación diferente y sorprendente—una “experiencia nueva para muchos de nuestros hermanos europeos”, como la describió Elena G. de White. Al concluir su predicación, invitó “a todos los que deseaban ser cristianos y que sentían que no habían mantenido una relación viva con Dios, que pasaran al frente”, y declaró que “uniremos nuestras oraciones a las tuyas para pedir perdón por el pecado, y gracia para resistir a la tentación”.—*The Review and Herald*, 3 de noviembre de 1885.

Dios hizo la obra. La gente respondió con gusto. La Hna. White declaró: “Pareció que toda la congregación se entusiasmó, y lo mejor que pudieron hacer fue quedarse en su sitio para buscar juntos al Señor”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 173.

Después de esta exhortación, 115 personas, muchas de las cuales lloraban sin cesar, expresaron en un emotivo testimonio su deseo de tener una experiencia genuina en las cosas de Dios.

En un informe de este incidente publicado en la *Review*, Elena G. de White describió la sinceridad de esta reunión de reavivamiento celebrada en Basilea. Dio testimonio de que la obra del Espíritu de Dios es similar dondequiera que estén sus hijos. “El Espíritu Santo obra de igual manera en todo el mundo. Cuando se lo recibe en el corazón, todo el carácter se transforma... Los viejos hábitos y costumbres, el orgullo nacional y el prejuicio se quebrantan... Y esto da como resultado la unidad de pensamiento y acción”.—*The Review and Herald*, 3 de noviembre de 1885.

[74]

El congreso llega a su fin

El lunes, finalmente, concluyó el congreso. La última predicación de la Sra. de White giró en torno de la unidad y la cortesía cristianas, y cuando terminó hubo otro “estreno” en la nueva capilla de Basilea: Un bautismo celebrado en el flamante bautisterio. Catorce personas dieron este paso a instancias de la fe, y Elena G. de

White declaró: “Quiera Dios que ninguno de ellos olvide jamás sus votos bautismales”.

Al relatar la historia en el órgano informativo de la iglesia, exhortó a los adventistas de todas partes del mundo con las siguientes palabras:

“Los que han aceptado recientemente la cruz de Cristo, tanto aquí como en Norteamérica, ¿seguirán ascendiendo por la escalera del progreso?”—*Ibid.*

[75]

El tercer concilio misionero europeo

Una Asociación General en miniatura

El martes, es decir, un día después que concluyó la asamblea, comenzó en Basilea una reunión aún más importante: El Tercer Concilio Europeo de las Misiones Adventistas del Séptimo Día, del 15 al 29 de septiembre. Guillermo White declaró que esa sesión fue una Asociación General en miniatura. Resultó ser la reunión de obreros más memorable y eficaz que tuvo la iglesia europea en sus primeros años. Ningún otro concilio se le pudo comparar en orden de importancia, ya que estableció un modelo para la obra futura.

A los 31 delegados oficiales que habían venido de distintos países europeos se les unieron tres más de Norteamérica. También asistieron los empleados de la casa editora y una cantidad de creyentes suizos.

El primer día del concilio amaneció sereno y bello; a las cinco de la mañana la Sra. de White se levantó a escribir. Después del desayuno, como faltaban aún varias horas para la reunión de apertura, salió por primera vez desde que estaba en Basilea a dar un paseo en carruaje. Cruzó el Rin y entró en territorio alemán. Regresó renovada.

[76] A las once, los delegados se reunieron en el salón de la casa editora para comenzar sus deliberaciones. La Sra. de White se sentó en silencio mientras ellos elegían las comisiones de trabajo y comenzaban a elaborar planes. El programa pronto cobró forma. La comisión de reuniones, de la cual formaba parte Guillermo White, propuso a la mañana siguiente que se celebrara una asamblea bíblica junto con el concilio.

J. G. Matteson resultó escogido para dirigir la clase bíblica todas las mañanas a las nueve y se designó a S. H. Lane, J. Erzberger y A. C. Bourdeau para que enseñaran a los obreros a dar estudios bíblicos. Una clase de colportaje a la 1.30 de la tarde y otra de inglés a las 4.30 completaban el programa de la asamblea. Además, a primera

hora de la mañana se celebraban las reuniones administrativas y espirituales. No se desperdiciaba el tiempo; a los delegados se los podía acusar de intemperantes, pero no de indolentes. Las reuniones comenzaban a las 5.30 de la mañana y proseguían hasta las 9 de la noche.

Además de participar en las deliberaciones del concilio, la Sra. de White hablaba todas las mañanas en la reunión de oración y testimonios. Posteriormente se informó que “las charlas matutinas de la Sra. de White fueron uno de los aspectos más interesantes de esta convocación anual, y en ellas se impartió mucha instrucción valiosa acerca de la obra práctica de los presentes”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 118.

Ella comenzó su serie de charlas devocionales prácticas el miércoles de mañana, con una exhortación a los ministros para que adquirieran una experiencia individual con Dios y manifestaran amor y tolerancia entre ellos. “Una máquina puede ser perfecta en todos sus detalles—señaló—, pero si no recibe aceite en los lugares apropiados sufrirá fricción y desgaste. Lo mismo nos pasa a nosotros. Necesitamos el aceite de la gracia en nuestro corazón, para evitar las fricciones que pueden surgir entre nosotros y aquellos a quienes servimos”. *Ibid.* 119. Antes que concluyera el concilio, se hizo evidente una gran necesidad de este aceite de la gracia y hubo [77] oportunidad para que se lo aplicara generosamente.

Informes de las misiones

En la primera parte del concilio, los obreros presentaron uno por uno el informe de los progresos de la obra en sus respectivas áreas de trabajo. J. G. Matteson inició los informes con el relato de su trabajo en Escandinavia. Desde el mes de abril había estado trabajando en Copenhague y como resultado organizó una iglesia de once miembros. En esa época había 258 observadores del sábado en Dinamarca, 279 en Suecia y unos 160 en Noruega. Matteson informó que en todo el territorio de Escandinavia había siete ministros, siete hombres con licencia para predicar, ocho colportores y 18 iglesias.

Los observadores del sábado en Inglaterra estaban organizados en cuatro iglesias. En Suiza, Alemania, Francia, Rumania e Italia

había 224 creyentes diseminados, además de otras 39 personas que guardaban el sábado en otras iglesias no relacionadas con la asociación.

Francia y Córcega presentaron un informe de 35 miembros. Dos pequeñas iglesias italianas, Nápoles y Torre Pellice, tenían 25 miembros. En Pitesti, Rumania^{*}, donde Thomas G. Aslan continuó el trabajo iniciado por A. C. Bourdeau, había catorce creyentes.

[78] Los redactores también se sentían orgullosos de sus publicaciones misioneras y sobre temas de salud. En total, se publicaban nueve periódicos diferentes en Europa Central, Escandinavia e Inglaterra. Pero todavía había una urgente necesidad de libros nuevos en los idiomas europeos, especialmente libros del espíritu de profecía, a fin de que los colportores pudieran ofrecer al pueblo hambriento mucho más que unos pocos folletos y suscripciones de revistas. Uno de los primeros acuerdos del concilio fue el de establecer una comisión permanente que recomendara libros para su traducción y su publicación.

La verdad debe ser presentada con amor

El jueves de mañana la Sra. de White volvió a referirse a un tema que había mencionado durante la asamblea Suiza: La necesidad de presentar la verdad con amor. Señaló el ejemplo de Pablo. Cuando él trabajó en favor de los judíos, no destacó al principio los importantes aspectos de la vida y la muerte de Cristo. Comenzó hablándoles del Antiguo Testamento; demostró a sus oyentes que existía la promesa de un Salvador, y luego les presentó el hecho de que ese Salvador ya había llegado. “Este fue el ‘ardid’ que usó Pablo para atraer almas”, observó la Sra. de White:

“Cuando trabajéis en un lugar donde la gente recién comienza a quitarse las escamas de los ojos, y a ver a los hombres como árboles que caminan, tened mucho cuidado de no presentar la verdad en forma tal que despierte prejuicios, y cierren la puerta de su corazón a la

^{*}M. B. Czechowski predicó la doctrina adventista por primera vez en Rumania, en el invierno de 1868-69. Aslan fue uno de sus conversos. Bourdeau organizó la iglesia de Pitesti. Esta iglesia pronto se dispersó debido a la persecución, no mucho tiempo después del segundo concilio europeo de 1884.

verdad. Concordad con la gente en todos los puntos que os sea posible, sin detrimento de vuestras creencias. Dejadles ver que amáis sus almas, y que deseáis armonizar con ellos tanto como sea posible”.—*Ibid.* 122.

Luego añadió, con un dejo de tristeza:

“Oh, si pudiera impresionar a todos con la necesidad de trabajar con el espíritu de Jesús; porque se me ha mostrado que a algunas almas en Europa se las ha alejado de la verdad por falta de tacto y habilidad al presentársela”.—*Ibid.*

En la última parte de su disertación del jueves de mañana, trató un problema definido:

[79]

“No alentéis a cierta gente que hace del vestido el centro de su religión... Hablad del amor y la humildad de Jesús; pero no animéis a los hermanos y hermanas a que se dediquen a buscar defectos en la ropa o el aspecto de los demás. A algunos les deleita hacerlo”.—*Ibid.*

Y concluyó diciendo con franqueza:

“Son pocos los hermanos y hermanas que conservan la vestimenta sencilla como yo lo hago. Mis escritos se refieren a este tema ^{*}, pero no lo pongo en primer lugar. No se le debe conceder más importancia que a las verdades solemnes y probatorias para este tiempo”.—*Ibid.* 123.

Reuniones de preguntas y respuestas

Por fin llegó el momento cuando el concilio debía desviar la atención de los informes del pasado a los planes para el futuro. Guillermo C. White sugirió que bien podría dedicarse algo de tiempo para que los hermanos que lo desearan hicieran algunas preguntas

^{*}Véase *Joyas de los Testimonios* 1:592-601, cap. “La sencillez en el vestir”.

prácticas. Se les daría respuesta y se concedería la oportunidad de entablar una discusión. Se preparó un “buzón de preguntas”.

Por fin llegó el momento de ventilar y discutir las diferencias de opinión, y el viernes, cuando Elena G. de White se levantó a las cinco de la mañana para preparar su mensaje devocional, dijo que “el Espíritu de Dios la instó” a presentar a los obreros la necesidad de aceptar las enseñanzas. Su mensaje, basado en [Santiago 3:13-18](#), fue otra exhortación a la unidad.

“Nadie debe pensar que no es muy importante el hecho de mantenerse unido con sus hermanos; porque los que no aprendan a vivir en armonía aquí, jamás estarán unidos en el cielo...

[80]

“Aunque penséis que tenéis razón, no debéis lanzar vuestras ideas para que ocupen el primer lugar y causen discordia... Dejad que Cristo se revele. No acariciéis un espíritu de independencia que os conducirá a pensar que si vuestros hermanos no están de acuerdo con vuestra opinión tienen que estar equivocados. Las opiniones de vuestros hermanos son para ellos tan preciosas como las vuestras lo son para vosotros. En Cristo os uniréis vosotros con ellos, y habrá un dulce espíritu de unidad”.—[Ibid. 124-126](#).

Los pioneros son siempre una casta independiente. Tienen que tomar sus propias decisiones y a menudo se ven obligados a avanzar sin la dirección ni el consejo de nadie. Por lo tanto, en los comienzos de la obra en Europa, a muchos obreros les era sumamente difícil adaptarse al hecho de que la iglesia estaba saliendo de su etapa pionera y se iba convirtiendo en una entidad organizada que poseía cierta fuerza. Ahora se hacían necesarias la colaboración y la coordinación. Y el Espíritu de Dios dirigió los mensajes que hacían tanta falta en ese momento.

Mientras tanto, Elena G. de White tenía un problema mucho más humano: ¡Un diente que necesitaba atención! El Dr. Vincenzo Guerini, un afable dentista italiano convertido, había venido de Nápoles

para asistir al concilio. La Sra. de White lo visitó y lo describió luego como “un refinado caballero... Está totalmente consagrado a la verdad. Un hombre de excelente espíritu”. *Carta 23, 1885, p. 2*. Era también un hábil profesional.

Finalmente llegó el primer sábado, para romper la activa rutina. D. T. Bourdeau predicó en el culto del sábado de mañana y la Sra. de White ocupó el púlpito por la tarde. Su predicación fue de gran ayuda para la hermandad. “Los ángeles celestiales estuvieron en nuestro medio—declaró—. Fui bendecida al hablar, y los hermanos fueron bendecidos al escuchar”.—*Ibid. 3*.

[81]

En la inspiradora reunión de testimonios que siguió, los esfuerzos que realizó la Sra. de White por promover la unidad entre los hermanos comenzaron a dar fruto. Durante algún tiempo Antonio Biglia se limitó a trabajar exclusivamente en la ciudad de Nápoles, Italia, para preocupación de los dirigentes de la asociación. El recibía sueldo de la asociación, pero trabajaba de acuerdo con su criterio independiente. Ahora se puso de pie, y con profunda emoción hizo su confesión.

La respuesta a los testimonios dados por la Hna. White

“Había oído y leído acerca de la misión de la Hna. White, pero ahora la he visto y palpado por mí mismo. Reconozco que el poder de Dios tocó mi corazón por medio de su testimonio. Lo recibo como proveniente de Dios, y me humillo ante él. A través de la Hna. White llegó a mí la voz de Dios reprobando mis pecados”.—*Ibid.*

A continuación Biglia accedió a trabajar bajo la dirección de la asociación, y antes que terminara el concilio europeo se votó un acuerdo que lo animaba a ampliar su área de trabajo fuera de los límites de Nápoles.

La reunión de testimonios se prolongó cuatro horas. “Muchos declararon llorando que era la mejor reunión que habían tenido”, escribió la Sra. de White a G. I. Butler, presidente de la Asociación General.

La Sra. de White no fue una mera observadora en las reuniones, sino una participante activa. Tanto su corazón como su mente estaban entregados a los problemas del momento. Noche tras noche permanecía despierta, orando e implorando al Señor la ayuda que necesitaban. Y el Señor contestaba sus fervientes plegarias.

[82] El buzón de preguntas contenía algunas consultas que ponían a prueba la sabiduría de los dirigentes. En la reunión del domingo de mañana se inició la discusión con el siguiente interrogante: “¿Ofrece alguna ventaja el uso de carpas en Europa y Gran Bretaña?” Ese día A. A. John presentó un informe de sus reuniones al aire libre en Gales, que parecían tener éxito, y se manifestó en contra de las reuniones en carpas. Pero la Sra. de White objetó su declaración, en primer lugar porque las reuniones al aire libre exigían mucho esfuerzo de los órganos vocales del ministro, y en segundo lugar porque se hacía demasiado difícil mantener el orden y la dignidad que requería una reunión religiosa. Además, el contacto con la gente en las reuniones al aire libre era a menudo breve y superficial. Eso no significaba que había que dejar de celebrarlas, pero había medios mejores para predicar el mensaje. El método más excelente eran las visitas del ministro a los hogares para “abrirles las Escrituras alrededor de la chimenea y para enseñarles con sencillez los puntos esenciales de la verdad presente... Los estudios bíblicos, la oración humilde y ferviente con la familia, cumplen una obra más grande que los discursos más poderosos... sin ese esfuerzo personal”.—*Ibid.*

La importancia de las reuniones en carpa en Europa

La Sra. de White dijo que, por la luz que había recibido, sabía que en Europa se podían realizar reuniones muy beneficiosas. Al día siguiente, el concilio acordó comprar carpas para Inglaterra, Suecia, Suiza y Francia.

Al hablar en el culto del lunes de mañana, Elena G. de White volvió a reflejar su preocupación por que los obreros aprendieran la colaboración mutua. Sus primeras palabras señalaron el hecho de que Jesús envió a sus discípulos de dos en dos.

“Nuestro Salvador sabía a quiénes convenía relacionar. No podía unir al suave y amado Juan con otro

discípulo de temperamento similar; lo conectó con el ardiente e impulsivo Pedro... De este modo, los defectos de uno se cubrieron en parte por las virtudes del otro”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 126.

[83]

A continuación desvió un poco el tema, y destacó la importancia de la perseverancia en el trabajo. Dios quiere obreros que se dejen absorber completamente por la voluntad divina, y que no permitan que nada los distraiga de su vocación:

“Un alma tiene más valor que todo el mundo; y al Dios del cielo le desagrada que permitamos que las cosas de naturaleza temporal se interpongan entre nosotros y la obra de salvar almas”. *Ibid.* 127. Lanzó a los delegados el siguiente desafío:

“Hay una gran obra que hacer en Europa. Al principio puede parecer que se mueve lentamente y con dificultad; pero Dios obrará poderosamente a través de vosotros si os rendís enteramente a él. Muchas veces tendréis que caminar por fe y no por sentimientos”.—*Ibid.* 128, 129.

Apremiantes necesidades financieras en Basilea

En la reunión que el concilio celebró esa mañana a las 10.30, la Sra. de White escuchó con atención las discusiones y recomendaciones. Cuando el tema giró en torno de la apremiante falta de fondos, no pudo abstenerse de compartir algunas de sus experiencias como pionera. Recordó la época cuando su esposo, Jaime White, casi inválido a causa del reumatismo, cortaba leña por 24 centavos la pila, a fin de reunir el dinero necesario para asistir a la primera asamblea sabática en Connecticut.

Por la noche el dolor de sus articulaciones era tan intenso que no podía dormir. Después se refirió a una oportunidad en que ella se desvaneció y cayó al suelo con una criatura enferma en los brazos, por falta de alimento. Después de mencionar varias experiencias similares, recordó que hacía apenas unos pocos años, el pastor J. N. Andrews, cuando estaba precisamente por viajar a Europa como

[84] misionero, se quedó sin dinero. La Sra. de White vendió entonces en 50 dólares un vestido nuevo de seda que le había regalado una amiga, y le mandó el dinero al necesitado pastor. Luego habló con emoción de las necesidades inmediatas de la casa editora de Basilea:

“Nuestra tesorería está ahora, puedo decir, casi vacía. En muchos lugares hemos sufrido una fuerte presión económica. Hace una o dos noches soñé que oraba a Dios. Desperté suplicándole mientras le presentaba nuestra tesorería vacía, y le rogaba que nos enviara medios para adelantar su causa y su obra. Propongo, hermanos y hermanas, que presentemos a Dios con fe viva nuestra tesorería vacía, y le pidamos que supla nuestras necesidades”.—*Manuscrito 14, 1885.*

Guillermo White, al escribir al presidente de la Asociación General al día siguiente, hizo lo posible para que sus necesidades fueran conocidas no sólo en el cielo sino también en Battle Creek.

“Todavía hay que pagar 5.000 dólares por el edificio”, se lamentó. “El Hno. Whitney le escribió para hacerle saber qué cosas se necesitaban, pero usted no pareció comprender, y le respondió felicitándolo por el hecho de que no necesitaba nada más. Entonces él volvió a escribirle para explicarle que había una necesidad inmediata de 5.000 dólares, y acaba de recibir la consoladora respuesta de que cuando necesite más dinero lo mande a buscar, pues usted trataría de reunirlo. Estamos pasmados, al borde de la bancarrota, ¿qué podemos decir para que entiendan los hechos?” (Carta de Guillermo White a G. I. Butler, 22 de septiembre de 1885).

Finalmente las oraciones y los ruegos de los obreros europeos fueron contestados. El 6 de octubre llegaron los 5.000 dólares.

[85] Todos los días, durante el concilio, la Sra. de White no sólo siguió escribiendo su diario, sino que añadió una extensa carta a G. I. Butler. Esa tarde, mientras escribía, llamaron a la puerta. Era Alberto Vuilleumier.* La Asociación Suiza recomendó que se lo

*Juan, el hijo de Alberto, que comenzó su carrera como linotipista, traductor y posteriormente redactor en la casa publicadora de Basilea en 1883, contribuyó a la causa con toda una vida de servicio en Europa y Norteamérica. Hasta el día de hoy el apellido Vuilleumier es muy conocido entre los adventistas franceses y suizos de Europa.

ordenara al ministerio, pero él creyó que debía esperar otro año. El y la Sra. de White hablaron de su experiencia, y recordaron el tiempo cuando él aceptó el mensaje por la predicación de Czechowski en 1867 y se convirtió en un miembro destacado y en anciano de la primera iglesia europea adventista de Tramelan.

Vuilleumier consultó acerca de la presentación del mensaje adventista en territorios nuevos. ¿Debía mencionarse al principio la cuestión del sábado? La Sra. de White le recordó que había aconsejado comenzar por la piedad práctica, la consagración y el perdón, temas con los cuales todos los cristianos concordaban. También debe haberlo animado a aceptar la ordenación, porque al llegar la última noche del concilio los pastores le impusieron las manos y lo consagraron para el ministerio.

El martes de mañana, 22 de septiembre, Elena G. de White presentó una de las disertaciones más cálidas e inspiradoras acerca de la fe y la confianza en Dios. Fue en realidad un testimonio personal.

“En esta mañana me siento tan agradecida por el hecho de que podemos encomendarle a Dios, como a un fiel Creador, el cuidado de nuestras almas. A veces el enemigo me acosa con toda la fuerza de sus tentaciones cuando estoy por predicar. Me siento tan debilitada que parece imposible que logre estar de pie ante la congregación. Pero si cediera a mis sentimientos, y dijera que no puedo hablar, el enemigo ganaría la victoria. No me atrevo a hacerlo. Avanzo, ocupo mi lugar en el púlpito, y digo: ‘Jesús, mi alma indefensa depende de ti; no

permitirás que sea confundida’, y el Señor me da la victoria...

“¡Oh, si pudiera impresionar a todos con la importancia de ejercer fe momento a momento y hora tras hora!... Si creemos en Dios, estamos armados con la justicia de Cristo; nos hemos aferrado de su fuerza... Queremos hablar con nuestro Salvador como si estuviera precisamente a nuestro lado”.—**Historical Sketches**

of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 130-133.

Se extiende el período de sesiones

Cuando la Sra. de White comenzó a hablar y la gente empezó a dar testimonios, muchos dijeron que podían comprender mejor ahora por qué no habían avanzado más rápidamente en su experiencia cristiana. Algunos presentes pidieron que las reuniones se extendieran una semana más. “Dijeron que las lecciones que estaban recibiendo de la Hna. White eran muy valiosas; que estaban aprendiendo mucho en los estudios bíblicos y en las clases acerca de la obra de los colportores”. *Carta 23, 1885*. Por lo tanto, el concilio acordó prolongar una semana esa rica fiesta espiritual y la valiosa instrucción práctica. Esa última semana fue un tiempo de prueba para algunos de los ministros presentes, según veremos más adelante.

“Cómo hacer frente a las tentaciones”, fue el tema de la predicación de Elena G. de White en el culto del miércoles de mañana. “La presunción es una tentación muy común”, señaló, y los que profesan seguir a Cristo demasiado a menudo “se precipitan, sin pensar, en tentaciones que requieren luego un milagro para que salgan de ellas sin mancha. La meditación y la oración los hubieran preservado de esas tentaciones, instándolos a evitar la situación crítica y peligrosa en que se colocaron”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 133*.

[87] Pero, por más cuidadosa que sea la persona, las tentaciones llegan.

El cristiano tentado tiene el privilegio de unir su fuerza con la de Dios: “Tenemos el privilegio, en medio de nuestra gran debilidad, de aferrarnos de la fuerza del Todopoderoso. Si pensamos que podemos enfrentarnos al enemigo y vencerlo con nuestras propias fuerzas, nos chasquearemos”.—*Ibid. 134*.

Es esencial “avanzar diariamente en la edificación del carácter”. Pero la sierva de Dios nos advierte que esta tarea no será fácil. “Cuando tratamos de separarnos de nuestros hábitos pecaminosos, puede parecer a veces que nos estamos desgarrando; pero ésta es precisamente la obra que tenemos que hacer para crecer hasta la

plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús”.—*Ibid.* 134, 135.

Finalmente, sólo los que ejerciten la fe pueden resistir la tentación. “Aferraos a Cristo y a sus méritos”, insta la sierva de Dios, y “él cumplirá todo lo que ha prometido”.—*Ibid.* 135.

Las decisiones del concilio se hicieron más definidas. Se acordó enviar a A. C. Bourdeau a Torre Pellice, Italia, y al joven Carlos Andrews a Battle Creek para que aprendiera más cabalmente las artes gráficas. Se elevó un pedido a la Asociación General para que enviara a Europa a un obrero alemán idóneo, y poco tiempo después llegó L. R. Conradi. Se presentaron y aceptaron varios nombres para distintos cargos y comisiones. Muchas de las decisiones se originaron en una consulta previa efectuada en la habitación de Elena G. de White antes de las reuniones. Pero en esa pequeña reunión surgió un tema crucial que no llegó a presentarse en la sesión.

Se despierta una controversia

Además de Elena G. de White estuvieron presentes los hermanos Bourdeau con sus respectivas esposas, el pastor y la Sra. Whitney y Enrique Kellogg. D. T. Bourdeau sugirió que Francia e Italia se dividieran en dos asociaciones, separándose de la Asociación Suiza. No resulta claro cómo pensaba Bourdeau organizar asociaciones que pudieran funcionar con menos de cincuenta miembros, pero él arguyó que cada grupo nacional era celoso e independiente y que el hecho de formar parte de la Asociación Suiza provocaría resentimientos. La Sra. de White respondió que ésa era una razón poderosa por la que debían aprender a mezclarse con otras nacionalidades.

[88]

“Le dije al Hno. Daniel que esto no estaría de acuerdo con la voluntad de Dios... La verdad es una sola. Involucra tanto a gente de Francia como de Italia, y el hecho de que se mezclen con otras naciones, los suaviza y refina por medio de la verdad”.—*Carta 23, 1885.*

La Sra. de White trató de ayudar a Bourdeau a ver que su propuesta sólo produciría debilitamiento en la causa, que estaba recién

en su infancia en estos países. Pero Bourdeau se ofendió y comenzó a recordar los agravios que, a su criterio, había recibido años atrás en Battle Creek y más tarde cuando trabajó bajo la dirección de J. N. Andrews en Europa. Como su nerviosismo iba en aumento, la Sra. de White sintió que no podía aprobar con su presencia un espíritu tal. Se levantó y abandonó la sala. “No sancionaré un espíritu tal”, explicó en su diario.

A la mañana siguiente, su predicación se basó en los principios generales que había tratado de hacerle entender a D. T. Bourdeau. Sin embargo, no mencionó su nombre. En realidad, trató de ampliar la aplicación:

“Algunas personas que estuvieron en estos campos misioneros dijeron: ‘No entendéis a los franceses; no comprendéis a los alemanes. Hay que tratarlos de esta manera’. Pero, pregunto yo, ¿es que Dios no los comprende? ¿No es él quien da a sus siervos un mensaje para el pueblo?”—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 136.

[89]

Luego usó la ilustración del templo judío. Las piedras fueron extraídas de las canteras de las montañas, pero al unir las formaron un edificio perfecto. Entonces, con gran sinceridad, añadió:

“Nadie piense que no necesita recibir el toque de un cincel. No existe ninguna persona o nación que sea perfecta en todas sus costumbres e ideas. Los unos deben aprender de los otros. Por eso Dios quiere que las diferentes nacionalidades se mezclen y sean una en criterio y una en propósito. Entonces se ejemplificará la unión que hay en Cristo”.—*Ibid.* 137.

La Sra. de White confesó que ella casi tenía miedo de ir a Europa porque había oído muchas cosas acerca de las peculiaridades de las diversas nacionalidades. Pero entonces comprendió que Dios puede llevar a la gente a un punto en que acepten la verdad. Luego los instó:

“Mirad a Jesús, hermanos; imitad sus modales y su espíritu, y no tendréis problemas en llegar a esas clases diferentes. No tenemos seis modelos, ni cinco. Sólo tenemos uno, y es Jesucristo. Si los hermanos italianos, los franceses y los alemanes procuran imitarlo, afirmarán los pies en el mismo fundamento de la verdad; el mismo espíritu que mora en uno morará en el otro: Cristo en ellos es la esperanza de gloria. Os amonesto, hermanos y hermanas, que no levantéis un muro de separación entre las diferentes nacionalidades. Por el contrario, tratad de derribarlo dondequiera que exista...

“Como obreros unidos para Dios, hermanos y hermanas, apoyaos firmemente en el brazo del Todopoderoso. Trabajad por la unidad, trabajad por el amor, y podréis llegar a ser un poder en el mundo”.—*Ibid.* 137, 138.

Una interrupción imprudente

El consejo de la Hna. White fue amable y práctico, y sin duda ese mensaje tan directo se podía aplicar a muchos de los presentes. Pero D. T. Bourdeau se ofendió. De un salto se puso de pie y alegó que el sermón le había sido dirigido directamente a él. Entonces procedió a reivindicarse. Si se hubiera quedado callado, probablemente muchos de los presentes no se habrían enterado de todo el asunto. [90]

“Durante la reunión mencioné principios generales”, explicó la Sra. de White a G. I. Butler. “Pero ahora derribé el castillo imaginario que él estaba edificando, y se comportó como si hubiera recibido un golpe mortal”.—*Carta 23, 1885.*

El concilio continuó, pero Bourdeau no asistió a las reuniones. Comenzó a preparar sus cosas para irse a la mañana siguiente. ¿Adónde? Probablemente ni él mismo lo sabía. Era un hombre desdichado.

Entretanto, se consideraron nuevas preguntas en la reunión del martes, antes de la sesión. Por ejemplo, “¿por qué las publicaciones italianas y rumanas tienen tan pocos suscriptores?” y “¿cómo podemos llegar a los viajeros en Inglaterra?” También se discutió el

asunto de las escuelas adventistas y la educación cristiana para los jóvenes adventistas. Como las escuelas públicas suizas obligaban a asistir a clases seis días por semana, varios adventistas fueron sancionados con multas por retener a sus hijos en sábado, y algunos hasta fueron llevados a prisión. Se acordó elevar una solicitud a las autoridades correspondientes, y formar una comisión para organizar una escuela de iglesia en Basilea.

Pero en este punto el diario de Elena G. de White demuestra su gran preocupación por Daniel Bourdeau. ¿De qué manera podía llegar a él para ayudarlo? Ella se presentó a la reunión del viernes de mañana con el corazón cargado: “Mi alma parecía agonizar cuando oré a Dios para que obrara. Sabía que nuestro caso era urgente”. **Ibid.** Su estudio se basó en el tema del libro de la vida. Sin duda, oraba para que en el juicio el caso de Bourdeau se registrara en la columna del haber. Pero cuando Daniel Bourdeau no se presentó a la reunión, ella se preocupó. Escribió en su diario que Daniel “había estado deliberando con Daniel y con el enemigo de las almas”.

[91]

La reunión fue provechosa, y muchos se beneficiaron con su exhortación:

“¡Oh, que el poder de Dios descansa sobre nosotros antes que nos separemos para regresar a nuestros hogares y campos de labor! ¡Oh, que meditemos en la importancia de mejorar cada día para poder mantener un buen registro en el cielo!...

“Cuando nuestro corazón resplandezca de amor por Cristo y por las almas por quienes él murió, nuestros esfuerzos se verán coronados por el éxito. Mi corazón clama por el Dios vivo. Deseo tener una comunión más íntima con él. Quiero comprender mejor su poder vigorizador para poder realizar una obra más eficaz en su causa”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 139, 140.

La Sra. de White regresó a su habitación con una pesada carga en su corazón: La necesidad de orar. Suplicó a Dios por Daniel, y se sintió impelida a volver a hablar con él. Mientras recorría su

habitación con gran “agonía mental”, se decía: “No puedo hablar con él; no puedo enfrentarme con su espíritu desafiante y obstinado”. Pero sabía que debía hacerlo, y lo mandó llamar junto con su esposa Marion, su hermano A. C. Bourdeau y los pastores Whitney, Lane y White.

La Sra. de White comenzó a hablar directamente con Daniel. El la interrumpió y le dijo que prefería verla a solas debido a las cosas que había soportado de parte de sus hermanos en el pasado. La Sra. de White le pidió cortésmente que quedara callado, y cuando él se tranquilizó, le dio “un mensaje tal que jamás deseo repetirlo a ningún mortal”. **Carta 23, 1885**. La mensajera de Dios estaba cumpliendo su tarea más difícil.

[92]

Ella comprendió que la lucha de Daniel era una cuestión de vida o muerte. Era un alma realmente tentada y probada, y no podía dejar de advertirle el peligro en que se encontraba. Se quejó de que el sermón del jueves de mañana fue un “golpe” para él, pero la Hna. White le recordó que él se había colocado en un lugar donde era fácil golpearlo.

“Las flechas del Altísimo le producirán tanto dolor que usted sentirá que necesita un médico. ‘El arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará’. Cuando venga manso y humilde, Jesús perdonará sus transgresiones. Le recomiendo que no abandone esta casa hasta que se haya quebrantado el poder del enemigo”.—**Carta 23, 1885**.

Cuando ella concluyó su exhortación inspirada por su alma agobiada, todos los obreros se arrodillaron para orar:

“Mi alma se arrastró en agonía por Daniel Bourdeau. El oró bastante débilmente por sí mismo. Yo oré una y otra vez con fuerte clamor y lágrimas... El Hno. A. C. y Marion [la esposa de Daniel] oraron con gran quebrantamiento de espíritu. Dentro de Daniel se libraba una terrible lucha. Aunque no se rindió completamente, al mirarle el rostro parecía que el alma y el cuerpo se le habían partido en dos. Hizo concesiones pero todavía no se rindió”.—**Ibid.**

Una reunión de victorias

[93] Como se acercaba el sábado, se hicieron planes para celebrar una reunión especial para ministros, el viernes 25 de septiembre por la noche. Bourdeau no era el único obrero que tenía problemas. Tres de los obreros ingleses se mostraban fríos y distantes hacia los miembros del concilio. Había 17 ministros con sus esposas. La Sra. de White temía que D. T. Bourdeau no llegara, pero estuvo presente.

No se presentó un sermón formal. La sierva de Dios inició el culto con una sencilla y emotiva oración. Luego dijo francamente que el propósito de la reunión era buscar la bendición del Señor. Alberto Vuilleumier oró; también lo hizo el pastor Matteson. Luego oró Daniel Bourdeau. “El comenzó a ceder y a confesarse”, escribió después la Sra. de White, y finalmente “pudo soltarse de los grillos con que lo tenía preso Satanás, y rendir su voluntad al Señor”. *Ibid.* y *Manuscrito 20, 1885*. Le siguieron otros, que oraron con corazones quebrantados y confesaron sus faltas, bañados en lágrimas. Esto incluía a los obreros de Gran Bretaña.

“La luz, la preciosa luz estaba asomando”, exclamó la Sra. de White. “Mi paz era como un río; Jesús estaba muy cerca”.—*Carta 23, 1885*.

Al comienzo de esa semana, ella contó en uno de sus sermones que en los primeros días del mensaje, cuando empezaron a surgir desacuerdos entre los hermanos, se apartó un día para el ayuno y la oración. Había llegado el momento de volver a hacerlo, y decidieron dedicar el día siguiente, sábado, a ese propósito.

La Sra. de White durmió poco esa noche, y se levantó temprano para orar. Aunque no se sentía bien, a las 6 de la mañana fue a la reunión de ministros. Nuevamente Bourdeau oró y dio testimonio. Se rindió más plenamente a Dios y se acercó a la luz”.—*Manuscrito 24, 1885*.

Una visión nocturna

En esa reunión Elena G. de White relató una importante visión que Dios le había dado la noche anterior:

“Delante de mí fue abierto un libro que registraba los años de trabajo de los obreros, tal como Dios los

veía. Al leer ese registro, vi que constaban en él todos los defectos. Muchas horas que algunos pasaron haciendo visitas y conversando, ocupados en asuntos triviales, fueron registradas como ociosidad...

[94]

“Aquel que tenía los registros en sus manos y cuyos ojos contemplaban todo, me instruyó... Sus palabras fueron: ‘No podéis confiar en vuestra habilidad o sabiduría humana. Debéis unir vuestros esfuerzos; unir vuestra fe; debéis consultaros entre vosotros. Ninguno de vosotros es idóneo para ser dirigente. ¡Dios obrará en favor de su pueblo si se le da oportunidad de hacerlo!—*Ibid.*

En la reunión de la tarde, Elena G. de White transmitió mensajes especiales de ánimo que el Señor le había dado para dos de las esposas de ministros. No esperaba mencionar ese tema, pero Dios tenía ese plan para ella y las dos señoras. “El Señor guió mi mente por un camino que yo no esperaba, pero a juzgar por los testimonios que se oyeron después de la reunión, creo que era precisamente lo que la gente necesitaba”.—*Manuscrito 20, 1885.*

Al día siguiente, después de una reunión matutina para los ministros, el concilio votó un importante acuerdo:

“Acordado, expresar nuestra permanente confianza en el don de profecía, que Dios ha puesto misericordiosamente entre su pueblo remanente, y esforzarnos por demostrar nuestro sincero aprecio hacia el mismo poniendo en práctica sus enseñanzas”.—*The Review and Herald, 3 de noviembre de 1885.*

Con el propósito de que otras personas se beneficiaran con algunos de los consejos que la Sra. de White había dado en la sesión, se acordó preparar un libro con una reseña de las misiones adventistas y con los sermones predicados por la Sra. de White en el concilio.*

Ella se emocionó ante los progresos que observó en las reuniones.

[95]

*Esto dio como resultado el libro **Historical Sketches of the Foreign Mission of Seventh-day Adventists** (Bosquejos históricos de las misiones adventistas en el extranjero), que citamos aquí con frecuencia, publicado a los pocos meses.

“El pastor Erzberger vino noblemente a la obra, humillándose y confesando sus deslices. El pastor Matteson es un hombre transformado. Su aspecto revela la paz de Cristo. Habla de las preciosas victorias que ganó a su yo... El Hno. Daniel Bourdeau es un hombre convertido. El Señor obró en él... El Hno. Alberto Vuilleumier habló con profunda emoción... Bien, todos los testimonios fueron buenos”.—*Manuscrito 24, 1885.*

No hay duda de que el servicio de ordenación de Alberto Vuilleumier celebrado el lunes, en la última noche de la sesión, dio a todos los ministros la oportunidad de renovar sus votos ante el Señor. D. T. Bourdeau elevó una de las oraciones. Sus pruebas no habían concluido, pero obtuvo una victoria decisiva.

La Sra. de White volvió a hablar el martes de mañana en la última reunión del concilio, y luego, el miércoles registró en su diario lo siguiente: “Nuestras reuniones han terminado. Los hermanos regresan a sus hogares. Nos alejamos con tiernos sentimientos”.—*Ibid.*

El testimonio impreso de D. T. Bourdeau

Los hechos del concilio fueron dados a conocer ampliamente en la *Review* y en las publicaciones adventistas europeas, pero D. T. Bourdeau añadió su propio informe especial. Después de su experiencia en Basilea el artículo cobraba mayor significado.

“Los esfuerzos de la Sra. de White y de su hijo, el pastor Guillermo White, fueron muy apreciados en esta reunión general...

“Fue interesante y maravilloso escuchar a la Sra. de White cuando delineaba correctamente las peculiaridades de los diversos campos que había visto sólo a través de las revelaciones del Señor, quien le indicó además cómo debía tratar esas particularidades; y oírla describir un caso tras otro de personas a las que jamás había visto con sus ojos humanos, *

*4—E.G.W. en E.

mientras señalaba sus errores o mencionaba las importantes relaciones que mantenían con la causa, al tiempo que indicaba de qué manera debían relacionarse con ella para servir mejor a sus intereses.

“Cuando se me presentó una oportunidad de comprobar este asunto, por haber estado en el lugar del hecho, y seguro de que nadie le había informado esas cosas a la Sra. de White, mientras actuaba como intérprete no pude dejar de exclamar: ‘Es suficiente. No deseo más evidencias de su autenticidad’”.

A continuación Bourdeau presentó algunas razones más íntimas para justificar su confianza, razones que estaban entrelazadas con su experiencia personal:

“Este don no sólo reprueba el pecado sin disimulo ni parcialidad, como lo hizo Natán cuando le dijo a David: Tú eres aquel hombre; sino que además expresa palabras de ánimo para ayudar a sobreponerse a los que han recibido el reproche, y para inspirar esperanza, fe y valor a los desanimados. No sólo examina la herida, sino que además le echa aceite, la venda y apresura el proceso de curación... Se identifica con las personas para quienes trabaja, lleva sus cargas con oración ferviente y perseverante, olvidándose del yo y la comodidad... Este don trae aparejado un discernimiento sobrenatural... Va acompañado de lo milagroso, sin lo cual la religión sería una cuestión formal, fría, inanimada, humana...”

“Para nosotros ésta... es una indicación segura de que Dios está dispuesto a obrar poderosamente a través de su Espíritu y de su pueblo”.—*The Review and Herald*, 10 de noviembre de 1885.

Junto a los jóvenes

Una obra inspirada por el amor

“Nos alejamos con tiernos sentimientos”, declaró Elena G. de White al referirse a la despedida que tuvo lugar el miércoles, después del tercer concilio europeo. **Manuscrito 25, 1885**. Algunos obreros se quedaron unos pocos días, y el viernes ella se entrevistó con Jorge Drew para considerar la iniciación de la obra en Londres. Al respecto escribió:

“Después de mucha oración, hemos considerado que lo mejor será escoger colportores que comiencen a trabajar en ese campo, poco a poco, y vean qué se puede hacer con nuestras publicaciones... Si los escogidos y aceptados siguen el ejemplo de Cristo en lo que se refiere a instruir a la gente con toda humildad y amable interés, el Señor concederá su bendición... Si veláis en oración se podrá entrar en las grandes ciudades. Cuando os hablen con rudeza, no os ofendáis. Considerad que tenéis un mensaje de salvación y que sólo podréis ganar victorias si camináis humildemente con el Señor Jesús”.—**Ibid.**

Aunque pasó mucho tiempo antes que comenzara una obra importante en Londres, Elena G. de White siempre mostró preocupación por la salvación de las almas que vivían en las ciudades grandes. Ya fuera Londres o Basilea, la mensajera del Señor estaba siempre alerta para ayudar dondequiera que se la necesitara. Se preocupaba tanto por los jóvenes como por los ancianos.

Con el tiempo, la casa editora de Basilea llegó a tener una veintena de jóvenes o más. De 6.30 a 7.30 de la mañana se dictaban clases para darles la oportunidad de estudiar la Biblia, historia e inglés. A veces durante ese lapso se realizaban reuniones devocionales. La Sra. de White asumió la dirección de esas reuniones, y no parecía

cansarse jamás de animar a los jóvenes a prepararse para servir con eficiencia en la causa de Cristo, mejorar sus oportunidades, trabajar y estudiar con diligencia. Les decía que Dios le había revelado que si eran fieles, él los usaría para llevar la verdad a mucha gente que vivía cerca y lejos; que si se mantenían cerca del Señor serían poderosos en su obra; y que algunos de ellos serían llamados a ocupar puestos de gran responsabilidad.

En los años siguientes muchos dieron testimonio del notable cumplimiento de esa predicción. Uno de esos jóvenes presidió la Unión Latina durante varios períodos y otro, la Asociación Suiza; un tercero fue superintendente de la Unión del Levante. Y otros llegaron a ser predicadores, traductores, redactores, profesores y gerentes de grandes empresas publicadoras.

La enfermedad de Edith Andrews

La semana que siguió al concilio europeo fue penosa para Elena G. de White por varios motivos. En primer lugar, le efectuaron una “dolorosa operación” en los dientes el viernes de mañana. El dolor se prolongó durante todo el sábado 3 de octubre, y el domingo de mañana aún seguía sufriendo intensamente, pero con la aplicación de fomentos calientes halló un poco de alivio. Sus problemas de salud quedaron eclipsados, sin embargo, por los de Edith Andrews, una sobrina de J. N. Andrews e hija mayor de Martha Andrews Bourdeau. Edith llegó a Europa con su tío en mayo de 1879, poco antes de que la joven hija de J. N. Andrews, María, muriera de tuberculosis. *

[99]

La enfermedad se llevó a J. N. Andrews en 1883, y ahora mostraba sus efectos en la vivaz Edith, de 22 años. Durante el concilio europeo, Elena G. de White escribió en su diario lo siguiente:

* J. N. Andrews se estableció en Europa en 1874. Regresó a los Estados Unidos para asistir a dos sesiones de la Asociación General en Battle Creek: En noviembre de 1878 y en abril de 1879. Volvió a zarpar para Europa el 29 de mayo de 1879 con su sobrina Edith y la Srta. Anna Oyen. Pocos meses después, su hija María murió de tuberculosis en Battle Creek a la edad de 17 años. *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 33.

“La condición de Edith Andrews nos entristece a todos. Su salud parece declinar. ¿Qué se podría hacer por ella?”—**Manuscrito 16a, 1885.**

Cuando el concilio decidió enviar a A. C. Bourdeau y a la madre de Edith, Martha, a Torre Pellice, Italia, se sugirió que Edith los acompañara por razones de salud, pero ella prefirió quedarse para trabajar o, si era necesario, ir a Norteamérica.

Edith era una verdadera líder entre los jóvenes de la casa editora, aunque no siempre daba el mejor ejemplo. Guillermo White, después de analizar la situación, declaró: “Su influencia en la oficina no siempre es la mejor. Ella centra sus afectos en unos pocos escogidos, y le importa poco el resto del mundo”. La influencia de su grupo “cerrado” no era apropiada en un medio donde tanta gente joven y adulta tenía que convivir y trabajar día tras día.

La consejera en la habitación de la enferma

[100] Durante el concilio, Elena G. de White comenzó a hablar con Edith acerca de su salud espiritual: “Por la tarde [miércoles 23 de septiembre] tuvimos una charla larga, franca y objetiva con Edith Andrews. Parece que ella se da cuenta de su condición. Oramos juntas. Siento profunda compasión por esta niña” * —**Manuscrito 16a, 1885.**

El sábado 3 de octubre Edith buscó a Elena G. de White y las dos conversaron extensamente acerca de la experiencia religiosa de Edith. Después de haber visto a su prima y a su tío consumirse por la tuberculosis, es indudable que Edith presentía lo que le aguardaba; quería estar segura de que estaba preparada para irse y que había dejado todas sus cosas en orden.

* Cuando Elena G. de White era también una “niña” adolescente, sufrió de tuberculosis. Su hermano Roberto fue víctima de la misma enfermedad. **Spiritual Gifts 2:174.** En aquellos días lejanos se la denominaba “tisis”, y se caracterizaba por un debilitamiento progresivo del cuerpo, con pocas esperanzas de sobrevivir. Muchos obreros pioneros murieron de tuberculosis, por ejemplo T. Ralph. **Ibid. 91, 92.** El hermano de Jaime White, Nathanael, y su hermana Anna, también fueron sus víctimas. **Ibid. 195; Life Sketches of Ellen G. White, 147.** La talentosa poetisa Anita Smith sucumbió a la temible enfermedad a la edad de 27 años. **The Review and Herald, 21 de agosto de 1855.** Jaime White la padeció pero logró recuperarse. **Testimonies for the Church 1:96.** Indudablemente, Elena G. de White podía condolerse profundamente ante la aflicción de la joven Edith Andrews.

Siguieron dos meses de sufrimiento para la joven. Durante ese lapso la Sra. de White visitó Italia y los países escandinavos. Cuando regresó a Basilea en diciembre, Edith recurrió a ella para recibir la seguridad de que el Señor la había aceptado. La sierva del Señor habló con ternura a la niña agonizante, señalándole que Dios promete perdonar todas las transgresiones si nos volvemos a él con sincero arrepentimiento.

“Creo, Edith, que tú lo has hecho así, y en los aspectos en que estás demasiado débil para hacer la obra en forma tan cabal como si estuvieras bien, la preciosa misericordia de Jesús y sus méritos suplen las deficiencias de sus amados arrepentidos y humildes”.—**Carta 26, 1885.**

Luego le citó **Éxodo 34:6, 7**: “El Señor Dios, ‘misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad’”.

Entonces le preguntó a Edith:

[101]

“¿Crearás en él, mi querida niña? ¿Qué pecados pueden ser demasiado grandes para que él los perdone? Toda alma es preciosa a su vista. El es misericordioso, y está infinitamente más dispuesto a perdonar que a condenar. Es bondadoso. Se conmueve al sentir tus flaquezas. Conoce tus debilidades”.—**Carta 25, 1885.**

La Hna. White continuó hablando del gran amor de Jesús, recordándole a la doliente joven cómo salvó a Pedro cuando estaba por hundirse en la duda. Las lágrimas brotaron de los ojos de Edith y corrieron por sus mejillas afiebradas. “Creo que él me acepta”, dijo, “creo que me ama y yo, indigna, tengo su paz”.

El sábado 19 de diciembre, la mensajera del Señor habló dos veces, y esa noche registró en su diario: “Tengo la impresión de que éste es el último sábado que verá Edith”.—**Manuscrito 30, 1885.**

Finalmente, el jueves 24 de diciembre, a las 5.30 de la mañana, la niña convertida pasó al descanso. ¡Bendito descanso! La Hna. White tenía confianza en su salvación. “No dudamos de que ella descansa en Jesús”.—**Carta 72, 1886.**

El día de Navidad la Sra. de White escribió en su diario:

“Hay un gran sentimiento de solemnidad en mi mente. Edith está muerta. Su registro permanece inmutable en los libros del cielo. ¡Qué pensamiento solemne es la vida, y cómo la vivimos! Tenemos evidencias de que la vida de Edith no fue lo que pudo haber sido, pero sus últimos días fueron de penitencia, arrepentimiento y confesión. Tenemos razones para creer que el compasivo Redentor aceptó a Edith”.—*Manuscrito 30, 1885.*

[102] El 26 fue un mal día para la Sra. de White. Sometida a la dolorosa tensión producida por la muerte de Edith, su mente retrocedió algunos años, al tiempo cuando Jaime White, su compañero durante 35 años^{*}, fue arrebatado de su lado por un repentino ataque de paludismo; luego recordó la muerte de su primogénito, Enrique, a los 16 años, y de su bebé, el pequeño Heriberto, a los tres meses.—*Manuscrito 30, 1885.*

Pero la tristeza no dura siempre, y el siguiente domingo salió a caminar por la nieve fresca y se sintió “muy reanimada”. “No está claro”, escribió, “pero el sol trata de abrirse paso a través de la bruma y la neblina”. Esto demuestra que ella, como cualquier otra persona, tenía sus días buenos y sus días malos; luchaba como lo hacen todos los mortales, en un mundo lleno de sol y de sombras, de “bruma” y de “neblina”.

[103] Más adelante, en una nota donde se refería a su nieta, declaró alegremente: “Ella se divirtió mucho tratando de arrojar pelotas de nieve a su madre y a su abuela”.—*Ibid.*

* Jaime White falleció el 6 de agosto de 1881 en el Sanatorio de Battle Creek. Yace junto a su esposa, quien descansó el 16 de julio de 1915: 34 años más tarde. Reposan hasta la feliz mañana de la resurrección en la parcela de la familia White, en el cementerio de Oak Hill, en Battle Creek, Míchigan, donde descansan sus cuatro hijos. También los padres de Jaime White reposan allí. El pastor White nació el 4 de agosto de 1821 en Palmyra, Maine. En la página 9 de su libro **Life Incidents** (Incidentes de mi vida), cuenta que su padre era un descendiente de uno de los peregrinos que llegó en el buque Mayflower y desembarcó en Plymouth Rock en diciembre de 1620. La madre de Jaime era nieta del Dr. Samuel Shepard, un eminente ministro bautista de Nueva Inglaterra. White era el quinto de nueve hijos, y fue uno de los tres fundadores de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Presidió la Asociación General durante diez años: Del 17 de mayo de 1865 al 14 de mayo de 1867; del 18 de mayo de 1869 al 29 de diciembre de 1871; y del 13 de agosto de 1874 al 11 de octubre de 1880. Véase *The SDA Encyclopedia, 1419.*

La visita a Dinamarca

Un sueño que se hace realidad en Copenhague

Los delegados al concilio europeo estaban encantados con la presencia de Elena G. de White en su medio, y anhelaban sinceramente que ella visitara sus respectivos países, que conociera a los creyentes y testificara ante las iglesias. Resulta, pues, comprensible, que uno de los acuerdos que se votaron casi al fin del concilio, consistiera en una invitación. Decía lo siguiente:

“Acordado, expresar nuestra gratitud a Dios por las labores y los consejos de la hermana Elena G. de White y su hijo, el pastor G. C. White, en estas reuniones; e invitarlos a visitar Escandinavia, Gran Bretaña y otros campos, y a que se queden en Europa el tiempo suficiente como para realizar la obra que la Providencia les ha encomendado” (Acuerdos del tercer concilio europeo, publicados en la Review and Herald, el 3 de noviembre de 1885).

La respuesta de la Sra. de White a esta invitación fue afirmativa; sin embargo no estaba preparada para partir de inmediato. Durante el concilio habló en muchas ocasiones, mantuvo numerosas entrevistas y escribió en forma considerable. Necesitaba tiempo para descansar y reponerse.

Durante esa semana, sus pensamientos giraron en torno del fin del viaje por Europa. ¿Cuánto tiempo debería quedarse allí? ¿Seguiría aún en Europa en junio del verano próximo, cuando se realizaran las asambleas en Escandinavia? Al respecto escribió:

[104]

“Lo más seguro será visitar las iglesias principales de Escandinavia en la primera oportunidad... Sería una insensatez posponer durante otro verano esta parte de la obra, para cuyo cumplimiento hicimos el largo

viaje desde Norteamérica”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 174.

Por lo tanto, el martes 6 de octubre a las 9.30 de la noche, estuvo lista para el viaje. En un carruaje cruzó el Rin y se dirigió a Klein [la pequeña Basilea] donde ella y sus acompañantes tomaron un tren que atravesó Alemania y los condujo hacia el norte, a la misión dinamarquesa que iba a visitar. * Años atrás, había visto en visión la condición de algunas iglesias escandinavas, y recibió muchas indicaciones del Señor en el sentido de que Dinamarca, Noruega y Suecia “eran campos promisorios de labor”. “Una gran obra—escribió—, aguarda a los misioneros en este campo”.—*Ibid.*

El cruce de Alemania por tren

Así comenzó su gira de seis semanas, acompañada por Guillermo, Sara y una joven señorita noruega llamada Cecilia Dahl, a quien la Sra. de White condujo hasta el Salvador, y que ahora hacía las veces de traductora. A la mañana siguiente, miércoles, llegaron a Francfort, Alemania.

[105] La historia religiosa de esta ciudad interesó especialmente a la Sra. de White. Fue allí donde Martín Lutero, en camino a la Dieta de Worms en 1521, se enfermó y tuvo que quedarse para descansar un poco. Desde esa ciudad envió un valiente mensaje a Spalatin, el secretario de Federico de Sajonia en Worms.

“He llegado aquí... aunque Satanás trató de detenerme en el camino con una enfermedad. Vengo sufriendo desde Eisenach hasta este lugar, y en este momento estoy más mal que nunca. Descubro que Carlos ha decretado un edicto para asustarme, pero Cristo vive y entraremos en Worms a pesar de todos los consejos del infierno y de todos los poderes del aire”.—*Ibid.* 175.

* Véase en *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 282, 283, el inspirador relato escrito por Elena G. de White acerca del monje Tausen, “El Reformador de Dinamarca”, y la influencia que este alumno de Martín Lutero ejerció al conducir a los daneses a la fe reformada.

La morada que ocupó el Reformador todavía se conoce como “La casa de Lutero”.

Esa noche, aproximadamente a las siete, el grupo llegó a Hamburgo. Tenían que caminar casi dos kilómetros desde una estación hasta la otra, y esperar dos horas para la partida. La sala de espera estaba cargada de humo de tabaco, pero la Sra. de White pudo hallar, felizmente, una silla en el salón de entrada. El resto de los viajeros se quedó de pie al aire libre, en la plataforma.

La llegada a Copenhague

Después de otras tres horas de viaje llegaron a Kiel, en el mar Báltico, a la medianoche. Al poco rato se hallaban descansando en los camarotes de un pequeño vapor que se dirigía a Korsör, una ciudad portuaria ubicada en la parte occidental de Sjaelland, la gran isla danesa. Siguió luego otro viaje en tren a través de Copenhague, sobre la costa este de la isla. El grupo de viajeros llegó a destino el viernes a las 10 de la mañana.

En la estación de Copenhague los esperaban Juan G. Matteson y Knud Brorsen. Ambos venían trabajando desde la primavera, y a pesar de las dificultades iniciaron una iglesia de unos 20 miembros.

Matteson condujo a sus invitados hasta su departamento, ubicado en el sexto piso de la calle Oster Farimagsgade 49 (actualmente el edificio cuenta sólo con cuatro pisos). No había ascensores para facilitar el ascenso. Pero después de instalarse, Elena G. de White se mostró muy impresionada por el paisaje que se veía desde su “sala en las alturas”.—*Manuscrito 25, 1885*.

[106]

[107]

“Desde nuestras ventanas se contemplaba una vista muy bella. Al otro lado de la calle había hermosos terrenos que tenían el aspecto de un extenso parque o jardín. Nos sorprendió saber que se trataba de un cementerio.

* Las parcelas estaban separadas por cercos de plantas que mantenían todo el año su verdor, y había profusión de flores y arbustos por doquier”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 179*.

* El cementerio de Holmen.

Un poco más lejos, hacia el mar, vio los molinos de viento y la dorada cúpula de una iglesia ortodoxa. A poca distancia descubrió un hospital. Le sorprendió saber que a los enfermos “se les daba todo lo que necesitaban—habitación, comida, ropa de cama—por treinta centavos al día”. Al respecto, hizo el siguiente comentario: “Esta es una de las bendiciones que ofrece Copenhague, especialmente para la clase pobre, que es la que sufre por falta de atención y de comodidades cuando no se hace esta misericordiosa provisión”. *Manuscrito 25, 1885*. Los daneses se sienten justificadamente orgullosos por su sistema médico y por las provisiones que han hecho para cuidar a los ciudadanos, especialmente a los pobres.

[108] El jueves, después de una cita con el dentista, regresó a su habitación por un camino que bordeaba un bellissimo lago artificial, cuyo encanto ahuyentó en parte el dolor del sillón del dentista. La Sra. de White hizo un comentario acerca de los hermosos y sólidos edificios de Copenhague y sus “calles enormemente grandes” que le recordaban a Oakland y San Francisco de California.

El viernes 9 de octubre por la noche, la Sra. de White habló por primera vez a la iglesia de Copenhague, que estaba aún en la infancia. Habían llegado creyentes de los grupos cercanos, que aumentaron la “multitud” de oyentes a 35. La sala de reuniones estaba ubicada cerca del departamento de la familia Matteson. “Dimos la vuelta la esquina, pasamos bajo un arco que desembocaba en un patio y comenzamos a subir por la escalera que nos condujo al salón”. *Ibid.* Era un lugar pequeño, frío y húmedo, y Elena G. de White temblaba, mientras sus torturados dientes castañeteaban; pero no dejó de dar su mensaje. Se dirigió a un auditorio ansioso, formado por “hombres y mujeres inteligentes, de noble aspecto: Eran daneses”. Habló acerca de la parábola de la higuera.

“Estamos agradecidos por el hecho de que algunas personas han aceptado la verdad de Dios en Copenhague. Hacen falta misioneros que den a conocer la luz de la verdad en estas ciudades grandes, y los hijos de Dios—aquellos a quienes él llama la luz del mundo—tienen que hacer todo lo que puedan en este sentido. Os enfrentaréis con el desánimo, tendréis oposición. El enemigo susurrará: “¿Qué pueden lograr estas pocas y

pobres personas en esta gran ciudad? Pero si camináis en la luz, cada uno de vosotros puede ser un porta luz * para el mundo”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 181.*

[109]

Un público reducido pero atento

Los jóvenes presentes se emocionaron cuando ella los desafió a enrolarse en el servicio de Cristo:

“Habrá que instruir a hombres jóvenes para que trabajen en estas ciudades. Tal vez nunca lleguen a presentar la verdad desde el púlpito, pero pueden ir de casa en casa, señalándole a la gente el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El polvo y la escoria del error han cubierto las preciosas joyas de la verdad; pero los obreros del Señor pueden desenterrar estos tesoros, para que muchos los contemplen con deleite y reverencia”.—*Ibid.*

Una siembra fiel

Con fervor se dirigió al puñado de creyentes que había venido a escucharla. En esa congregación vio la semilla de una cosecha que crecería y maduraría en los próximos años. La vida cristiana también se asemeja a una semilla plantada que crece día tras día para llegar a dar un rico fruto. La Sra. de White dijo a la pequeña congregación:

*En su tierna infancia, la renombrada autora adventista y dirigente de Jóvenes Matilda Erickson Andross, nacida en Dinamarca, oyó predicar a J. G. Matteson el mensaje adventista en las reuniones celebradas en el hogar de su niñez. Poco después emigró a los Estados Unidos y recibió una educación amplia. En 1907, cuando se organizó el Departamento de Jóvenes Misioneros Voluntarios, se la llamó para desempeñarse como primera secretaria bajo la dirección de M. E. Kern. Escribió una cantidad de libros útiles. En 1920 se casó con E. E. Andross, uno de los administradores de la Asociación General, y poco después viajaron como misioneros a Interamérica, donde su esposo iba a ejercer la presidencia de la División. Se trataba, pues, de una consagrada danesa que, entre muchos otros, se convirtió en una “porta luz” de éxito para Jesucristo.

“Mientras procuramos fervientemente la perfección del carácter, debemos recordar que la santificación no es la obra de un momento, sino de toda una vida. El apóstol Pablo dijo: ‘Cada día muero’. Día tras día debe proseguir la obra de superación. Cada día debemos resistir la tentación y obtener la victoria sobre toda forma de egoísmo. Día tras día debemos anhelar el amor y la humildad, y cultivar en nuestra vida todos los rasgos excelentes de carácter que agradan a Dios y nos capacitarán para la bendita sociedad celestial”.—*Ibid.*

[110] El sábado de mañana la Sra. de White volvió a predicar acerca de *Juan 15:1-8*. “El Hno. Matteson actuó como intérprete”. Al hablar de la vid verdadera y sus ramas, se sintió “fortalecida y bendecida; mis enfermedades quedaron olvidadas ante el interés que me inspiraban las preciosas almas. El querido Salvador parecía estar muy cerca, y el Espíritu Santo descansó sobre la concurrencia”.—*Ibid.* 182.

En una reunión social que siguió hizo la siguiente declaración:

“Un hermano manifestó que al escuchar el sermón que les hacía ver la necesidad de poseer un carácter puro y perfecto, sintió que no podía ser salvo; que su caso era desesperado. Pero cuando afirmamos que la santificación no era la obra de un momento, sino de toda una vida, se reanimó y decidió orar, velar y escudriñar las Escrituras todos los días; resolvió vencer y disfrutar de una experiencia diaria que lo fortaleciera y capacitara para ser una bendición para los demás”.—*Ibid.* 183.

La gente estaba agradecida por el hecho de que la Sra. de White hubiera ido a ayudarla. Había leído sus libros y los artículos que aparecían en su periódico, y recibieron de esa manera una luz valiosísima y una gran bendición. Los mensajes salidos de su pluma y traducidos a su idioma, les abrieron las Escrituras y aclararon a tal punto la verdad, que no pudieron resistirse a ella.

“Se les ha presentado una elevada norma para alcanzar, y ésto los indujo a leer la Biblia, escudriñar sus

corazones, orar más, sentir más amor por Jesús y procurar con mayor fervor la salvación de las almas”.—**Ibid.** 182, 183.

“Me fueron presentadas” escenas

Se consiguió un salón grande: El sótano de un edificio público con capacidad para cien personas sentadas, y el domingo de noche Elena G. de White volvió a hablar. En las noches siguientes, la concurrencia aumentó y algunos tuvieron que permanecer de pie. El Espíritu del Señor vino sobre ella, y la Sra. de White se interesó profunda y misteriosamente por ese auditorio en particular. Comprendemos mejor su actitud al descubrir que: [111]

“Entre los asistentes había algunas personas que parecían muy interesadas, personas de talento cuyos rostros recordaba, porque *me habían sido presentados antes*” (**Ibid.** 183. La cursiva es nuestra).

La mensajera del Señor usaba con frecuencia esta expresión, “me habían sido presentados”, para referirse a las revelaciones que Dios le había hecho en algunas visiones relativas a personas y acontecimientos. Con bastante frecuencia ella veía a esas personas en situaciones peculiares que requerían ayuda especial. Dichas revelaciones ocurrían a veces muchos años antes que ella las contemplara con sus ojos físicos. Con respecto a este fenómeno, escribió lo siguiente:

“A veces se me transporta a un futuro lejano, y se me muestra lo que ocurrirá. Luego se me revelan algunos hechos tal como sucedieron en el pasado. Cuando salgo de la visión no recuerdo en seguida todo lo que vi, y el asunto no me resulta claro hasta que lo escribo. Entonces la escena surge ante mí tal como me fue presentada en visión, y puedo escribir con facilidad. A veces, después que salgo de la visión, no puedo recordarla hasta que me hallo frente al grupo al cual se le aplica dicha visión; entonces las cosas que había visto impresionan vigorosamente mi mente. Dependo tanto

del Espíritu del Señor para relatar o escribir la visión, como para recibirla. Me es imposible recordar cosas que me han sido mostradas a menos que el Señor me las presente en el momento que él desea que yo las relate o las escriba”.—*Spiritual Gifts* 2:292, 293.

[112] Frente a la presencia directa de estas personas, no nos sorprende que Elena G. de White haya hablado con tanto fervor en las reuniones nocturnas de Copenhague. Parecía conocer a los presentes y les hablaba como una amiga que trata de evitarles alguna catástrofe. “Sentí el peligro en que se hallaban las almas—confesó—, que a partir de aquel momento alguien decidiera obedecer la verdad o rechazar la cruz y las promesas de misericordia”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 183, 184.

La necesidad de mejores lugares para reunirse

Mientras estuvo en Copenhague, el Señor la indujo a hablar francamente con los ministros acerca del carácter sagrado de la obra que había sido encomendada a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Se refirió a la pobreza de las salas que habían contratado para celebrar las reuniones durante su estada. Al respecto, dijo lo siguiente:

“No estoy en absoluto convencida de que estos salones pequeños y oscuros son los mejores lugares que se pudieron conseguir, o que en esta gran ciudad de 320.000 habitantes haya que dar el mensaje en un sótano que tiene capacidad para apenas 200 personas, y de éstas, sólo la mitad sentadas, de modo que gran parte de la congregación debe permanecer de pie. Cuando Dios envía ayuda a nuestros hermanos, ellos deben hacer esfuerzos fervorosos, aunque esto implique algún sacrificio, para llevar la luz a la gente”.—*Ibid.* 184.

Más tarde, en Orebro, Suecia, se produjo una circunstancia similar, debido a que las reuniones públicas a cargo de la Sra. de White se desarrollaron en una casa particular. Es verdad que los hermanos contaban con escasos recursos económicos, pero el carácter del

mensaje real, enviado por el Rey del universo a sus súbditos terrenales, merecía buenos auditorios o salas, ya fuera en Copenhague, en Orebro o en cualquier ciudad o pueblo del mundo.

[113]

En el museo de cera

En medio de su activo programa de predicación, la Sra. de White se tomaba tiempo ocasionalmente para descansar y hacer otras cosas. Visitó el nuevo museo de cera de esta hermosa ciudad, el cual abrió sus puertas al público en el mes de agosto. Acerca de ese paseo, declaró lo siguiente:

“El Hno. Matteson, Guillermo, Sara y yo caminamos hasta el enorme, hermoso edificio del Panóptico. Allí se hallan reproducciones en cera de los grandes hombres del reino. Tienen el mismo aspecto que si estuvieran vivos... Es difícil pensar que no estamos ante personas vivas y que no respiran. La expresión de los ojos y del rostro parece perfectamente natural”.—**Manuscrito 25, 1885.**

Aunque el Panóptico y la magnificencia de la ciudad, con sus amplias calles y encantadores jardines, la impresionaban, no pudo esconder su preocupación por las almas de Copenhague, esa ciudad pecadora y amante de las diversiones. “El placer, la diversión, el baile, los juegos de cartas y de azar, la cerveza y la deplorable ignorancia que siempre sigue a la complaciente actitud de los que no tienen a Cristo, inundan la ciudad”. **Ibid.** ¡Cuánto anhelaba volcar la marea en favor del Evangelio!

El caso de la tutora alemana

La noche antes de partir de Dinamarca, la Sra. de White visitó a una mujer que actuaba como tutora de un noble danés. Esa señora había aceptado la verdad del sábado hacía poco tiempo, pero cuando el pastor Matteson y los otros obreros partieron para Basilea, sus amigos y los sacerdotes la confundieron con sus argumentos aparentemente correctos, y ella estaba a punto de ceder.

[114] Ahora esta hermana vino a ver a Elena G. de White y ambas sostuvieron una interesante conversación. Le manifestó que se sentía indigna, aun de sentarse con ella. Su vida, dijo, había sido una permanente ronda de “bebidas, diversiones y placer”. **Manuscrito 26, 1885**. Elena G. de White le preguntó si estaba satisfecha con su experiencia pasada. “No”, contestó ella honestamente. “¿Y es usted realmente feliz?” “No”, volvió a responder con firmeza.

La sierva de Dios le habló con fervor, y le dijo que Jesús esperaba que ella usara sus talentos para gloria de él, ayudando a edificar el reino de Dios.

“Pero tengo tan poco talento”, observó la señora.

“Y ese pequeño talento—objetó Elena G. de White—, ¿lo envolverá en una servilleta y lo esconderá en el mundo?” Si podía usar su educación e influencia para servir a seres humanos con títulos, como el noble danés, también podía usarlas para el Príncipe Salvador, Jesucristo.

“Me sentí agradecida por el privilegio de esta entrevista”, escribió en su diario, “y tengo gran deseo de que se haga una obra especial con esta alma insatisfecha y perpleja”.—**Ibid.**

He aquí una fugaz mirada a Elena G. de White, la ganadora de almas que comprendía su propia insuficiencia, pero que en la juventud había sometido su vida y sus humildes talentos a Cristo, para emplearlos en cualquier forma que su providencia le indicara.

[115] A una hora tardía de la mañana siguiente, jueves 15 de octubre, Elena G. de White y sus compañeros de viaje zarparon en un pequeño vapor que cruzó el reducido estrecho que conducía a Malmö, Suecia. Era un hermoso día. Siguiendo su costumbre, ella procuró ansiosamente obtener información histórica acerca de la encantadora ciudad que visitaba por primera vez. Notó que en la época de la Reforma había formado parte de Dinamarca, y fue una de las primeras ciudades dinamarquesas que se declaró en favor de la Reforma protestante.

Una visita a Suecia

La tierra de los niños predicadores

En Malmo, Elena G. de White, junto con Guillermo, Sara y el pastor Matteson, tomaron un tren que los llevó a Estocolmo, después de viajar toda la noche. Para dar la bienvenida al grupo que iba a pasar un tiempo muy activo en Suecia, los esperaba aquel viernes de mañana C. Norlin, un consagrado colporteur que los llevó a su flamante departamento de la calle Westmannagaten 34. Elena G. de White llegó a sentir gran respeto por estos abnegados colportores, a los que calificó de “gente pobre pero excelente”. Norlin iba a pie de un lugar a otro, vendiendo libros en idioma sueco editados en Norteamérica. La ganancia que producían estos pequeños libros era ínfima, ya que los costos de producción en Norteamérica eran elevados, y los gastos de embarque podaban aún más sus magros ingresos. Con algunos libros, Norlin no obtenía más de tres centavos. Felizmente, en el congreso de la Asociación General que se celebró posteriormente ese mismo año, la Asociación Adventista de Publicaciones acordó proveer publicaciones al costo para las misiones en el extranjero. Guillermo C. White, que estuvo presente en dicho congreso, probablemente influyó para tal decisión.

[116]

La familia Norlin acababa de mudarse a un departamento nuevo, de ladrillos, y los albañiles y carpinteros no habían concluido aún su obra. Después de subir con esfuerzo los cuatro pisos de escalones de piedra, la Sra. de White descubrió, al entrar en una de las habitaciones, que el revoque estaba todavía húmedo. “Nos parecía estar rodeados de hielo”, se lamentó. Quizá podrían haber ido a un hotel, pero como ni ella ni Sara hablaban sueco, les hubiera causado más problemas que beneficio.

Precisamente cuando se preguntaban adónde podrían ir, llegó la hermana L. P. Johanneson y las invitó a su casa. Esta mujer, que había pasado algunos años en Norteamérica, no sólo hablaba inglés sino que tenía una casita muy agradable en Perlmetergaten 15, sobre

una colina en los suburbios de la ciudad. Su esposo, un vendedor, no había aceptado todavía el sábado, pero creía que era la verdad y no se oponía a los adventistas. El matrimonio se mostró muy amable y atento al suplir las necesidades de Sara y la Sra. de White. Condujeron a ambas hasta una sala reservada para ellas en el tercer piso, y con agrado la encontraron seca y abrigada.

“Nos sorprendió agradablemente ver que la comida se parecía mucho a la de nuestro sanatorio en Battle Creek—escribió la Sra. de White—. Los platos eran sencillos y saludables, y estaban preparados con tanta habilidad y buen aspecto que resultaban tentadores y apetitosos”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 190.*

Su espíritu misionero se conmovió cuando escribió lo siguiente:

“Hay gran necesidad de que se conozca más la ciencia de la cocina saludable. Se abre un gran campo de servicio ante las cocineras inteligentes y de experiencia, para que enseñen a las jóvenes a preparar alimentos sencillos de manera sabrosa y saludable”.—*Ibid.*

[117]

Otros aspectos de este agradable hogar sueco impresionaron a Elena G. de White:

“Los niños escandinavos parecen notablemente tranquilos y bien educados. Dondequiera vamos, se adelantan uno por uno y nos estrechan la mano, mientras hacen una reverencia según su costumbre. Los cuatro niños de la hermana Johanneson, la mayor de ocho años y el menor de tres, nos saludaron de esta manera al llegar; y siempre que nos veían, a la mañana, el mediodía y la noche, repetían el saludo. En otro lugar que visitamos, hasta una niña de dos años y medio pasó airosa por esa ceremonia.

“El Señor Johanneson enseñaba a sus hijos a cantar, y disfrutamos la música de sus vocecitas que entonaban al unísono canciones sagradas”.—*Ibid.*

El clima histórico de Estocolmo

Los viajeros norteamericanos estaban fascinados por la belleza de Estocolmo, así como por su rico clima histórico. Esta ciudad sueca era conocida como “la Venecia del norte”, pero a Elena G. de White le hacía recordar a San Francisco, la renombrada ciudad de la costa del Pacífico y próxima a su hogar de Healdsburg, California. Con respecto a los encantos de Estocolmo escribió lo siguiente:

“Su ubicación en las islas, en una llanura y sobre montañas rocosas rodeadas de agua e islas en todas direcciones, es sumamente pintoresca. Pocas ciudades europeas presentan un aspecto más atractivo que esta capital norteaña”.—*Ibid.* 191.

Olof Johnson y C. Norlin fueron los pioneros de la obra adventista en Estocolmo. Johnson fue uno de los conversos de Matteson en Oslo, y luego regresó con Norlin a Suecia, su país natal, para compartir lo que había aprendido.

En el otoño de 1884 el pastor Matteson llegó a Estocolmo. Halló la ciudad volcada principalmente a la fe luterana, aunque también existían diversos credos religiosos y bastante interés; tanto los separatistas como los bautistas y el ejército de salvación eran importantes. Matteson y Johnson celebraron varias series de reuniones, y cuando Elena G. de White llegó a la ciudad halló una floreciente iglesia adventista de unos 90 miembros.

[118]

Se eleva la norma de piedad

La Sra. de White habló el viernes 16 de octubre por la noche ante una sala repleta de oyentes. Su tema se basó en la vid verdadera de **Juan 15**. Matteson tradujo al idioma sueco, aunque le resultaba más fácil traducir al danés.

Matteson notó un fuerte elemento antinómico entre la gente de Estocolmo, y después de oír la predicación de la sierva de Dios, le sugirió que hablara menos del “deber” y más del “amor de Jesús”.

“Pero yo quiero hablar según me impresione el Espíritu del Señor”, escribió ella en su diario. “El Señor sabe qué necesita esta gente”. Y cuando predicó a la mañana siguiente en la iglesia acerca

de *Isaías 58*, no “redondeó las esquinas en absoluto”.—*Manuscrito 26, 1885*.

“Mi obra consiste en elevar la norma de piedad y la vida cristiana genuina, y en instar a la gente a que abandone sus pecados y se santifique por medio de la verdad. Traté de impresionarlos con la necesidad de que observen estrictamente el sábado, de acuerdo con el mandamiento”.—*Ibid.*

Aunque Matteson creía sinceramente que ese enfoque estaba equivocado, la gente respondió calurosamente al mensaje de Elena G. de White. Después del sermón hubo una “preciosa reunión social [de testimonios]” durante la cual muchos expresaron su deseo de observar el sábado más cuidadosamente y confesaron que habían adquirido una nueva comprensión del “carácter ofensivo del pecado”.—*Ibid.*

[119]

El domingo, volvió a hablar en un salón tan repleto de gente que una mujer se desmayó. Todo el tiempo que permaneció en Estocolmo la Sra. de White sufrió a causa del clima frío y la neblina. A veces temía que sus pulmones sufrieran algún daño irreparable, pero expresó: “Cada día oro diciendo: Guárdame, mi Salvador, y no permitas que abandone este país antes de haber concluido mi obra”.—*Ibid.*

El lunes predicó otro sermón, acerca de la segunda venida de Cristo. Esa noche nevó, y la Hna. White observó con cuánta felicidad los cuatro hijitos de los esposos Johanneson, que tenían entre 3 y 8 años, sacaron sus trineos “llenos de gozo” ante la perspectiva de una buena nevada y de un rato alegre de juego con los trineos. ¿Debería la Sra. de White volver a ser joven? Le agradaba contemplar las alegrías de la infancia, y aconsejaba a los padres que ofrecieran hogares felices a sus hijos:

“No se puede hacer que los jóvenes sean tan calmosos y graves como los ancianos, el hijo tan sobrio como el padre. Aunque se condenan las diversiones pecaminosas, como en verdad debe hacerse, que los padres, maestros y tutores de los jóvenes provean en su lugar

placeres inocentes, que no mancillen ni corrompan la moral. No sujetéis a los jóvenes bajo reglas y restricciones rígidas, que los induzcan a sentirse oprimidos, y a precipitarse en sendas de locura y destrucción. Con mano firme, bondadosa y considerada, sujetad las riendas del gobierno, guiando y vigilando sus mentes y propósitos, aunque de manera tan suave, sabia y amorosa, que ellos puedan darse cuenta de que tenéis presentes sus mejores intereses”.—*El hogar adventista* (1894), 452.

Indicios de la historia de la reforma

Mientras estuvo en Estocolmo, Elena G. de White se mantuvo alerta a cualquier indicio de la historia de la Reforma. Había oído [120] hablar de las proezas de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, a principios del siglo XVII, cuando lanzó su pequeño pero poderoso ejército contra el emperador católico romano Fernando y sus fuerzas.

“Cuando estaba en la cumbre del éxito, cayó Gustavo; pero su pueblo, fiel al propósito por el cual él derramó su sangre, continuó la lucha, hasta que se obtuvo una paz que liberó todo el norte de Europa del yugo papal”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 193.

No hay duda de que Elena G. de White visitó la tumba donde yacía el cuerpo de Gustavo, porque al respecto escribió lo siguiente:

“En la antigua iglesia de Riddarholms, en Estocolmo, está sepultado el cuerpo de Gustavo. Cerca del lugar donde descansa, se ha colocado la siguiente inscripción: ‘Abordó las empresas difíciles; amó la piedad; conquistó a sus enemigos, extendió su reino, exaltó a los suecos, liberó a los oprimidos y triunfó en la muerte’”.—*Ibid.*

Al escribir la historia de la Reforma en su libro *El Conflicto de los Siglos*, mientras permanecía en Basilea en los meses siguientes, recordó estos sucesos relacionados con los lugares que visitó.

Allí describe también los reavivamientos religiosos que se realizaron en Suecia, en relación con la proclamación mundial del advenimiento, a principios de 1840. Véase **Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 414-416**. La información que obtuvo en el escenario de los hechos, mientras visitó Suecia, le proveyó más detalles históricos. Al respecto explicó:

“El mensaje llegó a este país desde Inglaterra. En la provincia de Orebro, varios laicos llamados ‘ropare’ comenzaron a proclamarlo en el año 1843. Predicaron con gran fervor que la hora del juicio divino había llegado, y se despertó gran interés en la gente. En el otoño de ese mismo año, dos jóvenes se

[121]

sintieron impulsados a dar la amonestación. Se reunía numeroso público para escuchar su predicación, y las reuniones continuaron de día y de noche, a veces en alguna casa de familia, otras veces en los bosques... El sacerdote de la iglesia estatal hizo varios intentos por detener la predicación, y procuró volver a adormecer a la gente; pero fue en vano. Entonces, se ordenó a la policía que los arrestara, y durante seis meses los buscaron entre los bosques, sin resultado.

“Finalmente, debido a los esfuerzos del sacerdote, los arrestaron y encarcelaron”.—**Ibid. 202-204**.

Estos jóvenes dejaron tras sí un relato de las torturas y humillaciones que padecieron, incluyendo palizas despiadadas y la internación en un manicomio, pero pudieron escapar para salvar la vida. Después que el rey ordenó que no se ‘los molestara, continuaron predicando.

Cuando el gobernador les preguntó qué autoridad los había enviado a predicar, respondieron: **Joel 2** y **Apocalipsis 14:6-8**. Dieron un testimonio sencillo: “El Espíritu de Dios vino sobre nosotros con tal poder que no pudimos resistirlo”. Durante casi un año continuaron proclamando el mensaje del advenimiento.

“A partir de entonces continuaron su labor sin ser molestados. A mediados de 1844, sin embargo, el poder que los había poseído antes, los abandonó. Las verdades que habían presentado parecían tan claras y poderosas como siempre; pero después de haber dado la amonestación, la manifestación especial del Espíritu de Dios que se había derramado para ayudar a proclamarla, cesó”.—*Ibid.* 205.

El fenómeno de los niños predicadores

Durante más de un año, entre el otoño de 1842 y el invierno de 1843, ocurrió otro milagro espiritual: El ministerio de los niños predicadores. Al respecto, la Sra. de White escribe lo siguiente: [122]

“En muchos lugares donde el clero ejerció su poder para evitar la predicación de la verdad del advenimiento, al Señor le agradó enviar el mensaje por medio de niños [algunos de apenas 6 a 8 años de edad]. Como eran menores, la ley del estado no podía coartarlos, y se les permitió hablar libremente sin ser molestados. De este modo la gente recibió la amonestación de la proximidad del juicio divino”.—*Ibid.*

Al recordar el caso de los niños predicadores, Elena G. de White comentó:

“Hace años, me fue presentada la obra del primer mensaje en estos países, y se me mostraron circunstancias similares a las que he relatado. La voluntad divina era que en Suecia se dieran las nuevas de la venida del Salvador, y cuando fueron silenciadas las voces de sus siervos, Dios puso su Espíritu sobre los niños, para que se cumpliera esta obra”.—*Ibid.* 206.

La historia registra estos milagrosos sucesos que acontecieron en Suecia para que los recordaran las generaciones venideras, en caso de que los adventistas olvidaran o negaran el hecho de que la Omnipotencia obró en la proclamación adventista desde 1840,

y el significado del juicio que comenzó en el lugar Santísimo del santuario celestial el 22 de octubre de 1844.

[123] El miércoles, después de pasar cinco días en Estocolmo, Elena G. de White y sus acompañantes partieron. Sus anfitriones, los esposos Johanneson, la condujeron hasta la estación en un coche de alquiler, y allí hallaron a muchos adventistas de Estocolmo que se habían reunido para despedirla. “Sentí que mi corazón y el de estos queridos amigos estaban ligados con los lazos del amor—escribió ella afectuosamente—, y lamenté mucho que la mayoría de ellos no me comprendieran, ni yo a ellos, a menos que tuviéramos un traductor”.—*Manuscrito 26, 1885.*

Próxima parada: Grythytted

El próximo destino fue Grythytted, Suecia, pero para llegar hubo que cambiar tres veces de tren y pasar la noche en el camino. Esa tarde hicieron la primera combinación. Durante las dos horas de espera, la Sra. de White y Guillermo realizaron una larga caminata al aire fresco y vigorizante. Por la noche llegaron a Kopparberg. Allí se quedaron hasta el jueves a medianoche. La Sra. de White estaba alerta y observaba al encantador pueblo sueco y su pintoresca manera de vivir. Notó las grandes minas de cobre y de hierro, las casas rojas y verdes. Incluso describió la exquisita belleza de los techos cubiertos de turba: “Los preparan colocando sobre el techo corteza de abedul con turba encima, lo cual mantiene la casa abrigada y seca. El pasto crece sobre la turba, que se conserva fresca y viva, y a veces también plantan flores sobre ella. El aspecto es muy agradable”.—*Ibid.*

A la mañana siguiente la Sra. de White participó de un genuino “smorgäsbord” sueco [variedad de platos dispuestos sobre la mesa para que los comensales elijan los que prefieren] en el comedor del hotel. Todo le resultaba nuevo y se sentía muy impresionada. “Hay una provisión muy abundante de alimentos y se puede comer en abundancia de cualquiera de ellos o de todos por 40 centavos [de dólar] cada plato”.—*Ibid.*

El pastor Matteson viajaba con el grupo de la Sra. de White, y el jueves conversaron un rato sobre temas teológicos que él le presentó. Dios le dio mucha luz a la Sra. de White en cuanto a

temas doctrinales, cosa que se refleja en los artículos y los libros que escribió (véase su libro *The Faith I Live By*).

[124]

El jueves 22 de octubre a medianoche, subieron al tren que partía para Grythytted. En esta ciudad, situada aproximadamente a 240 km al noroeste de Estocolmo, se estableció la iglesia adventista más antigua de Suecia. J. P. Rosquist llegó a ese lugar en abril de 1880, después que se despertó cierto interés por las publicaciones adventistas. En el mes de agosto pudo organizar una iglesia de 47 miembros. Sin embargo, la encarnizada oposición del pastor de la iglesia estatal dio como resultado el arresto de Rosquist y su posterior confinamiento en la prisión de Orebro.

Cuando Elena G. de White llegó a la ciudad, la recibieron el hermano C. G. Hedin y su esposa. Hedin era un pintor que se había empobrecido debido a su vida disipada, pero cuando escuchó y aceptó el mensaje adventista, su vida se transformó. Las finanzas mejoraron junto con la vida y el carácter. Llegó a ser presidente de la incipiente Asociación Sueca en 1883. Cuando llegó la Sra. de White él tenía varios empleados a su cargo. Para expresar su gratitud a Cristo y al mensaje que lo salvó, reservó dos habitaciones en su casa de dos pisos, para uso exclusivo de los pastores visitantes, así como hizo la viuda israelita con Eliseo, el profeta itinerante.

Cuando Elena G. de White llegó al hogar de los esposos Hedin, la condujeron a esas confortables habitaciones. El tiempo estaba claro y frío, y por la mañana encendieron el fuego. La Sra. de White describe la singular estufa sueca. “La superficie parece de porcelana, blanca como la leche y muy pulida. Llega hasta el techo de la habitación y enciende el fuego como si fuera una chimenea”.—**Manuscrito 26, 1885.**

El desayuno fue otra novedad para la visitante:

“Había una mesa redonda con un mantel y un florero en el centro, y nuestro desayuno consistió en pan, un trozo de queso, leche caliente y tortas fritas... Nos invitaron a acercarnos a la mesa, y

[125]

todos permanecimos de pie. Después de pedir la bendición, todavía parados alrededor de la mesa, nos servimos

algo en la mano y nos alejamos, conversando y comiendo. Luego trajeron los platos y pusimos la comida en ellos... Después de comer, los invitados estrechan la mano de los dueños de casa y les agradecen la comida”.—*Ibid.*

Ese fin de semana hubo reuniones el viernes de noche y el sábado de mañana. El mensaje que predicó el sábado la Sra. de White se basó en *Colosenses 1:9-11*. Hubo más de 100 asistentes.

La habitación de Elena G. de White en la casa de la familia Hedin tenía un escritorio muy apropiado, y siguiendo su costumbre, ella dedicó algún tiempo a escribir manuscritos y cartas. Añadió algunos párrafos a los sermones que había predicado en el concilio europeo de Basilea. Luego los mandó a María K. de White con la indicación de que los copiara y los despachara al presidente de la Asociación General, Jorge I. Butler, para que fueran leídos ante los delegados del congreso de la Asociación General que estaba por celebrarse en Battle Creek.

El domingo por la tarde, al predicar en la iglesia, dio un mensaje especial acerca del tiempo de prueba y de persecución que aguardaba a los que, como Rosquist, se aferraran a la verdad divina.

“La persecución más amarga y cruel proviene siempre de aquellos que tienen una apariencia de religión pero no poseen el espíritu y el poder de la santidad—dijo—. El prejuicio religioso no vacilará ante nada”. Pero infundió confianza a los creyentes al añadir: “Los ángeles observan el desarrollo del carácter y pesan el valor moral. Están encargados de marcar a los que son leales a los mandamientos de Dios; y los que posean esa marca recibirán ayuda especial de Dios para soportar la prueba del tiempo de angustia”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 196.*

[126]

El tiempo frío (25°C bajo cero), la tensión del viaje y de las diversas reuniones, fueron demasiado para Elena G. de White. Regresó a su habitación el domingo por la noche, sin poder sentarse ni comer, pero el lunes se sintió mejor y pudo asistir a una comida especial que se realizó en casa de una hermana muy amable llamada Akman. El esposo de esta hermana era un comerciante no adventista. Nuevamente se sirvió un abundantísimo “smorgäsbord”.

El martes 27 de octubre, Elena G. de White y sus acompañantes partieron para Orebro por tren. Llegaron a destino en medio de una tormenta. Para empeorar las cosas, no los esperaba ningún coche. Los fatigados viajeros tuvieron que caminar un kilómetro bajo la lluvia para llegar a la casa donde se iban a instalar. Cuando llegaron, la Sra. de White sentía agudos dolores en el corazón.* Fue una hora de prueba para ella.

Entonces se consiguió un coche para llevarla rápidamente, a pesar de sus dolores, hasta el salón de reuniones. Cuando ingresó en ese lugar donde la aguardaba el público reunido, ella estaba muy apenada. Era un departamento de tres habitaciones en una casa de familia. La habitación más grande podía contener a un centenar de personas en sus bancos sin respaldo, y las otras dos habitaciones daban cabida a unas 20 personas cada una. Pero tanto el miércoles como el jueves el lugar estuvo colmado. Ella agradeció este hecho, pero recordó la experiencia de Copenhague, cuando sintió la misma aflicción ante la falta de un salón de reuniones representativo.

[127]

Un sueño significativo

El miércoles por la noche tuvo un sueño. Durante el mismo conversó con el pastor Matteson.

—¿A qué distancia podría alumbrar una luz colocada debajo de un almud?—le preguntó.

—No más lejos que el diámetro del recipiente—fue la respuesta.

—¿Y qué alcance tendría si estuviera debajo de una cama?—volvió a preguntar ella.

—No podría iluminar la habitación—respondió Matteson—, desde ese lugar tan bajo y oscuro.

—Entonces, ponga su luz en un candelero, e iluminará toda la casa. Necesita ampliar y elevar sus ideas. La gente ha perdido la oportunidad de obtener la luz que Dios deseaba darle.—*Ibid.* 200.

*Elena G. de White tuvo que luchar continuamente contra las enfermedades; tenía los pulmones y el corazón débiles. Pero su mente era clara y fuerte y su espíritu indomable. Cierta vez le explicó al pastor Loughborough que, al igual que el apóstol Pablo, tenía una “espinas en la carne”, un corazón débil que le ocasionaba frecuentes problemas (General Conference Bulletin, 29 de enero de 1893).

Pero a pesar de la incomodidad del lugar de reunión, la gente apreció la visita de Elena G. de White: “El Señor me ayudó a hablar— declaró ella—, y me fue posible llegar a los corazones, lo sé, porque brotaron lágrimas y se leía el interés en muchos rostros”.—*Ibid.*

Antes de abandonar Orebro, los viajeros visitaron un antiguo castillo, y al regresar a la estación el día viernes, se detuvieron en la prisión donde estuvo encarcelado Rosquist por predicar el mensaje adventista en Grythytted.

Orebro y los hermanos Petri

Mientras estuvo en Orebro, Elena G. de White recordó también la historia de Suecia en la época de la Reforma. Al respecto escribió:

“Orebro fue la cuna de los dirigentes de la Reforma sueca, Olaf y Lorenzo Paterson. Eran hijos de un herrero, pero habían recibido una educación amplia. Estudiaron varios años en la Universidad de Wittenberg donde enseñaban Lutero y Melanchton, y^{*}

[128]

allí recibieron las doctrinas de la fe reformada. Se dice que el mayor de los dos hermanos estuvo entre la multitud que contemplaba la puerta de la iglesia de Wittenberg cuando Lutero clavó sus tesis en ella. Ambos se destacaron por su conocimiento y su piedad, y por el celo y el valor que desplegaron en la defensa de su fe. Se dice que se asemejaban a los grandes reformadores de Alemania. Al igual que Melanchton, Lorenzo, el menor, fue un hombre culto, considerado y calmo, mientras que Olaf poseía una poderosa elocuencia que entusiasmaba a la gente. Por esta razón el populacho lo atacaba con frecuencia y violentamente. Los sacerdotes católicos despertaban los prejuicios de las personas ignorantes y supersticiosas, y en varias ocasiones el reformador logró escapar apenas para salvar su vida.

^{*}5—E.G.W. en E.

“Estos reformadores, sin embargo, recibieron el favor y la poderosa ayuda del rey”.—*Ibid.* 201.

Bajo la influencia de estos hombres piadosos, el monarca aceptó la fe reformada. Véase *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 282-286. Olaf llegó a ser predicador en la catedral de Estocolmo, y Lorenzo profesor de teología en la Universidad de Uppsala. Ambos tradujeron la Biblia al sueco, lo que dio a sus compatriotas la oportunidad de leer por primera vez la Palabra de Dios en su idioma materno.

Mientras estuvo en Orebro, Elena G. de White visitó un parquecito donde se erigía un monumento en memoria de estos dos hombres valientes. La única inscripción que se lee allí es la de *Daniel 12:3*: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”.

Este versículo describe, no sólo las características de los hermanos Petri, sino también a los reformadores adventistas que procuraron la plena madurez de la gran Reforma que comenzó tan noblemente en el siglo XVI.

[129]

Los adventistas Noruegos

Grandes reuniones públicas en cristiania

Ante la Sra. de White se presentaba ahora la misión más importante de su estada en Escandinavia: Algo más de dos semanas muy activas en Noruega. A pesar de que Suecia ya tenía más adventistas en esa época, Noruega poseía la única institución adventista de ambos países, es decir, la casa editora de Cristianía.* También contaba con la mayor congregación en una sola iglesia: 120 miembros en la iglesia de la sede adventista.

Al observar las características del país y la hospitalidad del pueblo, la Sra. de White escribió:

“Resulta difícil darse cuenta de que aquí en Cristianía estamos a la misma altura del sur del extremo sur de Groenlandia y Alaska. Los inviernos no son crudos aquí. Pero los días son muy cortos en esta época. El sol sale a las 9.30 y se pone alrededor de las 15.

“En verano, por supuesto, los días son igualmente largos. A mediados del verano la noche es tan clara que se pueden leer páginas impresas. Los niños

[130]

juegan a menudo en las calles hasta medianoche. En el Cabo Norte el sol no se pone desde el 15 de mayo hasta el 29 de julio.

*El nombre original de esta ciudad, fundada a mediados del siglo XI, fue Oslo. En 1624 la ciudad antigua fue completamente destruida por el fuego, y el entonces rey de Dinamarca y Noruega, Christian IV, ordenó su reconstrucción y le dio su nombre. El 1 de enero de 1925 los noruegos rebautizaron la ciudad con su nombre original por razones “históricas y patrióticas”.

“Noruega tiene alrededor de dos millones de habitantes: La gente posee un espíritu notablemente independiente y amante de la libertad”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 220.

Los viajeros llegaron a Cristianía el viernes 30 de octubre al mediodía. El pastor A. B. Oyen y su esposa los recibieron en la estación y los condujeron hasta su casa ubicada en los suburbios, en la calle Akersvejen 2. Los esposos Oyen eran norteamericanos que llegaron a Noruega en el verano de 1884 para supervisar la obra de publicaciones. Elena y Guillermo White se alegraron muchísimo por la oportunidad de volver a conversar libremente en inglés. “Aunque nuestros hermanos y hermanas daneses y suecos nos recibieron y trataron con las mejores atenciones—escribió la Sra. de White en esa ocasión—, nos sentíamos siempre como mutilados, porque no podíamos conversar con ellos... Pero ahora nos parece estar nuevamente en Norteamérica”.—*Manuscrito 27, 1885*.

Después de servirse lo que Guillermo describió como “una comida abundantísima”, es indudable que la familia White estaba ansiosa por escuchar noticias de los progresos de la nueva casa editora noruega. Seis años atrás Matteson había comprado el edificio de Akersgaden, pero parte de la construcción tuvo que ser derribada cuando se abrió una calle nueva en la ciudad, llamada Thor Olsens Gade. Matteson consideró la posibilidad de reconstruir la casa editora y el salón de reuniones con ayuda de la Asociación General. Se inició la construcción en mayo de 1885, pero no concluyó hasta marzo del año siguiente.

Poco después de llegar a Cristianía, tal vez esa misma tarde, la Sra. de White visitó la nueva institución junto con el pastor Matteson. Guillermo White, al recordar el incidente, cuenta que cuando entraron en el edificio que había sido renovado parcialmente, su madre exclamó: “Este lugar me parece familiar. Ya lo he visto antes”. Y al entrar en la sala de prensas, dijo: “He visto antes estas prensas. Este es uno de los lugares que me fue mostrado hace años, en el cual se imprimían publicaciones fuera de los Estados Unidos”.

Se refería a la visión que tuvo el 3 de enero de 1875, acerca de una obra más amplia. En la época en que recibió la visión, la iglesia

tenía sólo una casa editora, aunque se contemplaba la posibilidad de establecer otra en California. Pero en 1885, la Sra. de White volvió a ver lo que el ángel de Dios le había mostrado tan vívidamente.

Las reuniones en el salón Good Templars

Durante el tiempo cuando se reconstruyó la sala de reuniones, los 120 miembros de la iglesia de Cristianía se reunieron en el Salón Good Templars. Además de constituir la congregación adventista más grande de Escandinavia en esa época, cuando se reunieron para escuchar el sermón que la Sra. de White predicó ese sábado de mañana acerca de la piedad práctica, se les añadieron muchos amigos y vecinos, con lo que el auditorio aumentó a más de 200 personas.

A medida que avanzaba la semana, la iglesia de Cristianía descubrió que en las visiones que Dios le había dado, la Sra. de White vio algo más que las prensas. Ella misma cuenta lo siguiente:

“Cuando se presentaron ante mí los campos misioneros de este país nuevo, se me mostró que en todas las ramas de la misión algunas cosas requerían un cambio; era necesario elevar la norma en esta iglesia, para que ejerciera en otros lugares una influencia correcta y salvadora”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 211.

[132]

La distribución de la feligresía noruega en esa época certificó la veracidad de la visión. Aunque la iglesia de Cristianía tenía 120 miembros, en el resto del país había apenas unos 80 adventistas más. Por alguna razón, la verdad no se había proclamado fuera de los límites de la ciudad.

El sábado de tarde, un centenar de personas participó del rito de humildad y de la Cena del Señor, y mientras la Sra. de White estuvo en Noruega, continuaron llegando multitudes sorprendentemente grandes. Para la reunión del domingo de mañana se alquiló un salón sindical. Todos los asientos se llenaron; todo el espacio disponible fue ocupado por personas que permanecieron de pie, y una cantidad de gente tuvo que retirarse por falta de lugar. Se calcula que 1.400

personas escucharon predicar a la Sra. de White acerca del amor divino. ¡Qué contraste con las pequeñas reuniones que acababa de realizar en salones improvisados!

La manada pequeña de Drammen

A unos 32km al sudoeste de Cristianía estaba la ciudad de Drammen. El martes, la Sra. de White tomó el tren para visitar la pequeña congregación adventista de ese lugar. El mejor salón que se pudo conseguir no era muy representativo, pero a pesar de que la Iglesia de Drammen sólo tenía 20 miembros, 700 personas acudieron para oírla hablar. Sus observaciones se basaron en **Juan 3:16**.

La Sra. de White describe el salón como una habitación “destinada a bailes y conciertos, de unos 10 m x 24 m, con un estrecho pasillo a cada lado, y una enorme estufa en cada extremo. No había púlpito ni lugar para colocarlo. De un cuarto vecino trajeron seis mesas de cantina, con las que formaron una plataforma; la cubrieron con una alfombra cuadrada y encima colocaron una mesa que hizo las veces de atril y púlpito. Los escalones los improvisaron con sillas y banquetas. Dudamos que el salón y las mesas hayan tenido tan buen uso alguna vez”.—**Ibid. 207**.

[133]

A la mañana siguiente la Sra. de White regresó a Cristianía. Esta vez, sin embargo, la niebla que le había impedido contemplar el paisaje en el viaje a Drammen, había desaparecido.

“El paisaje es muy hermoso. La vista no es uniforme. Hay riscos elevados y montañas rocosas, lagos e islas. En el verano debe ser un lugar muy agradable para vivir”.—**Manuscrito 27, 1885**.

Aunque estaba sumamente atareada en este centro de la obra en Noruega, no olvidó las necesidades de la causa en Norteamérica. Escribió cartas informativas y animadoras a su sobrina, Addie Walling, quien se estaba preparando como linotipista y correctora de pruebas en la Pacific Press, en Oakland. También mantuvo correspondencia con el Dr. John Harvey Kellogg en Battle Creek, y ya entonces le advirtió que el sanatorio estaba creciendo demasiado. También le preocupaba el hecho de que el doctor trabajaba en exceso.

En Healdsburg, California, donde había comenzado a funcionar un nuevo colegio, se estaba gestando un reavivamiento. Existía el peligro de los extremismos por un lado, y de que se inhibiera el Espíritu de Dios, por el otro. La Sra. de White escribió cartas para aconsejar a los dirigentes de ambas partes, a fin de mantener el equilibrio. Y a menudo sus cartas de consejo llegaban en el momento oportuno para enfrentar alguna situación crítica.

[134] El jueves 5 de noviembre la Sra. de White prosiguió escribiendo y compensó el tiempo lluvioso y desagradable con una “conversación muy agradable y provechosa” con el Hno. L. Hansen: Un contratista de edificios que había aceptado el adventismo y era una figura clave en la iglesia de Cristianía en esa época. Estaba a cargo de la construcción de la nueva casa editora y del salón de reuniones, y fue también el arquitecto de la casa editora de Basilea. Cuando él y la Sra. de White conversaron por medio de un intérprete, ella compartió con él algunas de sus experiencias como pionera en la obra. Le habló de sus primeras visiones acerca de la reforma pro salud, y la influencia que ejercieron en ella para cambiar sus hábitos alimentarios.*

Problemas en la iglesia de Cristianía

Durante esa primera semana se celebraron dos reuniones por noche, cada una con una asistencia de 500 personas, pero el sábado 7 de noviembre, Elena G. de White comenzó a trabajar con todo fervor por la iglesia de Cristianía. Dos serios problemas afectaban a esta importante iglesia: Un espíritu descuidado en cuanto a la observancia del sábado, y la crítica fanática con respecto a asuntos de menor

*La visión más importante acerca de la reforma pro salud la recibió el 6 de junio de 1863. El Señor le dio consejos y advertencias y le señaló los peligros que implicaban para la salud el régimen seguido por los seres humanos, la vestimenta femenina y las drogas recomendadas por los médicos de esa época. Se le llamó la atención a la necesidad de seguir un régimen sencillo, al uso natural del agua y a los remedios que ofrece la naturaleza en general. Visiones posteriores proporcionaron luz adicional del cielo. La Sra. de White escribió cinco libros sobre el tema y numerosos artículos, que convirtieron a los adventistas en la iglesia cristiana que más se preocupa por la salud. La visión que recibió en la Navidad de 1865 en Rochester, Nueva York, indujo a los dirigentes de la iglesia a fundar en Battle Creek, en 1866, el primero de una serie de centros de salud que hoy circundan el globo.

importancia. Para reemplazar la verdadera prueba de lealtad, los feligreses elaboraron sus propias normas acerca del vestido y las fotografías. Interpretaron que el segundo mandamiento se aplicaba también a las fotografías y algunos llegaron a quemar las fotos de sus amigos.

“De este modo, se introdujo un espíritu de crítica y de disensión, lo cual ocasionó un gran daño a la iglesia. Los no creyentes recibieron la impresión de que los adventistas eran un grupo de fanáticos y extremistas, y que su fe los inducía a tener un carácter brusco, descortés y verdaderamente anticristiano”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 211.

[135]

“Es verdad—les dijo Elena G. de White durante su visita—que se gasta demasiado en fotografías; no es poco el dinero que se le paga al artista, y que debería ir en cambio a la tesorería de Dios. Pero el daño que producirá en la iglesia la actitud de estos extremistas es mucho mayor que lo que están tratando de corregir”.—*Ibid.* 212.

La Sra. de White no desconocía los manejos de los extremistas. Al respecto declaró:

“Hace años nos enfrentamos con este mismo espíritu y su obra. Se levantaron hombres que pretendían haber sido enviados con un mensaje de condenación hacia las fotografías, e instaban a destruir toda semejanza de cualquier cosa. Llegaron al extremo de condenar los relojes que tenían figuras o dibujos grabados.

“La Biblia nos habla de una buena conciencia; y existen no sólo conciencias buenas sino también malas. Hay una clase de conciencia que lleva todas las cosas a los extremos, y convierte los deberes cristianos en una carga tan pesada como la que impusieron los judíos con la observancia del sábado...

“El segundo mandamiento prohíbe el culto a las imágenes; pero Dios mismo empleó ilustraciones y sím-

bolos para representar ante sus profetas ciertas lecciones que ellos debían transmitir a la gente, para que las comprendieran con mayor claridad que si las hubieran recibido de cualquier otra manera. Dios apeló al entendimiento por medio del sentido de la vista. A Daniel y Juan se les presentó la historia profética por medio de símbolos, que debían ser representados claramente en tablas, para que el que los leyera pudiera comprender”.—*Ibid*; véase también *Mensajes Selectos 2:367-369*.

La observancia del sábado y las autoridades escolares

[136] El tema que mencionó la Sra. de White el segundo sábado que pasó en la iglesia de Cristianía fue la observancia del sábado. El problema se complicaba por el hecho de que la asistencia escolar era obligatoria (pero no apremiante) en el día sábado. Para justificar la asistencia de sus hijos a la escuela en sábado, algunos alegaron que Cristo declaró que era correcto “hacer el bien” en ese día. Pero tal argumento, señaló la Sra. de White, es demasiado flexible, porque con ese justificativo también se podría aceptar el trabajo común, ya que después de todo, cuando un hombre trabaja para mantener a su familia, ¿no está acaso haciendo algo bueno?

En cambio, ella instó a procurar algún arreglo con las autoridades educativas. “Si esto fracasa, su deber es claro: Deben obedecer los requerimientos de Dios a cualquier costo”. *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 216*. Ella no desconocía el hecho de que algunos adventistas de Europa Central fueron multados y encarcelados por no enviar a sus hijos a la escuela en sábado. En cierto lugar, reveló la Sra. de White, cuando las autoridades llevaron a los niños a la escuela, éstos tomaron consigo sus Biblias en lugar de los libros de texto que usaban siempre, y pasaron el día estudiando la Palabra de Dios.

Al registrar en su diario esa noche lo que había aconsejado a la gente, la Sra. de White escribió:

“El sábado del cuarto mandamiento involucra una prueba. Es la prueba divina. No ha sido hecha por los hombres. Es la línea de demarcación que distingue a los

leales y genuinos; separa al que sirve a Dios del que no le sirve...

“El ha hecho preciosas promesas a los que guardan su sábado sin mancillarlo. Su infinita sabiduría, su poder y su amor obran en nuestro favor. La hueste celestial registra nuestros nombres junto a los nombres de los leales y fieles. Estar siempre del lado del Señor es una seguridad”.—*Manuscrito 27, 1885.*

La Sra. de White sabía que estaba definiendo muy claramente un problema muy serio, y al concluir su sermón, “invitó a pasar al frente a los que se sentían pecadores, en desarmonía con Dios y que necesitaban su poder transformador”. Respondieron unas 50 personas. La predicadora descendió del púlpito y se arrodilló con ellos. Oró mientras el pastor Matteson traducía. Cuando se les dio oportunidad a los presentes para dar testimonio, “un número considerable confesó que casi habían abandonado la verdad y se habían separado de Dios, y ahora deseaban arrepentirse y volver a formar parte del pueblo de Dios”. Aunque los dirigentes trataron de concluir la reunión, les fue imposible hacerlo. Se levantaban dos y tres personas por vez para dar testimonio. Finalmente la reunión llegó a su fin. Había durado tres horas. Sin embargo, la hermana White escribió en su diario: “La obra debe ser aún más profunda”.—*Ibid.*

[137]

El mayor auditorio en el gimnasio militar

El domingo, la Hna. White se dirigió al auditorio más numeroso de todos los esfuerzos públicos que realizó en Europa. El presidente de la sociedad local de temperancia la invitó a dictar una conferencia sobre temperancia en el gimnasio militar, el salón más grande de la ciudad. Un público de 1.600 personas colmaba el sitio en esa ocasión. Era obvio que había un gran interés por la reforma en favor de la temperancia.

Cuando llegó al lugar, la Sra. de White vio una bandera norteamericana a manera de dosel sobre el púlpito. “Una atención—observó ella—que aprecié sobremanera”.

Entre el público había muchos ciudadanos destacados, incluyendo al obispo de la Iglesia Estatal y a una cantidad de otros clérigos.

[138] El enfoque que dio al tema sorprendió a sus oyentes, quienes esperaban presenciar una entusiasta campaña, llena de historias espectaculares y de estadísticas sorprendentes. Por el contrario, la señora de White prefirió referirse a la temperancia desde el punto de vista religioso. “Cuando los presentes descubrieron que el tema se discutiría tomando a la Biblia como fundamento, al principio quedaron atónitos; luego se despertó el interés y por último se sintieron profundamente conmovidos”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 211.

El análisis que la Sra. de White hizo de la reacción de los oyentes en diversos momentos de su conferencia, indica el grado de atención con que los observaba, aun mientras hablaba. Pocas semanas antes, al hablar en el concilio europeo de Basilea, recomendó a todos los ministros el siguiente enfoque:

“Mientras Cristo enseñó en la tierra, observaba el rostro de sus oyentes; y el brillo de los ojos, la expresión animada, le permitían conocer al instante el momento en que alguien aceptaba la verdad. En la misma forma, los maestros del pueblo deberían estudiar hoy el rostro de sus oyentes”.—*Ibid.* 147.

Cuando la Sra. de White vio que sus palabras caían en oídos atentos, procedió a mostrarles la importancia de los hábitos de temperancia, mientras citaba consejos y ejemplos extraídos de la historia bíblica.

“Nadab y Abiú eran hombres ocupados en un oficio santo; pero el vino entorpeció de tal manera sus mentes que no pudieron distinguir entre las cosas sagradas y las comunes. Al ofrecer el ‘fuego extraño’ despreciaron los mandamientos de Dios, y fueron aniquilados por el juicio divino”.—*Ibid.* 208.

Después de extraer innumerables lecciones de diversos personajes bíblicos, concluyó con la siguiente exhortación:

“Necesitamos hoy hombres como Daniel; hombres que tengan la suficiente abnegación y el valor como para ser reformadores radicales en cuanto a la temperancia. Procure cada cristiano que su ejemplo e influencia estén del lado de la reforma. Sean fieles los ministros del Evangelio en amonestar a la gente. Y recordemos todos que nuestra felicidad en dos

[139]

mundos depende de que mejoremos debidamente en uno de ellos”.—*Ibid.* 211.

Al concluir su disertación, el Dr. Nisson, presidente de la Sociedad de Temperancia, se adelantó para dirigirse al auditorio. Destacó el hecho de que la prosperidad del movimiento norteamericano de temperancia se debía a que estaba respaldado por el fervor religioso y por las exhortaciones de la verdad bíblica. Cuando el público se retiró, otros dirigentes locales de temperancia se adelantaron para saludar a la talentosa oradora. El Dr. Nisson le presentó a cada uno de ellos. Algunos le rogaron que volviera a hablarles, pero ella rehusó cortésmente. Sentía que la iglesia de Cristianía necesitaba más que ellos de su ayuda.

La neblina y la humedad prosiguieron, y para estar más cómoda, Elena G. de White le pidió a un zapatero noruego que le tomara las medidas del pie para que le hiciera un par de zapatos nuevos. También compró una capa para protegerse del frío. “Me siento muy agradecida por tener una prenda tan abrigada”, escribió.—*Manuscrito 27, 1885.*

Se derrite el hielo de la indiferencia

Pero la Sra. de White tenía preocupaciones mucho más importantes que el protegerse de los resfríos. Trabajó duramente para derretir el hielo de la indiferencia que afectaba tanto a los obreros como a los laicos de la iglesia de Cristianía. Expresó sus pensamientos en las siguientes palabras:

“Dios exhorta a los obreros de esta misión a alcanzar una norma más elevada y santa. Cristianía es un punto

importante en nuestros campos misioneros; es el gran centro de la obra para el pueblo escandinavo. Desde este lugar se despachan las publicaciones y los obreros salen a proclamar los mandamientos de Dios, y es de la mayor importancia que esta iglesia ejerza la influencia debida, tanto por

[140]

precepto como por ejemplo. No se debe establecer una norma tan baja que los que acepten la verdad transgredan los mandamientos al tiempo que profesan obedecerlos... Si este pueblo amolda su vida a las normas bíblicas, habrá ciertamente una luz en el mundo, y una ciudad asentada sobre un monte”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 218, 219.

Todas las noches, durante la segunda semana que pasó en esa ciudad, predicó fervientemente y celebró reuniones de testimonio. Algunos retrocedieron “como si dudaran”, indica su diario, pero otros testificaron que “se sentían desdichados y preocupados y deseaban volver a la verdad”.—*Manuscrito 27, 1885*.

Al principio la sierva del Señor se despertaba a las tres de la mañana, demasiado preocupada como para seguir durmiendo. Al resumir luego su experiencia, escribió lo siguiente:

“Durante las reuniones, el querido Salvador estuvo muy cerca de nosotros repetidas veces. Se inició una buena obra. Varias veces invitamos a los presentes a pasar al frente para orar, y hubo una respuesta rápida y espontánea. Se hicieron confesiones fervientes y sinceras. Varios de los presentes, desanimados, habían apostatado por causa del espíritu acusador y por la falta de amor a Dios y a los hermanos, manifestados hasta entonces. Humildemente confesaron que habían estado errados al permitir que se debilitara su fe en Dios y en la verdad. Algunos habían transgredido el sábado por temor a no poder suplir las necesidades de su familia.

Otros reconocieron que habían cedido a un espíritu de crítica y murmuración. Muchos declararon que jamás habían comprendido como ahora la importancia de la verdad y la influencia que ésta debe ejercer sobre la vida y el carácter. No pocos testificaron agradecidos que habían recibido bendiciones de Dios como nunca antes”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 218.

[141]

Mientras tanto, Guillermo White, Matteson y Oyen trazaban planes para la casa editora. El martes 10 de noviembre llegó una carta de la Review and Herald Publishing Company en Battle Creek, negando algunos pedidos que se habían hecho en beneficio de la Casa Editora de Cristianía. Durante tres semanas Guillermo White tuvo la convicción de que debía ir al congreso de la Asociación General que estaba por comenzar en Battle Creek. Hasta cierto punto, él conocía ahora los problemas de Europa y podía hablar en las reuniones de la junta y en el congreso.

En principio, cuando presentó esta propuesta, la Sra. de White se opuso, pero al día siguiente escribió que después “de considerar cuidadosa y calmadamente el asunto”, había cambiado de idea.

“Pensé que él podría servir mejor a la causa de Dios y especialmente a su obra en estos campos misioneros si va a Norteamérica para que la Asociación General conozca por sus propios labios las necesidades de la causa, tanto en lo que respecta a obreros como a dinero, en lugar de leer los mismos argumentos en una carta. Ahora creo que está bien que Guillermo White vaya, aunque lo extrañaré mucho al igual que sus consejos, que parecen ser casi imprescindibles aquí en este momento”.—*Manuscrito 27, 1885*.

Fue así como el viernes 13 de noviembre, Guillermo White partió de Cristianía. Sabía que no podría llegar a la reunión de apertura del congreso * que tendría lugar cinco días después en Battle Creek.

* El congreso sesionó desde el 18 de noviembre hasta el 6 de diciembre.

Pero aunque llegaría con una semana de atraso, las necesidades de la causa en Europa lo impulsaron a intentar el viaje.

[142] El sábado fue otro día importante en Christiania, el último que la Sra. de White pasaría en esa iglesia. “El salón estaba repleto—escribió—, y esperamos que se hayan producido impresiones profundas”.—*Ibid.*

El lunes de mañana a las 5.45, el grupo de viajeros llegó a la estación para iniciar el viaje de regreso a Basilea. Los matrimonios Hansen, Olsen y Oyen, además de varias otras personas, se habían reunido para despedirlos.

[143] “¿Volveremos a encontrarnos en esta vida—se preguntó Elena G. de White cuando el tren arrancó lentamente—o no nos veremos más hasta el día del juicio? Morir es algo solemne, y vivir es más solemne aún”.—*Ibid.*

De Escandinavia a Suiza

A través de Alemania

Cuando Elena G. de White y sus acompañantes dejaron Noruega contemplaron uno de los espectáculos más grandiosos de la naturaleza: Un ocaso en el norte. La Sra. de White amaba la belleza del mundo natural. A su juicio, la naturaleza era el segundo libro de Dios. El esplendor del espectáculo la sobrecogió.

“Tuvimos el privilegio de contemplar la más gloriosa puesta de sol. El lenguaje no basta para describir su belleza. Los últimos rayos del sol, de plata y oro, púrpura, ámbar y carmesí, compartieron sus glorias a través del cielo, haciéndose cada vez más brillantes y elevándose más y más en los cielos, hasta que pareció que las puertas de la ciudad celestial se entreabrían y destellos de su gloria interior resplandecían a través de ellas. Durante dos horas el magnífico esplendor continuó iluminando el frío cielo del norte. Parecía un cuadro pintado por el Artista Maestro en el lienzo cambiante de los cielos. Se asemejaba a la sonrisa de Dios sobre todos los hogares terrenales, sobre las llanuras rodeadas de peñascos, las montañas escabrosas y los bosques solitarios que debíamos atravesar en nuestro viaje.

“Angeles de misericordia parecían susurrar: ‘Mirad. Esta gloria es apenas un destello de la luz que

[144]

fluye del trono de Dios. No viváis sólo para esta tierra. Levantad los ojos, y contemplad por fe las mansiones del hogar celestial’. Para mí, esta escena era semejante al arco de la promesa hecha a Noé, y me permitió aferrarme a la seguridad del inmutable amor divino, y

contemplar el puerto de descanso que aguarda al obrero fiel. Desde aquel preciso momento, tuve la convicción de que Dios nos concedía esta señal de su amor para animarnos. Mientras tenga memoria, jamás olvidaré esa visión de la belleza, y el consuelo y la paz que me brindaron”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 220, 221.

Pero ella y la Srta. McEnterfer no disfrutaron mucho tiempo de escenas tranquilas, como la de la gloriosa puesta de sol en Escandinavia. En Goteborg, Suecia, abordaron un pequeño barco de pasajeros e iniciaron el cruce del canal que los llevó en seis horas a Dinamarca.

Un cruce peligroso

Al principio el tiempo era agradable y el mar estuvo calmo. La Sra. de White disfrutó de dos horas tranquilas y sosegadas en la sala de señoras.

“Pero pronto el capitán pasó por la cabina y nos aconsejó que bajáramos y nos acostáramos en seguida, porque estábamos por entrar en mar tempestuoso. Le obedecimos, aunque muy a nuestro pesar. Al poco rato, el barco comenzó a mecerse violentamente; apenas podíamos mantenernos en los sillones... Las aguas, agitadas por los vientos inmisericordes, parecían furiosos latigazos. El barco crujía y gemía como si se fuera a romper... Como yo yacía indefensa y exhausta, con los ojos cerrados y el rostro ceniciento, la Hna. McEnterfer temió que hubiera muerto. Ella tampoco podía levantarse de su sillón, pero de vez en cuando me llamaba para asegurarse de que aún vivía.

[145]

“La muerte parecía estar muy cercana; pero supe que podía aferrarme con el firme apretón de la fe, de la mano de Jesús. El que sostiene las aguas en el hueco de la mano puede protegernos de la tempestad... La lección

de confianza que aprendí durante esas pocas horas fue muy preciosa. He descubierto que cada prueba de la vida me ha enseñado una nueva lección de dependencia y confianza en mi Padre celestial. Podemos creer que Dios nos acompaña en todo lugar, y en la hora de prueba podemos aferrarnos de esa mano que posee todo el poder.

“A las tres de la tarde llegamos a Frederickshaven, y nos alegramos al abandonar el barco y volver a sentir la tierra firme bajo nuestros pies”.—*Ibid.* 221.

En Frederickshaven cambiaron el balanceo y las sacudidas del barco por “el suave traqueteo del tren”. Poco tiempo después de instalarse en su compartimiento, se durmieron.

En la frontera alemana

El incidente que relatamos a continuación, pertenece a una serie de experiencias de viaje que despertaron el innato sentido del humor que poseía la Sra. de White, y debe haberla hecho sonreír siempre que lo recordaba a través de los años:

“Estábamos profundamente dormidas cuando, a las tres de la mañana, se detuvieron los coches y el guarda nos informó que habíamos llegado a la frontera alemana, y que todos debíamos pasar por la aduana. Hacía un frío intenso, y el Hno. Kellogg fue a hablar con los funcionarios para pedirles que permitieran a las señoras permanecer en el coche, porque una de ellas estaba enferma, y no se la debía molestar. Pero todo fue inútil; enfermos o sanos, todos debíamos presentarnos para la inspección. Dos funcionarios llegaron a la puerta del vagón, y las otras señoras de nuestro grupo se dispusieron de inmediato a

abandonar el coche, pero tan pronto como pisaron la plataforma los funcionarios dijeron: ‘Es suficiente; pueden regresar’.

“Sin embargo, no quedaron muy satisfechos con la historia de la mujer enferma. Como yo estaba cubierta con chales y frazadas, evidentemente sospecharon que quizá se trataba de un bulto de mercaderías que nuestro grupo trataba de pasar de contrabando a Alemania. Cundo los funcionarios volvieron a acercarse a nuestra puerta, iluminando el compartimiento con la luz brillante de sus linternas, me senté rápidamente y les dije: ‘Aquí estoy, caballeros, tengan a bien mirar y comprobar que soy una mujer viva’. No sé si entendieron mis palabras, pero prorrumpieron en sonoras carcajadas y dijeron en alemán: ‘Está bien’, y nos dejaron arreglarnos para volver a dormir, si es que lo lográbamos después de esta interrupción inoportuna”.—*Ibid.* 222.

El viaje a través de Alemania y sus ciudades históricas intensificó el interés de Elena G. de White por la historia de la Reforma. Al dirigirse hacia el sur, a Suiza, a través del territorio del Rin, ella se mantuvo alerta para observar los lugares históricos importantes, tal como Colonia y Worms. También procuró “aprender algo acerca de los hábitos y costumbres del pueblo”, que la intrigaban.

Finalmente el tren en que viajaba la Sra. de White llegó a Colonia a las ocho de la noche. El hotel quedaba a corta distancia de la catedral:

“Producía una linda vista a la luz de la luna. Se dice que es * el edificio gótico más espléndido del mundo. Está construído... en forma de cruz, tiene 135 m de largo, y posee dos torres de 156 m de

[147]

tura cada una, las más elevadas de Europa”.—*Ibid.*

Pero la ciudad en general era más interesante que la gran catedral, para la sierva del Señor. Al respecto comenta lo siguiente:

*La Sra. de White menciona aquí lo que aprendió en Colonia. La información que da acerca de las catedrales, los túneles ferroviarios, castillos, etc., la extrajo de publicaciones para viajeros o de lo que les escuchó a los guías de turismo.

“Aquí llegó Tyndale desde Hamburgo, para completar la impresión del Nuevo Testamento, con la esperanza de encontrar en este lugar mejores oportunidades para enviar la obra a Inglaterra una vez terminada. Sin embargo, su trabajo no adelantó mucho cuando se descubrió su secreto, y escapó de la ciudad con el tiempo escaso para evitar que las hojas impresas cayeran en manos de los católicos. Un barquito pequeño lo llevó con su preciosa mercancía por el río Rin—la misma ruta que seguiremos nosotros—hasta Worms. Allí completó su gran obra, y por primera vez Inglaterra recibió la Biblia impresa en el idioma de su pueblo”.—*Ibid.* 222, 223; véase también *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 287-290.

Tyndale recibió el Evangelio por medio del Nuevo Testamento griego, publicado por Erasmo. Entonces comenzó a predicar sus convicciones.

A la enseñanza católica, de que la Iglesia había dado la Biblia y sólo la iglesia podía explicarla, Tyndale respondió:

“¿Saben ustedes quién enseñó a las águilas a buscar sus presas? Bien, el mismo Dios enseña a sus hijos hambrientos a hallar a su Padre en su Palabra. En lugar de habernos dado las Escrituras, vosotros nos las habéis ocultado; habéis quemado a los que las enseñaban y, si pudierais, habríais quemado las Escrituras también” (D’Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century*, tomo 18, cap. 4).

El viaje por tren por la costa del pintoresco río Rin, atravesó Bingen y Maguncia y las ciudades de Colonia y Worms; los ojos de los viajeros resplandecían de admiración.

[148]

“Aproximadamente a mediodía pasamos por Worms, la bellísima y antigua ciudad que Lutero ligó en forma inseparable con la historia de la Reforma^{*}, y de la cual

^{*}La osada defensa del Evangelio hecha por Lutero en Worms, ante el emperador Carlos V y la dieta, fue una de las victorias más memorables de la Reforma. “La sabiduría

salió la Biblia de Tyndale, el instrumento más poderoso de la Reforma en Inglaterra'.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 225; véase también *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 155-181.

Finalmente, el 19 de noviembre, después de cuatro días de viaje, la Sra. de White y sus acompañantes regresaron a Basilea. Habían estado ausentes seis semanas y viajaron más de 4.000 km.

Dos observaciones importantes

Al reconsiderar los aspectos de la empresa más importante que realizó en las misiones europeas, Elena G. de White hizo dos observaciones significativas:

En primer lugar, aunque predicó en inglés con la ayuda de traductores, los diferentes públicos que la escucharon recibieron con agrado y entusiasmo sus mensajes.

“En todas las reuniones que celebramos en Escandinavia y en Suiza, prediqué en inglés; los sermones y oración por oración, se tradujeron al idioma del lugar. Aunque la tarea era difícil para el orador, el interés que demostraron los oyentes fue de suficiente inspiración e igualó al de cualquiera de las congregaciones que vimos en Norteamérica. En ciertas ocasiones hubo personas que, al no encontrar asiento, se quedaron de pie durante una hora sin mostrar señales de cansancio”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 225.

[149] Si existía algún prejuicio contra la mujer mensajera y profetisa que había llegado de Estados Unidos, no se hizo notorio entre sus oyentes. La aceptaron como una mujer honesta que creía que el Señor la dirigía en su singular ministerio. Y los adventistas compartían esa creencia.

de los papas, de los reyes y de los preladados había sido anulada por el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que se dejaría sentir en todas las naciones a través de los siglos”. *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 137.

En segundo lugar, los adventistas no sólo recibieron sus mensajes como instrucción del Señor, sino que también le expresaron, con frecuencia, gratitud y aprecio por sus esfuerzos.

“Doquiera íbamos, nuestro pueblo expresaba cálidamente su gratitud por la ayuda que se les había enviado y por el interés manifestado por los hermanos norteamericanos en su favor. En las reuniones sociales [de testimonios], casi todos expresaron su gran pesar por el hecho de que no podíamos comprendernos debido al idioma. Sabían que esta barrera es el resultado del pecado, y esperaban ansiosamente el momento cuando nada nos impediría gozar de la comunión mutua”.—*Ibid.*

[150]

La primera visita a Italia

Ataques de “amigos” y adversarios

A su regreso a Basilea, Suiza, el jueves 20 de noviembre por la noche, Elena G. de White halló a su nuera María en buen estado de salud, pero su nieta Ella* —que tenía entonces cuatro años de edad—estaba enferma, aunque no de gravedad. Por consiguiente, fue bueno volver a “casa”.

En los meses siguientes regresó muchas veces a su casa transitoria de Basilea, para partir nuevamente como mensajera de Dios, llevando a la gente la palabra que él le había confiado. Esa era la modalidad de sus actividades en Europa.

[151] Guillermo White llegó a Nueva York una semana después que su madre regresó a Basilea. A su esposa María le escribió las siguientes instrucciones: “Supongo que a mamá la dejarán tranquila después de su largo y penoso viaje. Debes ayudarla a descansar. Hagan vestidos, salgan a pasear en coche, caminen, maten el tiempo, y denle a la naturaleza la oportunidad de que se fortalezca para otra campaña” (Guillermo C. White, 28 de noviembre de 1885). Pero las esperanzas de que su madre pudiera descansar antes de realizar otra “campaña” se habían frustrado mucho antes que él escribiera ese pensamiento. El primer día que ella pasó en Basilea, B. I. Whitney le dijo que la necesitaban en Italia de inmediato. A. C. Bourdeau, quien fue allí precisamente después del concilio europeo, tenía gran necesidad de estímulo y ayuda.

*En su juventud Ella se casó con Dores Robinson, hijo de Asa T. y de Loretta Farnsworth Robinson. Dores fue pastor, redactor y evangelista, pero su verdadero talento fue la investigación y el arte de escribir. Durante años sirvió en las oficinas de las Publicaciones White, y ayudó a Elena G. de White hasta que ésta falleció en 1915. Se desempeñó como redactor y maestro en los Estados Unidos y en Africa, y posteriormente en las oficinas de Publicaciones White en Elmshaven y en Washington, Estados Unidos. Durante su larga trayectoria de servicio en su país y en el extranjero, la bulliciosa Ella fue su fiel colaboradora. Al escribirse este libro, tanto ella como su hermana menor, Mabel, viven todavía.

A la noche siguiente Whitney regresó para celebrar otra larga entrevista, que giró esta vez en torno de la salud espiritual de los obreros de la oficina, especialmente los más jóvenes. La obra de la Sra. de White quedó trazada antes que ella tuviera tiempo de pensar en coser, salir en coche, caminar o descansar.

Bernardo Kalaria, el judío “convertido”

La Sra. de White habló el sábado por la mañana, y en la reunión social [de testimonios] que siguió tuvo oportunidad de escuchar a Bernardo Kalaria, un judío convertido al cristianismo que estaba asistiendo a una escuela teológica en Basilea. Kalaria se interesó en las doctrinas adventistas y quiso ingresar en la casa editora como traductor al alemán.

Guillermo White llegó incluso a escribir una carta al presidente de la Asociación General, preguntándole si había lugar en alguno de los colegios adventistas norteamericanos, para que este inteligente joven de 24 años pudiera enseñar hebreo.

Pero Elena G. de White no tenía apuro por que se lo empleara en Basilea. A pesar de que “hablaba bien”, Kalaria no se había decidido aún en favor de la verdad. Ella temía que entusiasmarlo con la idea del empleo sería contraproducente. “La pregunta es: ¿Qué dice Dios? ¿Qué pide él?” escribió. Ella no quería que Kalaria tomara su decisión sobre la base de un posible empleo. No había que “engañarlo ni comprarlo”.—*Manuscrito 28, p. 2.*

[152]

Finalmente, se le dio un empleo temporal a este joven, pero no permaneció mucho tiempo “Kalaria—escribió Guillermo White poco después—, nos abandonó después de hacer todo el daño posible”. Las circunstancias confirmaron que era preferible probarlo a tiempo y no después, cuando fuera tarde.

A través de los años, Elena G. de White recibió instrucciones con respecto al trabajo en favor de los judíos: “Se nos ha enseñado claramente que no debemos despreciar a los judíos; porque el Señor tiene entre ellos a hombres poderosos que proclamarán la verdad con poder”. *Manuscrito 87, 1907.* Y antes del congreso de la Asociación General celebrado el 27 de mayo de 1905, ella predijo: “Se acerca el tiempo cuando muchos se convertirán en un día como en el Pentecostés, después que los discípulos recibieron el Espíritu Santo.

Los judíos constituirán un poder que trabajará en favor de los judíos; y veremos la salvación de Dios”.—*The Review and Herald*, 29 de junio de 1905, p. 8.

Labores en el norte de Italia

Durante las semanas siguientes, Elena G. de White viajó en tren a través de los magníficos Alpes y trabajó en las regiones valdenses, cerca de Turín. Esta gran ciudad, al igual que Milán, está situada en la parte superior de la “bota” que constituye la península italiana. Allí se concentraron todas sus presentaciones en Italia. Jamás tuvo ocasión de viajar hacia el sur, a Florencia, Roma o Nápoles. Siempre predicó en las regiones subalpinas de Torre Pellice.

[153] En Torre Pellice se enteró de los problemas que enfrentaban A. C. y D. T. Bourdeau. Daniel fue el primero de los hermanos Bourdeau que trabajó en Italia. Su hermano lo siguió después. Ahora A. C. Bourdeau necesitaba ayuda en el norte de ese país, y su hermano Daniel que había iniciado un programa de evangelización en Ginebra, también necesitaba mucho consejo y orientación.

[154] Daniel se proponía imprimir volantes que lo presentaran como misionero norteamericano e incluyeran algunas observaciones lisonjeras que los periódicos de su país habían publicado el año anterior acerca de él. Elena G. de White procuró disuadirlo. Le dijo que era necesario evitar dos posiciones: Por una parte, los norteamericanos no tenían que avergonzarse de su nacionalidad ni tratar de imitar a los pueblos en medio de los cuales vivían; pero por otra parte, añadió: “Se me ha mostrado que necesitamos actuar con la mayor sabiduría, para no crear prejuicios ni dar la impresión de que los norteamericanos nos sentimos superiores a la gente de otros países”. *Carta 24, 1885*. También señaló que era una locura que Bourdeau se presentara como “misionero”. Esto, dijo ella, crearía celos y sospechas, y sería considerado como “el peor insulto”.—*Manuscrito 28, 1885*.

“Reduzca la extensión de sus sermones—le aconsejó, además—, porque cansan a todos: Al público y al predicador”.

Los hermanos Bourdeau eran evangelistas de experiencia, celosos de buenas obras, pero necesitaban equilibrio y sabiduría, cosas

que el Señor les proveyó por medio del espíritu de profecía. Ya añadiremos luego algo más al respecto.

El cruce de los alpes en tren

La Sra. de White celebró su 58 cumpleaños el jueves 26 de noviembre de 1885, al iniciar el interesante viaje a Italia. Llevó consigo a María K. de White y se les unió Martha de Bourdeau. La pequeña Ella quedó al cuidado de Sara McEnterfer.

El viaje por tren a través del famoso paso de San Gotardo y “por la costa del bellísimo lago Mayor” llevó a las viajeras a Turín, al noroeste de Italia. El cruce de los Alpes fascinó a la Sra. de White, quien escribió extensamente acerca de la singular belleza de las montañas. “Los Alpes son la gloria de Europa. Los tesoros de las montañas envían sus bendiciones a millones de personas. Vemos numerosas cataratas que se precipitan desde las cumbres hasta los valles”.—*Manuscrito 29, 1885.*

En Turín, el grupo pasó una agradable noche en un hotel, y el viernes por la mañana, muy temprano, prosiguió el viaje. La Sra. de White lo describe con las siguientes palabras:

[155]

“A unos 50km al oeste de Turín abandonamos las vastas llanuras que se extienden como un jardín de más de 300km al pie de los Alpes, y después de atravesar un estrecho paso en una cadena baja de montañas, entramos en los valles del Piamonte. El ferrocarril atraviesa sólo uno de estos valles. Poco después de entrar en él, se ven varios otros que se despliegan como un abanico, algunos a la derecha y otros a la izquierda. Pero Torre Pellice está ubicada al final de la línea ferroviaria en este valle central, que es el más grande”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 230, 231.*

Luego comentó: “Hacia allá nos dirigimos, para animar, si fuera posible, a ese grupito que soporta grandes dificultades para obedecer a Dios”.—*Ibid. 231.*

Cuando las viajeras llegaron a Torre Pellice, las esperaba A. C. Bourdeau, felicísimo al ver nuevamente a su esposa Martha.

Los primeros esfuerzos de Czechowski

La pequeña ciudad de Torre Pellice fue el primer lugar que M. B. Czechowski visitó cuando llegó a Europa en 1864, como misionero extraoficial. Allí dio a conocer el mensaje del tercer ángel a Juan David Geymet y a Catalina Revel. Ellos fueron los primeros conversos adventistas en Europa.

El Hno. Geymet describe su experiencia con Czechowski en la *Revue Adventiste del 1 de mayo de 1922*:

“En 1863, al salir una noche de la fábrica de seda donde trabajaba en Torre Pellice, en el valle del Piemonte, Italia, vi a un pequeño grupo de personas en la calle principal, frente a una tienda... En medio del grupo había un hombre con una larga barba y un puntero, que explicaba la profecía de

[156]

Daniel 2 con ayuda de un diagrama profético. Era el Sr. M. B. Czechowski.

“Yo no pertenecía a ninguna iglesia, y no había recibido instrucción religiosa. Acepté esta verdad tan pronto como la oí, y llegué a ser, en lo que respecta a la fecha, el primer adventista del séptimo día (junto con la Hna. C. Revel)”.—*The Review and Herald, 27 de diciembre de 1873, p. 20.*

Geymet, Czechowski y otros heraldos del advenimiento que llegaron posteriormente a esos valles valdenses, al igual que los hermanos Bourdeau, probablemente confiaban en poder conducir a algunas de estas personas que amaban la Biblia, a la plena luz de la “verdad presente”. Sin duda, tuvieron éxito en cierta medida; pero la cosecha de esos valles todavía no estaba madura. La Sra. de White escribió proféticamente:

“Habrá muchos aún en estos valles donde la obra parece comenzar con tanta dificultad, que reconocerán la voz de Dios hablándoles por medio de su Palabra, y

que saldrán de la influencia del clero y se decidirán en favor de Dios y la verdad.

“No es fácil trabajar en este campo, ni es éste un lugar donde se verán resultados inmediatos; pero hay aquí un pueblo honesto que a su debido tiempo obedecerá. Las persecuciones que sufrieron sus antepasados los han vuelto apáticos y reservados, y observan con sospecha a los extraños y a las doctrinas desconocidas.

“Pero el milagro de la misericordia divina, unido al esfuerzo humano, harán que la verdad triunfe sobre el mismo suelo donde tantos han muerto por defenderlo. Aumentará el conocimiento, revivirán la fe y el valor, y la verdad resplandecerá como la luz de la mañana a través de estos valles. El antiguo campo de batalla será aún el escenario de victorias que por ahora no se ven, y la adopción de la verdad bíblica

[157]

vindicará la fidelidad que sus padres tuvieron en el pasado”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 249.

Geymet, al igual que Zaqueo, era pequeño de estatura pero de corazón honesto. Hombre que poseía una energía ilimitada, estaba destinado a ser dirigente del ministerio de publicaciones en la iglesia E. Naeny, quien se destacó en la obra de publicaciones de la División Euroafricana, escribió hace poco acerca de este pionero y de su mentor, Czechowski:

“El Hno. Geymet se dedicó a difundir el Evangelio. Acompañó en 1866 al Hno. Czechowski en Suiza, donde lo ayudó en sus labores evangelizadoras, en publicidad y en construcción, mientras se ganaba la vida en el tiempo que le quedaba libre.

“En 1867 Czechowski construyó una casa en Saint Blaise, Suiza, estableció un taller de imprenta y fundó el

periódico *L'Evangile Eternal* (El Evangelio eterno) con J. D. Geymet y Ludomiro Czechowski como impresores y Ana de Prato como redactora. Lamentablemente, la falta de fondos les obligó a cancelar la publicación después de apenas dos años. Durante su estada en Tramelan, Suiza, tradujo *Daniel y el Apocalipsis* (libro escrito por Urías Smith) al idioma francés (nunca se publicó). Después de 1870 pasó muchos años en el Piamonte y allí se casó con Teresa Trombotto.

“En 1877 J. N. Andrews visitó los valles valdenses ‘y dejó tal impresión en mi esposa que ella lloró cuando se enteró de su muerte’, escribió Geymet.

“Durante el invierno de 1884-1885 D. T. Bourdeau, un ministro norteamericano, y Alberto Vuilleumier, un suizo, dieron conferencias públicas. Entre las personas bautizadas estaba la esposa de J. D. Geymet. Poco después se estableció una iglesia... en Torre Pellice.

“En 1885 Elena G. de White... visitó el valle valdense y su visita ejerció una influencia decisiva en el Hno. Geymet y en la elección de su futura carrera.

[158]

Se convirtió en colporteur* en el año 1886, aproximadamente”.—*The Review and Herald*, 27 de diciembre de 1973.

Oposición en Torre Pellice

Entre las personas que se convirtieron en Torre Pellice, durante el invierno de 1884-1885, como resultado del trabajo realizado por

* A los 75 años de edad todavía era capaz de caminar 15 ó 20 km para colocar sus preciosos libros en casa de los lectores interesados. A los 80 años publicó un mensaje en la **Revue Adventiste**, que incluía el siguiente párrafo Inspirador, que todavía hoy sigue teniendo significado: “No puedo concebir a un adventista genuino que sea capaz de permanecer Inactivo y silencioso con respecto a la segunda venida de Cristo, sin impartir esta gozosa esperanza en el corazón de quienes lo rodean” véase la *The Review and Herald*, 27 de diciembre de 1973.

Daniel T. Bourdeau, se encontraba María, la hija de la Sra. de Revel, y el Sr. J. P. Malan y su esposa, redactores de un periódico secular titulado *L'Avvisatore Alpino*.

A fines de febrero, A. C. Bourdeau llegó a Torre Pellice para ayudar a su hermano Daniel y a Adenar Vuilleumier, su ayudante. En el mes de mayo pudo organizar una iglesia de 18 miembros.

Elena G. de White no tuvo que esperar mucho para observar la naturaleza de los problemas de A. C. Bourdeau. J. P. Malan, el converso más prometedor de Daniel Bourdeau, había apostatado y estaba haciendo todos los esfuerzos posibles por impedir el progreso de la pequeña iglesia. Al igual que la semilla plantada en terreno superficial, no tenía raíces y no duró mucho tiempo. Parece ser que Malan había pedido importantes sumas de dinero en préstamo para mejorar su imprenta en Torre Pellice, pero a comienzos de 1885, cuando aceptó el adventismo, sus acreedores le exigieron el pago total de los préstamos. Malan pidió dinero al banco para pagarles, pero cuando se celebró el concilio europeo en septiembre (al cual asistió), el pagaré había vencido. [159]

Malan era el propietario de la única imprenta de Torre Pellice. Dominaba los idiomas francés e italiano. Su esposa hablaba inglés, francés y alemán, además del holandés. Se insinuaba como un futuro y sólido dirigente adventista de ese lugar. Por lo tanto, Guillermo White y B. L. Whitney reunieron 1.600 dólares para ayudarle a cancelar el pagaré que adeudaba al banco.

Durante el concilio europeo, White llegó incluso a declarar en carácter de elogio, en una carta que envió al pastor Butler, que Malan era “tan filoso como una trampa de acero”. Apenas dos meses más tarde, ¡los resortes de la trampa de acero habían saltado!

Interferencia y hostilidades

El viernes, Bourdeau le preguntó a Malan si podía imprimir algunos volantes para anunciar que Elena G. de White hablaría al día siguiente por la tarde en Torre Pellice, pero éste se negó rotundamente. De todos modos la reunión se llevó a cabo, pero debido a la falta de propaganda, asistieron apenas 25 personas, y de ellas sólo tres o cuatro no eran adventistas. La Hna. White se

refirió a la importancia de obedecer a Dios y de caminar en la luz, sin tomar en cuenta las opiniones ni el proceder del mundo.

Cuando la disertación estaba a punto de concluir, Malan, que había estado tomando apuntes durante la reunión, se puso rápidamente de pie. Exigió que se le contestara con un “sí” o un “no” si era necesario guardar el sábado para ser salvo.

“Ella hizo unas cinco o seis tentativas de contestarle—escribió María K. de White a su esposo Guillermo a la noche siguiente—, pero él se ponía de pie de un salto cada vez y furioso le exigía que le contestara ‘sí’ o ‘no’” (carta de M. K. de White, 29 de noviembre de 1885).

[160] Elena G. de White trató de explicar que una pregunta tan importante requería algo más que un mero “sí” o “no” como respuesta; y en medio de los exabruptos de * Malan, procuró decirle que si una persona había recibido luz acerca del sábado y la rechazaba, no podía ser salva.

Malan tomó un papel que había escrito, y comenzó a leer algo que estaba relacionado con la posibilidad de observar el sábado sin abstenerse por completo de trabajar. A. C. Bourdeau hizo los mayores esfuerzos por traducir para que la Hna. White pudiera comprenderlo, pero Malan proseguía la lectura sin interrupción. Finalmente ella le indicó cortésmente que le contestaría por escrito, y así concluyó la reunión del sábado por la tarde. Cuando la perturbada esposa de Malan, que seguía siendo fiel al mensaje adventista, se adelantó para rogar a la Sra. de White que perdonara a su marido, prorrumpió en llanto.

Aumentan las dificultades

El domingo amaneció un día diáfano y bello. Elena G. de White quedó impresionada ante la escena que contempló al dirigirse al mercado. Vio allí a algunas mujeres con los ojos inflamados y una piel áspera y dura, que gritaban ofreciendo su mercancía. En invierno, mucha de esta gente que provenía de la montaña, vivía en los establos junto con las vacas y los chivos para mantenerse abrigada. Los edificios contaban generalmente con una sola ventanita pequeña.

*6—E.G.W. en E.

Por la tarde, la Sra. de White volvió a hablar ante un grupo reducido. Mientras lo hacía, Malan se presentó otra vez. Ocupó un asiento, visiblemente agitado. Cuando oía algo que estaba de acuerdo con su opinión, asentía con un movimiento de cabeza. De lo contrario sacudía la cabeza y comenzaba a murmurar con las personas que lo rodeaban. Finalmente, se levantó de un salto y le preguntó a Bourdeau, que hacía las veces de traductor: “¿Guarda usted todos los mandamientos mejor que los fariseos? ¡Respóndame!” Bourdeau lo ignoró, y Malan tomó su sombrero, airado, y salió apresuradamente del salón. [161]

“Este comienzo no fue muy alentador—escribió Elena G. de White en su diario esa noche—, pero nos quedaremos y veremos si el Señor tiene alguna otra obra para que yo haga”.—*Manuscrito 29, 1885.*

Al día siguiente escribió, feliz: “Tenemos una mañana gloriosa. El sol brilla e irradia un suave calor, las puertas están abiertas y parece que estuviéramos en primavera”. *Ibid.* Durante toda su permanencia en Italia el tiempo se mantuvo templado y diáfano, y ella aprovechó al máximo la situación para salir en todas las oportunidades posibles.

Por la tarde, Bourdeau alquiló un coche y llevó a Elena G. de White y a B. L. Whitney a pasear. Dejaron atrás la villa protestante de Saint Jean, y llegaron a una antigua ciudad católica. Vieron a algunos hombres y jóvenes, e incluso niños, que trabajaban en una cantera de granito.

El pequeño grupo regresó luego a la casa de Bourdeau, después de haber adquirido una mejor comprensión de la vida que llevaban los humildes montañeses.

Parte de los planes que tenía Elena G. de White al ir a Italia, era disfrutar un poco del descanso y la tranquilidad que había echado de menos en Basilea.

El jueves volvieron a pasear unos ocho kilómetros en coche. El viernes se sumergieron nuevamente en las reuniones de evangelización.

Después de las dos irrupciones que Malan realizó durante el primer fin de semana, los obreros llegaron a la conclusión de que sería mejor alquilar otro salón, ya que él era el propietario del que estaban

usando para las reuniones y se sentía con derecho a interrumpirlos siempre que lo deseaba.

La rivalidad de Miles Grant

[162] En una ciudad que distaba pocos kilómetros, consiguieron que les imprimieran volantes para anunciar las reuniones que celebrarían el viernes y el domingo por la noche, y el sábado y el domingo por la tarde. Pero, como si no bastara la oposición de Malan, a la mañana siguiente aparecieron otros volantes que proclamaban la llegada del norteamericano Miles Grant, antiguo enemigo de los adventistas. El anunció decía que Grant celebraría reuniones en el salón que quedaba precisamente arriba del que acababa de alquilar Bourdeau. Estas reuniones se realizarían los mismos días que las de los adventistas, aunque a diferentes horas. Los volantes tenían el mismo tamaño y estilo que los que había distribuido Bourdeau.

Grant era pastor y evangelista de la Iglesia Cristiana Adventista y director del *World's Crisis* (La crisis mundial) durante los años 1856-1876. En cierto tiempo, los adventistas del séptimo día patrocinaron algunas de las reuniones que celebró en California, ya que predicaba acerca de la inmortalidad condicional y otras doctrinas proféticas, pero el arreglo no resultó; y Grant se convirtió en un activo opositor de los adventistas del séptimo día y particularmente de Elena G. de White.

[163] El viernes, ella habló a las siete de la noche acerca de **Mateo 11:28-30**, “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”. Media hora más tarde Grant inició su disertación en el salón de arriba, y predicó acerca de la santificación, aunque casi no mencionó a la Sra. de White. Declaró a su auditorio que ella se encontraba entre los asistentes, pero más tarde se retractó. Asistieron, en cambio, María K. de White y A. C. Bourdeau, y María transcribió el sermón de Grant en taquigrafía. Junto al Sr. Grant se hallaba O. Concorda, que actuaba como traductor. María lo describió como una persona “de voz suave, adventista no sabatista y partidario de la teoría del ‘tiempo venidero’”.*

*La teoría del “tiempo venidero”, relacionada con el milenio, preconizaba el establecimiento de un reinado de mil años durante el cual continuaría el tiempo de prueba y las

A la noche siguiente Grant lanzó una oleada de críticas, y su predicación tuvo como único propósito “poner en evidencia y desacreditar a la mensajera del Señor”. “Habló con más libertad—declaró Elena G. de White—, y dejó aflorar el precioso plato de calumnias que tanto le gusta. Sirvió a los presentes en el mejor estilo esos bocaditos especiales que ha estado acumulando y preparando durante los últimos treinta años, como una evidencia condenatoria para probar que las visiones de la Sra. de White no son de origen divino”^{*}—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 236.

Sin embargo, Elena G. de White se abstuvo firmemente de mencionar a Grant o de responder a cualquiera de sus acusaciones. “Siempre he mantenido el principio de no entrar en controversias con nadie, ni de dedicar tiempo a justificarme”. *Ibid.* 237. En su diario confesó, sin embargo, que a veces se sentía “dolorosamente tentada” a abandonar esta costumbre y a tratar de vindicar su causa.—*Manuscrito 29, 1885, p. 9.*

Naturalmente, corrió la voz de que habían llegado al valle dos adventistas con el propósito de pelearse, y aunque ella señaló que no era verdad, ya que por su parte no había atacado a Grant, el resultado no fue favorable para la obra.

El domingo, ella mantuvo una larga conversación con la Sra. de Malan, que estaba pasando por una “grave prueba” debido a la oposición de su esposo. Fue amable y comprensiva con su aflicción.

[164]

naciones se convertirían bajo el reinado de Cristo y de los santos. Sus adeptos sostenían que durante ese período se produciría la segunda venida de Cristo. [Nota de la Redacción.]

^{*}La Sra. de White y sus visiones fueron atacadas tanto por personas de la iglesia como de afuera. En la década de 1840 escribió:

“Vi el estado de algunos que se adherían a la verdad presente pero que no hacían caso de las visiones—la forma que el Señor ha escogido para enseñar, en algunos casos, a los que erraban en la verdad bíblica. Vi que los que atacaban las visiones no atacaban al gusano—al débil instrumento mediante el cual hablaba Dios—sino al Espíritu Santo. Vi que era una cosa pequeña hablar contra el instrumento, pero que era peligroso menospreciar las palabras de Dios. Vi que ellos estaban en error y Dios quería mostrarles sus errores por medio de visiones, y ellos desdeñaban las enseñanzas de Dios, quedarían abandonados para que siguieran sus propios caminos y corrieran en la senda del error y pensarán que estaban en la correcta hasta que se dieran cuenta demasiado tarde”. *Mensajes Selectos* 1:45.

Después de predicar el domingo por la noche, la Sra. de White descansó bien y se levantó renovada.—*Manuscrito 29, 1885, p. 8.*

El martes, junto con María, los esposos Bourdeau y J. D. Geymet, se dirigieron a la casa de Catalina Revel, a unos cinco kilómetros entre las montañas. Contaban sólo con un burrito pequeño para tirar del coche, y el animal apenas podía subir la pendiente. Arturo, el hijo de Bourdeau, caminó casi todo el tiempo, tirando literalmente del burrito para hacerlo subir la montaña.

Al día siguiente Martha de Bourdeau partió con su hijastra Sara para Basilea. La salud de Edith Andrews seguía declinando y Martha quería estar junto a su hija en sus últimos días en la tierra. Esa semana Elena G. de White hizo otros paseos en coche por las montañas, y el fin de semana trajo más problemas. Concorda y Grant influyeron en el propietario del salón alquilado por los adventistas, para que los desalojaran también de allí. Finalmente, Bourdeau decidió que sería mejor y más seguro celebrar las reuniones en su propia casa, hasta que le fuese posible comprar un salón. Allí, pues, predicó la mensajera del Señor a los creyentes durante el resto de su visita.

El regreso a Basilea

El martes 15 de diciembre, Elena G. de White se levantó a las tres de la mañana para alcanzar el tren a Turín. Viajaron en tercera clase para gastar menos. Aunque en el coche hacía frío, llegaron a Turín sin pasar mucha incomodidad.

El tren atravesó algunos magníficos lugares alpinos, que encantaron a la Sra. de White y la indujeron a exclamar que jamás había visto nada tan bello, ni siquiera en las Montañas Rocosas de su país.

[165] Al llegar a Ginebra por la noche, los esperaban Daniel T. Bourdeau con su esposa, Mariana, y su hijo Agustín, de diez años. Caminaron una corta distancia hasta la casa que Bourdeau alquilaba en Chautepoulet 12.

A la mañana siguiente, Bourdeau alquiló un coche y llevó a Elena G. de White y a María a recorrer la ciudad durante un par de horas.

“Caminamos hasta un lugar muy elevado—escribió ella en su diario—, desde donde contemplamos la unión de dos ríos, el Ródano y su tributario, el Arve. Las aguas de uno son de color azul oscuro y

las del otro tienen un tono grisáceo, y aunque ambas corrientes se encuentran no pierden su color distintivo hasta después de recorrer una gran distancia, donde se fusionan”.—**Manuscrito 30, 1885.**

Consejos para una pareja joven

La Sra. de White se quedó en la casa durante la tarde, mientras María iba a visitar un museo con Paciencia, la hija de Bourdeau—quien con el tiempo llegaría a ser la Dra. Paciencia B. de Sisco. Pero aunque no salió, tampoco se limitó a descansar. Parece ser que Elisa, la hija de Alberto Vuilleumier, sufría el fogoso asedio de un joven muy tenaz. La Sra. de White mantuvo una seria conversación con el pretendiente, y le aconsejó que respetara los deseos de los padres de Elisa, puesto que éstos no aprobaban el casamiento con su hija. Más adelante le escribió una extensa carta que dio base a un artículo publicado en la *Review* acerca del noviazgo y el matrimonio. El artículo fue finalmente reimpresso en el libro. **Mensajes para los Jóvenes, 443-448.** He aquí el párrafo correspondiente:

“El joven que goza de la compañía de una joven para cuyos padres es desconocido, y conquista su amistad, no procede noble y cristianamente para con ella ni para con sus padres. Mediante relaciones y encuentros secretos podrá adquirir influencia sobre la mente de ella, pero al hacerlo, no manifiesta esa nobleza e integridad de alma que debe poseer todo

[166]

hijo de Dios. Para lograr sus fines, proceden de un modo que no es franco ni está de acuerdo con la norma bíblica, y se muestran faltos de sinceridad para con aquellos que los aman y tratan de ser sus fieles guardianes. Los matrimonios contraídos bajo tales influencias no están de acuerdo con la Palabra de Dios. Quien puede apartar a una hija del deber y confundir sus ideas en cuanto a los sencillos y positivos mandatos de Dios de obedecer y honrar a sus padres, no será tampoco fiel a sus obligaciones conyugales” (pág. 443).

Un aspecto típico de los escritos de Elena G. de White, es que señala insistentemente a sus lectores que la Biblia es la guía que establece las normas correctas de conducta. En caso de que los padres no sean creyentes o que estén mal orientados, los jóvenes actuarán con sabiduría—expresó ella—, si buscan orientación en las Escrituras y en consejeros cristianos y prudentes.

Al partir de Ginebra, el jueves 17 de diciembre al mediodía, la Sra. de White y su nuera recorrieron 65 km por la costa del bellísimo lago Ginebra, hasta llegar a Lausana. El tren enfiló luego hacia el norte y llegó esa noche a Basilea. Fue un viaje que le ocasionó algunas alegrías y muchos sufrimientos y angustias a la sierva de

[167] Dios.

En casa para el invierno

Compromisos en Basilea, Ginebra y Lausana

Elena G. de White pasó el primer día del año 1886 escribiendo y tejiendo medias. En una carta dirigida a su sobrina Addie Walling, le mencionó sus resoluciones para el nuevo año:

“El año viejo quedó en el pasado y tenemos ante nosotros uno nuevo. Día tras día subirán los registros hasta Dios. ¿Qué historia presentaré? ¡Oh, que el registro de mi vida sea tal que no me avergüence al enfrentarlo en el juicio! Deseo que Jesús me acompañe a todas horas”.—*Carta 91, 1886.*

Al día siguiente, sábado, por la mañana temprano, Cristina Dahl fue hasta la habitación de la Sra. de White y le abrió su corazón. Dijo que quería ser cristiana y que había tomado la decisión de bautizarse ese día. Su interlocutora exclamó: “¡Cuán agradecida estoy de que haya tenido valor para hacer esto—identificarse con el pueblo de Dios!”—*Manuscrito 61, 1886.*

Esa tarde, Cristina y tres personas más fueron sumergidas en las aguas bautismales. Luego todos compartieron los ritos de la cena del Señor. Después de su decisión, Cristina participó regularmente del culto diario que realizaba la familia White, y leía las Escrituras cuando le llegaba el turno. Antes de ir a Basilea había vivido con su familia en Noruega. Ese sábado fue también un día especial de victoria en otro sentido. Los dirigentes de la obra en Basilea tenían esperanzas de reunir dinero extra durante la época de vacaciones, para comprar carpas para la obra evangélica en Europa Central. La exhortación para recolectar fondos se demoró debido a la muerte de Edith Andrews, pero Elena G. de White se sintió contentísima cuando recibieron 140 dólares el primer sábado del año.

[168]

La fe y el sacrificio de los creyentes

En una carta dirigida a Guillermo, que todavía estaba en Estados Unidos, escribió lo siguiente:

“La iglesia (los miembros) de Basilea es muy pobre, como ya sabes. Hay apenas dos hermanos en Suiza que viven en su casa propia; todos los demás tienen que pagar alquiler. Los que trabajan en esta oficina reciben, a lo sumo, un dólar diario como jornal, es decir, seis dólares por semana; trabajan de la mañana a la noche y se mantienen con esos salarios. Hay otros que perciben todavía menos.

“Puedo notar aquí un espíritu de sacrificio en nuestro pueblo, mucho mayor de lo que he visto en Norteamérica. Creen en los testimonios y los aceptan como si fuera la voz de Dios hablándoles, y de sus magros ingresos hacen todo lo que pueden para que la causa y la obra de Dios avancen”.—*Carta 72a, 1886.*

[169] A comienzos de 1886, Elena G. de White tuvo una buena oportunidad para juzgar la condición de la obra en Europa. Había asistido al concilio europeo, pudo servir en Gran Bretaña y visitar los países escandinavos e Italia. Observó que la situación en el viejo mundo alrededor del año 1880, era bastante similar a la que habían enfrentado los pioneros adventistas en Norteamérica treinta años antes. Había nuevos creyentes, muchos de los obreros carecían de experiencia, escaseaban los recursos financieros y la responsabilidad de proclamar el último mensaje de advertencia al mundo era inmensa y no siempre se la comprendía.

Cuando se trazaron los planes para que la familia White visitara Europa, no se especificó la duración de la visita. Ellos tenían la impresión de que pocos meses bastarían para su tarea. Pero cada vez se hacía más evidente que no podrían partir tan pronto como habían pensado. Uno o dos meses antes habían hablado de la posibilidad de regresar a los Estados Unidos en mayo de 1886, para la época del congreso que se celebraría al aire libre. Pero luego abandonaron esa idea:

“No veo ninguna posibilidad de que nos vayamos antes de la primavera... Se me instó a venir a Europa y aquí me quedaré hasta que sienta que puedo regresar... No tengo apuro por volver a menos que el Señor me diga: ‘Vete a Norteamérica’... Apenas hemos comenzado... Estoy contenta por haber venido, porque el Señor me ha sostenido”.—*Ibid.*

Durante los meses de enero, febrero y marzo, se dedicó cada vez más a la rutina de su trabajo en Europa. Casi todos los sábados predicaba en la iglesia de Basilea, y despachaba con regularidad una nutrida correspondencia, dirigida no sólo a los obreros de Europa sino también a los de los Estados Unidos.

El departamento de la familia White en Basilea

El departamento que ocupaban en la casa editora no tenía lujos; pero las habitaciones, amuebladas con muebles prestados, eran cómodas. Carlos, el hijo de J. N. Andrews, partió para Norteamérica después del tercer concilio europeo, y la Sra. de White heredó su cama, el escritorio, la mesa y el ropero. Como la estufa de vapor no siempre bastaba para alejar el frío de las mañanas invernales, instalaron otra de carbón.

Además de la habitación de Elena G. de White, la familia disponía de un comedor y de otros dos dormitorios. Uno de ellos tenía muebles de oficina: un escritorio, una mesita para máquina de escribir y algunos estantes para libros. En el otro dormían Guillermo, María y la pequeña Ella.

[170]

Actividades diversas

La Sra. de White también dedicaba tiempo para ser una buena vecina. El domingo 3 de enero, salió con María a visitar a la Sra. Erzberger. Se encontraron con que ella, a su vez, iba a casa del Sr. Luis Aufranc y su esposa, y participaron de la visita. La Sra. de White sentía compasión por el Sr. Aufranc. Había sido traductor de la oficina de Basilea durante muchos años, pero los malos hábitos que adquirió durante sus días de estudiante minaron su salud.

A la mañana siguiente, la Hna. White también comenzó a sufrir algunos problemas de salud. El ojo izquierdo se le inflamó y le dolía la cabeza. Cuando no podía escribir dictaba la correspondencia, y así proseguía su labor a pesar de su indisposición. Trataba de pasar al aire libre todo el tiempo posible.

Cierto día, a mediados de enero, apenas unos pocos días antes del cuarto cumpleaños de su nieta Ella, tomó a la niñita de la mano y salieron juntas a caminar. La abuela y su vivaz nietecita estaban tan absortas disfrutando de su alegre aventura que perdieron la noción de dónde se encontraban. Nadie comprendía suficiente inglés como para ayudarlas a ubicar la casa editora. Durante una hora buscaron el camino de regreso. Finalmente, hallaron la vía del ferrocarril que pasaba junto a la calle donde vivían. Cuando llegaron, todos estaban preocupados por su larga ausencia.

La molestia del ojo persistió durante todo el mes de enero, y a veces, cuando no podía seguir escribiendo, María de White la oía cantar para pasar el tiempo.

[171]

Llegan refuerzos de Norteamérica

Mientras Guillermo White terminaba su trabajo en los Estados Unidos, iba preparando el regreso para principios de febrero. Notó que el tomo 1 del libro *Spirit of Prophecy* (El espíritu de profecía), predecesor de *Patriarcas y Profetas*, estaba agotado, y sugirió que se iniciara de inmediato otra edición. La misma Sra. de White le había sugerido que, en caso de que ella tuviera que quedarse en Europa, él debía impulsar allí su trabajo literario. Hasta contempló la posibilidad de publicar algunos libros en Suiza para proporcionar trabajo a la casa editora que luchaba por mantenerse. Pero este deseo jamás se materializó, con excepción de la traducción de sus libros. Durante su permanencia en Europa ella siguió elaborando su prodigiosa producción literaria. Mantenía continua correspondencia con los obreros y laicos de Norteamérica y de las misiones extranjeras incipientes: Preparaba artículos para las publicaciones de la iglesia y sermones que también se publicaban.

Los correctores de originales colaboran con E. G. de White

Guillermo C. White regresó a Europa acompañado por Mariana Davis, quien les ayudaría a transcribir a máquina y preparar los escritos de Elena G. de White para su publicación. Cuando llegaron, la hallaron confinada en su cama, enferma. El día anterior había tenido fuertes escalofríos durante dos horas. Pero la presencia de su hijo y de su buena amiga, la Srta. Davis, alegró su espíritu.

Mariana había sido su secretaria y correctora de originales desde 1879, y continuó realizando ese trabajo durante muchos años. Su primera tarea en Basilea consistió en revisar, con María K. de White, los relatos de los viajes por Europa que Elena G. de White escribió para el libro *Historical Sketches*.

Debido a su activo programa de predicaciones y su fecunda pluma, la Sra. de White producía más de lo que María podía absorber. A ello se sumaban los planes para publicar los libros más grandes, lo cual hacía más necesario aún la búsqueda de otros ayudantes. [172]

No resulta difícil comprender esta necesidad de tener correctores de originales. La Sra. de White predicaba sus sermones sin prepararlos, y en un estilo libre y espontáneo. Pero, como lo sabe cualquier orador, las presentaciones orales requieren ciertas correcciones para poder imprimirlas. Los correctores de originales de la Sra. de White tomaban nota de sus sermones mientras ella predicaba, y luego de transcribirlos correctamente a máquina, se los devolvían para que ella los estudiara con detenimiento y diera su aprobación. Lo mismo sucedía con los artículos que escribía a mano. Esto le permitía trabajar con mayor rapidez, sin preocuparse de la meticulosa tarea del redactor.

Sus ayudantes hacían el trabajo de redacción que incluía la corrección de los errores de escritura, gramática y puntuación, y también evitaban las repeticiones o las palabras inapropiadas. Si ella usaba incorrectamente el tiempo de un verbo, sus fieles ayudantes lo corregían. Las secretarías de la Sra. de White no redactaban sus artículos ni recomponían sus mensajes. Ella fue la autora de todos los libros y artículos que llevan su nombre.

L. R. Conradi llega a Europa

Cuando Guillermo White regresó a Europa en el mes de febrero, llevó consigo un importante colaborador que se sumó a las fuerzas de la misión: Luis R. Conradi, un alemán que vivía en los Estados Unidos desde que tenía 17 años. Allí aceptó el adventismo y fue ordenado al ministerio en 1882. Conradi se quedó muchos años en Europa, y llegó a ser el dirigente máximo de la obra en ese lugar.

[173] Elena G. de White se refiere a su llegada con las siguientes palabras: “El Hno. Conradi está aquí y piensa visitar Rusia tan pronto como haya allí un interés profundo, que ya se ha despertado por medio de las publicaciones. Estoy contenta de que haya venido el Hno. Conradi, porque es un obrero de éxito entre los alemanes”.—**Carta 29, 1886.**

A fines de febrero la Sra. de White no se había recuperado totalmente de su enfermedad. En una carta que escribió al Dr. Kellogg, le confesó que en cierto momento sintió nostalgia y desánimo, “pero la paz de Cristo descendió sobre mí durante la noche y me sentí segura de que las promesas de Dios se cumplirían en mí”. **Carta 32, 1886.** Al día siguiente hizo buen tiempo y ella se levantó para caminar con Mariana. Luego escribió:

“Las calles están llenas de cochecitos de bebé y de señoras que caminan con niños en los brazos, sobre un almohadón. Parece que aquí a los niños les es más difícil que en Norteamérica disfrutar de aire fresco y de sol. Estas madres tienen una actitud más maternal que muchas en Norteamérica, que dedican demasiado tiempo a vestir a sus hijos. Los niños visten con sencillez... y sus mejillas son sonrosadas”.—**Carta 95, 1886.**

Un caballo y un coche para la visitante

Las caminatas se le hacían cada vez más difíciles a la Hna. White. Sentía dolores en una cadera, y ambos tobillos—que se le habían fracturado en algunas ocasiones—esto le ocasionaba problemas. Cierta sábado cojeaba tanto que tuvo que hablar desde una silla. Todos concordaron en que necesitaba un caballo y un coche. Ella

seguía demorando la compra porque pensaba que ese dinero era muy necesario para la misión, pero finalmente accedió.

El Dr. Juan Harvey Kellogg ofreció la suma necesaria para la compra, pero cuando llegó su ofrecimiento ella ya había obtenido un préstamo para comprar un coche de segunda mano y “un caballo común”. Encontró un coche cómodo, y hasta observó que sólo necesitaba que se lo engrasara dos o tres veces por año. En 1887, antes de abandonar Europa, vendió el equipo y donó el importe que obtuvo para la obra allí. [174]

Agotadora labor personal

Durante los tres primeros meses de 1886, Elena G. de White mantuvo continua correspondencia con los hermanos Bourdeau; con Daniel, que estaba trabajando en Ginebra, y con A. C. Bourdeau, quien seguía en Torre Pellice, Italia. Ambos, a pesar de que eran obreros veteranos, tenían más problemas personales que lo normal. A. C. Bourdeau no parecía obtener muchos resultados en Italia, pero cuando ella le sugirió, a principios de enero, que viajara a Ginebra para ayudar a su hermano, buscó toda clase de excusas para no abandonar los valles valdenses. Finalmente, logró despegarlo de allí, y de mala gana Bourdeau fue a Ginebra por un mes.

Como Elena G. de White mantenía un estrecho contacto con los dirigentes de la asociación, hay razones para creer que los dirigentes suizos aceptaron esta sugerencia. Finalmente, una serie de circunstancias requirieron la presencia de Elena G. de White en Ginebra.

Cuando L. R. Conradi llegó por primera vez a Basilea, se había acordado que celebrara reuniones con Jaime Erzberger para los suizos de habla alemana que vivían en esa ciudad. Pero como se hicieron tan pocos preparativos, ambos fueron enviados a Lausana, cerca de Ginebra, en el territorio de D. T. Bourdeau. Conradi notó que los colportores de Lausana no tenían un plan sistemático de trabajo y se abocó de inmediato a la tarea de brindarles un programa regular. Era un buen organizador.

Precisamente cuando el trabajo se estaba encaminando bien, Bourdeau escribió desde Ginebra que, “después de meditar y orar”, había decidido ir a Lausana el domingo [175]

[176] Elena G. de White (1827-1915). Esta foto fue sacada poco antes de su viaje a Europa.

(1) M. B. Czechowski ganó a los primeros conversos adventistas en Europa, aunque no había sido enviado oficialmente como misionero por la Asociación General. (2) J. N. Andrews (1829-1883). (3) Santiago Erzberger, uno de los primeros creyentes suizos, y primer pastor de ese país. (4) Alberto Vuilleumier, uno de los primeros adventistas de Suiza, que actuó muchas veces como traductor de la Hna. White.

[177] (1) Sara McEnterfer fue enfermera, secretaria y compañera de viaje de la Hna. White durante su permanencia en Europa. (2) Guillermo C. White, hijo de la Hna. White, viajó con ella a Basilea en 1885 para colaborar en la adquisición de equipo para la nueva Casa Editora, y con el fin de trazar planes con los dirigentes europeos para la expansión de la obra.

(3) María Kelsey White era la esposa de Guillermo C. White. Trabajó como correctora de originales en la Imprimerie Polyglotte y también ayudó a pasar a máquina los artículos de la Hna. White, para su publicación. Contrajo tuberculosis mientras estaba en Basilea y falleció en 1890 después de regresar a los Estados Unidos. (4) María Kelsey White tuvo dos hijas. La nenita, Mabel, nació en Basilea en 1886. La niña mayor, Ella, más tarde llegó a ser escritora y también trabajó como misionera.

[178] (1) Enrique Kellogg ofreció asesoramiento técnico y ayudó a conseguir las primeras máquinas para las casas editoras de Basilea y Cristianía (Oslo).

(2) Edith Andrews, sobrina de J. N. Andrews, gozaba de popularidad entre los jóvenes de la Casa Editora de Basilea. Falleció de tuberculosis en 1885.

(3) Sands Lane, evangelista en Inglaterra e Irlanda.

(4) Luis Aufranc era traductor en la Casa Editora de Basilea.

(5) Guillermo Ings, pionero de la obra en Inglaterra, regresó a Europa en 1886.

[179] (6) Juanita Ings, antigua amiga de la Hna. White, la acompañó durante sus últimos viajes a Francia, Italia y los países escandinavos.

La Casa Editora de Basilea y la calle donde ésta se encontraba tal como se veían cuando la Hna. White vivió allí.

La Casa Editora de Basilea. El tercer piso estaba destinado a viviendas familiares. Las habitaciones de la Hna. White estaban al frente del edificio, con vista al parque.

Esta fotografía, muy extraña por cierto, fue tomada desde la parte de atrás de la Casa Editora de Basilea. [180]

Cuando los obreros de la oficina de Basilea se tomaron un día de descanso, la Hna. White los acompañó en una excursión que hicieron al Rigi.

El primer viaje que hizo la Hna. White de Basilea a Italia la llevó por el paso de San Gotardo. Describió la belleza que descubrió en los Alpes al pasar de un túnel a otro. [181]

Una pagina del diario de la Hna. White en la que se refiere a su reunion con los obreros en Lausana.

D. T. Bourdeau, pastor adventista, fue evangelista pionero en Suiza, Alemania, Italia y el sur de Francia.

L. R. Conradi tal como era cuando regresó a Europa. La Hna. White le dio la bienvenida porque sabía que era un obrero de éxito. [182]

El Congreso de la Asociación Suiza celebrado en 1885 en Basilea: 1. M. C. Wilcox; 2. S. H. Lane; 3. R. F. Andrews; 4. J. Curdy; 5. Emilio Dietschy; 6. Carlos Vuilleumier; 7. Ademar Vuilleumier; 8. La señora de Ademar Vuilleumier; 9. La señora de Alberto Vuilleumier; 10. Alberto Vuilleumier; 11. R. H. Coggshall; 12. J. E. Dietschy; 13. Ella May White (después señora de D. E. Robinson); 14. W. C. White; 15. D. T. Bourdeau; 16. Paciencia Bourdeau (que luego sería la doctora Bourdeau Sisco); 17. Elena G. de White; 18. La señora de D. T. Bourdeau; 19. María Dietschy (más tarde la señora de C. M. Andrews); 20. C. M. Andrews; 21. Edith Andrews; 22. A. B. Oyen; 23. K. Brorsen; 24. J. G. Matteson; 25. Juan Vuilleumier; 26. J. Erzberger; 27. Sara McEnterfer; 28. La señora de W. C. White; 29. La señora de Eduardo Andrews (madre de J. N. Andrews); 30. La señora de J. E. Dietschy; 31. Berta Stein; 32. Juanita Thayer; 33. La señora de B. L. Whitney; 34. B. L. Whitney; 35. A. C. Bourdeau; 36. La señora de A. C. Bourdeau; 37. La Srta. Noualy; 38. A. J. S. Bourdeau; 39. Sara Andrews; 40. Elisa Dietschy (más tarde la señora de H. Revilly); 41. Lenna Whitney (más tarde esposa del profesor H. R. Salisbury); 42. Juanita Whitney (más tarde la doctora Whitney Morse); 43. P. Aufranc.

Basilea tal como se veía desde el antiguo puente en 1880. [183]

El tercer Concilio Europeo celebrado en 1885: 1. María Roth; 2. Addie Bowen; 3. Eduardo Borle; 4. C. M. Andrews; 5. (desconocido); 6. Alberto Vuilleumier; 7. La señora de Alberto Vuilleumier; 8. J. D. Geymet; 9. Tomás G. Aslan; 10. J. P. Badaut; 11. J. D. Comte; 12. A. C. Bourdeau; 13. A. Aramy; 14. W. C. White; 15. María K. de White; 16. Elena G. de White; 17. La señora de D. T. Bourdeau; 18. D. T. Bourdeau; 19. Hugo Schneppe; 20. Oscar Roth; 21. Ademar Vuilleumier; 22. La señora Alicia de Vuilleumier; 23. La señora de B. L. Whitney; 24. B. L. Whitney; 25. A. B. Oyen; 26. La señora de A. C. Bourdeau; 27. Knud Brorsen; 28. La señora de A. B. Oyen; 29. H. W. Kellogg; 30. A. A. John; 31. J. Erzberger; 32. C. H. Lane; 33. R. F. Andrews; 34. Jorge Drew; 35. M. C. Wilcox; 36. La señora de Drew; 37. Juanita Thayer; 38. La señora de C. H. Land; 39. La señora de Whitney; 40. L. Aufranc; 41. Cecilia Dahl; 42. J. H. Mattison.

[184] B. L. Whitney fue el gerente de la Casa Editora de Basilea cuando esta editorial comenzó a funcionar. Junto con él están su esposa, Esther, y sus hijas Juanita y Lenna.

La primera iglesia adventista de Europa se levantó en Tramelan, Suiza. La Hna. White predicó el sermón de dedicación el 25 de diciembre de 1886.

Vista interior del templo de Tramelan.

La familia Roth dedicó 3.300 francos para la construcción del templo de Tramelan. El padre, Jorge Roth-Steiner, era oriundo de Wurtemberg en el sur de Alemania, pero emigró a Suiza y fundó un floreciente negocio de sastrería en ese país. El, junto con su familia, se cuentan entre los primeros conversos de M. B. Czechowski.

185

La Hna. White hizo varios viajes a Torre Pellice, Italia, para ayudar a los obreros allí.

A. C. Bourdeau, hermano de D. T. Bourdeau, trabajó en Torre Pellice, Italia.

J. D. Geymet, uno de los primeros adventistas convertidos en Europa, dedicó muchos años a la obra del colportaje en Italia.

[186] Catalina Revel fue una de las primeras personas convertidas por M. B. Czechowski en Europa.

Juan G. Matteson, pionero adventista en los países escandinavos.

La Hna. White visitó la prisión de Orebro, en Suecia, donde en los comienzos de la obra fueron encarcelados algunos obreros adventistas.

(1) O. A. Olsen regresó Europa mientras la Hna. White estaba allí. Le ayudó a Matteson a desarrollar la obra en los países escandinavos hasta que fue elegido presidente de la Asociación General en 1888.

(2) Cristina Dahl vino de Noruega para vivir con la Hna. White y trabajar en la Casa Editora de Basilea.

(3) A. B. Oyen fue el gerente de la Casa Editora de Oslo.

[187]

La Hna. White (extrema izquierda) asistió al primer congreso adventista celebrado en Europa en Moss, Noruega, en 1887.

La Hna. White (a la derecha, dándole la espalda a la carpa) en el congreso de Moss, celebrado en 1887. Entre los que se encuentran en la foto aparecen O. A. Olsen y su esposa, Juanita (sentada a la izquierda), J. H. Waggoner (al centro), y W. C. White y Juanita Ings (a la derecha).

[188]

La Casa Editora de Cristianía (Oslo) fue ampliada durante la permanencia de la Hna. White en Europa. La visitó tres veces.

Cuando J. G. Matteson le mostró a la Hna. White esta prensa en la Casa Editora de Oslo, la reconoció inmediatamente como la que se le había presentado en visión más de diez años atrás, antes que Matteson regresara a Europa.

[189]

La Hna. White conoció al doctor Carl Ottosen cuando era un promisorio estudiante de medicina. Más tarde fundó el Sanatorio de Skodsborg, en Dinamarca.

La Hna. White ascendió por la rampla en espiral de la torre redonda de Copenhague.

[190]

(1) Desde 1884 hasta 1887 la sede de la obra adventista en Gran Bretaña se hallaba en la calle Heneage N° 72, en Grimsby.

(2) Jorge R. Drew trabajó veinte años como colporteur en Inglaterra. La Hna. White pasó su primera noche en Europa en la casa de este hermano.

(3) M. C. Wilcox era el director de *Present Truth* (La Verdad Presente) editada en Inglaterra. siguiente por la noche (14 de marzo),

[191]

para predicar acerca del sábado. Rápidamente se informó esta noticia a Basilea, y desde allí B. L. Whitney y Guillermo C. White enviaron apresuradamente un telegrama a Bourdeau, instándole a abandonar su propósito de introducir la verdad del sábado con tanta premura.

Desde que Elena G. de White le escribió a Bourdeau para referirse al volante que él había impreso, y en el cual se presentaba como un “misionero norteamericano”, continuó escribiéndole cartas que contenían amables consejos y lo instaban a asumir una perspectiva más humilde de sí mismo y a no intentar absorber solo toda la predicación. A mediados de enero él tuvo un sueño al cual, lamentablemente, le atribuyó un significado definido. En ese sueño, él y Jaime Erzberger salieron a pescar. Bourdeau ponía la carnada en los anzuelos, y cuando le ofreció la caña a su colega, éste cortésmente insistió en que Bourdeau mismo pescara. Este, por supuesto, se adelantó para hacerlo, pero parece ser que en el sueño otros pastores alejaban los peces. Bourdeau interpretó esto como una especie de aprobación divina a su proceder.

La semana antes de que planeara ir a Lausana para predicar acerca de la verdad del sábado, Elena G. de White le escribió una carta en la que trataba de revelarle, con amabilidad y tacto, algunas de sus flaquezas. Entre otras cosas, le dijo:

“Si sigue actuando como en el pasado, usted avanzará y se apropiará de las oportunidades que les corresponden a sus hermanos; y usará el tiempo para hacerse daño a usted mismo y para decepcionar a sus oyentes. Usted se lisonjea con la idea de que puede despertar en el auditorio más interés que cualquiera de sus hermanos, pero a veces se engaña a sí mismo con esta idea”.—*Carta 35, 1886.*

[192] Mientras tanto, la esposa de Bourdeau, pensando que le estaba haciendo un favor, decidió que su esposo* estaba demasiado ocupado con el progreso de la obra como para soportar el impacto que representaba el mensaje de Elena G. de White, y lo retuvo hasta el domingo de mañana, cuando él partió para Lausana. Bourdeau lo leyó por el camino. Para empeorar las cosas, cuando llegó a Lausana

*7—E.G.W. en E.

le entregaron el telegrama de Whitney y White donde lo instaban a no predicar acerca del sábado. La doble sorpresa fue más de lo que podía soportar. En lugar de quedarse en Lausana, donde se lo necesitaba, regresó de inmediato a Ginebra para pasar “una semana de meditación”.

Reuniones favorables en Bienne

Es evidente que la decisión de Elena G. de White de viajar a Ginebra para animar y ayudar a Bourdeau era oportuna. Partió el viernes 19 de marzo y pasó el sábado en la iglesia de Bienne, que quedaba en el camino. Mientras el tren recorría los 100 km, ella disfrutó del paisaje, de los diversos túneles y las antiguas y pequeñas villas de los valles montañoses. En esa oportunidad, observó atentamente la condición de las mujeres, como lo indica la siguiente declaración:

“Vemos que tanto los hombres como las mujeres trabajan juntos la tierra que se puede cultivar; ellas tienen azadas y palas... Los hombres también trabajan, pero son mucho menos diligentes que ellas. Hay uno o más hombres parados con las manos en los bolsillos, que observan o dirigen la tarea de las mujeres. Generalmente las europeas soportan la parte más pesada del trabajo. Es común verlas caminar delante de las carretas mientras dos o tres hombres están sentados encima de la carga que es arrastrada por un par de bueyes grandes”.—*Manuscrito 53, 1886.*

En Bienne se alojó en casa de Virgil Vuilleumier. *Carta 96, 1886.* Seis iglesias se habían reunido en ese lugar para celebrar reuniones durante el fin de semana. El sábado por la tarde habló Jaime Erzberger. A continuación hubo una “reunión social” [de testimonios]. “Los testimonios fueron excelentes—declaró Elena G. de White—, fueron precisos y al punto”.—*Carta 96, 1886.*

El domingo de mañana predicó por última vez y luego partió para Lausana, donde hizo una breve visita a los obreros. El pastor Bourdeau ya estaba allí cuando ella llegó, y viajaron juntos durante

tres horas en vapor hasta Ginebra. Al día siguiente, la Sra. de White se apresuró a regresar a Basilea. Acerca de los pensamientos que la embargaron en el tren, escribió lo siguiente: “Mientras viajábamos de Ginebra a Basilea, atravesamos algunas ciudades grandes y pequeñas que me hicieron meditar: ¿Cómo será amonestada la gente que vive en estas ciudades grandes?”—**Carta 38, 1886.**

Pero, aunque su estada fue breve, D. T. Bourdeau apreció sus consejos y su visita. Hacía muchos años que la conocía, y la franqueza de sus mensajes aumentó el respeto que sentía por ella. En la primera carta que él le dirigió después de la visita, le rogó que volviera a Ginebra, y otras cartas escritas a mediados del verano dejaron traslucir que estaba aplicando con diligencia sus consejos. He aquí un ejemplo:

“Gracias por el interés expresado en su última carta, que recibí hace cuatro días... No descuido las visitas, ni deseo actuar independientemente de mis hermanos en esta empresa” (carta de D. T. Bourdeau, 10 de julio de 1886).

A Elena G. de White no le resultaba fácil transmitir mensajes de reprobación. Aproximadamente en esa misma época, cuando G. I. Butler consideró que las reprensiones de la sierva del Señor eran muy severas, ella le explicó cómo se sentía interiormente:

“El Señor sabe que no me agrada esta tarea. Amo y respeto a mis hermanos, y no quisiera desmerecerlos en lo más mínimo ni causarles dolor; pero he

[194]

intentado actuar únicamente para la gloria de Dios”.—**Carta 73, 1886.**

Bourdeau trabajó en Europa hasta 1888, cuando regresó a Norteamérica, y allí continuó sirviendo a gente de habla inglesa y francesa, hasta su muerte ocurrida en 1905. Se hizo acreedor al pleno respeto de sus hermanos.

[195]

La segunda visita a Italia

Un período de mucho trabajo

A comienzos de abril, Elena G. de White declaró que estaba disfrutando de buena salud y de un hermoso clima: “Todo se ve tan verde y encantador que estamos seguros de que ya pasó el invierno y ha llegado la primavera”.—*Carta 41, 1886.*

Una carta de Torre Pellice

Precisamente en esa época llegó una carta de A. C. Bourdeau, que ya estaba de vuelta en Torre Pellice. Había bastante interés en los dos lugares donde estaba celebrando reuniones regulares, e instó a la Sra. de White para que acudiera. En pocas semanas más la gente comenzaría a dejar los valles, para pasar el verano en las montañas, y era, por lo tanto, absolutamente esencial que ella fuera de inmediato para que su visita resultara beneficiosa.

Desde que Elena G. de White visitó por última vez los valles del Piamonte, habían intercambiado correspondencia con regularidad. Aunque el problema de Daniel Bourdeau consistía en querer hacer solo la mayor parte del trabajo, la debilidad de su hermano, por el contrario, era que no parecía trabajar mucho.

En cierta oportunidad, Elena G. de White se refirió a sus esfuerzos como “un despliegue de armas cuáqueras” * *Carta 31, 1886.* [196] Evidentemente su aguijonazo surtió efecto, y cuando él le pidió ayuda, respondió de inmediato.

Guillermo C. White le escribió lo siguiente con respecto a esos planes: “Desde que recibió su última carta, mamá ha meditado mucho en la posibilidad de viajar a Italia, y al hermano Whitney [presidente de la misión] le pareció conveniente que vayamos pronto, por lo que hemos decidido ir en seguida” (carta de G. C. White, 12 de

* “Arma cuáquera” es el nombre dado a un revólver de juguete, hecho de madera. Es una alusión a la resuelta oposición a la guerra que mostraron los cuáqueros (secta religiosa del siglo XVII).

abril de 1886). Elena G. de White partió de Basilea, con Guillermo y María, el jueves 15 de abril de 1886, para visitar Italia por segunda vez. El tren partió de Basilea por la mañana y llegó a Milán, Italia, esa noche.

Milán y la gran catedral

[197] Como el tren no saldría hasta las 10.30 de la mañana siguiente, pudieron visitar algunos puntos de interés.^(**) La mayor atracción de Milán era, por supuesto, la gran catedral, el edificio de estilo gótico más importante de Italia. Aunque su construcción se inició en 1386, recién lo habían terminado. Ella confesó que nadie podía escapar a la impresión que producían la grandeza e inmensidad del gigantesco edificio de mármol blanco, aunque le pareció una gran “extravagancia”. Algunos críticos de arte manifestaron reservas similares con respecto a la catedral, pero la Sra. de White matizó su opinión con otros factores además del mero gusto artístico. A pesar de que el conjunto arquitectónico le pareció excesivo, tuvo una impresión muy favorable de “las ventanas y las paredes... adornadas con cuadros muy coloridos de los mejores artistas italianos. Estas pinturas representan escenas bíblicas y de la historia tradicional de la iglesia. Jamás había visto tan magnífica combinación de colores”.—
The Review and Herald, 1 de junio de 1886.

Pero le dolió ver que los adoradores, después de sumergir los dedos en una fuente de mármol que contenía “agua bendita” y de hacer la señal de la cruz, tomaban asiento en silencio frente al altar. Al verlos inclinarse ante las imágenes, tuvo la impresión de estar contemplando un cuadro patético, similar al de los cultos paganos. “¡Cómo anhelé poder elevar mi voz en este majestuoso y antiquísimo edificio, para señalarles a estas pobres almas engañadas, dónde están Dios y el cielo!” El espectáculo de las mujeres arrodilladas ante los

^(**) Los diarios de la viajera norteamericana revelan que esas visitas turísticas las realizaba, por lo general, mientras esperaba la hora de trasbordar trenes durante los viajes que hacía para cumplir con sus compromisos; o sencillamente mirando a través de la ventanilla del coche, durante las pocas horas que le quedaban libres en las ciudades europeas que visitaba, o mientras asistía a determinadas reuniones. Sus recreaciones siempre estaban subordinadas a las exigencias del trabajo. Sin embargo, tomaba tiempo para descansar y cambiar de actividad, cosa que consideraba esencial. Véase *Testimonies for the Church* 1:514, 520.

confesionarios fue aún más doloroso. “¡Equivalía a poner en el lugar de Cristo, a un hombre sujeto a las mismas pasiones que ellas!”, declaró.—**Ibid.**

La catedral estaba decorada con no menos de 2.245 estatuas e imágenes, distribuidas en el interior del templo y fuera de él. No nos sorprende que Elena G. de White haya manifestado, algún tiempo después, lo siguiente: “No vemos ninguna posibilidad de que la iglesia romana pueda librarse de la acusación de idolatría. Es verdad que profesa adorar a Dios a través de esas imágenes; pero lo mismo hicieron los israelitas cuando se inclinaron ante el becerro de oro”.—**Ibid.**

De los contrastes se extrae una lección

Esa noche, cuando la Sra. de White se puso de pie para hablar en Torre Pellice ante los veinte adventistas que habían ido caminando en medio de una lluvia torrencial para recibir el sábado, no pudo dejar de notar el contraste que existía entre la sencillez de las paredes blancas y lisas de ese edificio, y la suntuosidad que había visto en Milán. [198]

“En esa pequeña habitación del primer piso de una casa de familia no había ningún adorno exterior que cautivara la atención, ni tampoco había nada en el interior que pudiera atraer; pero aquel día contamos con un Invitado, y todos sentimos la calidez de su amor y el valor de su perdón. Ese precioso Jesús podía perdonar el pecado. No había inseguridad allí. Fue una preciosa ocasión. Yo no ambicionaba en absoluto aquel templo grandioso ni su culto frío. Atesoro la calidez del amor de Jesús”.—**Manuscrito 62, 1886.**

Aunque el sábado también llovió, los creyentes acudieron para oírla. El domingo, la Sra. de White se levantó a las cinco de la mañana. El cielo estaba nublado, pero los perales, los cerezos y los ciruelos habían florecido y el aire estaba impregnado de su fragancia. “Veo a la Providencia en todas las obras de Dios—escribió ella, y buscando la parte positiva de la situación, añadió—: Para la

conveniencia del momento presente, las nubes no son agradables, pero una mano invisible obra bendiciendo la tierra y dándole a la naturaleza un aspecto sumamente encantador”.—**Manuscrito 54, 1886.**

A pesar de la continua lluvia, alquilaron un caballo y subieron la montaña rumbo a Villa Pellice, donde Elena G. de White tenía un compromiso a las cuatro de la tarde. No había manera de apurar el caballo, que iba a paso lento, y llegaron tarde a la reunión. El lugar estaba literalmente repleto de gente. “Las mujeres campesinas daban la impresión de ser inteligentes—observó la Sra. de White—. Los prolijos vestidos azules y los gorros blancos” atrajeron especialmente su atención.

[199] La predicación de esa tarde describió la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, montado en un burrito. El pastor Bourdeau tradujo el sermón al francés, mientras algunos de los presentes lo traducían en tono bajo al italiano, en beneficio de las personas que hablaban ese idioma. El mensaje del amor y la misericordia de Cristo penetró en el auditorio, y la sierva del Señor notó que algunos de sus oyentes lloraban.

Hay que sembrar junto a todas las aguas

La Sra. de White iba comprendiendo cada vez más las dificultades que presentaba la obra evangélica en Europa. “Este es un campo difícil—admitió—, pero debemos sembrar junto a todas las aguas. Estos valles han sido regados con la sangre de los cristianos valdenses, y ésa debe ser la semilla de la verdad que brote y lleve fruto para la gloria de Dios. Vamos a trabajar, a orar y a creer. No existe otro campo más difícil que el que encontró Jesús cuando vino a este mundo”.—**Ibid.**

Al día siguiente siguió lloviendo, y Elena G. de White se dedicó a escribir, en tanto que el pastor Bourdeau caminó ocho kilómetros hasta Villa Pellice para cumplir con su compromiso de predicación. El martes, ella consiguió un coche cerrado para ir a Saint Jean, donde volvió a predicar.

Finalmente, el miércoles 21 de abril se pudo ver el sol, y la Sra. de White, junto con María, Martha Bourdeau y su hija Sara, alquilaron un coche para salir a tomar sol. “Anduvimos con mucha lentitud,

porque aunque el caballo era fuerte, no tenía la menor intención de quebrantar su salud”, observó la Sra. de White con un dejo de ironía.

Ese mismo día Antonio Biglia llegó de Nápoles, Italia, donde vivía y trabajaba hacía muchos años. Biglia, al igual que muchos otros que habían tenido sólo escasísimas oportunidades de aprender a desempeñarse como pastores eficientes, necesitaba consejo. Con respecto a esa entrevista, Elena G. de White informó lo siguiente:

“Trabajamos con él, y procuramos con el mayor fervor, ayudarlo a que asumiera el trabajo no con la

[200]

actitud de un luchador que pelea y discute, como tenía por costumbre; de esa manera alejaba a la gente de la verdad en lugar de acercarla a ella. El comprendió que le estábamos diciendo la verdad sin atacarlo; que no apedreábamos a la gente con denuncias, como si fueran granizo. Disfrutamos de preciosos momentos de oración...

“Este hermano napolitano declaró que había recibido mucha luz, y que trabajaría en forma muy distinta de como lo había hecho hasta entonces.

“Tenemos que trabajar con estos hombres que son realmente inteligentes, como lo hicimos con cada uno de los que participaron de los comienzos de la causa adventista; debemos separar de estas preciosas almas sus costumbres y modales no santificados, y hablarles de Jesús, de su gran amor, su mansedumbre, su humildad, su abnegación. Si es posible, colocaremos estas piedras ásperas en el taller de Dios, donde las labrarán y les darán forma, y pulirán todos los bordes ásperos... De este modo podrán convertirse en un templo viviente para Dios”.—*Carta 44, 1886, p. 3.*

Al día siguiente había venta en el mercado, y el taconeo de los zuecos de madera despertó a la Sra. de White a las cinco de la

mañana. Por la ventana observó una multitud que marchaba apresuradamente hacia el mercado.

En ese momento, A. C. Bourdeau apareció en escena con noticias excitantes. La noche anterior, el salón donde realizaba las reuniones había estado repleto de público, y más de cien personas quedaron afuera por falta de espacio. Felizmente, J. D. Geymet se encontraba allí y pudo predicar al público que estaba en la calle mientras Bourdeau atendía a los que se encontraban en el edificio. Fue una noche triunfal.

[201] El viernes y el sábado también llovió, pero las reuniones continuaron llenas de oyentes ansiosos.

El domingo por la mañana, Elena G. de White fue a visitar al joven suizo que tanto había deseado casarse con Elisa Vuilleumier. El viajó a Torre Pellice en seguida de recibir la carta de Elena G. de White y pidió su carta de traslado para seguir siendo un miembro de la iglesia local. Desconocemos la conversación que mantuvieron, pero la Sra. de White sabía que no era fácil poner en práctica el consejo que le había dado anteriormente. En esa ocasión demostró un tierno interés por él y por su bienestar.

Escalando la montaña para llegar a Bobbio

Después de la visita, Guillermo, su esposa María, el pastor Bourdeau y Elena G. de White subieron la montaña para llegar a Bobbio, a fin de visitar la cueva donde un puñado de refugiados valdenses murió sofocado por el humo del fuego que encendieron sus perseguidores. Guillermo White no acompañó a su madre en la primera visita que ella había hecho, por lo cual estos lugares de heroico martirio despertaron ahora su emoción e interés. Cuando niño, él se sentaba en el regazo de su madre y con Jaime White la escuchaban leer la historia de los valdenses. Ahora podía, al fin, visitar el escenario donde se forjó la historia valdense.

El pequeño grupo almorzó cerca de la cueva y después de elevar oraciones de consagración, descendieron la montaña y llegaron a Villa Pellice, donde iban a celebrar una reunión al aire libre. Fue necesario introducir esta innovación debido a las grandes multitudes que asistían a las reuniones.

“Para ellos, el hecho de oír predicar a una mujer era algo completamente nuevo debajo del sol, y sin embargo, después que hablé por breves instantes, me prestaron la mayor atención. Prediqué ante 300 personas. Algunas estaban sentadas sobre el muro que nos rodeaba y había otras en los escalones que conducían al lugar de reuniones que estaba

[202]

arriba. La galería de arriba estaba repleta de gente. Para todos, era un salón de reuniones muy original. El cielo nos cubría como un dosel y la tierra—que pertenece al Señor—estaba a nuestros pies”.—*Manuscrito 62, 1886.*

A principios de semana hicieron otra excursión a Angrogna, el valle de los gemidos. El grupo caminó hasta una bella planicie verde. Un valdense de cabellos blancos los condujo hasta un lugar donde el paisaje terminaba abruptamente, para transformarse en un precipicio profundo. Los valdenses fueron atacados allí por sus enemigos, que habían venido desde Turín para quemar el pueblo. Cuando huyeron de sus hogares, los condujeron como ganado a través de esta planicie, y los obligaron a saltar al precipicio. ¿Cuál había sido su crimen? Creyeron en la Biblia y tuvieron el valor de adorar a Dios de acuerdo con los dictados de su conciencia. Eso, la turba fanática no lo podía tolerar.

“Nos contaron que millares de personas fueron obligadas a saltar a este precipicio, y que sus cuerpos quedaron mutilados o destrozados al caer sobre las rocas abruptas y resquebrajadas. Algunos cadáveres colgaban suspendidos de las rocas puntiagudas, que se engancharon en sus ropas, y allí los encontraron dos o tres meses después”.—*Ibid.*

Finalmente, el jueves 29 de abril, los viajeros abandonaron Italia y partieron rumbo a Ginebra. La Sra. de White había predicado siete veces durante su visita.

[203]

La magnificencia de los Alpes

Observaciones hechas durante el viaje a Ginebra

Los Alpes constituyen la mayor cadena de montañas del sur de Europa Central. Forman un arco de 1.100 km desde la parte sudoriental de Francia y atraviesan Suiza, parte del sur de Alemania, Austria, y Yugoslavia hasta llegar a Albania. El Monte Blanco (4.807 m) es el pico más elevado de la cadena. El magnífico conjunto de picos gigantescos forma el asiento de un monumental estrado, cuyas patas se extienden hacia el sur, en el territorio de Yugoslavia e Italia. Fabulosos lagos azules matizados con tonos más oscuros abundan al pie de las montañas alpinas; y hacia el norte y el sur, el este y el oeste, fluyen arroyos producidos por el deshielo de las nevadas cumbres.

Elena G. de White quedó profundamente impresionada al contemplar estas montañas desde la ventanilla de su vagón, mientras el tren avanzaba hacia el norte por Italia y Francia, rumbo a Suiza. La singular descripción que hizo de estos maravillosos paisajes, en los apuntes que escribió mientras viajaba, revelan un agudo sentido de su aprecio por la belleza natural y, lo que es aún más importante, un espíritu de reverencia y adoración.

[204] Las lecciones que extrajo de este grandioso espectáculo de la naturaleza son dignas de ser repetidas:

“El paisaje que rodea esta ruta es grandioso. Pluma en mano, bosquejo la escena mientras los vagones avanzan velozmente. A ambos lados se alzan montañas casi perpendiculares que señalan al cielo, y en los espacios que separan a estas montañas se observan a la distancia algunas cumbres que se destacan entre las demás...

“Con frecuencia se ven pueblos diseminados entre las montañas; y en los valles han plantado bosques de

pinos. Llegamos entonces a las rocas, desiertas y desnudas como una obra de mampostería que se yergue a inmensa altura. Atravesamos un túnel y vemos un precipicio profundo que termina en una hondonada rocosa, donde corren aguas verdosas sobre las rocas...

“Ahora volvemos a acercarnos a las montañas altas y escarpadas. Las casas, construidas en planicies escalonadas, unas tras otras, a distintos niveles, llegan hasta la cumbre, y parecen nidos que penden de las rocas...

“El camino ha sido cortado en el mismo corazón de las montañas rocosas... Llegamos a un pueblo antiquísimo. Se llama Chilamonte. Está ubicado a 600 m sobre el nivel del mar. Las casas tienen techos de piedras planas de color marrón oscuro, lo que les da una apariencia de antigüedad...

“Atravesamos un túnel tras otro. Tan pronto como salimos de uno ya nos introducimos en el siguiente. No alcanzo a escribir más de una palabra, cuando la oscuridad nos envuelve nuevamente. Salimos del túnel decimoquinto, y se abre a nuestra mirada un hermoso paisaje. * Ahora descendemos un largo trecho hasta llegar a un valle que tiene

[205]

terrenos muy bien cultivados. Esta suave planicie de pasto y cereales de un color verde vivo, se extiende hasta cierta distancia. Muy por debajo de nosotros se observan casas. Hay un muro de piedra grande, pero está en ruinas, y en la cumbre de las elevadas montañas hay edificios y castillos en ruinas...

* Más adelante, la Sra. de White menciona que atravesaron un túnel que mide “12 km de largo”. Se refiere, sin duda, al túnel del Monte Cenis, que se extiende desde Bardonecchia, Italia, hasta Modane, Francia. El túnel Simplon (Suiza-Italia) mide 20 km de largo. Es el túnel ferroviario más extenso del mundo. Fue construido a principios del siglo XX.

“Después de viajar algunas horas llegamos... a Francia, un hermoso país que posee un clima suave y saludable. El paisaje está formado por colinas y montañas, salpicadas por bellos árboles. El suelo, revestido de verde vivo, presenta un aspecto encantador; los árboles están cubiertos por follaje del más precioso matiz verdoso y buena parte de los árboles frutales se hallan en pleno florecimiento. Las flores de los manzanos, ciruelos, perales, castaños de las Indias y los macizos de lilas impregnan el aire con su fragancia. Cierta especie de árboles posee flores rosadas y rojas que se asemejan a los tulipanes. Hay otros árboles con flores parecidas, pero de color blanco.* Estos anchos valles están revestidos de bosques y tienen un telón de montañas como fondo. En la cumbre de los elevados montes, además de castillos, hay torres y observatorios en forma de cúpulas.

“El variado panorama forma un paisaje de indescriptible encanto. Al observar las maravillosas obras de Dios en la naturaleza, me lleno de admiración ante la ingratitud de los hombres, que no permiten que sus corazones sean arrebatados por el amor y la adoración de Dios”.

El mundo antes del diluvio

“Si todos los aspectos de las obras divinas nos resultan tan bellos, si las majestuosas montañas y

[206]

las elevadas y sólidas rocas antiguas son atractivas, cuánto más bello, grandioso y encantador tiene que haber sido el mundo antes del diluvio, ese mundo que fue destruido por causa de la pecaminosidad de los hombres. Dios los rodeó con los tesoros de la tierra porque los amaba. Pero estas bendiciones se transformaron en

* En otro párrafo la Sra. de White indica que la descripción corresponde a una zona cercana a Chambéry, Francia.

una maldición, y ellos usaron esas dádivas preciosas para satisfacer su orgullo y glorificarse a sí mismos, hasta que el Señor los destruyó junto con la tierra, que se había contaminado por causa de su violencia y sus obras corruptas...

“Llegamos hasta un panorama que resulta indescribiblemente grandioso para nuestros sentidos. Los picos de algunas montañas se destacan sobre los demás y contemplamos un grupo de rocas espléndidas, curiosamente labradas, que han sido levantadas por agentes poderosos y esculpidas por las tormentas de los siglos. Los riscos aparecen desnudos, abruptamente cortados. Luego hay una pequeña meseta en las alturas, entre las rocas que sobresalen...

“El gran Dios ha levantado sus poderosos monumentos en las rocas de granito, en las elevadísimas montañas, en las grietas profundas, en las quebradas, en los desfiladeros, en las fortalezas de roca y en las cavernas de la tierra; y en medio de estos paisajes surgen las evidencias del poder divino...

“Descubrimos las huellas del toque inconfundible de la mano del gran Arquitecto. Hay belleza en la sobrecogedora grandeza del valle, en las grietas solemnes y sólidas de las rocas; hay majestad en las encumbradas montañas que parecen tocar los cielos. Los árboles gigantes con hojas de formas delicadas, los brotes de hierba, el pimpollo naciente y la flor que ya se ha abierto, los bosques, todo lo que tiene vida, todo señala al gran Dios viviente. Cada facultad de nuestro ser da testimonio de que existe un Dios vivo y podemos extraer del libro abierto de

[207]

la naturaleza las más preciosas lecciones acerca del Dios del cielo.

“Al realizar este estudio, la mente se expande y se eleva; anhela conocer más acerca de Dios y su Majestad. Se despiertan en nuestro corazón no sólo sentimientos de reverencia y temor, sino de amor, fe, confianza y de entera dependencia de Aquel que es el Dador de todo lo bueno. Cuando contemplo sus obras maravillosas y veo las evidencias de su poder, instintivamente pregunto: ‘¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?’ **Salmos 8:4**. Toda la grandeza y la gloria de estas maravillas de la casa de Dios, sólo se pueden apreciar cuando la mente las relaciona con el Creador y con el futuro hogar de gloria que él está preparando para los que le aman. Disfrutamos los magníficos detalles de las últimas montañas, aunque todo esto parecerá insignificante cuando se lo compare con las glorias que aguardan como recompensa a los adoradores del verdadero Dios”.

Evidencias del diluvio

“Los hombres pueden buscar, en las resquebrajaduras de la superficie terrestre, las evidencias del diluvio. Ellos se creen más sabios que Dios, demasiado sabios como para obedecer su ley, guardar sus mandamientos y obedecer los estatutos y los preceptos de Jehová. Las riquezas de la tierra, que Dios les ha concedido, no los conducen a la obediencia sino que los alejan de ella, porque han abusado de los selectos favores concedidos por el Cielo y han transformado las bendiciones divinas en objetos de separación entre ellos y Dios. Y, como consecuencia del hecho de que su naturaleza se volvió satánica en lugar de divina, el Señor envió el diluvio sobre el mundo antiguo, el cual destruyó los fundamentos del gran abismo.

[208]

“La arcilla, el barro y las conchillas que Dios esparció en las profundidades del mar, volvieron a la superficie y fueron arrojadas de un lado a otro, mientras que

las convulsiones producidas por el fuego y el diluvio, los terremotos y los volcanes, sepultaron los ricos tesoros de oro, plata y piedras preciosas lejos de la vista y del alcance del hombre. Las montañas encierran vastos tesoros. Podemos aprender lecciones del libro de la naturaleza...

“Vemos en el rostro quebrado de la naturaleza, en las hendiduras de las rocas, en las montañas y en los precipicios, las marcas que nos hablan del gran mal que se ha hecho. Ellas revelan que los hombres han abusado de los dones divinos y han olvidado al Creador; y que el Señor, afligido, castigó a los impíos transgresores de su ley, lo cual produjo como resultado los efectos que observamos en la creación. Las tormentas braman con destructiva violencia. El hombre, las bestias y las propiedades sufren daños. Debido a que el hombre sigue transgrediendo la ley de Dios, él les retira su protección. El hambre, los maremotos y la pestilencia que anda al mediodía, se suceden porque el hombre ha olvidado a su Creador. El pecado, la plaga del pecado, mutila y desfigura a nuestro mundo; y la creación agonizante gime bajo la iniquidad de sus habitantes. Dios nos ha dado talentos a fin de que los cultivemos y los mejores para su gloria y para la eternidad”.—*Manuscrito 62, 1886.*

La Sra. de White pensó también en los santos que se levantarían en la mañana de la resurrección, en medio de las rocas y las cuevas dispersas en esas majestuosas montañas.

“Aquí han perecido mártires, y estos lugares jamás revelarán el sagrado cometido que les fue confiado hasta que el Dador de la vida los llame... Murieron en el exilio, algunos por inanición, otros

bajo la cruel mano del hombre. Caminaron con Dios, y seguirán caminando con él, vestidos con ropas blancas, porque son hallados dignos”.—*Manuscrito 62, 1885.*

El viaje fue inolvidable para la mensajera de Dios. Y, gracias a las notas registradas en su diario, ha sido posible repetir aquí su experiencia para que millares de personas también puedan disfrutar de ella.

[210]

Entre los creyentes suizos

Diversas actividades con la familia Roth

Después del sorprendente viaje a través de los Alpes, el tren en que viajaba Elena G. de White llegó a Ginebra el jueves por la noche, en medio de una violenta tempestad. D. T. Bourdeau y su familia esperaban en la estación la llegada de los viajeros que regresaban de Italia. Muy pronto estaban otra vez instalados con toda comodidad en el hospitalario hogar de los Bourdeau.

Elena G. de White dedicó una buena parte del día siguiente a escribir, y esa noche, después de la puesta de sol, habló ante un pequeño grupo de interesados que se habían reunido en casa de Bourdeau. El sábado de mañana tomó el tren para Lausana y fue directamente al salón donde se celebraba la reunión sabática. Bourdeau tradujo al francés sus palabras mientras Conradi las vertía al alemán. Conradi tenía allí por lo menos veinte personas que habían aceptado el sábado.

El domingo, al encontrarse con los obreros, Elena G. de White se sintió impresionada ante su espíritu de sacrificio y las dificultades de su tarea:

“Se hacen esfuerzos, ¡pero qué pocos obreros hay! Escasean los recursos, y están constantemente limitados por falta de dinero—hay un poquito aquí y un poquito allá, y un régimen tan exiguo que en Norteamérica se la consideraría como un plan de inanición.

[211]

Muchas de sus comidas—la mayoría—, consisten en pan con leche caliente, y a menudo sólo cuentan con el pan. Todos visten con extrema sencillez, y sin embargo, trabajar es ahora mucho más fácil que antes, cuando los sabuesos perseguidores seguían las huellas de todos los que osaban tener ideas diferentes de las de Roma, y en consecuencia, de las de la iglesia estatal...

“Cuando los vi reunidos en Lausana, en un salón pequeño, con tablonces sin respaldo en lugar de asientos, pensé en el enorme bien que podrían hacer unos pocos recursos que tantos norteamericanos malgastan en ropas atractivas o en compras superfluas de alimentos y muebles. El corazón me duele, y anhelo ver que se siga el ejemplo abnegado y sacrificado de Cristo”.—*Carta 97, 1886.*

Gira por las iglesias suizas

El lunes 3 de mayo por la mañana, Elena G. de White regresó a su departamento en la casa editora de Basilea, pero no estuvo allí mucho tiempo. Antes que transcurrieran tres semanas, había vuelto a salir en una gira para recorrer las iglesias suizas.

[212] Si alguna vez se le ocurrió pensar que su trabajo en Europa habría concluido después de unos pocos meses, a esta altura se habían desvanecido todas sus ideas de tener una estada corta. En una carta dirigida a su hijo mayor Edson * y su esposa Emma, declaró: “Puedo decirles, hijos, que aquí no hay muchas oportunidades para la holgazanería. Todos tienen tantas tareas como les es posible abarcar. No vea manera de partir antes de un año”.—*Manuscrito 54, 1886.*

Aunque su objetivo era llegar a Tramelan, también debía visitar otras iglesias suizas en este viaje. El jueves 20 de mayo, junto con Guillermo, Sara McEnterfer y Juan Vuilleumier, salieron en su coche nuevo tirado por la yegua Dolly, para visitar Tramelan, donde pronto se iba a construir el primer salón adventista de reuniones de Europa.

Cuando recorrió esa zona en tren, el paisaje le pareció igual al de Colorado, pero al observarlo desde un coche abierto, el panorama le resultó aún más sorprendente, quizá porque pudo contemplarlo

* Edson, 1849-1928, fue el segundo hijo de Jaime y Elena White. Fue impresor, compositor, músico y pastor. La obra más notable de su vida fue su prolongado esfuerzo (1894-1912) por alcanzar a la gente de color de su país con el mensaje del tercer ángel. Como resultado de sus actividades misioneras, se organizaron 50 escuelas para negros en los Estados Unidos. Alrededor de 1970, la feligresía de adventistas negros norteamericanos superaba los 80.000 miembros. Las actividades pioneras de White en favor de la gente de color fueron el resultado directo de la lectura y la práctica de los consejos escritos por su madre a la iglesia, exhortándola a hacerse cargo de la obra en favor de esta raza en esa época, apenas 30 años después que fuera liberada de la esclavitud.

durante más tiempo. Declaró que superaba todo lo que había visto antes. “Nadie puede contar lo que es Suiza, a menos que la haya recorrido a caballo o en coche”, añadió.—**Carta 78, 1886.**

Tramelan y la familia Roth

Esa noche durmieron en el Hotel Covronne en Moutier, y el viernes al mediodía llegaron a la agradable casa de la familia Roth, en Tramelan. Esta era, en muchos aspectos, una familia adventista excepcional. Constaba de diez hijos—siete varones y tres mujeres—pero, al contrario de la mayor parte de los adventistas de la época, no eran en realidad pobres. El padre y el hijo mayor atendían una gran sastrería, y el hijo siguiente, Oscar, había trabajado con éxito como panadero, pero ahora se dedicaba al colportaje. El edificio que ocupaban tenía una panadería, dos negocios de sastrería y una tienda donde vendían sombreros, zapatos y también comestibles. Dos de los hijos trabajaban en la casa editora de Basilea.

Para la reunión de ese viernes de noche habían desocupado la gran sala, en la que colocaron bancos y tablas. Además de los miembros de la iglesia de Tramelan, una docena de hermanos llegaron desde La Chaux-de-Fonds para escuchar a Elena G. de White. Después de la reunión, ella no pudo conciliar el sueño hasta medianoche. Esto le ocurría a menudo cuando predicaba de noche. “Cuando estoy ante la gente siento un anhelo tan intenso porque ellos se elevan hasta la norma impuesta por nuestro Señor, que no consigo deshacerme de la preocupación”.—**Manuscrito 64, 1886.**

[213]

Atrapados por el granizo

El domingo por la tarde sus amigos la llevaron a pasear en coche, para visitar un convento que tenía 200 años de antigüedad. De pronto el cielo se nubló, se vieron algunos relámpagos y comenzó a caer granizo de enorme tamaño. El ganado y los caballos corrían desesperados por el campo. Roth levantó la capota del coche y se apresuró para llegar hasta una casa de campo cercana, donde el dueño abrió las puertas del establo para que entraran con el caballo y el coche.

Mientras Elena G. de White seguía sentada en el coche esperando que amainara la tormenta, Oscar Roth conversó con la familia. Los dueños de la granja eran un matrimonio de devotos católicos romanos, que al poco rato acusaron a Roth por las francas declaraciones que habían leído en *Les Signes* acerca de los católicos. El hombre estaba muy ofendido, pero Roth le dijo que él no tenía nada que ver con la elección del contenido de la revista. Finalmente, el hombre se calmó y dijo: “Bien, no hablemos más de ello”. Elena G. de White observó: “Hallamos interesante esta pequeña experiencia”. *Ibid.* Más adelante, dio el siguiente consejo acerca de los artículos que se publican en nuestras revistas:

“Cada artículo que escribáis puede ser absolutamente verdadero, pero si contiene una sola gota de hiel, envenenará al lector. Un lector puede desechar todas las palabras buenas y aceptables debido a esa única gota de veneno. Otro lector se alimentará del

[214]

veneno, porque le encantan las palabras ásperas”.—*Carta 91, 1899*, publicado en *Counsels to Writers and Editors*, 65, 66.

“Podemos tener menos que decir, en algunos sentidos, acerca del poder romano y el papado, pero debemos llamar la atención a lo que los profetas y los apóstoles escribieron bajo la inspiración del Espíritu de Dios. El Espíritu Santo ha presentado las cosas de cierta manera, tanto en el mensaje de la profecía como en los acontecimientos a que ésta se refiere, para enseñarnos que el instrumento humano debe desaparecer, oculto en Cristo, para que sean exaltados sólo el Señor Dios del cielo y su ley”.—*Carta 57, 1896*, publicada en *Counsels to Writers and Editors*, 65.

Esa noche se realizó una reunión misionera. Elena G. de White habló acerca de los privilegios y los deberes del cristiano. Destacó la importancia de una correcta relación con Dios, especialmente para los creyentes que sólo en contadas ocasiones escuchaban predicar

a un pastor ordenado. Todos, dijo ella, deberían convertirse en un canal de luz para los demás, porque “todo verdadero seguidor de Cristo es un misionero”.—*The Review and Herald*, 20 de julio de 1886.

El lunes ella se dirigió a Bienne con Sara, Guillermo, María y Oscar Roth. Allí habló en otra reunión misionera, mientras María Roth traducía. El miércoles predicó en La Chaux-de-Fonds. Al día siguiente viajó a Le Locle para visitar la familia de Pedro Schild y concertar una cita para el domingo siguiente. Regresó a La Chaux-de-Fonds para volver a predicar esa noche.

Guillermo C. White instaba a su madre a viajar incesantemente de un lugar a otro, para visitar la mayor cantidad posible de grupos de creyentes. Ella hacía todo lo que podía. Pero las reuniones nocturnas y la falta de sueño comenzaron a cobrar su precio. No obstante, la Sra. de White volvió a predicar el sábado de mañana en La Chaux-de-Fonds. Acerca de esa reunión declaró lo siguiente:

[215]

“El Señor me bendijo. Yo estaba muy débil, pero sabía que Jesús estaba en nuestro medio, y él me concedió su gracia sustentadora. Pocas veces me he sentido más conmovida que en esta reunión. No puedo contener el llanto al sentir la vívida sensación del amor de Cristo. Muchos miembros de la congregación lloraban. Sabía que Jesús de Nazaret estaba en nuestro medio, y su bendición fluía en ricas olas de amor hacia nuestras almas”.—*Manuscrito 20*, 1886.

Ella sabía que aunque algunos de los presentes estaban convencidos, aún no se habían decidido a seguir a Cristo, así que pidió a los que deseaban estar “plenamente del lado del Señor”, que se pusieran de pie. Casi todos lo hicieron. Erzberger elevó una oración “profunda y ferviente”, que fue seguida por una activa reunión social [de testimonios].—*Ibid.*

El domingo viajaron a Le Locle. Allí los adventistas habían sufrido mucha persecución, y casi temían que ella predicara. Pero habían conseguido un salón, y la Sra. de White habló acerca de la temperancia ante una multitud considerable. Después de la reunión,

los creyentes se sintieron animados y resolvieron conseguir un salón más grande en caso de que ella regresara.

Algunas horas después, la Sra. de White envió a sus amigos suizos de regreso a Tramelan con su coche, mientras ella tomaba el tren para Neuchatel a fin de cumplir con otro compromiso antes de regresar a Basilea. Su obra exigía que se apresurara, y tuvo que renunciar a su preferencia de hacer un viaje tranquilo en coche en medio de las bellezas de la naturaleza, para cumplir las exigencias de la obra del Señor. Sin embargo, jamás olvidó aquellos días gloriosos cuando recorrió la encantadora tierra Suiza.

[216]

Segunda serie de reuniones en Escandinavia

Un congreso en Suecia y Dinamarca

El congreso de 1886 de la Asociación Sueca estaba programado para fines de junio, con una semana previa de reuniones para los obreros. Por lo tanto, dos semanas después de su viaje a Tramelan y de la gira por las iglesias suizas, Elena G. de White estaba otra vez en camino. En esta gira de seis semanas por los países escandinavos (desde el 15 de junio al 28 de julio) su poderosa influencia espiritual iba a ser vista y sentida por miles de personas.

Esta vez la acompañaron Sara McEnterfer y Cristina Dahl. Cristina vivía con la familia de Guillermo White, en Basilea, desde el mes de noviembre, y ahora iba a regresar junto a su familia en Cristianía.

Las viajeras partieron el martes 15 de junio. A la noche siguiente se encontraron con Guillermo en Hamburgo. El había viajado el día anterior para atender algunos asuntos de la casa editora en Leipzig.

Siguieron la misma ruta que en el viaje anterior: Hasta Kiel, Alemania, por tren, y luego tomaron el barco a Korsör, Dinamarca. Al llegar a Copenhague, pudieron alcanzar el barco que partía para Malmö, Suecia.

Cuando llegaron a Orebro, donde estaba la sede de la asociación, no hallaron a nadie esperándolos, pero un cochero sueco se mostró ansioso por “ayudarlos”. El hombre “parecía decidido a sacarnos las maletas de las manos”, comentó Elena G. de White, “pero las defendimos con valor. Aunque él hablaba con elocuencia en sueco, no le entendimos ni una sola palabra”. **Carta 2, 1886.** Eran aproximadamente las siete de la mañana, y decidieron caminar el kilómetro y medio que los separaba de la casa de la familia Jacobson, donde se habían alojado antes. Allí encontraron al pastor O. A. Olsen * ,

[217]

* O. A. Olsen nació en Skogen, cerca de Cristianía, en 1845. Trabajó en Europa desde 1886 hasta 1888, cuando fue elegido presidente de la Asociación General (donde sirvió desde 1888-1896). Su obra en favor de Europa la continuó más adelante, cuando trabajó dos años atendiendo los intereses de la causa en ese continente. También dirigió la obra en Inglaterra durante un breve período. Durante cuatro años fue presidente de la

que había llegado hacía poco tiempo de Norteamérica para trabajar en Escandinavia. Los pastores Oyen y Matteson también estaban en casa de Jacobson.

Los hombres explicaron que habían estado esperando todos los trenes desde el día anterior, aunque creían que ellos no llegarían antes del mediodía. Para mayor seguridad, le habían dado instrucciones a un cochero sueco, a fin de que los llevara hasta allí en caso de que vinieran antes. ¡Pobre cochero!

Habían alquilado dos habitaciones amuebladas con una cocina, para la Sra. de White y Sara. “Encontramos excelente el lugar”, observó la Sra. de White, en tanto que concentraba su atención en la reunión de obreros que ya había comenzado.

Una escuela para obreros

“Esta es una ocasión importante para los que están reunidos aquí—escribió la Sra. de White—, tal vez nunca más vuelvan a disfrutar de una situación tan favorable para recibir instrucción”.—

[218] **Manuscrito 65, 1886.** Al hablar de instrucción, ella se refería al hecho de que las reuniones se estaban desarrollando como si se tratara de una escuela para obreros.

Se llevaba a cabo un activo programa, que comenzaba con una reunión social o de testimonios todas las mañanas a las 6.30. A las 9 se dictaba una clase de contabilidad; a las 11.30 se daba instrucción acerca de las “labores misioneras”. Luego, a las 4 de la tarde se enseñaba a dar estudios bíblicos, y finalmente terminaba el día con un servicio de predicación, a las 8 de la noche. Todo esto reflejaba el buen espíritu con que los obreros suecos respondieron a las exhortaciones hechas por la Sra. de White y otras personas durante el tercer concilio europeo en Basilea, con el propósito de lograr un conjunto de obreros mejor preparados.

Elena G. de White predicó su primer sermón el sábado por la tarde. Después de la reunión de testimonios que tuvo lugar, exclamó: “Sólo podemos decir: Un Señor, una fe, un bautismo. Los hermanos

Unión Australasiana, y trabajó un año en Sudáfrica. En 1913 fue elegido vicepresidente de la División Norteamericana. Sus servicios como administrador fueron de carácter verdaderamente internacional. Olsen murió en 1915, como consecuencia de un ataque al corazón.

suecos disfrutaban de una experiencia idéntica a la de nuestros hermanos norteamericanos”. *Ibid.* Mientras estuvo en Europa, repitió más de una vez estos mismos conceptos, como un reflejo de las buenas impresiones que recibió allí.

Una charla práctica sobre la santificación

Al día siguiente, durante la reunión celebrada por la mañana, Elena G. de White dio una “charla práctica” (*Ibid.*), según su propia expresión, acerca de la santificación. Declaró a los obreros lo siguiente:

“Hay un punto que deseo destacar. Los que se esfuerzan por guardar la ley de Dios jamás se jactan de su santidad... La santificación no es la obra de un momento, sino de toda una vida. No se obtiene por un feliz arrebató sentimental, sino que es el resultado de morir al pecado, de creer y vivir constantemente en Cristo, practicando sus virtudes... Cada día debe aumentar nuestra fe. Al mismo tiempo

[219]

que decimos: ‘Sé que soy pecador’, también podemos añadir: ‘Sé que tengo un Salvador’”.—*Manuscrito 25, 1886.*

Ese domingo por la tarde la sala de reuniones estaba repleta: 400 personas esperaban ansiosas el momento de oír hablar a la Sra. de White. Tan atestada estaba la sala que apenas pudo llegar hasta la plataforma.

Todas las mañanas, la sierva del Señor compartía con los obreros un mensaje de meditación lleno del Espíritu Santo. El lunes trató de transmitirles el pensamiento de que no debían desanimarse por las pruebas y la oposición. El martes destacó el tema de la cortesía cristiana. “Dios no nos pide que seamos como el espinoso cardo silvestre, sino que cultivemos en nuestros modales y disposición todo lo que tenga encanto y atractivo, ya que éste es el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz”. *Manuscrito 65, 1886.* Exhortó a los hermanos a trazar planes más amplios, y cuando terminó, “brotaron testimonios

que dieron evidencia de que el Señor estaba tocando los corazones, y que estaban listos para obedecer esta orden: ‘Avanzad’”.—*Ibid.*

Al día siguiente comenzó la asamblea y los informes presentados fueron alentadores. Hubo evidencias de verdadero progreso. Suecia tenía ya 327 observadores del sábado. De ellos, 250 eran miembros de las diez iglesias que había en el país. Los otros vivían en lugares aislados donde no existían iglesias organizadas. Las cifras indicaban un aumento de 57 personas en comparación con el informe anterior del mes de septiembre de 1885. La asociación aceptó tres nuevas iglesias: Rattvik, Kartylla y Halmstad.

Dios requiere sacrificio

[220] Sin embargo, la situación económica en Suecia no era alentadora. Desde el mes de septiembre sólo se habían recibido 65 dólares de parte de las iglesias. Elena G. de White habló a los delegados acerca de los comienzos de la obra y los sacrificios que ésta requirió:

“Es verdad que los hermanos son pobres, pero no son más pobres que cuando comenzó la obra en Norteamérica. Trabajamos entonces siguiendo las enseñanzas de Dios, con los recursos que teníamos; establecimos el plan de la benevolencia sistemática * y organizamos sociedades de publicaciones. Mostramos por nuestras obras que esperábamos que el Señor hiciera algo en nuestro favor y él honró nuestra fe”.—*Ibid.*

Antes que concluyera la asamblea, los suecos resolvieron: “Con todo fervor pediremos a nuestros hermanos que donen sus recursos para el mantenimiento de los obreros”, y que “a fin de lograr una mayor unidad en este asunto, trataremos de seguir el plan que enseña

* Este es el nombre que se le dio a un sistema de diezmos y ofrendas voluntarias, que se desarrolló como resultado del estudio de la Biblia en 1859. El refinamiento del sistema que hoy practican los adventistas, de calcular los diezmos sobre la base de los ingresos, demoró años para madurar. Recién en 1878-1879 se comprendió plenamente la enseñanza bíblica de hacer un cálculo para los diezmos. En esta búsqueda y en el descubrimiento de la luz verdadera acerca de las finanzas en el Evangelio, el espíritu de profecía tuvo un papel importante al confirmar lo que había revelado claramente el estudio de la Biblia.

la Biblia para sostener el ministerio”.—*The Review and Herald*, 10 de agosto de 1886.

—*The Review and Herald*, 10 de agosto de 1886.

Durante esa época los días eran los más largos del año en Suecia: A las dos de la mañana ya había claridad, y a las diez de la noche aún se podía escribir sin luz.

Esa noche, la ciudad fue escenario de intensa actividad mientras los ciudadanos se preparaban para celebrar el solsticio de verano, el 25 de junio. La gente pasaba frente a la ventana de la habitación que ocupaba Elena G. de White, llevando ramas verdes, plantas, rosas, “cualquier cosa que sea un emblema apropiado del verano”. *Manuscrito 65, 1886*. Al día siguiente todos los negocios se mantuvieron cerrados, mientras se realizaban desfiles y celebraciones. Elena G. de White vio por todas partes “animación y contento”.

[221]

Días críticos para el presidente de la asociación

Entre bastidores, en la Asociación Sueca de Orebro, se agitaban algunos sentimientos, y habían comenzado a traslucirse algunos asuntos importantes que se iban a hacer sentir en toda Escandinavia. J. G. Matteson, pionero de la obra en la región del norte, los había mantenido bajo control hasta entonces. Era un hombre de enorme talento, habilidad y consagración. Los adventistas escandinavos lo tenían en la más alta estima. Pero ningún hombre se encuentra en una posición segura cuando ocupa alturas que dan vértigos.

Elena G. de White vio con claridad que para que la causa de la verdad continuara prosperando, sería necesario introducir ideas y talentos diferentes para equilibrar las cosas. Matteson conocía su forma de pensar. Por lo tanto, cuando O. A. Olsen llegó de Norteamérica, Matteson comenzó a sospechar y sintió temor de que lo dejaran a un lado. Pero no era ése el caso. Antes de concluir la asamblea el lunes 2 de junio, el pastor Matteson fue reelegido presidente de la asociación. A fin de dar aliento y fuerza a la obra en expansión, se organizó una sociedad misionera y de publicaciones, y O. A. Olsen fue nombrado director de ella.

A la Sra. de White se le había mostrado que una de las grandes tentaciones de los administradores en la obra de Dios sería la de intentar eliminar la competencia en el liderazgo, para absorberlo por

[222]

completo para sí mismos. Matteson estaba expuesto a este peligro, pero él no era el único. La misma tentación parece haber perseguido a los hombres que se destacaron como pioneros en aspectos importantes de la obra. En 1883, en algunas cartas que ella escribió a J. N. Andrews, lo previno contra el peligro de querer dominar la obra, y mencionó que J. N. Loughborough había sufrido la misma tentación. Era una debilidad común y a menudo se le pedía a la sierva del Señor que la combatiera. Al mismo tiempo, ella reconocía todo el bien que llevaban a cabo esos hombres consagrados, y los defendió enfáticamente siempre que tuvo oportunidad de hacerlo.

Cuando Guillermo White partió para el congreso de la Asociación General celebrado en 1885, Elena G. de White le recomendó que llevara un buen informe acerca de Matteson.

“Guillermo, quiero que se presente a Matteson en la debida manera ante la Asociación General. Vemos errores y fallas en su obra y en la misión, pero ¿habrían actuado mejor otras personas en las mismas circunstancias? Creo que él ha realizado, en muchos aspectos, un buen trabajo. Ha sufrido privaciones y ha levantado la obra de la nada. Todas estas cosas merecen nuestro aprecio y lo alentaremos en todo lo que podamos, sin pronunciar ni una palabra que lo desanime”.—*Carta 36, 1885.*

Aunque ella fue llamada a desempeñar la desagradable tarea de señalar las deficiencias y los errores de algunos hombres, este hecho jamás cercenó su confianza o su amistosa preocupación por ellos. Precisamente antes de regresar a Basilea después de su primera visita a Italia, escribió a Matteson y a su esposa una extensa carta llena de noticias acerca del viaje, sin otra razón aparente que la de mostrarles su amistad.

En la asamblea de Orebro, ella tuvo la impresión de que Matteson estaba un poco retraído. Mantuvo una larga charla con su esposa, y le dijo “que el Hno. Olsen no iba a reemplazar a Matteson sino a ayudarlo en la obra y que entre los dos no podrían realizar ni la mitad de todo lo que tenía que hacerse en estos reinos”.—*Carta 117, 1886.*

En una carta dirigida a G. I. Butler, presidente de la Asociación General, le confesó lo siguiente:

[223]

“He estado escribiendo cartas confidenciales al pastor Matteson acerca de diversos aspectos de sus hábitos de trabajo que debería cambiar. He procurado sanar la herida con toda la amabilidad, simpatía y cortesía que le pude ofrecer; y ahora parece que él se ha tornado totalmente accesible y ha comprendido que no queremos herirlo sino ayudarlo”.—*Ibid.*

Al terminar la reunión la gente regresó a su casa, y Matteson y Olsen fueron juntos con muy buen espíritu a la reunión de la Asociación Danesa, que iba a comenzar dos días más tarde en Jerslav, en el norte de Jutlandia.

Elena G. de White se quedó en Orebro hasta el jueves, cuando tomó el tren para Cristianía, y pasó la noche en Charlottenburg. Al llegar a Cristianía, el viernes de mañana, encontró rostros nuevos en la sede de la asociación. Niels Clausen acababa de llegar para redactar las publicaciones en danés y noruego, y también había venido Juan Lorentz para colaborar con la nueva casa editora.

Las prensas nuevas ya estaban listas para trabajar, y se había remodelado la parte antigua del edificio, que ahora estaba transformada en departamentos para vivienda. Se habían reservado dos habitaciones para la Sra. de White y sus ayudantes, y los miembros de la iglesia de Noruega contribuyeron para amueblarlas temporariamente. “Estaremos cómodos aquí”, anotó complacida Elena G. de White en su diario.

El sábado de mañana Guillermo White predicó para la iglesia reunida en el salón de la nueva casa editora. Le pareció un lugar conveniente para hablar: La voz no retumbaba ni había eco, y observó que la galería dividida en dos partes era apropiada para el estudio bíblico durante la escuela sabática.

Esa tarde, Elena G. de White habló acerca de la “necesidad de ser diligentes a fin de estar preparados para^{*} la aparición de Cristo Jesús”, basándose en el texto bíblico de **2 Pedro 3:11-14**. Se iniciaba una semana y media de trabajo intenso en favor de

[224]

^{*}8—E.G.W. en E.

la iglesia de Cristianía. Los problemas que ella había observado entre los miembros durante su última visita, no habían desaparecido. Pero antes de dedicarse de lleno a la iglesia capitalina, tenía que cumplir un compromiso en Larvik, una ciudad que distaba unos 110 km, y donde E. G. Olsen había estado trabajando desde el mes de diciembre.

Durante toda la noche viajó en vapor. Como todos los camarotes estaban ocupados, trató de arreglarse en la forma más cómoda posible, junto con Sara y otras once señoras, en los asientos de la sala de damas. Llegaron exhaustas a Larvik, y fueron directamente a un hotel.

Después de almorzar con la familia Olsen salieron a caminar por el parque. Mientras paseaba entre los hermosos árboles de hayas, tuvo una agradable sorpresa al observar que no se vendía cerveza ni licores. “Sólo se ofrecen bebidas suaves y sencillas tales como el agua gaseosa”, declaró.

A las cuatro de la tarde se dirigió al salón para predicar. En Larvik habían aceptado el sábado unas 20 personas, las cuales se habían congregado ahora, con sus amistades, para escuchar a la diminuta predicadora. Ella pensaba hablarles en forma tal que nadie pudiera sentirse ofendido, pero la Providencia había planeado algo diferente. “El Señor me dio un mensaje en relación con la falsa teoría de la santificación”, declaró, y predicó con poder acerca de la santa ley de Dios y la vida piadosa. **Manuscrito 57, 1886.** En esa época, vivían en Larvik algunas personas que pretendían poseer la perfecta santidad, aunque transgredían la ley. Alguien llegó al extremo de aseverar que era el mismo Cristo. La predicación casi asustó a Eduardo Olsen, aunque declaró que “los creyentes estaban muy contentos y habían recibido un gran beneficio” y que el sermón “era precisamente lo que necesitaban”.—**Ibid.**

[225]

A la mañana siguiente volvieron a tomar el vapor que los llevaría a Cristianía. Mientras tanto, el pastor Matteson había regresado de la Asociación Danesa con un buen informe. “Los hermanos [daneses] parecen dispuestos a trabajar y avanzar. A pesar de su pobreza, es notable observar cómo se mantienen dentro de su presupuesto”.—**Manuscrito 66, 1886.**

Matteson y Olsen, junto con Niels Clausen, Guillermo White y Juan Lorentz comenzaron de inmediato a hacer planes para la

nueva casa publicadora, las campañas evangélicas y la preparación de colportores. Los consejos del espíritu de profecía y los acuerdos votados en el concilio europeo acerca de la necesidad de preparar obreros, fueron tomados muy en serio.

[226]

Turbulencia y paz

Progresos en Noruega y Dinamarca

A pesar de que Elena G. de White no se sentía muy bien de salud durante este segundo viaje a los países escandinavos, no permitió que esto le impidiera cumplir con la obra que Dios le había encomendado. Por supuesto, necesitaba un cambio que la alejara de la incesante tarea de escribir y predicar. Por lo tanto, salieron con Sara a comprar telas y luego se dedicaron activamente a coser. A la Sra. de White le agradaba mucho la costura, y no sólo suplía sus necesidades personales de ropa sino también la de otras personas. A menudo las hermanas de la iglesia buscaban su compañía al salir de compras, porque ella sabía elegir buenas telas.

En una carta dirigida a María, que estaba en Basilea, le pidió moldes para confeccionarle también un lindo vestido a su nieta Ella. Guillermo le escribió a su esposa, en tono jocoso: “Mamá y Sara últimamente se han dedicado en grande a la costura. Si alquilaras una tienda, creo que ellas podrían surtirla con una buena línea de vestidos” (carta de G. C. White, 16 de julio de 1886).

Un símbolo de la obra de la Hna. White

[227] Pero la obra de Elena G. de White como mensajera del Señor era más seria y bastante más difícil que la confección de vestidos. Quizá su mente retrocedió hasta el año 1868, cuando relató un sueño en el cual el Señor le repitió, simbólicamente, la obra de edificación del carácter que ella estaba realizando en la iglesia:

“Una persona me trajo una pieza de tela blanca, y me pidió que cortase de ella vestidos para personas de todos los tamaños y de todas las descripciones de carácter y circunstancias de la vida. Se me dijo que los cortase y los colgase de modo que estuviesen listos para ser hechos cuando los pidiesen... Declaré que había

estado dedicada a cortar vestidos para otros durante más de veinte años, que mis trabajos no habían sido apreciados y que no veía que hubiesen logrado mucho beneficio”.—*Joyas de los Testimonios 2:273*.

Su “guía” le advirtió:

“Corta los vestidos. Este es tu deber. La pérdida no es tuya, sino mía. Dios no ve como el hombre ve. El te indica el trabajo que quiere que hagas, y no sabes qué prosperará, si esto o aquello”.—*Ibid.*

“Delante de mí había tijeras nuevas, que empecé a usar. En seguida me abandonaron mis sentimientos de cansancio y desaliento. Las tijeras parecían cortar casi sin esfuerzo de mi parte, y corté vestido tras vestido con comparativa facilidad”.—*Ibid. 274*.

Necesidades de la Iglesia en Cristianía

Había llegado el momento de volver a usar las “tijeras” en Cristianía. En una de las cartas que escribió a los creyentes después de su visita anterior, señaló dos razones por las cuales la iglesia estaba desmoralizada: “El descuido en la observancia correcta del sábado, y una actitud tolerante hacia los entrometidos. Aquí hay charlatanes—escribió—que tienen la lengua encendida con el fuego del infierno”.—*Manuscrito 57, 1886*.

[228]

La Sra. de Oyen le había escrito a Elena G. de White en abril, expresándole su desesperación ante la situación. “A veces pienso que algunos miembros de esta iglesia no tienen corazón, y que sólo disfrutan encontrando faltas en los demás y abusando de ellos” (carta de la Sra. A. B. de Oyen, 11 de abril de 1886). A principios de mayo, el pastor Oyen informó que había recibido un testimonio de Elena G. de White y lo leyó a la iglesia. Algunas personas respondieron favorablemente a ese testimonio. El Sr. L. Hansen, el contratista que estaba quebrantando el sábado, admitió que había estado errado y resolvió mejorar en el futuro. Pero otros, informó el pastor Oyen, se mantuvieron silenciosos y ofendidos.

El hombre que había lanzado la idea de que las fotografías violaban el segundo mandamiento, se negó a aceptar el testimonio de Elena G. de White. Inmediatamente después que concluyó la reunión, invitó a algunos hermanos descontentos a su casa. Oyen no se enteró de lo que se habló allí, pero escribió lo siguiente: “Su ocupación principal, hasta ahora, parece ser criticar y encontrar faltas en todo lo que hace la iglesia” (carta de A. B. Oyen, 2 de mayo de 1886).

La Sra. de White había presenciado antes situaciones similares en Norteamérica, incluso en la iglesia central de Battle Creek. Y tuvo que presentar un fuerte testimonio. Véase *Testimonies for the Church 1:526-528*. En su libro *La Educación*, publicado en 1903, aparecen las observaciones más desoladoras acerca de los terribles resultados de la crítica injusta:

“Nos horrorizamos al pensar en el caníbal que come con deleite la carne aún caliente y temblorosa de su víctima, pero ¿son los resultados de esta práctica más terribles que la agonía y la ruina causadas por el hábito de falsear los motivos, manchar la reputación y disecar el carácter?” (pág. 231).

[229]

Una recomendación disciplinaria

El jueves 8 de julio, Elena G. de White conversó con el pastor Matteson acerca de la situación en la iglesia. Le dijo que los miembros que persistían en manifestar un espíritu cruel y que eran “despóticos, calumniadores y acusadores” no debían permanecer en la iglesia. “El Salvador nos ha enseñado el camino que debemos seguir al tratar con estos ofensores—dijo—y se debe aplicar la norma bíblica”.—*Manuscrito 66, 1886*.

“Ninguna iglesia puede mantener una condición saludable y floreciente, si sus dirigentes no adoptan medidas firmes y decididas para reprimir este espíritu crítico y acusador, dondequiera que exista. Los que se dejan

dominar por un espíritu tal, deben ser objeto de la disciplina eclesiástica”.—*The Review and Herald*, 18 de octubre de 1886.

Matteson confirmó la gravedad de la situación. Relató cómo un miembro de la iglesia había calificado a otro de ladrón, en la mitad de una reunión, cuando no había ningún viso de verdad en su acusación. Lo que empeoraba las cosas era que esa persona pertenecía a la junta de la iglesia.

Elena G. de White le dijo a Matteson que no debería haber dejado de sancionar tales casos, pero él quiso que ella asumiera la desagradable tarea de hablar a la iglesia acerca de este asunto. Ella temía hacerlo, y recordaba cuánto había trabajado con la gente durante su visita anterior. “¡Cuán difícil es volver a coser las puntadas que se han descosido, cuán arduo es remodelar a las personas después de haberles permitido, año tras año, que permanezcan en una condición desmoralizada!”. *Manuscrito 57, 1886*. ¡Pero si los demás no actuaban, tenía que hacerlo ella!

El sábado de mañana exhortó a los hermanos, usando el texto de *Juan 5*, que narra la historia de la curación del enfermo junto al estanque de Betesda. Los creyentes necesitaban volver a convertirse para llegar a ser justos. Tal fue el tema de su exhortación. [230]

A la mañana siguiente les impartió otro mensaje bíblico: El de *Lucas 19:10*. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Luego se reunió con los dirigentes de la casa editora y los ayudó a resolver un problema difícil: Una parte del edificio que quedaba precisamente debajo del salón de reuniones, había sido alquilado irreflexivamente a un herrero, y otra parte había sido cedida a un grabador de lápidas.

“Las oraciones del pastor y de la congregación ascienden en medio del sonido del martillo y el yunque, de la manipulación y el tintineo del hierro; y al otro lado de nuestra vivienda está el taller de mármoles, donde el sonido ruidoso y continuo del cincel y el martillo se mezcla con las oraciones, la predicación y la exhortación”.—*Carta 19, 1886*.

Todo esto sucedía en sábado.

De pie ante la comisión, Elena G. de White dio un testimonio que sorprendió a todos los presentes. Les dijo que mientras ella estaba en Norteamérica, se le había presentado en visión la situación de Cristianía y de otras iglesias de Europa. El ángel le había informado que el sonido del martillo, del yunque y del cincel se entremezclaba con las oraciones, pero ella no había comprendido en aquel momento lo que esto significaba. Ahora declaró: “Y el ángel me dijo que Dios no podía derramar su bendición sobre un pueblo que sentía tan poco respeto por su Palabra... Pero aquí el asunto se halla bajo vuestro control y precisamente dentro de vuestra propiedad”, añadió con una nota de incredulidad en la voz.—**Manuscrito 7, 1886.**

[231] Al concluir, admitió que las cosas que les había dicho probablemente podían parecer cuentos, pero añadió solemnemente: “Vosotros deberéis enfrentaros a ellas en el juicio, y yo también”.—**Carta 113, 1886.**

La respuesta de la comisión

Tan pronto como hubo terminado de hablar, el Sr. Hansen se puso de pie. “Yo no creo que éstos sean cuentos fantasiosos—respondió—. Yo acepto estas palabras, y creo en la verdad que se nos ha presentado esta mañana, y le agradezco a la hermana White por haberla expresado”.

La respuesta de Hansen era importante porque, aunque había sido borrado de la lista de iglesia durante algún tiempo, seguía siendo un hombre de mucha influencia en la congregación. Su problema consistía en una observancia incorrecta del sábado. Como contratista, tenía muchos empleados, y había estado haciendo negocios en sábado por conveniencias personales.

Elena G. de White le había escrito cartas “confidenciales y fervientes”, exhortándolo “con amor—según declaró ella misma—, intercediendo en el nombre de Cristo para que salvara su alma”.

Después de pasar por la difícil prueba de la reunión de la junta, ella se sintió “débil como un niño”.

“El tener que transmitir testimonios severos me hace mucho daño. Siempre me desagrade el hecho de infligir un dolor, pero cuando veo el mal y su tendencia a

debilitar y destruir la disciplina eclesiástica... no puedo quedarme tranquila. Tengo que hablar y, en el nombre del Señor, procuro reprimir la creciente marea de maldad”.—*Manuscrito 66, 1886.*

En ocasiones como ésta, Guillermo White sabía que su madre necesitaba descanso y recreación. Alquiló un coche y la llevó a pasear durante dos horas por los parques forestales de la ciudad. Allí, al ver pasar las familias con cestas preparadas para una comida campestre, y al recorrer las orillas de los hermosos lagos, ella pudo relajar sus tensiones y se reanimó. “Disfrutamos mucho de este paseo”, dijo. “Gozamos de paz y descanso”.—*Ibid.*

[232]

Una junta de iglesia desalentadora

Durante la semana, ella y Guillermo procuraban salir a caminar un par de veces al día. A menudo se dirigían al palacio y a los jardines reales. Pero su tarea en la iglesia no había concluido. El lunes ella mantuvo una agradable entrevista con los esposos Hansen. Esa noche se celebró una junta de iglesia para sancionar a los miembros que persistían en criticar y buscar faltas en los demás. Matteson, que había ido postergando durante largo tiempo esa decisión, tuvo dificultades para manejar la situación.

“No se adoptó la conducta más sabia. A los culpables se los separó con un espíritu de dureza y severidad, en lugar de manifestar un espíritu de tristeza, compasión y amor hacia ellos”. *Ibid.* Esto, naturalmente, los exasperó y los volvió desafiantes y combativos. La situación no era agradable, y cuando se realizó la votación, unas pocas personas votaron porque se los borrara de la lista de iglesia, mientras que varios se abstuvieron de votar. Incluso algunos que habían sido víctimas de las difamaciones de los acusados, guardaron silencio.

Matteson quedó tan perturbado al ver que sólo contaba con el respaldo de pocos hermanos, que se apresuró a renunciar a sus cargos de director de la sociedad de publicaciones y de anciano de la iglesia. “Las cosas estaban, pues, bastante enredadas”, dijo Elena G. de White, y al día siguiente ella y Guillermo tuvieron una larga

conversación con Matteson para convencerlo de que reconsiderara su decisión, tomada en un arrebato emocional.—*Ibid.*

La última reunión con la iglesia

[233] El día siguiente estuvo dedicado a hacer las maletas y los preparativos para partir hacia Copenhague. El jueves 15 de julio por la noche, Elena G. de White volvió a predicar ante la congregación, esta vez acerca de **Filipenses 2:1-5**, donde Pablo registra el apropiado ruego: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”.

A fin de que no dejaran de percibir el tema de la predicación, incluyó también el **Salmos 15**. El salmista pregunta quién podrá morar en el tabernáculo del Señor, y la respuesta declara: “El que no calumnia con su lengua... ni admite reproche alguno contra su vecino”. **Vers. 3**.

Al concluir, exhortó a los feligreses a que abandonaran los pecados que habían alejado el “dulce espíritu de Cristo de la iglesia”.—**Manuscrito 58, 1886**.

“Cuando el corazón acoge a Cristo y él se alberga allí, hay amor, ternura, compasión, y toda la amargura y las palabras perversas quedarán desterradas para siempre”.—*Ibid.*

Cuando la oradora invitó a que se pusieran de pie los que querían estar del lado del Señor, muchos respondieron. Hubo buenos testimonios, y los pastores Matteson y Olsen elevaron fervientes plegarias. “Esperamos que este progreso marque el comienzo de un decidido avance de todos los miembros de iglesia”, escribió ella.

El pastor Matteson informó lo siguiente con respecto a la obra en Cristianía:

“El Señor bendijo abundantemente estas reuniones: Especialmente el testimonio de la hermana White, que produjo una impresión profunda en la iglesia, y tenemos buenas bases para creer que en el futuro la iglesia tratará fervientemente de evitar las tentaciones y los peligros

que hasta ahora la han debilitado y perjudicado”.—*The Review and Herald*, 17 de agosto de 1886.

[234]

Problemas en la lejana América

Unos días antes de su partida, la atención de Elena G. de White se concentró en un problema surgido en Norteamérica. En la iglesia de Cristianía la disciplina había sido descuidada, pero, por el contrario, ahora le fue necesario escribir a los dirigentes del colegio de Lancaster del Sur, en Massachusetts, porque allí estaban aplicando una disciplina demasiado estricta. El hermano de Cecilia y Cristina Dahl había viajado desde Noruega para asistir a la sección secundaria de esa institución, pero se vio envuelto en algunas dificultades y fue expulsado del colegio. La Sra. de White sabía que el muchacho tenía una tendencia al mal comportamiento, pero a pesar de ello, escribió al director del colegio lo siguiente:

“Soy madre, y he tenido mucho contacto con los niños; por lo tanto, sé que debemos tener continuamente con nosotros el espíritu de Cristo, al mismo tiempo que controlamos nuestro propio espíritu, pues de lo contrario fracasaremos. Los niños son alegres, están llenos de vida y se sienten inclinados a hacer travesuras; y a veces llevan demasiado lejos su amor a la diversión; pero a estas cosas no se las puede considerar un pecado. Si los dirigentes abandonaran un poco su circunspección y su dignidad, y compartieran con los niños sus deportes y diversiones inocentes en los momentos oportunos, tendrían una influencia mucho mayor sobre ellos. Si se sostienen demasiado firmemente las cuerdas, tendrán que soltarse por algún lado”.—*Carta 19*, 1886.

Luego le preguntó:

“¿Por qué no escribió alguien a la madre y le notificó lo que había sucedido, antes de enviar el chico a la deriva?... ¿Por qué este chico o cualquier otro, en circunstancias similares, debe ser tratado de esta forma,

enviándolo a la deriva en un país extraño? El ancho Océano Atlántico lo separa de su madre y

[235]

sus hermanas. ¿Les gustaría a ustedes que trataran así a uno de sus hijos?”—*Ibid.*

“Creo que los miembros de iglesia de más edad tienen muy poca simpatía y tolerancia hacia los jóvenes, y que deben aprender muchas lecciones a los pies de Jesús, a fin de ser pacientes con los jóvenes pecadores, así como los viejos pecadores desean que los demás tengan paciencia con ellos”.—*Ibid.*

Próxima parada: Copenhague

El viernes al mediodía, Elena G. de White, Sara, Guillermo y los dirigentes escandinavos Olsen, Matteson y Oyen, partieron de Cristianía hacia Copenhague en el vapor Melchior. Muchos amigos de la iglesia de Cristianía la acompañaron hasta el vapor, y cuando estaba por zarpar le entregaron un ramo de flores en señal de amor y amistad cristianos. El viaje duró algo más de 24 horas, y aunque les desagradaba el tener que viajar en sábado, no había otro medio de llegar a Copenhague a tiempo para cumplir con los compromisos que habían contraído para el domingo.

Como Matteson ya se había trasladado con su familia a Estocolmo, alquilaron dos habitaciones en el tercer piso de una pensión para Elena G. de White. Esa pensión debe haber estado cerca del lugar donde ella se había alojado durante su visita anterior, porque en su diario vuelve a mencionar el hospital y la cúpula dorada de la iglesia ortodoxa. En la actualidad, ese edificio está ocupado por el Hotel Botanique, en la esquina de Nørre Volgade y Gothersgade.

[236]

El domingo de noche ella predicó ante un auditorio repleto de público. ¡Qué contraste con su visita anterior! El lugar era excelente. El salón estaba bien iluminado y habían dispuesto sillas. Como en el verano muchos salones estaban desocupados, Matteson pudo alquilar uno por menos de un dólar por reunión. La salud de la Sra. de White mejoró notablemente durante su estada allí, y le agradó descubrir además que la pequeña iglesia había crecido.

El lunes 19 de julio se inauguró la escuela de colportaje. Ella estaba decidida a apoyar enfáticamente esas clases. Iba a pasar toda la semana con los colportores. El programa incluía cuatro reuniones por día: un culto a las 8.30 de la mañana, clases de metodología a las 10.30, estudio bíblico a las 6.00 de la tarde y predicación a las 7.30 de la noche. La visitante habló el lunes en el culto. Había sólo 24 personas presentes, pero ella comprendía bien la razón de esa inasistencia. Era un momento de gran turbulencia económica y política en Dinamarca. Millares de personas estaban sin trabajo, y naturalmente los adventistas tenían más posibilidades de perder sus empleos, debido al sábado.

La Sra. de White habló cinco veces en los cultos matutinos de esa semana, y en dos oportunidades tuvo a su cargo el sermón de la noche. Durante el fin de semana siguió predicando a los laicos y obreros.

La torre redonda de Copenhague

Esa semana la Sra. de White pudo dedicar un poco de tiempo a recorrer la ciudad. Junto con Guillermo y el pastor Brorsen, visitó la “Torre Redonda”. La torre, un monumento histórico de Copenhague, fue construida en 1642 por Cristián IV como observatorio de los astrónomos de la Universidad de Copenhague. Junto a la torre se halla Trinitatis, la iglesia de la Universidad.

A ella le había intrigado el hecho de que en lugar de escaleras, la torre tenía una amplia rampa en forma de espiral que llegaba hasta la cúpula, en el noveno piso. El guía de la torre informó a los visitantes que cierta vez, Pedro el Grande y Federico IV de Dinamarca recorrieron la rampa hasta el final. Al mirar hacia abajo desde esa vertiginosa altura, Pedro le dijo a Federico: ¿Quién de nosotros cuenta con soldados capaces de probar su lealtad tirándose desde aquí arriba si su rey se lo pide?” Federico contestó que él no pretendía tener semejantes soldados, pero que no temía dormir en la casa del sujeto más humilde de su reino. “¡Qué hombre noble! ¡Qué respuesta noble!”, exclamó Elena G. de White en una carta que dirigió a su sobrina, Addie Walling. **Carta 101, 1886.** Pero al contemplar la gran ciudad que se extendía bajo su mirada, su mente se apartó del noble pasado de Copenhague para dirigirse a su incierto

futuro. Trató de imaginar cómo sería el día cuando Cristo venga. “Esta ciudad está entregada al placer y la mundanalidad”, dijo. “La cerveza, los juegos de cartas, los bailes y las diversiones absorben la atención de la gente”.—*The Review and Herald*, 26 de octubre de 1886.

El pueblo de Copenhague, al igual que los moradores de Sodoma, iban a despertar cuando fuese demasiado tarde, declaró ella:

“Cuando el sol se levantó por última vez sobre las ciudades de la llanura, la gente pensó que comenzaba otro día de excesos impíos. Todos planeaban ansiosos sus negocios o placeres, burlándose de los temores y las advertencias del mensajero de Dios. De pronto, con el estrépito del trueno en un cielo sin nubes, comenzaron a caer bolas de fuego sobre la ciudad condenada. ‘Así será la venida del Hijo del Hombre’”.—*Ibid.*

Estas palabras se asemejaban extrañamente a la voz de amonestación de un antiguo profeta.

El lunes 26 de julio de 1886, Elena G. de White y sus compañeros de viaje abandonaron Copenhague para regresar una vez más a Basilea. Llegaron a su casa el miércoles, lo cual fue para ella un motivo de regocijo. Había pasado por un período de turbulencia y de paz.

[238]

Trabajo y recreación

Tiempo de reflexión

UNA nutrida correspondencia aguardaba en Basilea la llegada de Elena G. de White. A su arribo, el 28 de julio, se dedicó de inmediato a leerla y contestarla. El incesante trabajo de escribir cartas y preparar manuscritos fue siempre motivo de lamentación para el pastor Jaime White, quien nunca pudo seguir el ritmo de su incansable esposa. Después que él murió, en 1881, ella se concentró aún más en sus escritos.

El domingo 1º de agosto por la mañana, llegó el pastor Whitney para compartir con ella su preocupación por el trabajo. Ambos decidieron celebrar otra serie de reuniones matutinas “para inducir a los obreros... a una piedad más profunda y una fe más firme”.—**Carta 105, 1886.**

La institución de Basilea era mucho más que una casa editora común. Era también un centro de preparación y estudio para los colportores. En realidad, hubiera sido mucho más económico emplear personal no adventista de experiencia para el trabajo de impresión. Los técnicos de las prensas, de encuadernación y tipografía podían realizar su trabajo en cualquier idioma, y podrían haberse empleado hábiles traductores, correctores de pruebas y empleados de administración que conocieran diferentes idiomas.

[239]

Pero, ¿qué clase de influencia ejercerían? ¿Y qué iba a suceder con los jóvenes adventistas que necesitaban trabajar y adquirir experiencia? Los dirigentes decidieron que, aunque resultara más caro, el bienestar futuro de la obra sería más sólido si la casa editora daba enseñanza y trabajo a los miembros de iglesia.

Con el transcurso de los meses, muchos jóvenes fueron realizando notables progresos en su trabajo, y también manifestaron el deseo de aprender más acerca de la Biblia. Se iniciaron clases de historia y doctrinas bíblicas, y de gramática inglesa. Las clases comenzaban a las 6.30 de la mañana y el martes 3 de agosto se les añadió un nuevo

aspecto: Las dinámicas predicaciones matutinas de la Sra. de White, brillantes y a hora temprana: ¡A las 5.30!

Unas dos semanas después de haberse iniciado las reuniones, Elena G. de White informó lo siguiente:

“He estado trabajando con mucho ahínco aquí. Hicimos todo lo posible por instruir a la gente, a fin de que comprendan lo que significa ser cristianos bíblicos. No basta que nuestro carácter revele la mansedumbre y la humildad de Cristo; también debemos enseñar a los que profesan la verdad presente, que no se sientan satisfechos con una fe nominal en la verdad para este tiempo, sino que tengan esa fe que obre en su carácter como un poder santificador”.—*Carta 7a, 1886.*

En una carta dirigida a su hijo Edson comentó: “Nuestras reuniones son buenas. Desearía que tuviéramos algo parecido todas las mañanas en las oficinas de la Review and Herald”. *Carta 105, 1886.* Y en otra carta declaró: “Sabemos que Satanás lanzará ataques definidos contra los empleados de nuestras instituciones; por lo tanto, hay que hacer esfuerzos especiales por levantar bandera contra él mediante la elevación del carácter de las personas que participan en la obra”.—*Carta 106, 1886.*

[240]

Disertaciones de la Sra. de White

Durante las disertaciones que presentó con frecuencia en Europa y otros lugares, la Sra de White se sintió compelida a hablar bajo la definida dirección del Espíritu Santo. Y a veces pronunció también palabras de amonestación. En el tercer concilio europeo celebrado en Basilea, por ejemplo, advirtió a sus oyentes acerca del peligro de desoír “las admoniciones del espíritu”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 137.*

Posteriormente, en 1890, escribió el siguiente comentario:

“Antes de ponerme de pie no tenía ni la menor idea de hablar con tanta franqueza como lo estoy haciendo. Pero el Espíritu de Dios vino sobre mí con poder, y no puedo dejar de pronunciar las palabras que se me han

confiado. No me atrevo a retener ni una palabra de este testimonio... Transmito las palabras que me ha dado un poder superior al humano, y no puedo, aunque quisiera, revocar ni una oración.

“Durante la noche el Señor me instruye por medio de símbolos, y luego me explica su significado. Me da la Palabra, y no me atrevo a rehusar transmitirla a la gente. El amor de Cristo y, me aventuro a añadir, el amor por las almas, me constriñen, y no puedo quedarme tranquila”.—**Manuscrito 22, 1890.**

La siguiente es otra declaración de Elena G. de White acerca de la dirección divina cuando se dirigía al público:

“Nunca me siento sola cuando tengo que dar un mensaje. Al ponerme de pie ante el público, parecen desfilar ante mí los aspectos más preciosos del Evangelio; participo del mensaje evangélico y me alimento de la Palabra como cualquiera de los oyentes. Los sermones me benefician, ya que mi comprensión se renueva cada vez que abro los labios para dirigirme a la gente. No puedo poner en duda mi misión porque participo de los privilegios y me siento

[241]

alimentada y vivificada al saber que soy llamada por la gracia de Cristo. Cada vez que presento la verdad y hago notar a la gente que Cristo ha hecho posible que pudiéramos obtener la vida eterna, recibo tanto beneficio como ellos, ante los gratísimos descubrimientos de la gracia, el amor y el poder de Dios en favor de su pueblo, [manifestados en] la justificación y la reconciliación con Dios”.—**Manuscrito 174, 1903.**

Un agradable viaje a Rigi

Además de interesarse por la salud espiritual de los obreros de la oficina de Basilea, a Elena G. de White le agradaba participar

con ellos de alguna recreación sana. A fines de agosto, junto con su familia y un grupo grande de empleados de la oficina, salieron a disfrutar de un día al aire libre. El punto de destino era Rigi, un núcleo montañoso ubicado entre los lagos Lucerna, Zug y Schwyz. La visión panorámica que se aprecia desde la cumbre de esas montañas es magnífica. Después de recorrer 100 km por tren llegaron a Lucerna, donde tomaron un vapor que los llevó a Vitznau; allí subieron a un tren pequeño pero sólido, equipado con un engranaje de cremallera y piñón para escalar la montaña.

“Rigi es un lugar nuevo y uno de los centros turísticos más populares de Suiza”, señaló Elena G. de White. Las aguas “verde-azuladas” del lago ofrecen “una vista bellísima”.—*Manuscrito 33, 1886.*

El trencito que los condujo montaña arriba fascinó a la Sra. de White.

“El tren consiste en un solo coche con capacidad para 54 personas y no tiene compartimentos. Parece un tren urbano. La trocha es similar a la de los ferrocarriles comunes. Entre ambos rieles, en el centro, corren paralelamente otros dos rieles provistos de dientes donde engancha la rueda de cremallera

[242]

que está debajo de la locomotora. El tren funciona mediante vapor”.—*Ibid.*

Después de subir la montaña durante veinte minutos, el tren se introdujo en un túnel, y al salir nuevamente a la luz atravesó un puente que estaba sostenido por dos pilares de hierro, sobre una profunda quebrada.

Poco después llegaron a la estación de Kaltbad. A la izquierda había una clínica de reposo muy grande. “Este lugar parece interesante—observó la Sra. de White—, y me hubiera gustado mucho quedarme aquí algunas horas”.—*Ibid.*

Ya más cerca de la cima llegaron a Rigi-Staffel, donde las vías provenientes del otro lado de las montañas se unían con las del ferrocarril en que viajaban. También allí le hubiera agradado quedarse a la Sra. de White, pero el tren prosiguió su marcha.

“Subíamos y seguíamos subiendo cada vez más alto hasta que quedamos un tanto aturridos. Finalmente alcanzamos la cumbre... Fue una hermosa oportunidad para contemplar el paisaje. Observamos hacia abajo los desfiladeros de centenares de metros de profundidad, donde corrían raudamente los arroyos”.—*Ibid.*

Después de descender, el alegre grupo de misioneros se sentó bajo los árboles, mientras aguardaba la llegada del vapor.

“El vapor llegó a la ribera, y subimos a bordo. Está tan atestado de pasajeros que parece casi imposible introducirse en la apretujada multitud. El paisaje del Lago Lucerna es bellísimo, pero notamos que se aproxima una tormenta. El rumor distante de los truenos y el vivo resplandor de los relámpagos nos advierten que debemos buscar refugio... Nos apresuramos antes que la multitud se ponga en movimiento; y, por las ventanillas de la cabina, contemplamos una vista hermosísima: Las grandes gotas de lluvia que caen sobre la superficie suave del lago,

[243]

parecen diamantes centelleantes. Jamás había contemplado una escena semejante”.—*Ibid.*

La lluvia seguía cayendo cuando el vapor arribó al puerto. Guillermo White intentó conseguir un coche para llegar a la estación del ferrocarril, pero no halló ninguno libre. Los esperaba un programa de actividades muy intenso, y no tenían otra solución que apresurarse bajo el aguacero para alcanzar el tren a Basilea.

Sin embargo, la mojadura no les enfrió el entusiasmo, a juzgar por la siguiente declaración de la Sra. de White:

“Estábamos bastante mojados, incómodos, y ofrecíamos un aspecto lastimoso. Ella palmoteó y con tono gozoso preguntó; ‘Dime, Sara, ¿no estás contenta de haber ido a Rigi?’ Nos hizo mucha gracia y tratamos de contemplar el asunto desde esa misma perspectiva, poniendo a un lado los matices oscuros”.—*Ibid.*

Había llegado el momento de trazar los planes para otro viaje largo. Elena G. de White iba a verse envuelta una vez más en un [244] sinnúmero de predicaciones y responsabilidades de asesoramiento.

El cuarto concilio europeo

Del 27 de septiembre al 4 de octubre de 1886

La cuarta sesión del Concilio Misionero Europeo iba a realizarse a fines de septiembre de 1886 en Grimsby, Inglaterra. Por consiguiente, después de pasar dos semanas en su casa de Basilea, Elena G. de White partió el martes 14 de septiembre para asistir a ese concilio y a la reunión de obreros ingleses que lo precedió.

Debido a que Guillermo C. White tuvo que permanecer algún tiempo más en la casa editora, se le pidió a Luis Aufranc, un traductor de la casa editora que había sido designado para asistir al concilio, que viajara con la Sra. de White y Sara. El viaje presentó algunas dificultades. La primera noche, en el compartimiento de segunda clase hubo sólo espacio suficiente para que se acostara la Sra. de White, mientras que Sara y el Sr. Aufranc se arreglaron lo mejor que pudieron en los duros asientos.

El cruce del canal fue tormentoso, y todos tuvieron que sufrir el balanceo producido por las olas gigantescas. “Nos alegró abandonar el barco y mirar algo que permaneciera quieto”, escribió Elena G. de White con un suspiro de alivio.—*Manuscrito 59, 1886.*

Al llegar a Londres al día siguiente, tomaron un taxi hasta el Gran Hotel del Norte, donde pasaron la noche. Las perspectivas para el concilio no eran ni remotamente tan alentadoras, en algunos aspectos, como las del que habían celebrado el año anterior en Basilea, pero Elena G. de White lo afrontó con absoluta dedicación, tal como lo había hecho en el caso anterior. El jueves de mañana, al despertar en el hotel londinense, sintió un gran anhelo de recibir abundantemente el Espíritu del Señor. He aquí sus palabras:

[245]

“Me levanté temprano y procuré acercarme a Dios. Me sentía completamente incapaz de realizar la obra que tenía por delante, a menos que el Señor me auxiliara en ese mismo instante y lugar. ¿Cómo podía ayudar a

otros y ser una bendición para ellos, a no ser que mi propia alma fuera vivificada y recibiera gracia abundante? Debo trabajar para el Maestro, entregándome a él sin reservas y, apoderándome de los divinos rayos de luz que emanan de Jesús, debo impartirlos a otros. Esta es la obra de cada cristiano”.—*Ibid.*

Cuando llegaron a Grimsby, algunas horas después, tuvieron la grata sorpresa de hallar allí a sus antiguos amigos Guillermo y Juanita Ings. Los esposos Ings y la familia White se conocían desde 1866, cuando dicho matrimonio llegó para colaborar en la casa editora de Battle Creek. Como ya se mencionó, fueron pioneros en las Islas Británicas, y después que regresaron de su primera gira de trabajo por Europa, en 1882, viajaron extensamente con Elena G. de White. La Sra de Ings, nacida en Alemania, era su enfermera y ayudante.

Comienza la asamblea de obreros

El viernes de mañana, el cielo amaneció diáfano y la temperatura mucho más fría que en Basilea. La asamblea de obreros británicos comenzó ese día, y el sábado Elena G. de White predicó dos veces.

[246] Al referirse al desánimo de algunos obreros, los sermones que Elena G. de White predicó durante las reuniones, cobraron una nueva dimensión y poder. Cierta vez, un pequeño grupo que rodeaba la estufa del salón de reuniones, comenzó a hablar de sus experiencias y frustraciones. Aparentemente, todos los aspectos de la obra en Inglaterra debían enfrentar grandes dificultades.

La Sra. de White trataba de inspirarles diariamente la consagración, el valor y la confianza que tanto necesitaban. Al concluir uno de sus sermones, declaró:

“Esta vida es un conflicto; tenemos un enemigo que nunca duerme, que vigila constantemente para destruir nuestra mente y alejarnos de nuestro precioso Salvador, que dio su vida por nosotros, ¿Llevaremos la cruz que se nos ha asignado? ¿O marcharemos a impulsos de una complacencia egoísta, perdiendo la eternidad de bendiciones?...

“Anhelo el fin pero no por la felicidad que representa; soy feliz mientras voy recorriendo el camino. A pesar de las pruebas y aflicciones, contemplo a Jesús. En los lugares estrechos y difíciles él está a nuestro lado, y podemos comulgar con él y depositar todas nuestras cargas sobre el Portador de ellas, diciéndole: ‘Mira, Señor, no puedo seguir llevando estas cargas por más tiempo’. Entonces él responde: ‘Mi yugo es fácil, y ligera mi carga’. ¿Creen ustedes esto? Yo lo he comprobado. Lo amo; lo amo. Veo en él encantos incomparables. Y deseo alabarlo en el reino de Dios”.—*Life Sketches of Ellen G. White, 291, 292.*

En otro de sus sermones comentó:

“Por mi experiencia pasada puedo testificar que no quisiera tener una prueba menos o una tristeza menos que las que he sufrido, porque el apóstol Pablo declara: ‘Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria’”.—*Manuscrito 16, 1886.*

Y, finalmente, concluye con una exhortación:

“Dentro de muy poco tiempo contemplaremos al Rey en su belleza... ¿Estaréis allí? ¿Será colocada

[247]

sobre vuestra frente la corona de gloria?... Quiera Dios que cada uno de nosotros esté allí. No podéis permitir os perder esto. Que Dios os bendiga hoy en este lugar, y que él llegue a vuestras almas y resplandezca aquí en torno de vosotros”.—*Ibid.*

Ayuda para los obreros que luchaban

El martes por la mañana, Elena G. de White habló acerca de la resurrección que tendrá lugar en ocasión de la segunda venida de Cristo, y por la noche presentó un mensaje conmovedor basado en la

resurrección de Cristo y en la inspiración que ese evento proporcionó a los discípulos desanimados. Nuevamente el sermón fue de gran ayuda para los obreros que luchaban.

“El ha resucitado, queridos amigos, y en vuestro abatimiento podéis saber... que Jesús está a vuestro lado para daros paz...

“Sé de qué estoy hablando. En cierta oportunidad pensé que las olas me cubrirían por completo. Sentí entonces que mi Salvador era muy precioso para mí. Cuando mi hijo mayor [Enrique, de 16 años] me fue arrebatado, sufrí un gran dolor, pero Jesús vino a mi lado y sentí su paz en el alma. Se acerco a mis labios la copa de la consolación. Luego lo llevaron a él [mi esposo]... Habíamos trabajado juntos lado a lado en el ministerio, pero tuvimos que unir las manos del luchador y dejarlo reposar en la tumba silenciosa. Nuevamente mi dolor pareció muy grande, pero a pesar de todo llegó la copa de la consolación. Jesús es muy precioso para mí. Caminó a mi lado... y caminará a vuestro lado”.—
Manuscrito 80, 1886.

Se retrasa la iniciación del concilio

[248] Guillermo White llegó a Grimsby el miércoles 22 de septiembre. De acuerdo con el programa trazado, el concilio misionero europeo debía comenzar el viernes, pero ese día no habían llegado la mayoría de los obreros dirigentes. Whitney, Olsen, Oyen, Matteson y D. T. Bourdeau estaban ausentes. Guillermo C. White aconsejó a los presentes que se dedicaran a estudiar y a prepararse para el sábado.

Pero si bien las perspectivas para el concilio no eran muy alentadoras, un factor que debe haber inspirado ánimo a los obreros fue la excelente respuesta dada por el público a las reuniones que se realizaban tres veces por semana en la carpa, paralelamente a la asamblea de los obreros y al concilio anual. Cuando Elena G. de White se levantó para hablar el domingo 26 de septiembre por la noche, la carpa estaba repleta de público y había mucha gente parada

afuera. Su sermón fue muy práctico; dedicó algún tiempo al tema de la educación de los niños y añadió algunos conceptos interesantes extraídos de su propia experiencia:

“He expresado que si Dios acepta la obra que realicé al educar a mis hijos para la vida futura e inmortal, podría decir que no he vivido en vano. Pero esto me costó esfuerzos y lágrimas. No he tenido tiempo para probarme muchos vestidos o para mi arreglo personal. Mi tiempo está dedicado a preparar a estos niños para la vida futura...

“Esta es nuestra obra, madres; ellos no deben salir a buscar los placeres del mundo. Algunas personas me han dicho: ‘Pero, Sra. de White, sus hijos no sabrán comportarse en sociedad’. Les contesté: ‘Los estoy educando para la sociedad del cielo. Quiero que sepan hacer lo correcto porque es correcto, y que agraden a Dios’”.—*Manuscrito 84, 1886.*

Después de la reunión, el propietario del terreno donde se había erigido la carpa se ubicó delante de Elena G. de White para abrirle paso entre la multitud, mientras ella se dirigía a su casa. En realidad, no era necesario que lo hiciera, pero él trató de ayudar tanto como le fue posible.

[249]

El lunes 27 de septiembre por la mañana, Whitney, el presidente de la Misión Europea, y Oyen, su secretario, todavía no habían llegado, por lo que Guillermo C. White y J. H. Durland fueron elegidos para reemplazarlos y dar comienzo a la reunión. El pastor White y su madre habían asistido al concilio como delegados oficiales. Ya no se los consideraba visitantes norteamericanos: Según los acuerdos del concilio, venían de Europa Central. En las observaciones introductorias, el pastor White recordó a los obreros que cuarenta años antes, al comenzar el movimiento adventista, el total de miembros en todo el mundo no era superior al que acababa de concurrir para esa reunión. A continuación, bosquejó brevemente el desarrollo de la obra. El resto del tiempo estuvo a cargo de S. H. Lane, quien informó acerca de los progresos de la obra en Inglaterra.

El concilio se reúne al fin

Finalmente, el martes llegó el resto de los dirigentes y se comenzó a trabajar con todo entusiasmo. Primeramente se escucharon los informes de los diversos campos. El progreso de los países escandinavos era alentador: Se habían ganado más de cien conversos. La Asociación Suiza no se había reunido todavía, por lo cual se carecía de estadísticas de Europa Central. El escaso aumento de 22 creyentes en Inglaterra fue motivo de preocupación. Casi toda esa tarde se dedicó a estudiar la manera de mejorar la obra de publicaciones en Inglaterra. Aparentemente, los colportores habían estado tratando de vender libros norteamericanos. El concilio resolvió adaptar para los lectores ingleses algunos de los mejores libros adventistas, alterando el estilo, el vocabulario y las referencias, de acuerdo con las costumbres inglesas. Surgieron algunas diferencias de opinión en cuanto a la conveniencia de establecer una casa editora completamente equipada en Inglaterra o si sería mejor hacer imprimir el trabajo afuera, pero todos concordaron en que la sede de la obra debía ser trasladada lo antes posible de Grimsby a Londres. Londres, por ser un centro de publicaciones, era el lugar lógico para establecer nuestra obra. Esa semana el concilio resolvió aumentar el número de páginas de *Present Truth* (La verdad presente), de ocho a dieciséis para reforzar la causa del Evangelio.

Las carpas constituyen un éxito rotundo

En ocasión del tercer concilio europeo anual celebrado en Basilea en 1885, se había acordado adquirir carpas para usarlas en los diversos países europeos. ¿Cuál fue el resultado de esa gestión?

O. A. Olsen presentó un entusiasta informe acerca del uso de carpas en Escandinavia. En Noruega no surgió ningún problema para conseguir una buena ubicación a un precio razonable, y durante cinco semanas, a fines del verano, contaron con una excelente asistencia de público—mejor aún de la que habían tenido en los salones. El veredicto de Olsen fue: “Las carpas constituyen un éxito en Noruega”, y esperaba que también sirviesen en Dinamarca y Suecia.

En Francia e Italia también dieron buen resultado, a pesar de que D. T. Bourdeau tuvo algunas dificultades con estudiantes alborotadores en las fases iniciales del ciclo de reuniones celebrado en Nimes.

Pero los problemas más difíciles surgieron en Inglaterra. La turbulencia política que acompañó a las elecciones generales celebradas el año anterior, redujo abruptamente la cantidad de oyentes. El clima húmedo deterioró las carpas con bastante celeridad e hizo aún más difícil mantener un ambiente confortable para el público. Sin embargo, existía la fuerte impresión de que el uso de carpas podía resultar provechoso en Inglaterra. Los gastos no superaban a los de un salón y se podían celebrar reuniones ininterrumpidamente; la asistencia era, por lo general, más numerosa que en los salones y la novedad de la carpa implicaba una buena publicidad. [251]

El concilio llegó a la conclusión de que quedaba demostrado que se podían usar carpas con éxito en los países europeos, y declaró: “Expresamos nuestra gratitud a Dios por este medio y recomendamos el uso de carpas *dondequiera* constituyan el método más conveniente para el progreso de la verdad”.—*The Review and Herald*, 2 de noviembre de 1886.

A medida que la obra fue avanzando en Europa, se hizo cada vez más evidente la necesidad de contar con obreros competentes. El concilio reafirmó sus resoluciones anteriores de abrir escuelas regulares de capacitación para obreros bíblicos, predicadores y colportores, e incluso solicitó a la Asociación General que enviara algunos obreros idóneos para enseñar en ellas. Se llamó a un colportor escandinavo de experiencia. Para Inglaterra fueron llamados dos ministros veteranos, S. N. Haskell y E. W. Farnsworth. Además se propuso establecer en Liverpool una misión y centro de preparación urbano, donde los obreros pudieran aprender a realizar la obra misionera en los barcos, y a colportar con mejores resultados.

Entre bambalinas seguía en pie, por supuesto, la eterna pregunta: ¿Cuánto iban progresando individualmente los obreros? L. R. Conradi reemplazó a D. T. Bourdeau en la junta directiva principal de tres de las misiones de Europa Central. Allí todos se preguntaban si algunas personas se sentirían ofendidas. Pero Bourdeau aceptó el cambio sin quejarse. También observaban a otro hombre: O. A. Olsen. Aunque todavía era nuevo en Europa, Guillermo C. White

envió un informe muy favorable acerca de su trabajo al pastor G. I. Butler. Decía, entre otras cosas, lo siguiente:

“Puedo decirle que el Hno. O. A. Olsen fue una verdadera columna. Hizo un buen trabajo. El se consideraba torpe para asumir esta responsabilidad, ya

[252]

que éste fue su primer concilio, y no se sentía capaz de manejar las cosas, pero cuando habló fue directo al punto” (carta de G. C. White, 6 de noviembre de 1886).

Una profecía acerca del futuro

Durante una de las reuniones del concilio uno de los oradores, después de referirse a algunas barreras que impedían el progreso del mensaje, exhortó a la Sra. de White a que les dijera qué más podían hacer, y si cabía esperar que surgieran algunos cambios en las circunstancias negativas que enfrentaban los obreros.

Ella respondió diciendo que se producirían cambios que iban a abrir puertas que hasta entonces estaban cerradas y prohibidas; cambios que transformarían las condiciones y despertarían las mentes para que la gente pudiera comprender y apreciar la verdad presente. Los problemas políticos y los cambios que sobrevendrían en el mundo industrial, además de los grandes reavivamientos religiosos, prepararían las mentes a fin de que prestasen atención al mensaje del tercer ángel. “Sí, habrá cambios—les aseguró—, pero *no debéis esperar ninguno*. Vuestra obra es avanzar, presentar la verdad en toda su sencillez, levantando ante la gente la luz de la verdad”.

A continuación les relató cómo le había sido revelado esto en visión. Las multitudes que habitan nuestro mundo, a las cuales está dirigido el mensaje de advertencia acerca de la pronta venida de Cristo, le fueron presentadas como si estuvieran envueltas en niebla, nubes y una densa oscuridad, tal como lo describió el profeta Isaías, con las palabras del **capítulo 60**, versículo 2 de su libro: “He aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones”.

Debido a la intensa tristeza que le produjo contemplar esta escena en visión, el ángel que la acompañaba le dijo: “Mira”; y al hacerlo nuevamente, pudo observar pequeños puntos luminosos, se-

[253]

mejantes a estrellas que brillaban débilmente en la oscuridad. Vio que la luz se iba haciendo cada vez más brillante y que los puntos luminosos aumentaban, porque cada luz encendía nuevas luces. Por momentos, las luces se unían, como si procuraran animarse entre sí, y nuevamente volvían a dispersarse: Cada vez llegaban más lejos y surgían otras. De este modo prosiguió la obra hasta que todo el mundo quedó iluminado con su resplandor.

Para concluir, dijo:

“Esta es una imagen de la obra que debéis hacer. ‘Vosotros sois la luz del mundo’ **Mateo 5:14**. Vuestra obra es levantar la luz ante la gente que os rodea. Sostenedla firmemente. Elevadla un poco más. Encended otras luces. No os desaniméis si vuestra luz no es muy grande. Aunque sea apenas una velita de un centavo, sostenedla. Dejadla brillar. Haced lo mejor que podáis, y Dios bendecirá vuestros esfuerzos”.—**Life Sketches of Ellen G. White, 295**.

De compras en Grimsby

Elena G. de White no se limitaba a ayudar en las sesiones del concilio. También tenía a su cargo la predicación en las reuniones públicas que se celebraban de noche. Pero, a veces, se alejaba de la agobiadora rutina. Cierta día, acompañada por Sara, y siempre alerta para descubrir alguna oferta conveniente, descubrió una tapicería que estaba liquidando sus existencias en Grimsby. Los precios eran baratos—“demasiado baratos para seguir guardando el dinero en la cartera”—observó Sara. Elena G. de White le escribió a María enviándole algunas muestras y preguntándole si debía comprar más telas.

“El algodón rosado y la lana cuestan un chelín inglés. Las telas color petróleo—puedo conseguir retazos como éste, a treinta centavos las dos yardas... Las estampadas cuestan ocho centavos la yarda, un buen percal asargado como el de la muestra. ¿Debo

comprar alguna para Ella o para cualquier otra cosa? En los grandes hoteles he visto cortinas blancas con adornos de esta tela en los bordes”.—**Carta 23a, 1886.**

Pero su mayor preocupación la constituía el desafío de evangelizar Europa, y la necesidad de ayudar a cada obrero a alcanzar la elevada norma que Dios le ponía por delante. La exhortación final de uno de sus sermones ejemplifica el constante poder espiritual de su obra:

“Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo’. ¿Deseamos recibir esta bendición? Yo sí, y creo que vosotros también. Dios os ayude para que podáis pelear las batallas de esta vida y obtener cada día una victoria; y que al fin estéis entre la multitud que arrojará sus coronas a los pies de Jesús y tocará las arpas doradas, llenando todo el cielo con la música más sublime. Deseo que améis a mi Jesús... No rechacéis a mi Salvador, porque él ha pagado un precio infinito por vosotros. Veo en Jesús incomparables encantos, y deseo que vosotros también los veáis. Que Dios bendiga esta congregación, es mi oración”.—**Manuscrito 84, 1886.**

El lunes 11 de octubre, Elena G. de White partió de Grimsby hacia Londres, donde pasó la noche, para proseguir luego a Dover. Esperaban abordar de inmediato el barco que los llevaría a Francia, pero cuando alcanzaron el muelle, las olas parecían “altas como una montaña”.

A la Sra. de Ings, que viajaba como acompañante de Elena G. de White, se le había volado el sombrero. Mientras corría tratando de atraparlo, con la ayuda de un niño, los otros miembros del grupo decidieron pasar la noche en tierra, antes que arriesgarse a enfrentar otra violenta etapa de mareos provocados por el balanceo del barco, mientras cruzaban el tormentoso canal.

Al día siguiente, realizaron el cruce con el mínimo de inconvenientes, pero Elena G. de White observó que las olas todavía seguían “considerablemente agitadas”.

¿Querrá Francia recibir la luz?

La visita a París, Nimes y Valence

Francia, una de las potencias dominantes de Europa, había conocido períodos de grandeza y de gloria. Los siglos que siguieron a la Reforma quedaron señalados por la guerra civil, la tiranía del absolutismo y las revoluciones, las guerras napoleónicas de expansión, y las vicisitudes que provocaron los diversos gobiernos.

Durante la visita de la Sra. de White, el país estaba regido por un sistema político conocido con el nombre de Tercera República. De acuerdo con la luz que Elena G. de White había recibido de Dios, la historia de Francia podría haber sido más saludable si la nación hubiera recibido plenamente las enseñanzas de la Reforma, en el siglo XVI.—Véase *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 224-251.

A pesar de ello, la luz del Evangelio resplandeció en Francia durante muchos años bajo las enseñanzas de Lefevre, Farel y Berquin, y de los valientes hugonotes, hasta que la persecución casi silenció las voces de los mensajeros de Dios.

Durante una visión, se le aclaró a la sierva del Señor la relación entre las causas y los efectos del desarrollo histórico de estos acontecimientos inherentes a la iglesia y el estado. Ella vio que la Revolución* Francesa fue la cosecha que maduró más de dos siglos después que se sembró la semilla funesta en tiempos del rey católico Francisco I, de Carlos IX y de la masacre de San Bartolomé.

[256]

La luz del mensaje adventista

Así como surgió en Francia la luz de la Reforma, siglos después también la luz de la proclamación del advenimiento tocó esa tierra histórica y el territorio suizo de habla francesa.

*9—E.G.W. en E.

“La luz brilló también en Francia y Suiza. En Ginebra, donde Farel y Calvino habían propagado las verdades de la Reforma, Gausсен predicó el mensaje del segundo advenimiento. Cuando era aún estudiante, Gausсен había conocido el espíritu racionalista que dominaba en toda Europa hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, y cuando entró en el ministerio no sólo ignoraba lo que era la fe verdadera, sino que se sentía inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en el estudio de la profecía. Después de haber leído la *Historia Antigua* de Rollin, atrajo su atención el segundo capítulo de Daniel, y le sorprendió la maravillosa exactitud con que se había cumplido la profecía, según resalta de la relación del historiador...

“Al continuar sus investigaciones sobre las profecías, llegó a creer que la venida del Señor era inminente. Impresionado por la solemnidad e importancia de esta gran verdad, deseó presentarla al pueblo”.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 413, 414.**

Gausсен imprimió sus lecciones proféticas y las hizo circular fielmente entre jóvenes y ancianos. Llegó a ser “uno de los predicadores más distinguidos y de mayor aceptación entre el público de habla francesa”. **Ibid. 415.** Pero fue “suspendido del ministerio” debido a sus creencias acerca de las profecías bíblicas y la venida del Señor.

[257]

Breve estada en París

Cuando Elena G. de White llegó a París el miércoles 13 de octubre por la noche, sin duda se preguntó cuál sería la actitud de los franceses que habían oído a los evangelistas adventistas proclamar el mensaje en ese país. Durante las dos semanas subsiguientes descubrió la respuesta.

Un joven de apellido Garside, a quien D. T. Bourdeau había guiado a Cristo apenas unos meses antes en Ginebra, esperaba a los viajeros. Garside había colportado poco tiempo con Bourdeau

en Nimes, y luego se trasladó a París con su baúl lleno de libros y papeles. El joven llevó a los viajeros a un hotel cercano, donde hallaron alojamiento confortable en el sexto piso.

A Elena G. de White le fascinaron las relampagueantes luces de los carruajes que iban y venían por la calle, bajo su ventana. Al día siguiente iba a contemplar la gran ciudad desde una perspectiva más favorable. Después de regresar a los Estados Unidos, describió en su libro *El Conflicto de los Siglos* ciertos eventos de la Reforma que tuvieron lugar allí.

A las cinco de la mañana siguiente ya estaba escribiendo a la luz de una vela. “Me pareció que había regresado a los viejos tiempos, cuando no teníamos otras luces que las velas y las lámparas que funcionaban con aceite de ballena”, escribió.

Al meditar en sus mensajes, vemos que sus enseñanzas no tenían nada de estrechas o anticuadas. Antes que llegara a ser tan popular como lo es en nuestros días la idea de la unificación y la expresión “un mundo”, esta portavoz de Dios, dotada de gran lucidez mental, describió la manera como *un* mensaje de verdad llegaría a convertirse en *una* iglesia unificada, diseminada en *un* mundo. Los dirigentes de la iglesia concordaban con ella en ese objetivo. Ese mismo año, 1886, escribió en Basilea lo siguiente:

[258]

“Nuestra oración debería ascender fervorosamente al trono de gracia, para que el Señor de la cosecha envíe obreros a su viña. Mi corazón sufre al contemplar los campos misioneros y ver que se realizan esfuerzos tan débiles para llevar la verdad a la gente. No se puede censurar a nuestros dirigentes. Creo, hermanos, que ustedes están unidos a mí en el corazón y en los sentimientos respecto a nuestra gran necesidad, y en los fervientes deseos y esfuerzos por alcanzar la mente del Espíritu de Dios en estas cosas”.—**Carta 55, 1886.**

Desde Europa y Australia envió un torrente de cartas y manuscritos a distintas partes del mundo, que sumaron casi 2.500 durante los once años que pasó fuera de su patria. Y ahora había llegado a Francia. ¿Cuáles serían los frutos de su labor allí?

Un paseo por las calles de París

Un poco más tarde, esa misma mañana, el Hno. Garside los invitó a realizar un breve paseo por París. Aparentemente estaban cerca de la Bolsa de Comercio, porque en ese edificio subieron al segundo piso para observar desde la galería la sala donde se realizaba una verdadera explosión bursátil.

La Sra. de White describió esa rebatiña con las siguientes palabras:

“Los hombres se empujaban y apretaban entre sí mientras gritaban desaforadamente. A pesar de que muchos estaban afónicos seguían desgañitándose aún más. Había centenares de hombres que iban y venían mientras luchaban y se apretujaban como locos. ¿Y para qué era todo eso? Para comerciar con ganado. Unos ganaban, otros perdían. Y todo para obtener una pequeña parte de la herencia de esta vida... Pensé en la escena que se producirá en el día del juicio. ¡Qué confusión sobrevendrá a todos los que no hayan puesto su confianza en Dios y no estén

[259]

preparados para el gran día de la decisión final! Asegúremonos de nuestra vocación y elección”.—**Manuscrito 70, 1886.**

Esta experiencia fue seguida por un paseo en coche hasta Versalles y una visita al exquisito hogar de los monarcas franceses. Elena G. de White lo calificó de “palacios de los reyes”. Se sintió impresionada ante la grandeza y la elegancia de las galerías, los dormitorios y las cámaras; todo muy lujoso y ricamente adornado. Ciertos cuadros, sin embargo, le produjeron desagrado, porque de acuerdo con sus conocimientos describían inadecuadamente algunas escenas bíblicas. Al respecto escribió:

“Los hombres que poseen una mente terrenal pueden ser hábiles para el arte, pero son extremadamente incapaces de acercarse al modelo divino”.—**Manuscrito 75, 1886.**

Los inválidos y la tumba de Napoleón

La Hna. White visitó el monumento denominado “Les Invalides” y vio las tumbas de Napoleón y de algunos generales que compartieron sus triunfos, sus glorias y sus derrotas. El guía que dirigía el grupo repitió los emocionantes eventos que marcaron la vida del brillante genio militar y de sus subordinados. Ella quedó muy impresionada y no dejó de apreciar lo que veía, aunque aborrecía la guerra y el derramamiento de sangre.

A la Sra. de White se le dijo que “este grandioso edificio * fue obsequiado al gobierno para que lo convirtiese en un hospital o asilo para los soldados ancianos que habían luchado en los ejércitos napoleónicos. El gobierno debía hacerse cargo de sus familias, es decir, de los hijos y nietos. El edificio llegó a albergar hasta quinientos soldados enfermos e incapacitados a la vez. Se hacen grandes preparativos para las comidas. El gobierno mantiene a estos soldados”.—*Manuscrito 70, 1886.*

[260]

Después de un día de paseo muy activo, la Sra. de White y sus compañeros se reunieron en el hotel, subieron al sexto piso por la escalera, y tomaron una cena sencilla. Después de un solemne período de oración, se separaron. El Hno. Garside se quedó en París, Guillermo White y Sara McEnterfer viajaron a Basilea, y Elena G. de White, acompañada por los esposos Ings recorrió en coche los seis kilómetros que los separaban de la estación del ferrocarril, donde debían abordar el tren que los llevaría a Nimes. Allí Elena G. de White iba a dirigir una serie de reuniones. La Sra. de Ings, que tenía mucha experiencia como enfermera de la Sra. de White, se quedó para acompañarla. A Sara la necesitaban en Basilea, donde María K. de White esperaba un hijo muy pronto.

La llegada a Nimes

A la mañana siguiente cuando llegaron a Nimes, D. T. Bourdeau y sus dos ayudantes, J. D. Comte y J. P. Badaut, los esperaban.

*En realidad, el Hotel des Invalides fue fundado por Luis XIV a fines del siglo XVII para la atención de los soldados incapacitados. El edificio sirvió también a los ejércitos napoleónicos.

Tomaron un tranvía para llegar al confortable segundo piso que ocupaba Bourdeau en la Rue Freres Mineurs 5.

Bourdeau había comenzado la obra en el sur de Francia hacía ya diez años, pero la turbulencia política y las restricciones que la ley había impuesto a las actividades de evangelización estorbaron sus esfuerzos. Regresó al país, esta vez a Nimes, en junio de 1886, acompañado por Jaime Erzberger y Alberto Vuilleumier, quienes permanecieron allí casi hasta la llegada de Elena G. de White. Comte, un antiguo evangelista bautista a quien Bourdeau había dado a conocer el mensaje adventista en Bastia, Córcega, dos años antes y Badaut, que venía de la iglesia de Granges, Francia, trabajaban con él como colportores.

[261]

Las primeras reuniones celebradas en la carpa de 12 m de diámetro que Bourdeau había levantado, fueron objeto de algunas interrupciones provocadas por estudiantes pendencieros. Finalmente se optó por distribuir tarjetas de admisión entre los oyentes serios que integraban el auditorio, y el muro de 2,70 m que rodeaba la carpa fue controlado tanto en la parte interior como en la calle, por la policía local.

El 15 de octubre, cuando Elena G. de White llegó, encontró a unas quince personas dispuestas a guardar el sábado, además de un notable interés despertado por las reuniones de la carpa y por los estudios bíblicos realizados en los hogares.

El día siguiente, sábado, predicó dos veces, al mediodía y a la noche. Los franceses escucharon con deleite el mensaje que les trajo la visitante norteamericana.

Guillermo Ings habló por la tarde acerca de la restauración del sábado. Cuando hizo el llamado se observó una buena respuesta. Dieciséis personas dieron su testimonio en la reunión social que siguió. Estos conversos acababan de aceptar el sábado y ya habían comenzado a guardarlo. Eran “testigos de Dios que reflejarán la luz en esa... ciudad”, dijo la sierva del Señor. Y Nimes no era una ciudad pequeña. Allí había predicado la verdad bíblica, siglos antes, el comerciante Pedro Valdo, que reunió una compañía de “soldados” llamados “Los Pobres de Nimes” para que dieran su testimonio en favor de Cristo. La persecución los obligó a huir al norte de Italia para refugiarse en las montañas. Allí creció y se fortaleció el movimiento valdense.

Ruinas romanas en Nimes

El domingo, la Sra. de White y sus amigos fueron caminando hasta el centro de Nimes. El mercado estaba tan activo como cualquier otro día de la semana. Ella quedó impresionada ante las ruinas romanas que hicieron famosa a esta ciudad. Visitó la Maison Carrée o “Casa Cuadrada”, un templo pequeño perfectamente levantado sobre columnas de piedra, que databa de los días de César Augusto.

[262]

En Nimes la Hna. White conoció al Sr. Guilly, un predicador evangélico y preceptor de un albergue para huérfanos y mujeres perdidas. Le interesó muchísimo la obra de caridad que él estaba haciendo para Cristo.

Permaneció dos semanas en la ciudad, y el amable Sr. Guilly hizo todo lo posible porque su estada fuese muy placentera. Cierta día la llevó a la Tour Magne, la Gran Torre, otra impresionante ruina romana ubicada sobre un cerro, al norte de la ciudad. Después de un prolongado ascenso llegaron a la torre del viejo castillo, y ascendieron sus estrechos escalones de piedra.

En una carta dirigida a su hermana, María Foss, la Sra. de White escribió:

“El magnífico paisaje fue una recompensa para nuestro esfuerzo. Pudimos contemplar Nimes y las plantaciones de olivos que abundan en la ciudad y sus alrededores, y que ofrecen un cuadro sumamente bello. Mientras estaba en las alturas, pensé en la tentación de Cristo cuando Satanás lo acosaba. Después de llevarlo al pináculo del templo lo invitó... y lo desafió a demostrar que era el Hijo de Dios, arrojándose desde esa impresionante altura...

“Desde la cima contemplamos un extenso paisaje. Pero eso no era nada en comparación con la visión de los reinos del mundo que desfilaron ante el Hijo de Dios con todo el hechizo de su belleza y esplendor”.—*Carta 108, 1886.*

Casi al fin de su estada, la Sra. de White almorzó con el Sr. Guilly en casa de Bourdeau, y al día siguiente visitó su escuela y su orfanato.

[263] El sábado 30 de octubre predicó dos veces, por la tarde y por la noche. El Sr. Guilly, su esposa, los directores del albergue a su cargo y cincuenta alumnos asistieron a las reuniones. La Hna. White declaró: “Confiamos en que esta relación pueda ser, por la providencia de Dios, una bendición para ellos y para nosotros”.—
Ibid.

El joven relojero

Elena G. de White era una verdadera ganadora de almas. Constantemente trabajaba en favor de los demás. Además de predicar todos los días en Nimes estaba alerta para aprovechar todas las oportunidades posibles de compartir su testimonio cristiano.

Un joven relojero llamado Abel Bieder, atrajo especialmente su interés, porque lo había visto en visión y conocía su problema. Abel había sido miembro de una iglesia adventista Suiza. Con respecto a él, la Sra. de White escribió lo siguiente:

“Había un joven que se había desanimado por las tentaciones de Satanás y por algunos errores de nuestros hermanos que no sabían tratar con las mentes juveniles. Abandonó el sábado y comenzó a trabajar en un establecimiento manufacturero para perfeccionarse en su oficio de relojero. Era un joven muy promisorio. Mi reloj necesitaba una reparación, lo cual nos puso en contacto. Fui presentada a él, y tan pronto como miré su rostro, me di cuenta de que era la persona a quien el Señor me había mostrado en visión. Todas las circunstancias se presentaron nítidamente ante mí...

“Asistía a la reunión cuando pensaba que yo iba a hablar y se sentaba con sus ojos fijos en mí durante todo el discurso que era traducido al francés por el Hno. Bourdeau. Sentí el deber de trabajar por este joven. Hablé dos horas con él, y le presenté con instancia el

peligro de su situación. Le dije que el hecho de que sus hermanos habían cometido un error no era razón para que él entristeciera el corazón de

[264]

Cristo, que lo había amado tanto, que había muerto para redimirlo...

“Le dije que conocía la historia de su vida y sus errores (que eran los sencillos errores de la indiscreción juvenil), los cuales no eran de un carácter que debieran haber sido tratados con tan grande severidad. Le rogué entonces con lágrimas que cambiara el rumbo de su vida, que dejara el servicio de Satanás y el pecado, pues había llegado a ser un completo apóstata, que regresara como el hijo pródigo a la casa de su Padre, al servicio de su Padre. Estaba en un buen negocio aprendiendo su oficio. Si guardaba el sábado perdía su puesto... Unos pocos meses más tarde finalizaría su aprendizaje y entonces podría tener un buen oficio. Pero lo insté a que hiciera una decisión inmediata.

“Oramos con él muy fervientemente, y le dije que no me atrevía a que él cruzara el umbral de la puerta hasta que, ante Dios, los ángeles y las personas presentes, dijera: ‘Desde este día seré cristiano’. ¡Cómo se regocijó mi corazón cuando él lo dijo! No durmió aquella noche. Dijo que tan pronto como hizo la promesa, le parecía haber tomado una nueva dirección. Sus pensamientos parecían purificados, sus propósitos cambiados y la responsabilidad que había asumido parecía tan solemne que no podía dormir. El próximo día notificó a su empleador que no podía trabajar más para él. Durmió poco durante tres noches. Estaba feliz, muy agradecido de que el Señor le hubiera dado evidencias de su perdón y su amor”.—*Carta 59, 1886.*

El domingo 31 de octubre, la Hna. White volvió a predicar. El salón estaba repleto de oyentes ansiosos por oír su mensaje.

[265] Mientras estuvo en Francia se esforzó constantemente por predicar sermones evangelizadores y por destacar el Evangelio de Jesucristo y las verdades distintivas dadas por Dios a los adventistas de todo el mundo. El don profético que Dios le había concedido la capacitaba para presentar claramente las doctrinas.

Reuniones en la histórica Valence

El lunes por la mañana temprano, Elena G. de White y sus acompañantes tomaron el tren que partía para Valence. Allí había trabajado Bourdeau diez años atrás. Allí también la historia cobró cuerpo en 1798, cuando el papa Pío VI fue hecho prisionero por Berthier. El pontífice murió al año siguiente. De este modo se cumplió la profecía.—Véase *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 635.

Durante tres cuartos de hora Elena G. de White habló en una reunión nocturna que contó con la presencia de un pequeño grupo de creyentes y sus amigos. Se notó un marcado interés por su mensaje, y a pedido de los presentes resolvió quedarse un día más. En la reunión había un hombre que había comenzado a guardar el sábado y que posteriormente dejó de hacerlo. En su diario cuenta con cuánto fervor oró para que el sermón ejerciera una influencia tal en él que lo condujera a encaminar sus pies nuevamente en el sendero que conduce al cielo. Ese mismo día, en Basilea, nació su segunda nieta, aunque la abuela recién recibió la noticia varios días después.

[266] El martes 2 de noviembre, la Sra. de White se levantó temprano para escribir. Entretanto, los hermanos de la iglesia salieron a invitar a sus amistades y a despertar interés en la reunión que tendría lugar por la noche. Bourdeau recorrió muchos kilómetros para buscar a un hermano que vivía en el campo y llevarlo a la reunión, pero su misión fue inútil. El hombre no estaba en su casa y de cualquier manera no hubiera podido asistir debido a la intensa lluvia. Pero a pesar de la inclemencia del tiempo, tuvieron una excelente reunión.

La catedral de Saint Apollinaire

En Valence, Elena G. de White visitó con intenso interés la Catedral de Saint Apollinaire donde observó a los sacerdotes que oficiaban vestidos con túnicas blancas cubiertas por una sobrepelliz

de terciopelo negro, con una trenza dorada en el borde y una cruz sobre la espalda. Pudo oír sus rezos y cánticos. Este contacto con la impresionante grandeza de los cultos católicos le resultó muy útil para la descripción que hace en el libro.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 622, 623.

Al respecto escribió:

“Observamos el busto de Pío VI. La estatua de mármol que estaba debajo del busto contenía el corazón del papa. Este es el papa que describe la profecía, el que recibió la herida mortal. Véase *Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 309, 405, 497. Fue llevado cautivo a Valence y pudimos ver la torre donde estuvo prisionero y donde murió. Desde esa torre podía contemplar las aguas azules del Ródano, lo que le producía gran deleite.

“Fue una satisfacción poder contemplar esta representación del papa tan fielmente descrito por la profecía. Observamos un paño negro extendido sobre las paredes de una parte del edificio, donde la gente asistía al culto del 2 de noviembre. Ese paño negro estaba adornado con horribles calaveras y huesos de color blanco, de un aspecto impresionante. Pero la gente estaba conmemorando la festividad de los muertos [Día de Todos los Santos].

“Las vestimentas de los sacerdotes, adornadas simbólicamente con grandes cruces y una variedad de colores, no guardaban ninguna relación con la sencillez de la adoración verdadera. Abundan en cambio las ceremonias sacerdotales, cargadas de pomposa ostentación, de procesiones y de efectos artísticos para impresionar. Los cirios encendidos y la ostentación

son muy pobres sustitutos de la vitalidad espiritual que les faltaba”.—*Manuscrito 70*, 1886.

Reflexiones acerca de Valence

Mientras continuaba su viaje la Hna. White reflexionó acerca de las oportunidades que se le presentaron en Valence para conducir a otras almas a Cristo.

“Había un joven muy talentoso. Era encuadernador. Tardó casi tres años en aprender, y por su trabajo sólo le pagaban tres dólares a la semana y le daban una habitación. Por guardar el sábado perdía dos días de trabajo. Su hermana había recibido una buena educación, pero se veía obligada a trabajar por veinte centavos [de dólar] diarios en tareas comunes de limpieza debido a la observancia del sábado. Si tuviera una oportunidad, ella sería una buena misionera. La madre trabaja en el campo, y le pagan veinte centavos cuando consigue trabajo. Debemos buscar la manera de relacionarlos con la oficina de Basilea”.—*Ibid.*

La tercera visita a los valles piemonteses

El miércoles 3 de noviembre, Elena G. de White y el amtrimonio Ings partieron de Valence. Viajaron en tercera clase con treinta y tres italianos que regresaban de Estados Unidos a Italia.

¿Por qué razón viajaba en tercera clase la Sra. de White? Sencillamente, para ahorrar dinero, como lo han hecho otros misioneros cristianos. ¡Treinta y seis francos menos, para ser exactos! Le había dejado nueve dólares a D. T. Bourdeau, quien andaba escaso de fondos. Además, había tenido que pagar el pasaje a Basilea de su joven converso, el relojero Abel Bieder, quien iba a trabajar con los pastores Conradi y Erzberger en las reuniones de evangelización en idioma alemán.

[268] En Modane, el grupo pudo trasladarse a segunda clase, y al anochecer llegaron sanos y salvos a Turín, donde pernoctaron. A la mañana siguiente siguieron viaje a Torre Pellice en su tercera y última visita a los valles del Piamonte.

A. C. Bourdeau le entregó a la Sra. de White un paquete de cartas enviadas desde Basilea. Una era de especial interés para ella. Le escribió a Guillermo contándole que la última carta que

había abierto “contenía las importantes noticias del nacimiento de tu segunda hija... Tendré mucho gusto en darle la bienvenida a la pequeña”.—**Carta 110, 1886.**

Guillermo C. White estaba naturalmente orgulloso de la recién llegada y escribió a su hermano Edson lo siguiente: “El lunes 1 de noviembre por la mañana temprano, María me regaló una niñita... La llamamos Mabel y promete ser tan buena como otros niños suizos” (carta de G. C. White, 10 de noviembre de 1886). En otra carta declara que su nueva hijita es “gorda, linda (por supuesto) y posee una disposición muy amigable... Ella dice que ya puedo regalar las muñecas, porque ésta es mejor”^{*} (Carta de G. C. White a C. H. Jones, 10 de noviembre de 1886).

La misma noche que la Sra. de White llegó a Torre Pellice, presencié un inusitado acontecimiento: Una sorprendente lluvia de estrellas. Ella tenía apenas cinco años cuando las “estrellas cayeron” el 13 de noviembre de 1833, y probablemente durmió todo el tiempo mientras se produjo el suceso.^(**) En cambio, no se perdió el espectáculo de esta otra lluvia de estrellas que cayó también en noviembre.

“Ahí estaba yo, contemplando una escena que jamás esperé ver: Un cielo estrellado que ardía con las estrellas fugaces que iban dejando, al caer, una estela de luz en su paso por los cielos, y luego

[269]

desaparecían. A pesar de que se entrecruzaban en todas direcciones, no podíamos dejar de mirar cada uno de esos brillantes surcos de luz. Embargados por emociones indescriptibles, contemplamos durante varias horas estos meteoros fugaces y relampagueantes. Miré los Alpes cubiertos de nieve, sobre los cuales parecían caer directamente las deslumbrantes luces... ¿Qué significaba esto?

^{*}Mabel, que tiene 88 años de edad al escribirse este libro, vive en Elmshaven, California. Su apellido de casada es Workman.

^(**)Una parte espectacular de la lluvia de estrellas de 1833 tuvo lugar muy de madrugada en Portland, Maine, la ciudad natal de E. de White. Véase **Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 380-382.**

“Cuando regresamos a medianoche, estas mismas escenas continuaban. De los centenares de estrellas que atravesaban volando los cielos no dejamos de ver ni una sola. No se perdió ni el más mínimo resplandor de esa hueste estrellada. Las noches subsiguientes no se repitió la escena. La hueste de Dios todavía sigue brillando en el firmamento celestial”.—*Manuscrito 73, 1886.*

La única lección que extrajo de este espectáculo la sierva del Señor fue la inalterable certeza de que detrás de los centenares de meteoritos que resplandecieron fugazmente con deslumbrante luz y luego desaparecieron, se hallan las estrellas y las constelaciones, siempre inmutables... Pero había otra lección esa noche en las estrellas, una que tuvo al menos cierta importancia para los acuciantes problemas que todavía acosaban la obra en el norte de Italia.

O. Concorda, el ex adventista que se había unido con Miles Grant para atacar la iglesia durante la visita anterior de Elena G. de White, había regresado con las “quemantes noticias” de que iba a dar a conocer la historia de los adventistas desde sus comienzos, para desacreditarlos. *Carta 110, 1886.* La perspectiva era desanimadora, como lo admitió la Sra. de White cuando escribió: “La gente no es capaz de distinguir entre el sonido de una flauta y el de un arpa. Opinan que una persona habla bien y también les gusta como habla otra que tiene ideas completamente opuestas acerca de la fe”.—*Ibid.*

De acuerdo con la actitud que había asumido la vez anterior, ella no respondió a los ataques, sino que prosiguió silenciosamente su obra. Pero las “quemantes noticias” de Concorda fueron como los meteoritos que relampaguearon brillantemente por un momento y pronto se quemaron, mientras que las estrellas inmutables de la verdad presente siguieron animando a los creyentes con su preciosa luz.

Los diarios y las cartas que la Sra. de White escribió acerca de esta última visita a Italia son inusualmente breves, pero sabemos que permaneció allí dos semanas. El 20 de noviembre la hallamos nuevamente en Suiza, visitando las iglesias de Lausana y Bienne. El miércoles 24 regresó a su casa en Basilea. Dos días más tarde celebró su 59 cumpleaños.

Un ministerio “bibliocéntrico”

Dos semanas de evangelización pública en Nimes, Francia

Durante las dos semanas que Elena G. de White pasó en Nimes, Francia, presentó doce mensajes consecutivos al pequeño grupo de creyentes locales del lugar y al público en general que había sido invitado a asistir. Diez de esos sermones resumidos todavía se conservan. Algunos fueron predicados en las reuniones celebradas por las tardes, y otro por la noches. Biblia en mano, la Sra. de White leía el texto que había escogido y luego predicaba tomando la Palabra de Dios como base. Como una verdadera evangelista, presentaba mensajes “Cristocéntricos”. Los títulos de sus sermones y los versículos que constituían la base de sus predicaciones son los siguientes:

Sábado 16 de octubre: “Si quieres entrar en la vida”, **Mateo 19:16-20**.

Domingo 17 de octubre: “Venid a mí”, **Mateo 11:28-32**.

Lunes 18 de octubre: “Caminad en la luz”, **Juan 14:21**.

Miércoles 20 de octubre: “La escalera al cielo”, **2 Pedro 1:1**.

Jueves 21 de octubre: “Escudriñad las Escrituras”, **2 Pedro 1:19-21**.

Viernes 22 de octubre: “La cruz antes que la corona”, **Mateo 16:24-27**. [272]

Sábado 23 de octubre: “La Ley de Dios es la norma del carácter”, **Juan 7:14-17**.

Domingo 24 de octubre: “La Esperanza que tenemos ante nosotros”, **1 Juan 3:1**.

Sábado 30 de octubre: “Dos normas”, **1 Corintios 2:12-14**.

Domingo 31 de octubre: “Cómo obtener la idoneidad para el cielo”, **Lucas 12:34**.

A pesar de que todas sus predicaciones se basaban en la Biblia, en su presentación de la tarde del jueves 21 de octubre titulada

“Escudriñad las Escrituras” realmente indujo a sus oyentes a apreciar y reverenciar la Biblia como la Palabra del Dios Vivo. “Nuestro versículo declara que tenemos algo seguro—expresó—. Vale decir, las Escrituras que nos han sido reveladas, las cuales representan la voz de Dios dirigiéndose a nosotros”.—*Manuscrito 43, 1886*.

En el piadoso hogar protestante de su infancia, sus consagrados padres, Roberto y Eunice Harmon, enseñaron a sus ocho hijos a confiar en las Sagradas Escrituras como en “la voz de Dios” hablándoles directamente. Durante toda su vida, jamás puso en duda la inspiración de la Palabra de Dios, y así lo escribió más tarde: “En la Palabra de Dios la mente halla tema para el pensamiento más profundo, para la aspiración más elevada. Por medio de ella podemos estar en comunión con los patriarcas y profetas, y escuchar la voz del Eterno cuando se dirige a los hombres”.—*Testimonies for the Church 5:25*.

De esta diminuta mujer norteamericana, al igual que del joven Timoteo, podía decirse “que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. *2 Timoteo 3:15*.

A pesar de haber recibido el don de profecía, continuamente dirigía la atención de sus oyentes a los mensajes de los profetas y apóstoles de la antigüedad. Esta fue su costumbre durante toda su vida.

[273]

Después de relatar sus primeras experiencias y muchas de sus primeras visiones en el primer libro de apenas 64 páginas, añadió el siguiente consejo:

“Recomiendo al amable lector la Palabra de Dios como regla de fe y práctica. Por esa Palabra hemos de ser juzgados. En ella Dios ha prometido dar visiones en los ‘*postreros días*’; no para tener una nueva norma de fe, sino para consolar a su pueblo, y para corregir a los que se apartan de la verdad bíblica. Así obró Dios con Pedro cuando estaba por enviarlo a predicar a los gentiles”.—*Early Writings, 78*.

La necesidad de estudiar diariamente la Biblia

El sermón que la Sra. de White predicó aquel día de otoño en Nimes, giró en torno de la necesidad de estudiar diariamente la Biblia y de realizar una investigación personal y con oración de las Escrituras. Tomó como base 2 Pedro 1: 19. He aquí una parte de sus palabras:

“Vemos y sentimos la importancia de comprender personalmente las Escrituras. Aunque haya personas que nos enseñen las cosas que encierra la Palabra de Dios, eso no satisface nuestras necesidades. Debemos escudriñar personalmente las Escrituras. Hay algunos aspectos especiales que necesitamos comprender acerca de nuestra época. Estamos viviendo una era de errores y herejías por doquier. Cristo declaró que ‘se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios; de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos’. **Mateo 24:24**. Los maestros que Cristo mencionó vendrán con vestidos de ovejas, y engañarán a la gente con sus herejías, y esto lo veremos cada vez más a medida que se acerque el fin. Por lo tanto, es sumamente importante que escudriñemos

[274]

personalmente las Escrituras para aprender su contenido.

“Nuestro texto declara que tenemos algo seguro, vale decir, las Escrituras que nos han sido reveladas, y ésta es la voz de Dios dirigiéndose a nosotros. Aunque alguien nos asegure que posee la verdad—y esos maestros se multiplicarán—no debemos aceptar su palabra. Tenemos que acudir directamente a la Palabra de Dios. No debemos dejarnos guiar por los sentimientos. Lo que hace falta es la declaración lisa y llana de la Palabra. ‘Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en

justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”’. **2 Timoteo 3:16, 17.**—**Manuscrito 43, 1886.**

Hay que regresar a la Biblia

Para comprender el carácter de la misión profética de la Sra. de White, es necesario entender la veneración que sentía por la Palabra de Dios. El falso profeta, de acuerdo con su testimonio, anula la obra de los profetas que existieron antes que él. El profeta verdadero induce a regresar a la Palabra de Dios, ya establecida y honrada a través de los tiempos. (Los eruditos han observado con intenso interés, que en sus presentaciones orales y escritas, la Sra. de White usaba extensamente las Escrituras. El índice en tres tomos de todas las obras de la Sra de White publicadas hasta la fecha, posee 150 páginas a dos columnas, dedicadas íntegramente a las referencias bíblicas que ella cita en sus libros.)

El siguiente pasaje de la pluma de Elena G. de White es importante para ayudarnos a comprender esto:

“Tomé la preciosa Biblia, y la rodeé con los varios *Testimonios para la Iglesia*, dados para el pueblo de Dios. Aquí se tratan, dije yo, los casos de casi todos. Se les señalan los pecados que deben rehuir.

[275]

El consejo que desean puede encontrarse aquí, dado para otros casos similares. A Dios le ha agradado daros línea tras línea y precepto tras precepto. Pero pocos de entre vosotros saben realmente lo que contienen los *Testimonios*. No estáis familiarizados con las Escrituras. Si os hubieseis dedicado a estudiar la Palabra de Dios, con un deseo de alcanzar la norma de la Biblia y la perfección cristiana, no habríais necesitado los *Testimonios*. Es porque habéis descuidado el familiarizaros con el Libro inspirado de Dios por lo que él ha tratado de alcanzaros mediante testimonios sencillos y directos”’.—**Joyas de los Testimonios 2:280.**

El propósito de las visiones

Cada adventista debería entender el propósito de las visiones que Dios le dio a su sierva y el de los testimonios que ella escribió. Elena G. de White declaró que, entre otras razones, fueron dados “para atraer su atención más especialmente a esos principios”. *Joyas de los Testimonios 2:279*. “Dios ha simplificado por medio de los *Testimonios* las grandes verdades ya dadas”. *Ibid. 281*. Para llamar la atención a los “principios generales para la formación de hábitos correctos de vida”.—*Ibid. 279*.

Los *Testimonios* no fueron dados como “una nueva regla de fe, sino para ayudar a su pueblo, y para corregir a los que se apartan de la verdad bíblica”.—*A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White, 64; Early Writings, 78*.

Fueron provistos para enseñar cuáles son “los deberes del hombre hacia Dios y su prójimo”. *Testimonies for the Church 5:665*. Y además “para animar a los abatidos”.—*The Review and Herald, 10 de enero de 1856*. Léanse cuidadosamente *Testimonies for the Church 5:655-696* y *Joyas de los Testimonios 2:270-293*. [276]

Definición y significado de las escrituras

Pero Elena G. de White fue más que una defensora de la verdad bíblica, más que una mediadora o promotora del estudio de la Biblia y una expositora de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo le impartió el conocimiento de las Escrituras.

Como mensajera del Señor, recibió y comunicó la Palabra de Dios a la gente y explicó su significado.

Años antes, el Salvador le había dado la siguiente instrucción:

“En tu juventud te consagro para que lleves el mensaje a los que yerran para que lleves la Palabra ante los incrédulos y, por la pluma y de viva voz, reproches al mundo las acciones que no son correctas. Exhorta usando la Palabra. Haré que mi Palabra te sea manifiesta. No será como un idioma extraño. En la verdadera elocuencia de la sencillez, con la voz y por la pluma, los mensajes que te doy se oirán de parte de alguien que

nunca ha aprendido en las escuelas. Mi Espíritu y mi poder estarán contigo.

“No temas a los hombres porque mi escudo te protegerá. No eres tú la que hablas: Es el Señor quien te da los mensajes de admonición y reprensión. Nunca te desvíes de la verdad *bajo ninguna circunstancia*. Da la luz que te daré. Los mensajes para estos últimos días serán escritos en libros y permanecerán inmortalizados para testificar contra los que una vez se regocijaron en la luz, pero que han sido inducidos a renunciar a ella debido a las seductoras influencias del mal”.—**Mensajes Selectos 1:36**.

Al igual que los profetas del Nuevo Testamento, que recibieron luz para comprender el Antiguo Testamento, Elena G. de White también recibió iluminación divina acerca de las enseñanzas de los profetas y apóstoles y pudo ampliar aún más las verdades que ellos enseñaron.

[277]

El testimonio de S. N. Haskell

“¿Cuáles son algunos de los frutos inconfundibles que permiten reconocer a un verdadero profeta?”, solía preguntar el experimentado pionero y profesor de Biblia S. N. Haskell a sus alumnos. Y él mismo respondía a su pregunta de la siguiente manera: “El testimonio de un verdadero profeta estará de acuerdo con el de los profetas de Dios que vivieron antes que él, y puede también ampliar la verdad que ellos enseñaron. Las palabras de Dios son definidas y puras: ‘Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces. Tú, Jehová, los guardarás; de esta generación los preservarás para siempre’. **Salmos 12:6, 7**. Se representa a las palabras divinas como refinadas: ‘En cuanto a Dios, perfecto en su camino, y acrisolada la palabra de Jehová; escudo es a todos los que en él esperan’. **Salmos 18:30**. En **Salmos 119:140** se dice de ellas que son ‘muy puras’.

“Nadie puede añadir nada a la revelación bíblica pero el profeta inspirado ampliará el tema o las palabras que hablaron los profetas que le precedieron...”

En **Salmos 138:2** leemos las palabras siguientes: ‘Me postraré hacia tu santo templo, y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad; porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas’. En **Isaías 42:21** hallamos la siguiente profecía mesiánica: ‘Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla’. En **Mateo 5:21-26** se ilustra el principio que enseña cómo es magnificada la ley. Los versículos citados se refieren al sexto mandamiento, y los (**versículos 27-30**), al séptimo. Este principio representa una prueba positiva de inspiración, y cualquier profeta que no logre impartir a las otras escrituras un sentido más amplio y maravilloso, no está llevando el fruto apropiado” (S. N. Haskell, citado en *Divine Predictions Fulfilled*, por F. C. Gilbert, págs. 29-33).

[278]

Haskell colaboró con Elena G. de White en su obra y observó cuidadosamente los frutos de su ministerio. Posteriormente dio el siguiente testimonio: “Después de haber comparado durante casi sesenta años los escritos de la Sra. de White con la Biblia, podemos decir, con toda veracidad, que ahora sabemos que se trata no sólo de un verdadero profeta que satisfizo la prueba de la Biblia, sino que ésta se ha cumplido literalmente en sus escritos y en su carácter”.— **Ibid. 33.**

La palabra y el espíritu

Cuatro años antes de viajar a Europa, J. N. Andrews escribió un artículo que se publicó en la *Review and Herald*, titulado “Cómo usamos las visiones de la Hna. White”. Allí dejó en claro que la obra del Espíritu Santo no cesó cuando se escribió el último libro de la Biblia, y que el ministerio de los profetas no llegó a su fin en los tiempos bíblicos. También declaró que las Sagradas Escrituras enseñan que el Espíritu Santo concederá dones a los creyentes hasta el fin de los tiempos (véase **1 Corintios 12** y **Efesios 4**), y que como estos textos forman parte de las Escrituras, no pueden ser ignorados por los que se oponen a las visiones de Elena G. de White. He aquí sus palabras:

“Al aceptar de todo corazón que las Escrituras le enseñan al hombre sus deberes para con Dios, no negamos

al Espíritu Santo, que ha puesto en la iglesia aquello que las Escrituras le atribuyen.

“Por lo tanto, **1 Corintios 12** y **Efesios 4**, que definen cuáles son los dones del Espíritu de Dios, no pueden formar parte verdaderamente de la norma de vida de las personas que afirman que las Escrituras son tan completas en sí mismas que hacen innecesarios los dones del Espíritu...

“El objeto de los dones espirituales es mantener viva la obra de Dios en la iglesia. Mediante ellos el Espíritu de Dios puede hablar para corregir los

[279]

errores y exponer la iniquidad. Son los medios que Dios emplea para enseñarle a su pueblo cuando está en peligro de cometer errores. A través de ellos el Espíritu de Dios derrama luz sobre la iglesia cuando se presentan dificultades que no se podrán solucionar de ninguna otra manera. Constituyen también los medios usados por Dios para proteger a su pueblo de la confusión, al señalarle sus errores, corregir las interpretaciones falsas de la Biblia, y hacer que la luz brille sobre todo lo que pueda ser objeto de malas interpretaciones, y, en consecuencia, causa de males y divisiones entre el pueblo de Dios. En resumen, su obra consiste en unir al pueblo de Dios en una misma mente y un mismo criterio con relación al significado de las Escrituras...

“En lo que concierne al ingreso de nuevos miembros en nuestras iglesias, hay dos cosas que deseamos saber: * 1. Si creen en la doctrina bíblica de los dones espirituales; 2. Si estudiarán sin prejuicios las visiones de la Hna. White, que han ocupado siempre un lugar

*El candidato al bautismo, por supuesto, tiene que haber sido plenamente informado de las doctrinas básicas de la Iglesia Adventista. Es necesario que el tema de los dones espirituales forme parte de la instrucción prebautismal, y se debe instruir con toda sinceridad al candidato acerca del ministerio profético de Elena G. de White.

muy destacado en esta obra. Creemos que toda persona que sostenga esta posición y cumpla con este propósito será guiada por el camino de la verdad y la justicia. Y a los que así lo hacen, en ningún momento se les impide tomar una decisión al respecto”.—*The Review and Herald*, 15 de febrero de 1870.

A la luz de las observaciones de Andrews, es fácil comprender por qué los adventistas creen que los escritos de la Sra. de White exaltan y definen los versículos bíblicos, aunque no añaden nada a esas enseñanzas, ni las contradicen. No se debe confundir la inspiración de la Sra. de White * con la iluminación que pueden recibir todos los cristianos que piensan y oran para entender la Biblia. **Juan 14:16, 17, 26**. La inspiración dada por el Espíritu Santo involucra la recepción y la transmisión de la verdad, mientras que la iluminación del Espíritu Santo sugiere una influencia sobre ciertas actitudes y una percepción espiritual. [280]

Los mensajes evangelizadores que Elena G. de White predicó en Nimes promovieron la obediencia plena a la Palabra de Dios y a su ley, al igual que las palabras de María, la madre de Jesús, indujeron a los servidores de la fiesta de bodas de Caná, o obedecer las instrucciones de Cristo: “Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere”. **Juan 2:5**. ¡Haced todo lo que os dijere! La predicación de Elena G. de White guiaba a las personas a experimentar el arrepentimiento y la gracia salvadora de Cristo, de acuerdo con la norma bíblica. [281]

* En un sentido amplio, la Inspiración de los profetas incluía las “diversas maneras” (**Hebreos 1:1**) en que recibían orientación del Señor. En el caso de la Sra. de White, consideremos las siguientes declaraciones de **Joyas de los Testimonios**, tomo 2: (1) Visiones, páginas 286, 287, 296. (2) La mente se ilumina al leer la Biblia, páginas 296, 297. (3) Los pensamientos acuden a la mente mientras se predica, **Testimonios**, tomo 5, página 4. La sabiduría que se había ido acumulando como resultado de muchas revelaciones que Dios le dio a Elena G. White durante cierto tiempo, la capacitaron para escribir mensajes de consejo, aunque no estaban relacionadas, necesariamente, con una visión inmediata, **Joyas de los Testimonios**, tomo 2, páginas 294-302. Así como en la antigüedad el Señor habló de diversas maneras a sus mensajeros, Elena G. de White también recibió revelaciones y luego comunicó a la Iglesia en forma oral y por escrito las verdades que había recibido.

Navidad en Tramelan

El primer templo dedicado en Europa

Cuando Elena G. de White regresó a Basilea, a fines de noviembre de 1886 ^{*}, en los Estados Unidos se estaba realizando el Congreso de la Asociación General. Whitney había viajado desde Suiza en representación de la Misión Europea Central. Los informes del exitoso viaje de la Sra. de White llegaron a Norteamérica, y en el congreso se hizo evidente la gran necesidad de que ella regresara a Norteamérica a tiempo para asistir a las reuniones de primavera. Como es natural, los hermanos norteamericanos deseaban oír los informes de la obra en Europa, y darían una bienvenida muy cordial a quien había ejercido allí su ministerio, pero el acuerdo que tomaron indicaba tan sólo que ella y G. C. White debían regresar “en cualquier momento que pensarán que era su deber hacerlo”.

[282] No se conoce la fecha exacta en que Elena G. de White decidió regresar a los Estados Unidos, pero sabemos que el 18 de abril de 1887 escribió lo siguiente: “Nos estamos esforzando al máximo por concluir nuestro trabajo en Basilea”.—*Carta 82, 1887.*

Australia también presentó una petición en ese congreso de la Asociación General: Solicitaron que la Sra. de White y su hijo Guillermo visitaran su territorio. Cinco años más tarde ellos cumplieron con ese pedido, y pasaron nueve años muy fructíferos en esa tierra.

Hasta entonces la Sra. de White había tenido suficiente trabajo como para estar muy activa. En la casa editora se estaba gestando otra crisis financiera. Había vencido el plazo para pagar deudas, y la institución tenía un saldo de 30.000 francos, (6.000 dólares) en descubierto en el banco de Basilea. No contaban siquiera con el dinero suficiente para pagar el sueldo de los obreros.

Durante el congreso, los dirigentes de la iglesia decidieron reunir 100.000 dólares para cubrir las crecientes demandas financieras de

^{*}El 25 congreso tuvo lugar en Battle Creek, Michigan, del 18 de noviembre al 6 de diciembre, y contó con la presencia de 71 delegados. Jorge I. Butler era presidente de la Asociación General en esa época.

la causa que se expandía en Europa, Sudáfrica, Australia y las Guayanas, y también en los Estados Unidos. Pero en Basilea el dinero se necesitaba con suma urgencia. Guillermo escribió al pastor Haskell diciéndole que, aunque era un “alivio” saber que los hermanos habían resuelto reunir 100.000 dólares, aquella se parecía un poco a la “vieja historia de los protestantes encadenados en un torreón y muertos de hambre, aunque había abundantes alimentos fuera de su alcance”. Se sintió más que aliviado cuando le enviaron un giro por 2.000 dólares a mediados de diciembre.

Las necesidades de todos los misioneros

En una carta que la Sra. de White dirigió a los dirigentes de Battle Creek en ese tiempo, analizó detenidamente la situación y vio que más importante aún que el dinero, era la necesidad de encontrar hombres jóvenes y capaces.

“De tanto en tanto—escribió—, me he sentido apremiada por el Espíritu de Dios para dar testimonio a nuestros hermanos acerca de la necesidad de conseguir los mejores talentos para trabajar en nuestras diversas instituciones”. Esos hombres deben ser “idóneos, hombres a los que Dios pueda enseñarles... Deben ser inteligentes, deben llevar el sello de Dios y progresar continuamente en la santidad... Si son hombres que se están desarrollando seguirán, como el sol, un rumbo inmutable, y crecerán en conocimiento y en el favor de Dios”.—*Carta 63, 1886; Mensajes Selectos 2:190.*

[283]

Ella exhortó a procurar la perfección en todos los aspectos. “Nuestras instituciones realizan una obra grandiosa y definitiva en favor del mundo—escribió—, y deberían emplear los mejores talentos que se puedan conseguir”.—*Carta 63, 1886.*

No sólo hacían falta ministros, sino también personal administrativo idóneo:

“Se me mostró que existen grandes deficiencias en los registros contables de los diversos departamentos de la causa. La contabilidad es y será siempre una parte importante en nuestra obra, y en todas nuestras instituciones hay una gran necesidad de contar con personas idóneas... Esta rama de la obra ha sido descuidada ver-

gonzosamente y por demasiado tiempo. Es reprochable permitir que un trabajo de tal magnitud sea hecho en forma tan deficiente y chapucera. Dios desea que la obra se haga con tanta perfección como puedan lograrla los seres humanos... Es necesario estudiar para poder llevar la contabilidad con exactitud y rapidez, sin preocupaciones ni carga”.—*Ibid.*

[284] No nos sorprende que durante el congreso de la Asociación General se haya acordado enviar a Basilea precisamente en ese momento crítico a uno de sus mejores contadores, A. H. Mason, para inspeccionar los libros, establecer un sistema nuevo y mejor de contabilidad, y preparar tenedores de libros para proseguir el trabajo después de su partida.

El equipo evangelizador de Basilea

Aunque el estado financiero de la obra de publicaciones era desanimador, las perspectivas para la evangelización eran alentadoras. Conradi y Erzberger venían celebrando reuniones desde hacía algún tiempo, entre los suizos de habla alemana, y Elena G. de White estaba felicísima por el éxito que habían obtenido: “Los hermanos Conradi y Erzberger son dos buenos obreros—testificó ella a fines de diciembre—. Hace dos meses que están trabajando en Basilea. El salón que alquilaron está lleno, y algunas noches se llena también una pequeña habitación que está junto al salón. El Hno. Erzberger me dijo anoche que dieciséis personas decidieron guardar el sábado. Esto resulta muy alentador para todos nosotros”.—*Carta 60, 1886.*

Entretanto, Guillermo Ings había descubierto una nueva posibilidad para usar nuestras publicaciones. Acompañado por Oscar Roth, comenzó a colportar en los mejores hoteles, al tiempo que trataba de dejar copias bien encuadradas de publicaciones adventistas en las salas de espera. Sorprendidos comprobaron que era muy difícil que algún hotel se negara a aceptar sus revistas. De inmediato hicieron planes para poner en práctica la idea en toda Europa—dondequiera hubiera miembros de iglesia responsables que se encargaran de mantener las publicaciones actualizadas y en buenas condiciones.

La dedicación del templo de Tramelan

La obra en Europa había alcanzado otro hito: La primera iglesia adventista estaba lista para ser dedicada en Tramelan, Suiza.* El edificio, construido por la familia Roth con un costo de 3.000 francos (660 dólares) estaba en el terreno vecino a su hogar. Aunque era pequeño, representaba un comienzo, y Elena G. de White estaba contenta con él. La habían invitado para predicar el sermón de dedicación. [285]

Por la mañana temprano, la víspera de Navidad, tomó el tren que partía de Basilea, acompañada por Guillermo Ings y Juanita, su esposa. El tiempo se presentó apropiado para la ocasión, según lo indica el siguiente escrito:

“Pasamos lentamente junto a los árboles que ofrecían un aspecto hermosísimo con su carga de nieve fresca y pura... Retrocedí a los días de mi niñez, cuando en mi estado natal [Maine] atravesaba los bosques de pinos gritando por el gozo que me producía la encantadora escena, jamás había visto nada que me recordara tanto aquel paisaje, como esta mañana.

“Treinta años atrás, estas escenas eran comunes en el estado de Maine”.—*Manuscrito 72, 1886.*

Uno de los hijos de Roth los esperaba en la estación con otra “novedad” europea: Un paseo en trineo por la nieve, hasta la casa de la familia Roth. A la Sra. de White le encantó el paseo. Para esta importante ocasión, se habían reunido los creyentes de varias iglesias suizas, y esa noche el pastor Erzberger habló a los alemanes que había entre ellos.

El sábado, día de Navidad, Elena G. de White predicó el sermón de dedicación de la pequeña capilla. Apropiadamente escogió como texto 1 Rey. 8, donde se describe la dedicación del templo de Salomón.

* El pequeño edificio ubicado en la villa de Tramelan, todavía subsiste al escribirse este libro, como una valiosa reliquia en un pequeño y tranquilo jardín, con paredes al frente y casas a ambos lados y en el fondo. Ya no pertenece a la iglesia, y hasta este momento no se han hecho planes de adquirir la propiedad como un centro de interés histórico.

“Es cierto que el grupo de Tramelán es pequeño... pero la presencia del Señor no se limita por el número... Estamos agradecidos por el hecho de que Dios ha puesto en el corazón de los hermanos Roth el deseo de levantar esta casa confortable y atractiva para adorarlo... El primer tabernáculo, construido de acuerdo con las instrucciones divinas, contó ciertamente con su bendición. De este modo

[286]

el pueblo se fue preparando para adorar en el templo no hecho de manos—un templo en los cielos. Las piedras del templo construido por Salomón fueron preparadas en la cantera y luego trasladadas hasta el lugar del templo... del mismo modo, la poderosa espada de la verdad ha sacado a un pueblo de la cantera del mundo y está preparando a los que profesan ser hijos de Dios, para que ocupen un lugar en su templo celestial”.—*Manuscrito 49, 1886.*

Más adelante recordó las primeras iglesias que registra la historia de Battle Creek:

“La primera casa * construida en Battle Creek era apenas una tercera parte más grande que ésta, y cuando entramos en el edificio nos sentimos felices. Hasta entonces, las reuniones se habían realizado en una casa privada. Todos éramos pobres, pero pensábamos que debíamos contar con un lugar para dedicarlo al Señor... A los dos años hubo que cambiarlo por uno más grande.
(**)

* El primer edificio de iglesia levantado por los adventistas fue construido en Battle Creek, Michigan, a comienzos de la primavera de 1855. Medía 18 x 24 pies y tenía lugar para 40 miembros. Se lo llamó Casa de Oración.

(**) La segunda iglesia de Battle Creek fue construida en 1857. En este edificio de mayor capacidad, un grupo de dirigentes escogió el nombre de adventistas del séptimo día el 1 de octubre de 1860. Acerca de ese nombre la Sra. de White escribió lo siguiente: “Somos adventistas del séptimo día. ¿Nos avergüenza este nombre? Nuestra respuesta es ¡no, no!, no nos avergonzamos. Es el nombre que el Señor nos ha dado. Señala la verdad que constituirá la prueba de las iglesias”. *Carta 110, 1902*; véase *Mensajes Selectos 2:384*.

“Poco tiempo después tuvimos que edificar la tercera iglesia, y luego la que hoy tenemos, con capacidad para tres mil personas... Esperamos que el Señor bendiga de tal manera vuestra obra que esta casa os resulte muy pequeña. Esperamos ver otras casas levantadas porque la fe sin obras es muerta. Esta casa, aunque pequeña está registrada en el cielo. Puede venir a visitaros con más ánimo ahora que antes, porque la gente verá que estáis hablando en serio”.—*Ibid.*

[287]

Después se refirió a la reverencia en la casa de Dios, y a la solemne importancia de adorar juntos a al Señor. Concluyó con las siguientes palabras:

“Por encima de todo, haya paz entre vosotros... y que de este lugar salgan la luz y la verdad para que obren en el corazón de la gente; así se sentirá vuestro testimonio. Debemos entretener en nuestro carácter los principios de la verdad a fin de estar preparados para el templo de Dios y para disfrutar del privilegio de unirnos en el himno que dice: Digno es el Cordero”.—*Ibid.*

El futuro del pueblo adventista

Acerca del futuro del pueblo adventista, ese mismo año, 1886, ella escribió lo siguiente:

“Se ha considerado a nuestro pueblo como demasiado insignificante para tenerlo en cuenta, pero sobrevendrá un cambio. El mundo cristiano está dando pasos que necesariamente pondrán en lugar destacado al pueblo que guarda los mandamientos. La verdad de Dios está siendo constantemente suplantada por las teorías y doctrinas falsas de origen humano. Se están gestando ciertos movimientos que esclavizarán las conciencias de aquellos que quieren ser leales a Dios. Las asambleas legislativas se pondrán en contra del pueblo de Dios. Toda alma será probada. Ojalá podamos ser sabios como pueblo e impartir a nuestros hijos esa sabiduría por

precepto y por ejemplo. Se investigará cada aspecto de nuestra fe; y si no somos profundamente estudiosos de la Biblia, bien fundamentados, fortalecidos y afirmados, la sabiduría de los grandes hombres del mundo nos conducirá por caminos equivocados”.—*Testimonies for the Church* 5:546.

[288] A la mañana siguiente, cuando los obreros se reunieron para tratar asuntos de la iglesia, notaron que* en el camino, a corta distancia, se había reunido una multitud. Un hombre que había “celebrado” la Navidad con demasiado licor, se había caído en la nieve profunda durante la noche. Debido a su estado, no pudo salir por sus propios medios de la nieve y murió de frío. “Su madre aún vive”, escribió apenada Elena G. de White: “El ha ocasionado una gran tristeza a esa madre, y ahora habrá duelo por este pobre hijo que falleció a consecuencia del exceso de bebida”.—*Manuscrito* 72, 1886.

Una multitud en el templo Bautista

Esa tarde, la Sra. de White debía predicar en la gran iglesia bautista de Tramelan. Se le envió un aviso al pastor de la iglesia, pero él no quiso leerlo a su congregación, pensando que ella haría referencia al sábado. Sin embargo, había casi 300 personas esperando cuando ella llegó a la iglesia. Su sermón se refirió a la verdadera fe. Ella, naturalmente, tenía interés por conocer las reacciones de la gente, y a la salida, muchos la saludaron con expresiones similares a ésta: “Recordaré lo que he oído; no veo nada objetable en ello”.

El pastor de la iglesia dijo que lamentaba muchísimo no haber anunciado la reunión. Si hubiera conocido el tema, seguramente lo habría hecho.

A su regreso a Basilea, la Sra. de White asistió a la noche siguiente a una reunión donde se presentó la historia de la Navidad. Ella dio una charla breve. Luego trajeron un fragante pino cargado con donaciones para el Señor. El motivo de esta reunión navideña fue obtener ayuda económica para los colportores que trabajaban en Rusia. Su ministerio era difícil, porque la Iglesia Adventista no había sido reconocida oficialmente. La amenaza de encarcelamiento

* 10—E.G.W. en E.

pendía sobre sus cabezas, y realizaban su trabajo con muchísima dificultad. El árbol de Navidad de Basilea reunió 429 francos para ayudarlos. ¡Fue una buena cosecha!

[289]

La *Review* publicó el siguiente comentario de la Hna. White:

“Oímos hablar de otro año que concluye, ¿no haremos de estas festividades una ocasión para traer a Dios nuestras ofrendas? No puedo hablar de sacrificios, porque sólo le daremos a Dios lo que ya le pertenece, aquello que nos ha confiado hasta que él lo solicite. A Dios le agradaría mucho que cada iglesia tuviese un árbol de Navidad del cual colgasen ofrendas, grandes y pequeñas, para esas casas de culto.

“Nos han llegado cartas en las cuales se preguntaba: ¿Tendremos un árbol de Navidad? ¿No seremos entonces como el mundo? Si queréis, podéis hacer como ellos, o podéis actuar en forma tan diferente del mundo como sea posible. El elegir un árbol fragante y colocarlo en nuestras iglesias no entraña pecado éste se encuentra en el motivo que tenemos para obrar y en el uso que se dé a los regalos puestos en el árbol.

“El árbol puede ser tan alto y sus ramas tan extensas como convenga a la ocasión, con tal que estén cargadas con los frutos de oro y plata de vuestra generosidad y los ofrezcáis a Dios como regalo de Navidad. Sean vuestros donativos santificados por la oración” (11 de diciembre de 1879).—Véase [El hogar adventista, 438 \(1894\)](#).

En sus consejos acerca de la Navidad, Elena G. de White reconoció que no había evidencias bíblicas para celebrar ese día, pero tenía un sentido suficientemente práctico como para ver que la Navidad no podía pasar inadvertida para los padres. Los niños no comprenderían razones. Una actitud sabia permitiría dirigir la mente y el corazón de los pequeñitos hacia Cristo, al celebrar su “cumpleaños”. Por lo tanto, les aconsejó que llevaran sus regalos a Jesús, como lo hicieron los sabios de Oriente.

[290]

Su enseñanza era positiva. Sus consejos prácticos estaban relacionados con los asuntos cotidianos que la iglesia enfrenta en su peregrinaje por este mundo.

“Representemos la vida cristiana como realmente es tratemos que el camino sea alegre, atractivo, interesante. Si lo deseamos lo lograremos. Podemos llenar nuestra mente con imágenes vívidas de cosas espirituales y eternas y al hacerlo ayudaremos a convertirlas en una realidad para otras mentes”.—*Ibid.* 29 de enero de 1884.

[291]

Obra literaria en Basilea

Cuando estaba terminando su libro *El Conflicto de los Siglos*^{*}, a principios de 1884 en California, Elena G. de White escribió estas palabras:

“Escribir, escribir, escribir, siento que debo hacerlo, y sin demora. Grandes cosas nos aguardan, y queremos llamar a la gente para que abandone su indiferencia y se prepare. Las cosas eternas se agolpan ante mi visión día y noche. Las cosas temporales se desvanecen de mi vista”.—**Carta 11, 1884.**

Cuando el libro se publicó los adventistas lo compraron con entusiasmo y lo leyeron con fervor. Durante varios años se les había prometido el cuarto tomo, con el que culminaba la serie que narraba la historia de la gran controversia, desde la caída de Lucifer y la creación, a través de los siglos, hasta nuestros días, y luego se trasladaba a la Tierra Nueva. Cuando la autora se embarcó para Europa en 1885 el libro tenía mucha salida entre los adventistas; y se hacían planes de publicarlos en un solo tomo, para ser vendido por los colportores.

Después de su llegada a Europa y con su experiencia al vivir en el ambiente de la historia de la reforma, Elena G. de White fue inducida a planear la ampliación del tomo cuarto y también del tomo primero para venderlos dentro y fuera de la iglesia. El libro también debía ser traducido a los idiomas europeos más importantes, de acuerdo con el pedido de los hermanos.

[292]

Al principio, ella pensó dedicarse a este trabajo después de regresar a Norteamérica. Pero, a medida que transcurrían los meses, comprendió que para que su obra fuera eficaz debía seguir en Europa uno o dos años más. Como ya hemos visto, se estableció entonces en Basilea donde se dedicó a escribir.

^{*} Conocido también como **El Espíritu de Profecía**, tomo 4.

Como contaba con la ayuda de dos personas de confianza: Marian Davis, que había llegado a Suiza en febrero de 1886, y su nuera María de White, Elena G. de White esperaba lograr verdaderos progresos en la preparación de su libro. Antes de dedicarse a ampliar la historia de la gran controversia, tenía que escribir sus sermones y el relato de sus viajes por Europa, para el próximo libro que llevaría el título de *Historical Sketches of S. D. A. Foreign Missions* (Bosquejos históricos de las misiones adventistas).

Bajo su supervisión se decidiría qué incidentes se iban a incluir y omitir en el libro. También había que corregir sus sermones. Y además, estaban los artículos escritos por los obreros que dirigían la obra adventista en Europa, acerca de los comienzos de la iglesia en ese lugar. Todo esto estaba a cargo de Marian, quien debía comprobar la exactitud de las informaciones y de los nombres de las personas citadas en esos artículos.

[293] A comienzos de noviembre de 1886, *Historical Sketches* estaba terminado. Era un libro de 294 páginas a dos columnas, ilustrado y escrito, por supuesto, en inglés, que se iba a vender en Norteamérica por 90 centavos de dólar. Pero Marian estaba un poco desanimada. Ella había llegado en febrero para trabajar en los libros que componen el juego titulado *El Espíritu de Profecía*, y a pesar de que hacía casi un año de su arribo, hasta ese momento Elena G. de White no había tenido casi tiempo de escribir para añadir material a los libros que había que ampliar.

Además del trabajo del libro *Historical Sketches*, había que corregir y copiar testimonios personales, preparar y copiar por duplicado los sermones que se iban a leer en los congresos de Norteamérica, y enviar los sermones de Elena G. de White y diversos artículos para su publicación en la *Review* y en *Signs of the Times* (Señales de los tiempos). Finalmente, en diciembre de 1886, Elena G. de White comenzó de lleno la tarea de revisar y ampliar el tomo 1 de la serie citada, que en castellano se titula *Patriarcas y Profetas*.

Durante los primeros tres meses de 1887 concentró sus esfuerzos en la historia del Antiguo Testamento. Su plan consistía en terminar el manuscrito en Europa y presentarlo al público ya impreso para la Navidad de 1887. Pero se iban a interponer algunos obstáculos que cambiarían sus planes.

C. H. Jones, gerente de la Pacific Press en California, le escribió comunicándole que necesitaban imprimir una nueva edición del tomo 4 de la serie *El Conflicto de los Siglos*.

Las ventas habían alcanzado tanto éxito que las planchas de impresión habían comenzado a gastarse. Se resolvió recomponer el libro en un tipo más grande. Mientras tanto, J. G. Matteson había terminado la traducción a los idiomas danés y noruego, y los dirigentes escandinavos estaban ansiosos por publicar el libro para el colportaje. En Estados Unidos los inmigrantes daneses y suecos también lo reclamaban.

Al observar el éxito que había alcanzado este libro en Norteamérica, los obreros alemanes y franceses en Europa se mostraron ansiosos por conseguir *El Conflicto de los Siglos* en sus respectivos idiomas, y los traductores ya habían comenzado el trabajo en Basilea.

Guillermo C. White comentó la situación con su madre y escribió a C. H. Jones diciéndole que ellos revisarían cuidadosamente el libro, pulirían algunas expresiones que no eran demasiado claras y añadirían algunas referencias de pie de página. A mediados de abril de 1887, Elena G. de White puso a un lado su trabajo del tomo 1 y se dedicó con ahínco al tomo 4 para terminarlo.

[294]

El conflicto de los siglos está basado en las visiones

La historia acerca del gran conflicto fue el producto de varias visiones, pero particularmente de dos muy extensas. Una le fue dada a Elena G. de White en 1848, y la otra el 14 de marzo de 1858. En grandes escenas panorámicas pasó delante de ella la historia del conflicto que existió a través de los siglos entre Cristo y sus ángeles, por una parte, y Satanás y los suyos, por la otra. Al respecto escribió ella, más tarde:

“Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la lucha secular entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En una y otra ocasión se me permitió contemplar las peripecias de la gran lucha secular entre Cristo, Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, príncipe del mal,

autor del pecado y primer transgresor de la santa ley de Dios...

“Al revelarme el Espíritu de Dios las grandes verdades de su Palabra, y las escenas del pasado y de lo por venir, se me mandó que diese a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que trazase un bosquejo de la historia de la lucha en las edades pasadas, y especialmente que la presentase de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura que se va acercando con tanta rapidez”.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 13, 14.

[295] Cuando salió de las prensas, en el verano de 1858, la primera edición de este relato, el bosquejo general, aunque breve y escrito a grandes rasgos, era fácil de comprender. Los aspectos principales de la historia del gran conflicto estaban contenidos en un pequeño libro de 219 páginas. * Si se tiene en cuenta el hecho de que había entonces menos de 3.000 adventistas, el tamaño del libro era adecuado.

El Señor me ha mostrado

El libro comienza con las palabras siguientes: “El Señor me ha mostrado que Satanás fue una vez un ángel que ocupaba un honroso lugar en el cielo”. Al leer frases tales como “vi”, “se me mostró”, “cuando contemplé”, etc., por lo menos una vez en cada página, los lectores podían recordar que el libro que tenían ante sus ojos constituía el relato de un testigo ocular, por decirlo así, de la gran controversia.

La parte central se refiere a la vida y la obra de Jesús, a los comienzos de la iglesia cristiana, al lapso transcurrido hasta el surgimiento del movimiento adventista, y finalmente a los sucesos que conducen hacia la tierra renovada.

Los siglos transcurridos entre la época de los apóstoles y la aparición del movimiento adventista, están contenidos en 21 páginas. Sin embargo, el lector puede comprender fácilmente que la autora está

*El libro llevaba por título *Spiritual Gifts* (Dones espirituales, tomo 1, “La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles”).

describiendo los sucesos tal como le fueron revelados en visión. Por momentos, algunas representaciones simbólicas abarcan y resumen los hechos ocurridos en ciertos períodos importantes. El capítulo 17, titulado “La gran apostasía”, se inicia con las siguientes palabras:

“Fui transportada al tiempo cuando los idólatras paganos perseguían cruelmente y mataban a los cristianos.

“Esto me fue presentado de la siguiente manera: Una gran compañía de idólatras paganos llevaba una bandera negra, sobre la cual se veían figuras del

[296]

sol, la luna y las estrellas. Esta compañía parecía feroz y airada.

“Se me mostró luego otra compañía que llevaba una bandera de un blanco puro, sobre la cual estaba escrito: ‘Pureza y santidad a Jehová’. Sus rostros se distinguían por su firmeza y una resignación celestial. Vi a los paganos idólatras acercárseles, y hubo una gran matanza. Los cristianos desaparecieron delante de ellos”.—Mensajes Selectos, 210, 211.

El capítulo siguiente, “El misterio de la iniquidad”, continúa en el mismo tono, relatando los sucesos acontecidos durante varios siglos, reducidos a unas pocas escenas y algunas representaciones simbólicas.

“Vi que Lutero ...”

En un capítulo de cinco páginas titulado “La Reforma”, se presenta a Martín Lutero y a Melancton (pág. 120), y se menciona también a otros reformadores.

“Lutero fue escogido para arrostrar la tormenta, hacer frente a las iras de una iglesia caída y fortalecer a los pocos que permanecían fieles a su santa profesión de fe. Era un hombre que siempre temía ofender a Dios.

“Vi que Lutero era vehemente, celoso, intrépido y resuelto en la reprobación de los pecados y la defensa de la verdad... Era valiente, celoso y osado, y a veces arriesgaba hasta llegar al exceso; pero Dios levantó a Melanchton, cuyo carácter era diametralmente opuesto al de Lutero, para que ayudase a éste en la obra de la Reforma.

“Fui luego transportada a los días de los apóstoles y vi que Dios escogió como compañeros un Pedro ardiente y celoso y un Juan benigno y paciente”.—*Ibid.* 223, 224.

[297] Refiriéndose al movimiento adventista, Elena G. de White inicia el capítulo titulado “Guillermo Miller” con las palabras siguientes:

“Dios envió a su ángel para que moviese el corazón de un agricultor que antes no creía en la Biblia, y lo indujese a escudriñar las profecías. Los ángeles de Dios visitaron repetidamente a aquel varón escogido, y guiaron su entendimiento para que comprendiese las profecías que siempre habían estado veladas al pueblo de Dios”.—*Ibid.* 229.

Las evidencias resultan claras. A Elena G. de White se le mostraron en visión ciertos acontecimientos tal como se habían producido, pero al mismo tiempo fue llevada “entre bambalinas”, por así decir, para que pudiera captar el significado más profundo de las cosas que estaba viendo. No hay evidencias de que se le haya mostrado la historia completa del mundo, ni siquiera de que hayan pasado ante ella, en visión panorámica, todos los acontecimientos de la historia en sus diversos períodos. Pero cuando se lee reflexivamente este relato inicial de Elena G. de White, no se puede negar el hecho de que ella contempló, por revelación, los sucesos históricos relativos a la iglesia cristiana y a la Reforma.

Cómo ayudaron los historiadores a Elena G. de White

La visión del gran conflicto recibida en 1858, despertó el interés de Jaime White y su esposa Elena por leer la historia de la Reforma

del siglo XVI; y así lo hicieron, comparando e interpretando los sucesos de acuerdo con la luz que Dios le había dado a ella acerca de esos eventos, de su filosofía y su significado. Al respecto, su hijo Guillermo escribió:

“Cuando yo era apenas un niño, oí a mi madre leerle a papá la *History of the Reformation* (Historia de la Reforma) de D’Aubigné. Leyó gran parte—si no todo—de los cinco tomos. Mamá había leído la historia de la Reforma escrita por otros autores. Esto la ayudó a ubicar y describir muchos aspectos que le habían sido presentados en visión. Esto es similar, en cierto sentido, a la ayuda que le presta la

[298]

Biblia para ubicar y describir las diversas representaciones simbólicas que ha recibido acerca del desarrollo del gran conflicto entre la verdad y el error en nuestros días” (G. C. White en una disertación presentada en el Concilio Anual de la Asociación General del 30 de octubre de 1911. Citado en *The Ellen G. White Writings*, 189.*

Con el transcurso del tiempo se vendieron dos ediciones del librito de 1858. La iglesia había crecido y estaba en condiciones de editar libros más grandes. Con el correr de los años, Elena G. de White recibió muchas visiones en las cuales se repitieron con mayores detalles ciertas partes de la historia de la gran controversia. Esto la indujo a presentar esa historia en libros más grandes. Al referirse a la Reforma, y al describir algunos sucesos relacionados con ella, citó con naturalidad las declaraciones de algunos reconocidos historiadores. En 1888 escribió al respecto lo siguiente:

“En algunos casos, cuando he encontrado que un historiador había reunido los hechos y presentado en

*Para un comentario más detallado de los escritos de Elena G. de White acerca de la historia de la Reforma, se invita al lector a leer el libro que está en la actualidad. **The Writings of Ellen G. White**, escrito por Arturo L. White.

pocas líneas un claro conjunto del asunto, o agrupado los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras, no tanto para citar a esos escritores como autoridades, sino porque sus palabras resumían adecuadamente el asunto”.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 14.

[299] El libro publicado en 1884 narra la destrucción de Jerusalén en el año 70 AC, la apostasía de la iglesia cristiana, la Edad Media, la Reforma, etc. Le sigue la historia del movimiento adventista, el desarrollo de una iglesia que predica los mensajes de los tres ángeles de *Apocalipsis 14*, y recorre rápidamente la profecía del segundo advenimiento de Cristo, el milenio, la destrucción de los impíos y la tierra renovada. Contenía 492 páginas además de algunas otras para el apéndice.

Este es el libro que, mientras estaba en Europa en el año 1887, Elena G. de White amplió, con ayuda de sus ayudantes, para alcanzar a un mayor número de lectores norteamericanos y europeos.

Una ayuda para describir escenas del conflicto

La Sra. de White notó que mientras viajaba por algunos países de Europa, las visitas a ciertos lugares que habían sido escenario de sucesos relacionados con la Reforma, le ayudaban a describir esas escenas. Su hijo Guillermo declaró lo siguiente:

“Durante los dos años que ella residió en Basilea, visitó muchos lugares donde se produjeron hechos de especial importancia en los días de la Reforma. Esto le refrescó la memoria acerca de lo que le había sido mostrado y dio como resultado una importante ampliación de las porciones del libro que se refería a la época de la Reforma”.—Carta de Guillermo C. White a L. E. Froom, 13 de diciembre de 1934, citado en *The Ellen G. White Writings*, 127.

Y mientras estuvo en Europa (ver el *cap. 9*), al presentar el informe de su visita a Suecia y recordar la experiencia de los niños predicadores, la Sra. de White escribió:

“Hace años me fue presentada la obra del primer mensaje en estos países y se me mostraron circunstancias similares a las que se relatan arriba”.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist*, 207.

Refiriéndose a su visita a Zurich, en Suiza, Guillermo White escribió:

“Yo acompañé a mamá cuando visitamos Zurich y recuerdo bien cómo se le refrescó la mente al ver la antigua catedral y el mercado; contó cómo eran en los días de Zwinglio”.—Carta de Guillermo White a

[300]

L. E. Froom, 13 de diciembre de 1934, citado en *The Ellen G. White Writings*, 127.

Años después, ella también recordó cómo se le había refrescado la memoria cuando escribía la historia.

“Mientras escribía el manuscrito de *El Conflicto de los Siglos*, a menudo era consciente de la presencia de los ángeles de Dios. Y muchas veces en las visiones de la noche se me volvieron a presentar las escenas acerca de las cuales escribía, de tal modo que las tenía frescas y vívidas en la mente”.—*Carta 56, 1911*, publicada en *Carta 191, 192*.

Libre acceso a la biblioteca de Andrews

Durante su estada en Basilea, Elena G. de White apreció el hecho de poder consultar la biblioteca del pastor Andrews que estaba en la casa editora, y que incluía algunas obras históricas fidedignas. En esas circunstancias trabajó en el manuscrito de *El Conflicto de los Siglos* durante la primavera y el verano.

Simultáneamente la obra se preparó para la traducción. Guillermo C. White explicó:

“Lo estamos leyendo [el tomo 4] con las personas que tienen que traducirlo al alemán y al francés, y creemos que el discutir ciertos puntos les ayudará a realizar una traducción mejor. Hemos visto que es necesario hacer algunas correcciones en inglés, y mamá quiere además añadir algunos párrafos. Ella está escribiendo algo acerca de Huss, lo cual extenderá un poco el **capítulo 5**. También está haciendo algunas referencias a Zwinglio”.

Todas las mañanas a las siete se reunía un pequeño grupo en la biblioteca. Estaba compuesto por G. C. White, Marian Davis, B. L. Whitney, y los traductores franceses y alemanes. Refiriéndose a los problemas que se les presentaron, Guillermo White escribió: [301] “Descubrimos que en varios lugares se usa un lenguaje simbólico que resulta perfectamente claro para los adventistas y para las personas que conocen bien la Biblia, pero podría ser menos comprensible para los demás lectores que tendrán acceso a la nueva edición”. Años más tarde, declaró:

“Cuando llegamos a los capítulos relacionados con la Reforma en Alemania y Francia, los traductores comentaron que los acontecimientos históricos escogidos por Elena G. de White eran muy apropiados, y recuerdo que en dos oportunidades sugirieron otros sucesos de similar importancia que ella no había mencionado.

“Cuando se le hizo notar esto, ella pidió que le trajeran esas historias para considerar el grado de importancia de los hechos mencionados. Al leerlas recordó lo que había visto, y escribió una descripción del suceso”.—**The Ellen G. White Writings**, 128.

A mediados de abril de 1887, Elena G. de White se refirió a su trabajo en una carta dirigida a su hijo Edson:

“Hice un alto en mi trabajo [del tomo 1] para añadir algunas cosas en el tomo 4. Comienzo a trabajar temprano y sigo sin cesar hasta que oscurece, me acuesto

temprano y por lo general, me levanto entre las tres y las cuatro”. **Carta 82, 1887**. Siete años más tarde ella recordó lo siguiente:

“Al darme instrucciones me dijeron las siguientes palabras: ‘Escribe en un libro las cosas que has visto y oído, y hazlas llegar a todas las personas porque está cerca el tiempo cuando se repetirá la historia del pasado’. He sido despertada a la una, a las dos o a las tres de la mañana, con la impresión de algún punto vivamente grabado en la mente, como si la voz de Dios lo hubiera dicho...

“Se me mostró... que debía dedicarme a escribir los asuntos importantes del tomo 4, y que las amonestaciones debían ir a los lugares donde los

[302]

mensajeros vivos no podían llegar, y que llamarían la atención de muchos hacia los importantes sucesos que ocurrirán en las escenas finales de la historia de este mundo”.—**Carta 1, 14 de mayo de 1890**.

“Apropiado para los lectores europeos”

Otro de los objetivos de la revisión y ampliación de *El Conflicto de los Siglos* era el de hacerlo más comprensible para la gente europea:

“Mamá se ha dedicado entusiastamente a la tarea de hacer que el libro resulte más apropiado para los lectores europeos—escribió G. C. White—, y ha añadido varios pasajes importantes”.

Mientras proseguía esta obra, se detuvo la publicación del libro en Noruega y los Estados Unidos. Ante las importantes adiciones provenientes de la pluma de Elena G. de White, no se podía hacer otra cosa que esperar. Durante más de un mes, la Sra. de White escribió activamente—mañana y tarde. A veces las anotaciones

registradas en su diario no contienen otra cosa que el número de páginas que iba produciendo:

“Abril 23 22 páginas papel carta

“Abril 24 22 páginas papel carta

“Abril 25 32 páginas papel carta

“Abril 26 17 páginas papel carta, 12 papel esquila

“Abril 27 18 páginas papel carta

“Abril 28 20 páginas papel carta

“Abril 29 8 páginas papel carta, 12 papel esquila.”

Casi al fin de este período de intensa labor, realizó la visita a Zurich que se mencionó anteriormente. Guillermo C. White explica el propósito del viaje con las siguientes palabras:

“Durante varios días pensamos hacer una corta visita a Zurich. Hemos estado leyendo el relato de la obra de Zwinglio, y antes de partir [de Europa] queremos ver esa ciudad. Mamá tiene

[303]

especial interés en conocer Zurich, y tenemos también algunos asuntos que atender allí”.

A pesar de que la ampliación de *El Conflicto de los Siglos* iba progresando, cuando llegó el momento de dejar Basilea para realizar la última gira por Alemania, Escandinavia e Inglaterra, la obra no estaba concluida. Por lo general, el trabajo literario lleva más tiempo que el que se estima en los cálculos más optimistas. Ella pensaba llevar los manuscritos inconclusos de los libros *Patriarcas* y *Profetas* y *El Conflicto de los Siglos* cuando regresara a Norteamérica. En su casa de Healdsburg, California, terminó *El Conflicto de los Siglos* en abril de 1888, y *Patriarcas* y *Profetas* a principios de 1890.

Sin embargo, la obra literaria que Elena G. de White realizó en Basilea constituye un importante segmento de sus mensajes publicados.

[304]

Los últimos meses en Suiza

“Instantáneas” tomadas de su diario

A fines de 1886, como ya se observó, la Sra. de White comenzó a pensar que debía abreviar su obra en Europa. Pensaba en el éxito que había alcanzado la proclamación del mensaje adventista en el Viejo Mundo. Sus meditaciones no eran las de una turista que había ido a Europa para contemplar las maravillosas y soberbias ciudades antiguas, o el magnífico paisaje. Le impresionaba más ver la obra de Dios en la vida de los seres humanos que en las maravillosas obras de su creación. Y también le preocupaba la tarea inconclusa de la iglesia.

“Hace ya 15 meses que estoy en Europa. Visité y trabajé en Suiza, Italia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega y Francia. En todos estos lugares el estandar-te de la verdad—los mandamientos de Dios y la fe de Jesús—sigue desplegado, y sin embargo, los habitantes de muchas ciudades, grandes y pequeñas, no han recibido aún la proclamación del mensaje”.—**Manuscrito 76, 1886.**

Había llegado el invierno. En Europa Central y en el norte de los Alpes, el invierno suele ser muy crudo, y el rigor del clima impone restricciones en los viajes. Durante los meses más fríos de fines de 1886 y principios de 1887, Elena G. de White debió limitar su obra [305] mayormente a Basilea.

Una breve revisión de los acontecimientos más importantes acaecidos en esos últimos meses en la zona de habla alemana de Suiza, antes de su regreso a Norteamérica, nos da las siguientes instantáneas de sus actividades:

Sábado 1 de enero de 1887: Como siempre, Elena G. de White siente el desafío presentado por las perspectivas de un nuevo año car-

gado de oportunidades renovadas, de privilegios y responsabilidades. Para ella era un nuevo recomenzar.

En su diario hizo la siguiente alusión a una pequeña reunión celebrada en Basilea:

“Hablé sin intérpretes ante 25 personas que entendían inglés, acerca de nuestros deberes y obligaciones para con Dios, y de cómo comenzar correctamente el año. Tuvimos luego una reunión de testimonios. Se presentaron muchos testimonios y se hicieron muchas confesiones mezcladas con lágrimas. Fue una reunión provechosa”.—*Manuscrito 29, 1887.*

Otra visita a Tramelan

Los días 5, 6 y 7 de febrero la Sra. de White volvió a visitar Tramelan para realizar reuniones durante un fin de semana, acompañada por el pastor Ings y Jean Vuilleumier como traductor.

Durante la reunión del sábado de tarde usó como texto el de *Malaquías 3:16-18* y *4:1, 2*. Dios le dio libertad de expresión. El Espíritu del Señor obró con poder para que sus palabras penetraran en el corazón de sus oyentes y los acompañaran hasta sus hogares. En la reunión social que siguió “se presentaron muchos testimonios con profundo sentimiento”.

[306] Esta reunión, que reavivó el fervor de los presentes, era un ejemplo típico de las reuniones de reavivamiento y reforma, llenas del Espíritu Santo, que Elena G. de White celebraba donde quiera que iba, no sólo en Europa, sino también en Australia y Norteamérica. Los resultados eran siempre fructíferos, pues había conversiones y bautismos de nuevos creyentes y se fortalecía la fe de los hermanos. Aunque no se trataba de reuniones espectaculares, producían una ola acumulativa de poder e influencia que cubría las iglesias de Europa, como la ondulante superficie del mar que lava y limpia mientras sube y baja, entretanto la Sra. de White permanecía en ellas. El caso del hermano Guenin es un ejemplo de esta influencia. El dio su testimonio, junto con una expresión de gratitud y alabanza al Señor, por los cambios que se habían producido recientemente en su familia. Su hijo mayor, que había dejado la iglesia durante

un año, estaba presente en la reunión y “habló con un sentimiento profundo, confesando sus errores. Las lágrimas le fluían libremente. Dijo que iba a cambiar de actitud... Parecía poseído por un verdadero fervor”.—*Ibid.*

La esposa del Hno. Guenin se puso de pie y admitió que había alimentado prejuicios en su corazón por la visita de los ministros norteamericanos, y que esto la había mantenido alejada del Señor y de la iglesia. “Pero sobrevino un cambio en ella y expresó su deseo de tener parte con el pueblo de Dios”.—*Ibid.*

Estaba también el hermano de Guenin, por quien él había orado durante muchos años. Este hombre vivía a pocos kilómetros de Tramelan. Estaba muy preocupado por el sábado. Le dijo a su esposa que no podía trabajar ni un sábado más. Sentía tan pesadas las herramientas cuando las usaba en sábado, que le parecía que se le iban a caer de las manos. Entendió que ésta era la confirmación que Dios le daba acerca de la verdad divina. Decidió guardar plenamente el sábado. El testimonio que dio Guenin acerca de la conversión de su hermano tenía un tono de alegría y de gozosa alabanza. Dios [307] había obrado verdaderos milagros en favor de su familia.

También se oyeron otros testimonios. Por ejemplo, “un joven que había caído en un gran pecado se levantó e hizo una humilde confesión, pidiendo el perdón de las personas a las que había perjudicado”.—*Ibid.*

Hubo también otro caso, el de un hombre inteligente, “profundamente interesado en la verdad”. Se habían hecho oraciones para que este caballero tomara una decisión firme. Finalmente lo hizo, creyendo que iba a perder el trabajo, pero su empleador le dijo que siguiera como hasta entonces; así obró el Señor en su favor.

Al terminar la reunión el Hno. Guenin “estrechó las manos de todos los presentes mientras las lágrimas le corrían por el rostro. Tomó la mano de sus tres hermanas—todas firmes en la fe—y las saludó. Parecía estar profundamente emocionado. Mientras los hermanos se abrazaban, lloraban sobre sus hombros. La Hna. Roth declaró ‘la paz ha venido a mi hogar’”.—*Ibid.*

Una disertación sobre temperancia en la Capilla Bautista

El domingo la Sra. de White disertó sobre la temperancia ante unas 200 personas en la Iglesia Nacional Bautista. El pastor de la iglesia inició la reunión con oraciones y cantos. Durante dos horas ella se dirigió a un auditorio que escuchó con respeto a esta fervorosa madrecita que había venido de la distante Norteamérica. “Ni uno solo se durmió o se mostró inquieto”. *Ibid.* Esta fue su tercera visita a Tramelan, y la realizó pocas semanas antes de la Navidad de 1886, día en que se dedicó la iglesia. A pesar de que su estada fue muy breve habló cuatro veces y escribió 50 páginas tamaño esquila para los miembros de la iglesia que necesitaban consejo.

[308] El lunes 7 de febrero a las ocho de la mañana partió en un trineo de regreso a Basilea. En la estación subió a un tren pequeño, que tenía sólo dos compartimientos, y en él viajó diez kilómetros hasta Tavannes. Allí abordó el tren regular que la llevó directamente a Basilea.

El congreso de Suiza celebrado en 1887

En un informe publicado en la *Review and Herald*, la Sra. de White declaró lo siguiente:

“El congreso de la Asociación Suiza comenzó aquí el jueves 17 de febrero por la noche. Estaba presente una numerosa delegación del exterior... Recibimos delegados de Francia, Suiza e Italia, y también había una buena representación de nuestros hermanos y hermanas; al contemplar la gente reunida y ver una congregación tan inteligente y atenta que llenaba nuestra capilla a tal punto que hubo que traer más asientos, mi corazón se llenó de gratitud a Dios al observar el notable cambio, la mejora producida con relación a un año atrás. Sabía que el Señor había estado obrando por medio de su Santo Espíritu, y pude ver que hubo progresos en muchos aspectos. Se han ampliado las iglesias de La Chaux-de-Fonds, Lausana, Basilea, y otras; y puesto que un alma salvada tiene más valor para Dios que el mundo entero,

¿por qué no vamos a alabarlo por esta buena obra?” (19 de abril de 1887).

Su predicación del viernes estaba basada en uno de sus textos bíblicos favoritos: **Juan 15:1-8**. El sábado tuvo a su cargo tres reuniones: mañana, tarde y noche. El tema de la noche lo extrajo del **capítulo 1** de Daniel. Como Dios le había revelado la gran importancia de la temperancia, el domingo de mañana continuó destacando el relevante lugar que la temperancia ocupa en la vida del cristiano. El texto base de su predicación fue. **Romanos 9:24-27**.

“Nunca hablé con tanto fervor sobre el tema de la temperancia, y esta vez tuvimos evidencias de que muchos corazones recibieron una profunda

[309]

impresión. Se me pidió que volviera a predicar sobre ese tema el domingo por la noche, y así lo hice. El interés no parecía haber disminuido. Después de la disertación del domingo por la noche, se distribuyeron formularios para hacer promesas, y 137 personas dieron su nombre”.—
Ibid.

La promesa de ser temperantes

Pero algunos adventistas no firmaron el voto de temperancia. Las razones que adujeron, sin embargo, no eran justificadas. La Sra. de White explicó:

“La excusa que presentaron fue que debido a su trabajo debían ir a lugares donde les ofrecían vino (como es costumbre en este país), y que ellos no se podían negar a aceptarlo por temor de ofender a las personas en cuyo favor estaban trabajando. Pensé que ésta era una buena oportunidad para que levantaran su cruz e hicieran brillar su luz como pueblo peculiar de Dios, el cual él estaba purificando para sí.

“Jamás debemos avergonzarnos de ser temperantes en todas las cosas, mientras recordemos el largo y doloroso ayuno que Cristo soportó para destruir el poder de las tentaciones de Satanás sobre la raza humana con relación al apetito. Cristo peleó la batalla con sufrimiento y debilidad, y venció a Satanás, haciendo posible que el hombre también pueda vencer en el nombre de Jesucristo y mediante su fortaleza. ¿Por qué, entonces, se han de avergonzar los seguidores de Jesús si tienen que negarse a beber la tentadora copa de vino?”—*Ibid.*

¿Y qué debía hacerse con respecto a la cerveza? ¿Tenía esto alguna importancia para los adventistas?

“Los bebedores de cerveza ofrecerán sus copas y los que pretenden ser hijos de Dios pueden presentar la misma excusa para no firmar el voto de temperancia—porque se los invitará a beberla y no

[310]

será agradable negarse a aceptarla. Se pueden seguir presentando indefinidamente estas excusas; pero no tienen fundamento, y lamentamos que, alguien que pretende creer en la verdad se niegue a firmar el voto; que se niegue a levantar barreras alrededor de su alma para que lo fortalezcan contra la tentación. Prefieren quitar los cerrojos, para poder levantarse fácilmente y aceptar la tentación sin hacer esfuerzos por resistirla”.—*Ibid.*

La sierva de Dios extendió la prueba de la temperancia hasta el hogar y la introdujo en la conciencia de los presentes con suma delicadeza:

“Jesús soportó el doloroso ayuno en nuestro favor, y venció a Satanás en cada tentación, haciéndole posible al hombre el vencer para su propio bien y por su propia cuenta, mediante la fuerza que le concede esta poderosa victoria lograda por el Sustituto y la Garantía del hombre. Agradecemos al Señor por la victoria obtenida en

estos aspectos, aun aquí en Basilea; y esperamos ayudar a nuestros hermanos y hermanas para que alcancen una norma aún más elevada, al firmar el voto de abstención del café de Java y de la hierba que proviene de China. Vemos que aquí hay quienes necesitan dar este paso en la reforma”.—*Ibid.*

La asamblea Suiza continuó hasta el 8 de marzo. Durante las casi tres semanas que duraron las reuniones Elena G. de White habló 17 veces. Aparentemente había algunos espíritus turbulentos y ásperos a los que se debía vencer, porque Elena G. de White sintió que debía predicar acerca de la amabilidad y la paciencia. Su predicación del domingo 6 de marzo se basó en *Efesios 6:10-12*. Posteriormente escribió lo siguiente: “Mi mente fue llevada a un aspecto totalmente inesperado para mí con relación al tema de la paciencia, la bondad y la tolerancia mutua”.—*Manuscrito 29, 1887.*

[311]

Ayuda práctica para los obreros

Había también otros asuntos “más relacionados con el hogar”, que requerían atención. Una de las dificultades que se presentaron en la asociación tenía que ver con una jovencita llamada Alace, hija de un obrero consagrado de la casa editora. Alace había huido del hogar. Elena G. de White explicó: “Este es el fruto de los flirteos y galanteos”. Sin duda, este pequeño capítulo del romance es el resultado de la lectura de historias de “ficción y romance”, declaró. Los jóvenes que leen la Biblia no hacen “estas cosas”. *Ibid.* La vemos ahora tratando de guiar a los jóvenes de Basilea a la Palabra de Dios. “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra”. *Salmos 119:9.*

Cuando las “cocineras” de la casa editora mezquinaron un poco las comidas, la práctica y realista Sra. de White las instó a servir abundantes comidas nutritivas. Aproximadamente un mes después que terminó la asamblea Suiza, ella se reunió con las familias de los obreros de la casa editora. “He hablado con mucha franqueza—dijo—, acerca de cómo hay que tratar a los pensionistas y cómo se debe surtir la mesa con alimentos nutritivos... Esperamos que haya un cambio favorable en algunos aspectos”.—*Ibid.*

A mediados de abril, escribió que “estamos exigiendo al máximo todas nuestras facultades para terminar nuestra labor en Basilea... Partiremos hacia Prusia el 20 de mayo para las reuniones de la asamblea”. *Carta 82, 1887; Manuscrito 29, 1887*. Estas evidencias indican que ya había tomado la decisión de concluir el extenso viaje por Europa para dirigirse al oeste, rumbo al hogar.

Una visita a Zurich

[312] Pero antes de partir decidieron pasar un día en Zurich. El 12 de mayo, en compañía de Guillermo C. White, y su esposa, Marian Davis y el pastor Whitney, partieron en tren hacia esta aventura. Era un día nublado y lluvioso. A mediodía llegaron a la famosa ciudad del norte de Suiza donde Ulrico Zwinglio proclamó la verdad de la justificación por la fe en el siglo XVI.

Los pastores Conradi y Erzberger estaban esperándolos en la estación de ferrocarril. Uno de los primeros acontecimientos del día fue la visita a un notable monumento de Zurich, el Gross Münster con sus torres gemelas; se decía que parte de este edificio había sido construido alrededor del año 300 DC.

Le contaron que en aquellos tiempos las capillas no tenían asientos. La congregación escuchaba la predicación de pie.

En una capillita ubicada cerca de la iglesia, ella examinó con deleite los antiguos libros en latín y griego. La Biblia de Zwinglio la fascinó. Vio “la escritura de puño y letra de Zwinglio”, según su declaración. Al volver al exterior, observaron una estatua de Zwinglio de tamaño natural. Era de bronce y representaba al reformador como un soldado y capellán a la vez, listo para la batalla.

“Una mano descansa sobre el puño de su espada—escribió ella—, mientras con la otra aferra una Biblia”. *Manuscrito 29, 1887*. Medio siglo más tarde, G. C. White escribió los siguientes comentarios acerca de lo que observó aquel día:

“Yo acompañé a mamá cuando visitamos Zurich y recuerdo bien cómo se le refrescó la mente al contemplar la antigua catedral y el mercado; contó cómo eran en los días de Zwinglio” (carta de G. C. White a L. E. From, 3 de diciembre de 1934).

Al año siguiente, en *El Conflicto de los Siglos*, ella escribió acerca de Zwinglio y sus luchas religiosas:

“En Suiza, lo mismo que en Alemania, vinieron días tenebrosos para la Reforma. Mientras que muchas regiones aceptaban la fe reformada, otros se

[313]

aferraban ciega y obstinadamente al credo de Roma. Las persecuciones dirigidas contra los que aceptaban la verdad provocaron finalmente una guerra civil. Zwinglio y muchos de los que se habían unido con él sucumbieron en el sangriento campo de Cappel”.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 224, 225.

Un paseo en bote por el lago Zurich

“Después de comer acompañados por el Hno. Erzberger, realizamos un placentero paseo en bote, por el Lago Zurich. El agua estaba muy tranquila y veíamos ampliamente los alrededores del lago Zurich. Pudimos observar las montañas que están detrás. Este lago tiene 56 km de largo y nos fue posible tener una buena idea de la extensión de Zurich y de las diversas regiones ubicadas a orillas del lago. Es una bella extensión de agua cuya ribera se eleva formando terrazas con viñedos y bosques de pinos, en medio de los cuales se destacan los blancos villorrios y villas entre los árboles y las colinas cultivadas; lo cual concede variedad y belleza al paisaje. A mucha distancia los glaciares extienden sus picos helados hasta el mismo cielo y se confunden con las nubes doradas. A la derecha, la región está amurallada por los escabrosos muros de los Alpes Abbis, pero las montañas se yerguen detrás de la playa permitiendo que la luz caiga libremente sobre el centro del lago y sobre la amplia curva de sus encantadoras y fértiles orillas, dándole un encanto tal al cuadro que la pluma de los artistas no puede describirlo”.—*Manuscrito 29*, 1887.

En medio de esta belleza y esplendor natural, Zwinglio, el reformador suizo, presentó al pueblo las bellezas de Cristo el Creador y Redentor.

[314] El sábado 20 de mayo Elena G. de White habló por última vez a los creyentes de Basilea. Era una hora de tristeza, porque tenía que abandonar a los hermanos y hermanas con los cuales había estado tan íntimamente ligada durante casi dos años. Pero había llegado el momento de decirles adiós, con la perspectiva de no volverlos a ver en este mundo.

[315] El martes 23 de mayo partió de Basilea con la Hna. Ings, para tomar el tren que las llevaría rumbo al norte, hasta Colonia y Vohwinkel, Alemania, donde tenía compromisos que cumplir. De allí prosiguió a Escandinavia y Gran Bretaña para las visitas finales, antes de zarpar hacia los Estados Unidos a comienzos de agosto.

La visión de Vohwinkel

Dios exhorta a la unidad y la buena voluntad

En la mayor región carbonífera e industrial del oeste de Alemania, que limita al sur con el río Ruhr, hay ciudades populosas y ricas, tales como: Dortmund, Essen, Dusseldorf, Colonia y Wuppertal. En lo que hoy se conoce como Wuppertal, hay una zona suburbana llamada Vohwinkel. Está próxima a Elberfeld. En estas dos pequeñas comunidades los adventistas iniciaron pequeños grupos hace mucho tiempo.

Cuando la Hna. White llegó a Vohwinkel, el viernes 27 de mayo por la tarde, la acompañaban la Hna. Ings y L. R. Conradi, que se había unido a ellas esa tarde en Maguncia.

Los grupitos de adventistas se reunieron para celebrar una asamblea general en Vohwinkel. Estaban ansiosos y expectantes, ya que la Hna. White nunca había predicado en Alemania. Ella pasó la noche del viernes en casa de un anciano de la iglesia local que vivía “en un lugar agradable”, a varios kilómetros de distancia.

Elena G. de White “halló a las iglesias... en dificultades”, y vio que necesitaban consejos especiales y ayuda en esos momentos. **The Review and Herald, 27 de septiembre de 1887.** En la iglesia había penetrado un espíritu de crítica destructiva, que dio como resultado divisiones y resentimientos. [316]

Conradi se dirigió el viernes por la noche a un auditorio interesado y atento. El dirigente alemán era un hombre dinámico y ejecutivo; y su influencia se hacía notar

La visión de Vohwinkel

Esa noche, mientras Elena G. de White dormía, soñó que observaba a un pequeño grupo que estaba celebrando una reunión religiosa. El Señor se les apareció como un visitante y les habló con amor y ternura. El día siguiente, sábado 28 de mayo, ella escribió

esta notable revelación, que obviamente se aplicaba a los hermanos de Vohwinkel:

“Anoche soñé que un grupo pequeño se había congregado para celebrar una reunión religiosa. Alguien entró y se sentó en un rincón oscuro para no llamar la atención. No había clima de libertad. El espíritu del Señor no podía obrar libremente. El anciano de la iglesia hizo algunas observaciones y parecía que estaba tratando de herir a alguien. Observé una sombra de tristeza en el rostro del extraño. Era evidente que el amor de Jesús no estaba en el corazón de aquellos que pretendían creer en la verdad y, como resultado seguro, el Espíritu de Cristo estaba ausente y existía una gran necesidad del amor de Dios entre los hermanos; tanto en sus pensamientos como en sus sentimientos. La reunión no resultó animadora para nadie”.—*Manuscrito 32, 1889.*

El extraño se dirige a los presentes

“Cuando la reunión estaba por concluir, el extraño se levantó y con voz cargada de tristeza y entre

[317]

lágrimas, dijo a los presentes que en sus almas y en su experiencia había una enorme carencia del amor de Jesucristo; el cual está presente, y en abundancia, en todo corazón donde mora Cristo. Los corazones renovados por el Espíritu de Dios, no sólo aman a Dios sino también al hermano, y si ese hermano comete equivocaciones, si yerra, hay que tratarlo de acuerdo con el plan del Evangelio. Hay que seguir cada paso según las indicaciones de la Palabra de Dios”... A continuación, el extraño hizo varias preguntas:

“Vosotros parecéis dispuestos a herir y lastimar mutuamente vuestros corazones. ¿Es éste el ejemplo que Jesús os dejó? ¿Dónde está su manera de actuar? ¿Creéis que estáis obrando bien al demostrar tan poco amor y

tolerancia, tan poca paciencia hacia vuestros hermanos? ¿Habéis olvidado las palabras de Cristo: ‘Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros’? **Juan 13:34, 35**. ‘El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él’. **Juan 14:21**.

“No estáis cultivando el amor a Dios ni a vuestros hermanos. Tened cuidado con la forma como tratáis aquello que Cristo ha comprado con su sangre. Será necesario reprender con claridad y fidelidad las malas obras, pero la persona que asume esta tarea debe estar segura de que ella misma no se ha separado de Cristo debido a sus propios errores. Debe ser espiritual y restaurar al tal con espíritu de mansedumbre. A menos que tenga este espíritu, no es su deber reprobar o corregir a sus hermanos, porque creará dos males en lugar de curar uno...

“Lo que distingue el carácter y la conducta de los cristianos de los demás, es el principio del

[318]

amor santo y semejante al de Cristo, que obra en el corazón con su influencia purificadora. El verdadero cristiano realiza las obras de Cristo al expresarlas mediante actos de amor al prójimo. Cuando este principio vivo, permanente y activo forma parte de la vida y el carácter, nadie puede asemejarse al mundo. Si conocéis el carácter y las obras de Cristo sabréis cuál debe ser la actitud y la conducta de los cristianos. Cristo odió tanto al mal que con sus labios y su ejemplo reprobó con firmeza el pecado y el mal. Pero aunque odiaba el pecado, amaba al pecador...

“Como hijos e hijas de Dios podríais haber sido mucho más fuertes si hubierais amado a Dios en forma suprema y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Podríais haber alcanzado una horma mucho más elevada si hubierais aumentado progresivamente vuestro conocimiento de la verdad, y si hubierais acumulado más luz divina para hacerla resplandecer mediante las buenas obras ante todos los que os rodean.

“Vuestras obras no agradan a Dios pero satisfacen al enemigo. Tenéis que aprender algunas lecciones en la escuela de Cristo antes de estar listos para el cielo. Vuestro yo, vuestros caminos, vuestros ásperos rasgos de carácter os descalifican para tratar con las mentes y los corazones... Si os permitís ser dictatoriales, y si acusáis y juzgáis a vuestros hermanos, y con vuestros corazones no santificados y temperamentos profanos procuráis enmendar vuestros errores, hacéis una obra deficiente y alejáis las almas del servicio de Cristo...

“Debéis aferraros de Dios con una mano mientras extendéis la otra con amor, para tomar al extraviado y al pecador y acercarlos a Jesús. Orad con ellos, llorad con ellos, temed por sus almas, amadlos y jamás los dejéis ir. Este es el amor que Jesús ha manifestado

[319]

por vosotros. Nunca os separéis, manteneos más bien fuertemente unidos, ligando un corazón al otro y elevando súplicas en el Espíritu. Entonces el poder de Dios obrará en vuestro medio y muchas almas serán traídas a la verdad por medio de vuestra influencia”.—*Ibid.*

Todo esto le pareció tan real a Elena G. de White en el sueño, como si hubiera visto y oído personalmente al extraño. Pero, ¿quién era él? El tono de su voz, sus palabras y modales resultaban familiares. Prosiguió relatando:

“El volvió a sentarse y el sol, que había estado oculto, resplandeció e iluminó plenamente su persona. ¡Qué revelación! En un instante todos supieron quién les había hablado. Unos a otros se decían: ‘¡Es Jesús, es Jesús!’ y entonces comenzaron a confesar sus pecados y ha hacerse confesiones mutuas. Brotó el llanto, porque los corazones parecían quebrantados, y luego hubo regocijo; y la habitación se llenó con la suave luz del cielo. La voz musical de Jesús dijo: ‘La paz sea con vosotros’. Y su paz se manifestó”.—*Ibid.*

Las reuniones del sábado

Ese sábado de mañana—apenas pocas horas después del sueño—la Sra. de White habló ante un gran auditorio. Había muchas personas no adventistas, y ella sentía una gran preocupación por estas preciosas almas. “Mientras estábamos reunidos en este humilde lugar de culto * —escribió ella—, experimenté realmente la paz de Cristo. Sentí que Jesús y los ángeles estaban presentes”.—*The Review and Herald, 27 de septiembre de 1887.*

Conradi quedó un poco sorprendido cuando, al terminar el sermón, la Hna. White sugirió que tuvieran* una “reunión social” [de testimonios]. Jamás se había hecho algo semejante en la iglesia de Vohwinkel. Excepto unas pocas personas que habían visitado la iglesia de Basilea, el resto de la congregación no tenía la menor idea de lo que era una reunión de testimonios.

Sus actividades habituales consistían en reunirse el sábado para orar los unos por los otros y luego—como no tenían pastor que les predicase—regresaban a sus casas; pero, ¡quién había oído siquiera mencionar la expresión “reunión de testimonios”! La hermana White insistió amablemente en que debían celebrarla, y añadió: “El Espíritu del Señor estuvo ciertamente en nuestro medio”. Y, al concluir, pudieron decir: “Tuvimos una excelente reunión social”. Todos los presentes recibieron una rica bendición y muchos de ellos participa-

[320]

*Todavía existen una o dos habitaciones del “lugar de culto” de Vohwinkel, que formaban parte de una casa grande de dos pisos, de construcción peculiar. El edificio original fue destruido en gran parte por las bombas durante la segunda guerra mundial.

* 11—E.G.W. en E.

ron. “Mi corazón se alegró en el Señor al ver a tantos hermanos que eran verdaderas luces en el mundo”.—*Ibid.*

Ese memorable fin de semana en Vohwinkel se realizaron también otras reuniones. El sábado por la noche ella exhortó especialmente a los hermanos a que tuvieran unidad y armonía entre ellos.

“Me sentí urgida a hablar nuevamente... a las ocho de la noche, y así lo hice, sobre la necesidad de realizar esfuerzos especiales para que hubiera armonía, y que los miembros de la iglesia ocuparan sus mentes con pensamientos acerca de la verdad, el Salvador y la vida futura. Si vivían y caminaban en la verdad no emplearían el tiempo en hablar de los errores y faltas ajenos. Después que terminé de predicar, el Hno. Conradi continuó la reunión hasta la medianoche.

El domingo, el Hno. Conradi habló por la mañana acerca de la obra misionera. A las tres de la tarde prediqué acerca de **1 Juan 3:1-3**. Sentí mucha libertad aunque estaba algo débil por la falta de alimento, que mi estómago no recibía. El Hno. Conradi trabajó fielmente con ellos, y creo que tuvo mucho éxito.

[321]

Sus dificultades cesaron, con excepción de un hermano que abandonó la reunión. El Hno. Conradi lo siguió y conversó con él hasta las dos de la mañana, con buenas perspectivas de que los problemas se solucionarían”.—*Manuscrito 32, 1887.*

Un consejo acerca de los grupos pequeños

La esencia del mensaje que predicó la Hna. White fue publicado en la *Review*:

“Que estos grupos pequeños que pocas veces escuchan predicar, se aferren más firmemente de Jesús. Que decidan en primer lugar este punto: Saber que están dispuestos a caminar por el sendero estrecho, por el que

Jesús transitó antes que ellos, y a llevar su cruz. Que se apropien de las promesas de Dios, de concederles orientación divina... Con estas preciosas promesas no necesitamos sentirnos desanimados.

“Dios no ignora las pruebas y tentaciones de cada uno de sus queridos hijos, y si ellos anhelan tener amor, paz y armonía entre sí, ¡cuánto le agrada esto a Jesús! El oró a su Padre para que sus discípulos fuesen uno, como él lo era con el Padre. Si alguna persona, cualquiera sea el ambiente o las circunstancias que la rodean, se esfuerza por responder a la oración de Cristo, en sus sentimientos, palabras y acciones hacia el prójimo, estará colaborando con el Señor Jesús en su obra, y todo el cielo se regocijará” (27 de septiembre de 1887).

La Hna. White se dio cuenta de que un grupo pequeño como el de Vohwinkel tenía grandes posibilidades de compartir su fe. ¿Previó quizá la expansión y las dimensiones que alcanzaría en el futuro la obra en Alemania? ¿El notable crecimiento que se produciría en los años venideros? “¡Cuánto bien pueden hacer unos pocos si están plenamente unidos en Cristo!... Son canales de luz para el mundo”, [322] escribió con un sentimiento de esperanza. [323]

Para concluir, hizo la siguiente amonestación:

“Que cada hermano se sienta responsable en gran medida por la fuerza y la prosperidad de la iglesia. Cuando hayáis usado al máximo vuestra capacidad, Dios ciertamente hará su parte, y os dará la iluminación divina. Dios obrará, y vosotros debéis obrar hacia el mismo fin para cumplir el mismo propósito, como los soldados fieles de un ejército que obran en armonía con los planes y propósitos de sus dirigentes. Debemos rendir nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Estas iglesias pequeñas pueden ser iglesias vivas, sanas y fuertes.

“Jamás olvidaré a este pequeño grupo y las gratas relaciones que hemos mantenido al adorar a Dios. Me

hubiera gustado hablar directamente con estas preciosas almas, pero estoy agradecida por el privilegio de hablarles a través de un traductor. Pablo puede plantar y Apolos regar, pero Dios da el crecimiento”.—*Ibid.*

Las reuniones de Gladbach

El lunes de mañana, el pequeño grupo partió de Vohwinkel hacia Gladbach, una ciudad no demasiado pequeña ubicada al sur de Vohwinkel y al norte y este de Bonn, la capital actual de Alemania Occidental. A la hermana White le agradó encontrar el Hno. Doerner esperándolos en la estación. Tomaron un coche para dirigirse a la casa de la madre de este hermano. Allí vivía la Hna. Doerner con sus dos hijas, también adventistas.

[324] Les aguardaba un buen desayuno alemán, pero Elena G. de White no pudo comer. La obligaron a recostarse y descansar; apenas tenía fuerzas para sentarse. La enfermedad que había sufrido en Basilea y las agotadoras reuniones que realizó antes de partir para Alemania la habían dejado casi exhausta.

Refiriéndose a la familia Doerner, escribió:

“La Hna. Doerner es hija del Hno. Lindermann, que ha observado el sábado durante 25 ó 30 años. Todavía vive, y tiene 83 años de edad. Por medio de su influencia la familia Doerner aceptó el sábado. Actualmente lo hacen también tres hermanos. Poseen en sociedad un gran establecimiento industrial, en el cual se fabrican mercaderías de algodón puro y mezclado con lana” *Id.*, 11 de octubre de 1887.

La influencia de la obra de J. H. Lindermann

Unos 30 años antes, J. H. Lindermann, después de investigar por sí mismo la Biblia, llegó a la conclusión de que Cristo regresaría a la tierra en un futuro cercano. En 1867 sus estudios habían avanzado lo suficiente como para permitirle comprender que el séptimo día, sábado, era el día de reposo. No sólo predicó acerca de sus creencias, sino que también publicó folletos que explicaban esas doctrinas.

Comenzaron a surgir entonces pequeños grupos como resultado de la semilla plantada en Vohwinkel, Solingen, Gladbach y Rehdt.

Los adventistas de Suiza se enteraron de la existencia de estos observadores del sábado, gracias a un contacto providencial con un mendigo que recorría distintos lugares. Un creyente suizo acogió al mendigo, y así llegó a conocer estas noticias. ¡Si no lo hubiera ayudado, tal vez jamás habrían oído hablar de Lindermann y sus seguidores!

Jaime Erzberger escribió a Lindermann, y recibió como respuesta una invitación para visitar al grupo de Eiberfeld en la zona de Wuppertal. Erzberger llevó consigo a J. N. Andrews, y con gran alegría descubrieron un grupo de 50 personas que aguardaban con expectación la preciosa verdad que ellos les llevaban.

Precisamente con los seguidores de Lindermann se formó la iglesia de Vohwinkel, una de las primeras iglesias adventistas de Alemania, y los miembros de su familia se contaron entre los primeros adventistas. [325]

El 8 de enero de 1876, Jaime Erzberger bautizó a ocho personas en Solingen, una ciudad famosa por sus cuchillos finos de acero. Fue el primer bautismo adventista celebrado en Alemania, y el pequeño grupo se organizó y formó la primera iglesia adventista del país, con 25 miembros. Los creyentes de Vohwinkel se organizaron aproximadamente al mismo tiempo.

Los alemanes sostuvieron la obra de Dios sin recibir ayuda económica de Suiza. Sin embargo, en 1884 las iglesias de Solingen y Vohwinkel se unieron a la Asociación Suiza recientemente organizada.

Una visita a la Iglesia de Gladbach

Mientras estaba en Gladbach, la Hna. White quedó encantada al ver los hermosos jardines de la familia Doerner, adornados con una variedad de árboles, plantas y flores. La belleza y la fragancia del jardín fueron una terapia natural para su cuerpo y su mente. Caminaba por el jardín reflexionando en la bondad de Dios, al proveer al mundo con las encantadoras bellezas que él había creado.

Más tarde escribió lo siguiente:

“Mientras estaba en Europa, una hermana... que se hallaba profundamente apenada, me escribió pidiéndome algunos consejos que la animaran. La noche que siguió a la lectura de su carta, soñé que me hallaba en un jardín y que uno, al parecer el dueño del mismo, me conducía por sus caminos. Yo estaba recogiendo flores y gozando de su fragancia, cuando esta hermana, que había estado caminando a mi lado, me llamó la atención hacia algunos feos zarzales que le estorbaban el paso. Allí estaba ella afligida y llena de pesar. No iba por el camino siguiendo al guía, sino que caminaba entre espinas y abrojos. ‘¡Oh!—murmuró ella—¿no es una lástima

[326]

que este hermoso jardín esté echado a perder por las espinas?’ Entonces el que nos guiaba dijo: ‘No hagáis caso de las espinas, porque solamente os molestarán. Cortad las rosas, los lirios y los claveles’”.—*El Camino a Cristo*, 118.

Entonces pregunta la Sra. de White:

“¿No ha habido en vuestra experiencia algunas horas felices? ¿No habéis tenido algunos momentos preciosos cuando vuestro corazón ha palpitado de gozo respondiendo al Espíritu de Dios? Cuando abris el libro de vuestra experiencia, ¿no encontráis algunas páginas agradables? ¿No son las promesas de Dios fragantes flores que crecen a cada lado de vuestro camino? ¿No permitiréis que su belleza y dulzura llenen vuestro corazón de gozo?”—*Ibid.*

Esa tarde predicó un emotivo sermón basado en *Juan 15:1-3*. El Hno. Conradi tuvo a su cargo la traducción. Ella sentía intensamente el tema. “La verdad fue una realidad para mí—explicó—, y sentí que Dios me dio realmente una fuerza especial y me impartió su Espíritu Santo mientras hablaba. Vi ante mí a un grupo inteligente que disfrutaba de escasos privilegios y por el cual los ministros

trabajaban muy poco. Tenemos la esperanza de que la reunión haya sido una bendición para los que estuvieron presentes, y oramos por que así sea”. *The Review and Herald*, 11 de octubre de 1887. La sierva del Señor predicaba con frecuencia acerca de los capítulos 14 y 15 de Juan.

A la mañana siguiente, el grupito de viajeros abordó el tren que iba a Hamburgo, desde donde seguirían viaje a Copenhague.

[327]

El pastor Luis R. Conradi

L. R. Conradi, con quien trabajó Elena G. de White en Vohwinkel, era un alemán que había ido a Norteamérica a los 17 años. Mientras estuvo en los Estados Unidos se convirtió al adventismo. Se graduó en el Colegio de Battle Creek. Era un hombre inteligente, dotado de talentos y habilidades fuera de lo común. En 18 meses concluyó el curso de cuatro años (del curso superior) y luego trabajó con gran éxito entre la gente de habla alemana, en el medio oeste de los Estados Unidos. Fue ordenado al ministerio en 1882. A la edad de 30 años regresó a Europa junto con G. C. White en febrero de 1886, como ya hemos visto. Ocasionalmente actuaba como traductor de Elena G. de White. Ella estaba contenta de que el pastor Conradi hubiera regresado a Europa.

[328] Durante los meses siguientes, trabajó con celo y sacrificio en Rusia.* Mientras estuvo en Crimea recorrió distintos lugares acompañado por un creyente ruso llamado Gerhard Perk, un ex menonita que se había convertido mediante la lectura de publicaciones adventistas. Las autoridades rusas acusaron a Conradi de enseñar herejías judías y lo pusieron 40 días en prisión. Cuando Elena G. de White conoció este incidente se sintió muy apenada, y le escribió una carta amable y llena de comprensión. Le aseguró: “Cuidaremos en forma especial de su esposa e hijo”. “No lo hemos olvidado, y hemos presentado su caso al tribunal superior—al gran soberano de los mundos. El Señor a quien servimos lo libraré cuando él lo considere más oportuno”.—*Carta 49, 1886.*

En esta carta consoladora se refirió también al triunfo de la verdad de Dios e indicó que ninguna cosa que hicieran los enemigos del Evangelio podría obstaculizar en forma permanente la difusión del mensaje de la verdad.

La Hna. White continuó:

* En Rusia había muchos protestantes de habla alemana, y entre ellos se notaba un interés creciente por el adventismo.

“Dios reina, y a pesar de su majestad él ama a los más indefensos y sufridos de sus hijos. Dios nos muestra las evidencias de su poder, y la verdad triunfará. El desarraigará todos los errores doctrinales. Cada verdad será inmortal. Encomiende el cuidado de su alma a Dios, como a un fiel Creador. Sus ángeles están a su alrededor. Tenga fe en él. Recuerde que Jesús es su Redentor y considere cuánto tuvo que sufrir él. Cuando los apóstoles de Cristo fueron arrojados a una prisión, los ángeles de Dios traspasaron los muros de la prisión y los cuidaron. ¡Oh, la ternura, la compasión de Dios! El dice: ‘¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti’”. *Isaías 49:15*.—*Ibid.*

Conradi como dirigente

Más adelante vemos a Conradi de regreso en Alemania, predicando en Hamburgo, donde estableció la sede de la creciente iglesia alemana, en la calle Sophienstrasse 41. [329]

Conradi fue asumiendo responsabilidades cada vez mayores como dirigente. En 1891, Alemania y Rusia se separaron de la Asociación Central Europea y quedaron a su cargo.

Siempre trabajó con celo y energía. En 1901, al crearse la Asociación General Europea, él fue elegido como su primer presidente; y en 1903 se lo nombró vicepresidente de la Asociación General. Quedó a cargo de la obra en Europa (más adelante como presidente de la División Europea) hasta 1922.

El intrépido dirigente alemán fue un hábil escritor que cuenta en su haber con muchos libros, entre los cuales se destaca su revisión y ampliación de la *History of the Sabbath* escrita por J. N. Andrews.*

*En castellano existe una obra de Conradi, agotada ya, que lleva el título de **Los Videntes y lo Porvenir**.—Nota de la Redacción.

Conradi y la doctrina del santuario

Lamentablemente, con el transcurso de los años, Conradi se dejó llevar por extrañas ideas acerca de la purificación del santuario y los acontecimientos relacionados con la fecha crucial de 1844. En su opinión, los sucesos ocurridos en el Medio Oriente en 1844 cumplían la profecía de **Daniel 8:14**. Conradi llegó a creer también que la proclamación de los mensajes de los tres ángeles de **Apocalipsis 14** se cumplieron en la obra de los reformadores, particularmente de los que vivieron durante el siglo XVI. No percibió la providencia especial de Dios en los comienzos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

[330] Su alejamiento de la fe no se produjo en un día, un mes o un año. De acuerdo con su propio testimonio, sus problemas comenzaron en 1886 y se intensificaron en el Congreso de la Asociación General celebrado en Mineapolis en 1888, cuando se negó a aceptar la posición del pastor E. J. Waggoner acerca de la justificación por la fe. La Sra. de White, por supuesto, aprobó la predicación de Waggoner y esa doctrina, y esto colocó a Conradi en una posición difícil. ¿Se atrevería a menospreciar a la Sra. de White? Cuando llegó el momento, fue evidente que no dudó en hacerlo.

Una carta de confesión dirigida a la Hna. White

Sin embargo, en 1891 recapitó con respecto a su posición independiente, y se arrepintió sinceramente de su espíritu antagónico. Así lo hizo saber en una carta de confesión manuscrita que dirigió a la Hna. White en agosto de 1891. Dice lo siguiente:

“Apreciada Hna. en Cristo:

“Es probable que la sorprenda un poco recibir una carta mía, pero durante la semana pasada sentí la impresión de que el hecho de escribirle y liberar mi corazón, equivaldría a apartar otro lastre que puede obstaculizar mi carrera al cielo. Perdóneme, por lo tanto, por tomar una parte de su valioso tiempo; trataré de ser breve.

“Cuando me relacioné por primera vez con este pueblo, hace más de 13 años, aprendí por experiencia

a saborear la paz de Dios y a tener la seguridad del perdón de los pecados, y a liberarme de su esclavitud. En lo que respecta a la teoría, confieso que tuve poca luz, en este punto y en muchos otros. Durante casi siete años me mantuve victorioso, mientras realizaba firmes progresos. Tuve el privilegio de conocerla a usted y a su querido esposo poco tiempo después de abrazar la verdad; y jamás olvidaré su bondad cuando me compró el saco que usé para mi graduación y cuando me dio los diagramas al iniciarme en la predicación. Pero, poco tiempo antes de venir a Europa comenzaron las derrotas, al principio muy leves y a largos intervalos. Aunque deseaba trabajar en favor de la unión, no siempre tenía sentimientos correctos hacia usted.

“Las circunstancias peculiares de Basilea no me ayudaron y lentamente fui perdiendo terreno. Cuando

[331]

regresé a Norteamérica deseaba recibir ayuda, pero las reuniones de Mineapolis no hicieron otra cosa que añadir oscuridad. Sus palabras fueron exactas en mi caso. Traté de vencer por medio del trabajo; esto me ayudaba parcialmente durante un tiempo, pero la esclavitud proseguía. ¡Oh, cuán oscuras son las horas de cautiverio, cuando se ha probado antes la libertad! ¡Si no hubiera sido por la libertad y la experiencia que disfruté antes de esa época, no sé adónde hubiera sido arrastrado!

“Pero la dulce paz de Dios ya no moraba en mí. Podía disfrutar de libertad y sentir sus bendiciones durante las reuniones, pero cuando éstas terminaban el cautiverio proseguía, y se producían ‘altos’ y ‘bajos’, e iba más hacia abajo que hacia arriba. Más de una vez me tendí en el suelo, pidiéndole a Dios que me ayudara, pero no estaba dispuesto a destruir totalmente el ídolo del pecado. Cuando oí decir que las últimas reuniones de la Asociación General habían sido muy buenas pensé

que sería hermoso que eso fuera cierto. Fui a Londres y recibí un poco más de luz acerca de mi verdadera condición, di algunos pasos pero no tuve éxito ni gané plenamente la victoria.

“El Hno. Olsen vino a Hamburgo y fuimos juntos a Basilea. Allí siguió la lucha a brazo partido, hasta la semana pasada, cuando regresé a Hamburgo. La salud de mi esposa y la inestabilidad de nuestros asuntos representaban una pesada carga y mientras imploraba a Dios—una vez más debería decir—, fui liberado, y la dulce paz de Dios volvió a morar en mi interior, y hoy preferiría dar la vida y todo lo que poseo antes que volver a perder esa paz por causa del pecado.

“¡Oh, tiene un sabor tan precioso, después de sufrir durante años la muerte espiritual! Y hoy, con la luz que he recibido de mis hermanos, espero conservar esa experiencia y guardarla hasta el fin.

[332]

Puedo creer que aún la misma victoria final me pertenece, y no porque la merezca, ya que he aprendido mi insignificancia, sino porque Cristo vive en mí. Sólo puedo culpar a una persona por mis oscuras experiencias del pasado, y esa persona soy yo mismo.

“Por grandes que sean las tinieblas que nos rodean, si hay luz en nosotros, podemos iluminar. Pero alabo a Dios por su longanimidad hacia mí, porque me ha dado no sólo un cargo, sino aun habiendo sido tan indigno como fui, un lugar entre su pueblo.

“Debido a los sentimientos que albergué contra usted y las palabras que pronuncié especialmente durante la reunión de Mineápolis, le ruego me perdone. Si usted y mis hermanos todavía tienen un lugar para mí en la causa de Dios, puedo decir que con la ayuda divina, de la cual tengo evidencias, seré un pastor, un miembro de

iglesia y un hermano diferente. Mi corazón anhela ir en pos de las almas como lo hacía hace años, y siento también la liberación de la esclavitud del pecado y la paz de Dios como entonces. Tras de mí quedan algunas experiencias tristes, pero miro hacia adelante confiando en un futuro más brillante. Quiero aprender más de la plenitud de Cristo y de lo que significa mi elevada vocación en él. Y quiero llegar a la plena armonía con mis hermanos y hermanas a fin de que, cuando volvamos a vernos, pueda gozar con ellos de las ricas bendiciones celestiales.

“Dios, en su misericordia, aun en mis horas oscuras me ayudó a estar en paz con mis hermanos de este lugar y a mantener la unión con nuestro pueblo e incluso a trabajar en favor de esa unión. Sin embargo, la he estropeado muchas veces con mis actos. El Señor me ha mantenido hasta ahora en un lugar que no merezco, pero ha vuelto a encontrarme y no deseo volver a extraviarme.

“Puedo apreciar ahora sus consejos del pasado y ver luz donde antes había tinieblas. Si no tuviera el

[333]

privilegio de volverla a ver el año próximo, puedo asegurarle que en Cristo seré uno con usted en su obra, y que mis oraciones la acompañarán. Apreciaría mucho recibir de usted unas pocas palabras indicándome que ha recibido mi carta y que me concede el perdón y, recibiré agradecido sus palabras de consejo, advertencia o reproche...

[Los dos párrafos siguientes contienen informes del progreso de la obra en Alemania, que contaba con cinco iglesias, 126 miembros y 150 observadores del sábado en total.]

“Que el Señor la bendiga en su viaje a Australia, si la Providencia la guía hasta allá. Suyo en la verdad”.

(firmado) L. R. Conradi 16 de agosto de 1891*

Si Elena G. de White contestó esta carta, debe haberle enviado alguna nota manuscrita confidencial, porque en los archivos de correspondencia escrita a máquina que dejó no se ha encontrado ninguna respuesta.

Revive la fe de Conradi

[334] Una carta que L. R. Conradi dirigió a Elena G. de White desde Fastow, Rusia, seis años más tarde, muestra claramente que él seguía luchando con entereza por agradar al Señor. La Hna. White se hallaba entonces en Australia. En el primer párrafo de su carta él cuenta de qué manera halló “luz” en la Palabra de Dios y en “los testimonios de su Espíritu”. Expresa también su “gratitud a Cristo, que ha demostrado ser un Amigo fiel y Sumo Sacerdote para mí cuando todo parecía oscuro, Satanás me acosaba y no tenía esperanzas y hubiera hecho bien en arrojar mi única ancla... Hoy oro al Señor diciendo: Unge mis ojos, déjame ver mi propia salvación, no permitas que me aparte ni me desvíe del sendero del deber y déjame conocer tu voluntad... No quiero estropear con mi pasado la obra que él ha hecho, a pesar de que él ha olvidado bondadosamente ese pecado. Si usted tiene alguna luz, exhortación o consejo, me agrada-
ría recibirlos”. Se despidió con las palabras, “Su indigno hermano en Cristo, L. R. Conradi” (carta de L. R. Conradi a E. G. de White, 6 de octubre de 1897).

Esto revela que Conradi tenía fe en los testimonios de Elena G. de White, y también en “alguna luz, exhortación o consejo” que ella pudiera darle.

La Sra. de White estimaba a Conradi

A través de los años, la Sra. de White tuvo sólo contactos ocasionales con el dirigente europeo. Sin embargo, ella conocía bien su obra y lo estimaba como dirigente de la iglesia. Durante una predicación que realizó en el congreso de la Asociación General celebrado en 1901, en el cual estuvo presente Conradi, ella mencionó

*La carta manuscrita original se encuentra en la bóveda de Publicaciones White.

públicamente su nombre y le dirigió un mensaje desde el púlpito. He aquí sus palabras:

“El Hno. Conradi ha llevado una carga de trabajo muy pesada en Europa. Hermano Conradi: Dios quiere que usted cuente con obreros a su lado, y quiere que usted les dé todo el aliento posible. El desea que la obra que usted está haciendo prosiga con fuerza y con poder.

“Usted ha estado haciendo el trabajo de varios hombres. Dios ha bendecido grandemente sus esfuerzos. Han sido los ángeles del Señor quienes hicieron esta obra, no el Hno. Conradi. El les abrió las puertas a los ángeles y ellos entraron. Y si todos vosotros abris puertas a los ángeles, y le dais a Dios la oportunidad de obrar, os digo que él realizará cosas que harán adelantar la obra con una fuerza que

[335]

vosotros no soñáis”.—*The General Conference Bulletin*, 22 de abril de 1901, p. 398.

Durante un tiempo él le dio un nuevo rumbo a su vida futura. ¡Qué alturas podría haber escalado si hubiera persistido y se hubiera mantenido firme! Pero en alguna parte del camino retrocedió y, actuando con su espíritu independiente de siempre, retomó su antigua posición peligrosa. Con el andar del tiempo, llegó a creer y preconizar ideas a las cuales ya nos hemos referido, que atacaron el mismo fundamento del mensaje del tercer ángel.

Los oyentes de Conradi

Finalmente, en 1931, los dirigentes de la obra en Europa central, durante una reunión de junta celebrada en Friedensau, Alemania, consideraron que era necesario hablar cara a cara con Conradi para pedirle que expusiera sus ideas divergentes. Se le dio la oportunidad de presentar y defender su posición. Pero no fue posible aceptar sus conclusiones. Esto señaló el comienzo del fin de la influencia de Conradi como dirigente de la Iglesia Adventista en Europa. Antes de

la ruptura final se hizo, sin embargo, un último esfuerzo por salvarlo. La junta de la Asociación General accedió a su pedido de que se le permitiera presentar sus ideas en los Estados Unidos, ante un grupo de dirigentes de la iglesia.

Esta comisión se reunió los días 13 al 16 de octubre de 1931, antes del Concilio Otoñal que se celebró ese año en Omaha, Nebraska. Entre los integrantes de la comisión había administradores de la iglesia de origen alemán: E. Kotz, W. Mueller R. Ruhling, y G. W. Schubert. El presidente de la Asociación General, C. II. Watson, actuó como presidente de la comisión. El secretario fue W. E. Mowell.

[336] Después de varias presentaciones extensas de Conradi, los hermanos se reunieron y redactaron una declaración, cuyo último párrafo reafirmaba el amor que sentían hacia el Hno. Conradi y el amor que les inspiraba la verdad de Dios. Pero la declaración fue muy realista:

“Debemos afirmar claramente que sus exposiciones acerca de las profecías siguen un rumbo muy similar al de aquellos que, en el pasado, se han alejado de la doctrina bíblica del santuario y han abandonado el movimiento. Al escuchar las exposiciones del Hno. Conradi sentimos que confunden la verdad bíblica, y si se las aceptara destruirían los mismos fundamentos de este movimiento adventista” (“Declaración acerca de la audiencia de Conradi”, depositada en la bóveda de Publicaciones White).

El informe de la comisión

La comisión luchó a brazo partido con las creencias e interpretaciones doctrinales de Conradi. El informe revela la enorme divergencia de opiniones entre Conradi y los dirigentes de la iglesia, ante los cuales se presentó en Omaha. Es necesario recordar que las enseñanzas de Elena G. de White estaban de acuerdo con las ideas que sostenían los miembros de la comisión representativa formada por dirigentes de la iglesia.

La posición de Elena G. de White

La posición que Elena G. de White había sostenido desde hacía muchos años, respaldaba plenamente el concepto de que el movimiento adventista cumplía las especificaciones de la profecía bíblica de **Apocalipsis 14:6-12**.

Conradi insistía en que los reformadores del siglo XVI predicaron ese mensaje cumpliéndose así las especificaciones de la profecía.

En el **Testimonies for the Church 9:19**, Elena G. de White escribió:

[337]

“En un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: Proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con ésta y nada debe desviar nuestra atención de ella.

“Las verdades que debemos proclamar al mundo son las más solemnes que jamás hayan sido confiadas a seres mortales. Nuestra tarea consiste en proclamarlas”.—
Joyas de los Testimonios 3:288.

Con respecto a la interpretación de **Daniel 8:14**, Conradi sostenía que los hechos acaecidos en Turquía y en el Oriente en 1844, cumplían la profecía que declaraba que al fin de los 2.300 años el santuario sería purificado. Pero veamos lo que declara la pluma inspirada:

“Las Escrituras contestan con claridad a la pregunta: ¿Qué es el santuario? La palabra ‘santuario’, tal cual la usa la Biblia, se refiere, en primer lugar, al tabernáculo que construyó Moisés, como figura o imagen de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al ‘verdadero tabernáculo’ en el cielo, hacia el cual señalaba el santuario

terrenal. Muerto Cristo, terminó el ritual típico. El ‘verdadero tabernáculo’ en el cielo es el santuario del nuevo pacto. Y como la profecía de **Daniel 8:14** se cumple en esta dispensación, el santuario al cual se refiere debe ser el santuario del nuevo pacto. Cuando terminaron los 2.300 días, en 1844, hacía muchos siglos que no había santuario en la tierra. De manera que la profecía: ‘Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario’, se refiere

[338]

indudablemente al santuario que está en el cielo”.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 469, 470.**

“Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la tierra al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida”.—**Ibid. 474, 475.**

La posición histórica que la iglesia y Elena G. de White sostenían acerca del tema del santuario y el sacerdocio intercesor de Cristo, está bien expresada en las siguientes palabras:

“Sé que la cuestión del santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, está basada en justicia y verdad. El enemigo es quien desvía las mentes. Le agrada cuando los que conocen la verdad se dedican a coleccionar textos para amontonarlos en derredor de teorías erróneas, que no tienen fundamento en la verdad. Los pasajes de la Escritura así empleados están mal aplicados; no fueron dados para sostener el error sino para fortalecer la verdad”.—**Obreros Evangélicos, 318.**

El asunto del espíritu de profecía

No es difícil comprender—a la luz de las creencias divergentes de Conradi—por qué razón él se oponía a Elena G. de White.

Después de todo, ella sostenía la interpretación adventista acerca de las profecías relacionadas con los mensajes de los tres ángeles y el santuario. También es fácil comprender por qué se produjo la ruptura final y la separación de Conradi de la iglesia. La comisión reunida en Omaha hizo la siguiente declaración:

“En cuanto a la aceptación de los escritos del espíritu de profecía, la posición adoptada por el Pastor Conradi... lo ha conducido en forma muy natural

[339]

a dudar de la posición y la autoridad del espíritu de profecía en la iglesia, ya que estos escritos enseñan claramente la doctrina aceptada por la iglesia acerca del santuario y su purificación”. **Declaración Acerca de la Audiencia de Conradi, 8.** Este informe se refirió también a la posición de la iglesia con respecto a la inspiración de la Sra. de White:

“La Palabra de Dios, sin embargo, revela claramente que este don profético se manifestará en la iglesia remanente y constituirá uno de sus rasgos distintivos. **Apocalipsis 12:17, y 19:10.** La prueba de este don dentro de la iglesia, tal como se ha manifestado a través de la obra de la Sra. Elena G. de White, ha sido hallada en armonía con las enseñanzas que ella sostiene acerca de las Sagradas Escrituras. Su obra ha consistido siempre en señalarle a la Iglesia de Cristo que la Biblia es el fundamento de la fe y que el Señor Jesucristo es el único y perfecto Salvador. El mismo espíritu que inspiró a los profetas de la antigüedad se ha manifestado en la obra que ella realiza en favor de la iglesia. Aunque las Escrituras constituyen la base de toda fe y doctrina, al mismo tiempo enseñan claramente la existencia del don de profecía en la iglesia remanente”.—**Ibid.**

Conradi dejó de ser adventista en 1932, a la edad de 76 años. Pasó sus últimos años en Hamburgo, Alemania, donde yacen sus restos. Su hijo, un médico notable, y su nuera, continúan en la fe.

Conradi fue aceptado como pastor por la Iglesia Bautista del Séptimo Día; y llegó a ser el principal organizador y promotor de esta iglesia en Alemania.

[340] Así hemos bosquejado con tristeza la apostasía de un muy amado hermano y dirigente adventista de Europa. La historia de la apostasía de otros destacados obreros norteamericanos también ha sido descripta por medio de la página impresa, como por ejemplo la de D. M. Canright, que ingresó en la Iglesia Bautista; y de Moisés Hull, que se dejó arrastrar por el espiritismo. Estos casos nos advierten acerca del peligro de pisar el terreno encantado de Satanás, un terreno engañoso, que conduce a la apostasía de la “verdad presente”. “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”. **1 Corintios**

[341] **10:12.**

El primer congreso en Europa

Centenares de personas viajan a Moss, Noruega

Cuando Elena G. de White llegó a Copenhague en ruta a Moss, Noruega, para asistir al primer congreso que se iba a realizar en Europa, le sorprendió encontrar en la estación a la realeza y a altos dignatarios noruegos. “Había hombres vestidos de rojo cuya magnificencia resplandecía por doquier”. Desde el coche hasta la estación se había extendido ceremoniosamente una alfombra de Bruselas.

¿A qué se debía tanta excitación? Alguien dijo que el Príncipe real de Dinamarca estaba en el tren. El príncipe heredero, que luego llegó a ser el Rey Federico VII, estaba en realidad en la estación, pero no en el tren.

El hermano del príncipe heredero, Valdemar, y su esposa María, también estaban allí, porque la madre de María, la duquesa de Chartres, había viajado en el tren donde iba Elena G. de White. La familia real danesa estaba relacionada, por medio de distintos matrimonios, con la mayor parte de las casas reales de Europa en esa época, y no es raro que la gente estuviera confundida y que la Sra. de White hubiera recibido información errónea.

[342]

“Al rey de Dinamarca se lo llamaba entonces el Suegro de Europa”.^{*} El príncipe heredero Federico estaba casado con una princesa sueca; la hija mayor, Alejandra, era la esposa del príncipe de Gales, que más tarde se convirtió en el rey Eduardo VII de Inglaterra; el hijo que le seguía, Guillermo, llegó a ser el Rey Jorge I de Grecia; Valdemar, el príncipe a quien Elena G. de White vio, estaba casado con una dama de la nobleza francesa. Dagmar, la penúltima hermana, era la esposa del zar Alejandro III de Rusia, y finalmente, la menor, Thyra, estaba casada con el duque de Cumberland, de Inglaterra.

^{*}La profecía de Daniel para los últimos tiempos había declarado refiriéndose a las naciones de Europa occidental: “Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro”. [Daniel 2:43](#).

El cortejo real atravesó un portal en forma de arco para llegar a un coche rodeado por soldados que lucían uniformes adornados con plumas, y pronto emprendió el camino al palacio. Elena G. de White tomó un coche que la llevó a un alojamiento mucho más humilde. A ella no se le había extendido una alfombra de Bruselas, ni se habían reunido personajes reales para recibirla con honores; pero los humildes santos de Dios, la realeza del reino celestial, esperaban en Copenhague su llegada y el mensaje que les traería de parte del Rey de reyes.

[343] El viernes almorzó con Eduardo G. Olsen y su esposa Elizabeth. Olsen, el hermano menor de O. A. Olsen, estaba en Copenhague desde el mes de octubre. Bajo su ministerio, la iglesia había crecido hasta alcanzar más de 50 miembros. El matrimonio Olsen acababa de tener, hacía una semana, a su primer hijo. Ante la presencia de visitantes tan importantes, Elizabeth no quiso que la tomaran por perezosa, así que se levantó y comenzó a trabajar mucho antes de lo que se acostumbraba a hacerlo en aquel tiempo. Elena G. de White apreció su cariñoso interés, pero se preocupó sinceramente por lo que consideró una “imprudencia”.

Visibles progresos en la Iglesia de Copenhague

La Sra. de White estaba encantada al ver tantas mejoras en la pequeña iglesia dinamarquesa. “¡Qué gran cambio se ha producido en Copenhague desde la primera vez que los visitamos!” exclamó. Luego recordó lo siguiente:

“Celebrábamos las reuniones en una pequeña sala húmeda... Luego nos trasladamos a un sótano. Encima había un salón de baile y estábamos rodeados por bares... Hace casi un año, el 17 de julio, volví a visitar Copenhague... Tuvimos un saloncito un poco mejor que el que encontramos en nuestra primera visita... Y había más del doble de personas que en aquella oportunidad, y algunas de la mejor calidad... Y ahora, el 4 de junio, vemos a mucha más gente que se unió a los observadores del sábado y nuestro corazón se alegró al contemplar a un grupo de creyentes respetables, nobles e intelligen-

tes, reunidos en la ciudad de Copenhague... Podemos exclamar, ciertamente: “¡Lo que Dios ha hecho!”—*Manuscrito 33, 1887*.

Y añadió, con la visión puesta en el futuro:

“Y en esta gran ciudad la obra puede progresar aún más si los obreros no se sienten superiores a la sencilla tarea que deben realizar, y si se mantienen humildes, santos y dependientes de Dios”.—*Ibid.*

El cruce a noruega por barco

Después de pasar una semana en Copenhague, Elena G. de White tomó el vapor Melchior que iba a Moss, Noruega. El viaje comenzó suavemente, pero alrededor de las tres de la tarde el océano se puso muy turbulento. Tal como acostumbraba a hacerlo en momentos como ése, ella pasó las horas en comunión con Dios. [344]

“Esta fue una de las noches más preciosas de mi vida. Disfruté de la dulce comunión con Dios y me parecía que su presencia y la de sus ángeles estaban en mi camarote... No pude dormir, debido a la fiebre y el dolor, pero mi alma estaba llena de pensamientos acerca de la misericordia de Dios y sus preciosas promesas... Puedo decir con todo el corazón y el alma: ‘Amo a Jesús. Amo a mi Padre celestial’. Sentí que estaba respirando la atmósfera del cielo.

“Elevé fervientes oraciones rogando que no me contentara con relámpagos momentáneos de luz celestial, sino que pudiera recibir constantemente la iluminación espiritual”.—*Ibid.*

Debido a que Dios fue para ella una fuente de luz y de fortaleza, que jamás había fallado en momentos de aflicción, ella sabía cómo animar a otros que caminaban en las sombras.

El Melchior atracó en Horten, al otro lado del fiordo de Moss, y los viajeros tuvieron que esperar una hora para trasbordar a un

barco más pequeño. Finalmente llegó el barco, con S. N. Haskell y Guillermo Ings a bordo para escoltarlos de regreso a Moss. El jueves al mediodía llegaron a destino.

El congreso se celebra en una isla

[345] La ciudad de Moss estaba situada a unos 70 km al sur de Cristianía, y contaba con unos 8.000 habitantes en aquella época. O. A. Olsen había realizado allí algunas reuniones en una carpa en el mes de octubre y logró organizar un grupo de unos 30 miembros. Esta ciudad había sido elegida ahora como la sede del primer congreso adventista en Europa y del quinto concilio europeo que se realizó en la misma oportunidad.

Las reuniones se iban a celebrar al aire libre, entre los pinos de Bellevue Grove en la Isla de Jel^{*}, que originalmente había sido una península de unos 8 km de largo por 6 y medio de ancho. Para alojar a Elena G. de White y a los pastores visitantes, se alquiló una casa ubicada en un terreno elevado que tenía vista al mar y a la ciudad.

Cuando la Sra. de White se levantó a las cuatro de la mañana siguiente para escribir, el sol ya brillaba en todo su esplendor. Los creyentes comenzaron a llegar de toda Escandinavia, y mientras todos se dedicaban activamente, ese viernes de mañana, a instalarse en las carpas levantadas para las familias, o a examinar las publicaciones que se exponían; la Sra. de White, acompañada por Jenny de Ings y la Sra. de Olsen, tomaron un coche hacia la ciudad.

El sábado de mañana habló durante la escuela sabática en la carpa principal, que medía 18 m x 24 m.

El congreso atrajo mucha atención, y el domingo un periodista del *Morgenposten* de Cristianía llegó al lugar de las reuniones. Aunque los periódicos de Cristianía publicaban los artículos escritos por el ministro luterano de Moss, atacando a los adventistas, el reportero que visitó el lugar del congreso quedó favorablemente impresionado. Escribió lo siguiente:

“Hasta donde sabemos, éste es el primer congreso celebrado en Europa al aire libre, pero en Norteamérica

* En la actualidad existe un atractivo sanatorio en Jeloy (Isla de Jel), en Moss, que pertenece a la iglesia adventista y que cuenta con una buena cantidad de pacientes.

estas reuniones son muy comunes, y en Míchigan, donde los adventistas son muy numerosos, se reúnen entre 2.000 y 3.000 personas en esas ocasiones. Alquilan los terrenos, abren calles y asignan a cada persona un lugar en las carpas. Tienen un guía para las carpas, lo cual permite encontrar fácilmente a las personas. A pesar de ser un sitio

[346]

temporario, está perfectamente organizado. Tenemos la impresión de que los ocupantes de estas carpas deben ser personas económicamente acomodadas”.

El artículo continuaba con un brillante informe de la obra adventista, no sólo en Escandinavia sino también en otras partes del mundo.*

Pero aun antes de que este amable artículo apareciera en el periódico, la Sra. de White se dio cuenta de que el congreso estaba alcanzando un éxito notable. Es probable que ella haya notado la presencia del periodista en los terrenos del congreso, porque con optimismo observó que las noticias de la reunión llegarían a toda Escandinavia. En su diario escribió lo siguiente:

“Muchos acudieron a estas reuniones con gran temor y temblor. Pensaron que debía ser muy arriesgado vivir en carpas, pero cuando vieron los preparativos... no tuvieron nada que temer... El temor y el espanto por las reuniones al aire libre han sido eliminados y el camino está abierto para realizar otras concentraciones similares en estas regiones”.—**Manuscrito 34, 1887.**

El quinto concilio europeo anual

El martes 14 de junio, después que algunos miembros de iglesia regresaron a sus hogares, comenzó el Quinto Concilio Europeo.

* La obra evangélica adventista comenzó en Australia en 1855, con la llegada de S. N. Haskell, J. O. Corliss. M. C. Israel y Guillermo E. Arnold de los Estados Unidos. En el año 1887 vemos a D. A. Robinson, C. I. Boyd y otros, Iniciando la obra en Africa. A los pocos años se comenzó a construir el Pitcairn, primer barco misionero adventista que llevó el mensaje del advenimiento a las islas del Pacífico Sur.

[347]

La Sra. de White estuvo presente en la sesión inaugural y escuchó con emoción al pastor Matteson, quien se refirió a dos escuelas de colportaje que habían funcionado con gran éxito el año anterior. En Estocolmo asistieron 20 personas, algunas de las cuales apenas sabían leer o escribir al comienzo. Después de tres meses de instrucción cuidadosa fueron enviados a las ciudades y pueblos. El monto de sus ventas fue alentador. Y algunos disfrutaron de un triunfo adicional: Podían escribir cartas legibles al director de colportaje, informándole acerca de sus actividades.

El Hno. J. Laubhan, que representó a Rusia en el concilio, informó que en el sur de ese país había 150 observadores del sábado. Evidentemente, Elena G. de White no podía permanecer silenciosa entre tantos informes alentadores. Se levantó para dar su propio testimonio de gratitud a Dios, que la había fortalecido para poder predicar en diversos lugares desde que partió de Basilea. “Mi corazón se quebrantó ante el Señor porque me concedió su fuerza y su presencia”, comentó.

A la mañana siguiente hasta la misma naturaleza parecía alegre. “Dios nos ha favorecido con una mañana brillante y hermosa”, escribió la Sra. de White: “Los pájaros gorjean sus cantos de alabanza al Creador y nuestros corazones están llenos de alabanza y amor a Dios”.—*Ibid.*

El viernes 17 de junio, al concluir el breve concilio de cuatro días, Guillermo C. White tuvo la fuerte impresión de que había sido un éxito. Declaró que había sido “la reunión más armoniosa y provechosa” que él había presenciado.

[348]

Entre los acuerdos tomados en ese concilio se contaban los siguientes: Cada misión aceptó abrir una escuela de colportaje durante tres meses al año, para preparar colportores. Se designaron comisiones encargadas de seleccionar nuevos libros para publicarlos, e incluso traducirlos, si fuese necesario. Como el mensaje debía llegar a todas las clases sociales, se acordó también que sería “sumamente conveniente” animar a ciertas personas idóneas para que asistieran a las “mejores instituciones de enseñanza, a fin de familiarizarse con las teorías de los que se oponen a la verdad y actuar como misioneros”. Junto con esta recomendación, se animó a E. G. Olsen a estudiar en Copenhague. También se le pidió que ampliara sus conocimientos de idiomas.

El concilio resolvió comenzar una misión en la ciudad de Hamburgo, Alemania, a la mayor brevedad, lo que eventualmente convirtió a Hamburgo en un importante centro de la obra adventista.

Finalmente, los dirigentes noruegos aprovecharon la ocasión para organizar en su país una asociación con cuatro iglesias: Cristianía, con 144 miembros; Larvik, con 21; Drammen, con 21; Moss, con 18; además de otros 40 creyentes dispersos en diferentes lugares. Era una asociación pequeña, pero bastaba para comenzar. Hoy la feligresía se ha cuadruplicado en Noruega.

Ese viernes, al concluir el concilio, la Sra. de White visitó al Sr. Erikson, propietario de los terrenos donde se levantaron las carpas, y al día siguiente, sábado, se encontró con la propietaria de la casa donde se había hospedado. Después de una agradable entrevista, le obsequió un ejemplar de su libro *La Vida de Cristo*, en noruego.

Se establecen contactos con Carl Ottosen

Un joven estudiante de medicina de Copenhague llamado Carl Ottosen, atrajo particularmente la atención de la Sra. de White. Ella percibió el calibre y el potencial de este consagrado joven y en diversas entrevistas le dio valiosos consejos y orientación. “Es un joven prometedor”, escribió en su diario, “y ha decidido entregarse a la obra del Señor”. Aunque sus progenitores no eran adventistas, el padre lo ayudaba económicamente para que estudiara. Pocos años después fundó fuera de Copenhague el Sanatorio Skodsborg, una de las instituciones adventistas más importantes en la Europa de hoy.

¡Qué diversidad de tareas le confió el Señor a Elena G. de White! Predicó en carpas y salones mensajes de contenido evangélico para el público; sermones pastorales para los miembros de la iglesia; compartió con sus compañeros de trabajo sus ricas experiencias como pionera; dio consejos en las reuniones administrativas; publicó orientación espiritual en libros y artículos, además de incluirla también en las cartas que escribió. En estas importantes reuniones celebradas en Noruega tuvo oportunidad de poner en práctica todas las facetas de su trabajo.

Pero su obra en Moss todavía no había concluido. El sábado 18 de junio ella y la señora Ings salieron a caminar al bosque. En un lugar tranquilo tendieron una manta de pieles sobre el césped,

y la Sra. de White se sentó para escribir una carta de diez páginas, aconsejando y animando a los pastores D. A. Robinson y C. L. Boyd, que estuvieron presentes en las reuniones de Moss, y que debían salir a trabajar al Africa. Esa carta que abundaba en palabras de ánimo y consejos prácticos fue publicada en el libro *El Evangelismo*.

Finalmente, el domingo 19 de junio, la Sra. de White partió de Moss hacia Cristianía. La acompañaban Guillermo C. White y los pastores Conradi, Whitney y Haskell. El último se dirigía a Inglaterra y los demás a Alemania. Los esposos Ings y O. A. Olsen se quedarían dos días junto a Elena G. de White en Cristianía, y el miércoles 22 de junio todos seguirían viaje a Estocolmo, donde Matteson debía dirigir una serie de reuniones públicas en carpa.

Las primeras reuniones en carpa celebradas en Suecia

La Sra. de White permaneció casi una semana en Estocolmo, durante la cual se alojó en el departamento que alquilaba la familia Matteson en la calle Upplandsgatan 52. El primer día alquiló un coche para recorrer la ciudad durante dos horas. Esa misma noche comenzaron las reuniones y al día siguiente, viernes, tuvieron un programa muy completo que incluía cuatro reuniones.

[350] Esta fue la primera serie de reuniones adventistas de evangelización en carpa que se realizaron en Suecia, y todos estaban ansiosos por conocer los resultados. El viernes era feriado; se celebraba el solsticio de verano, y había buena asistencia. Cuando Elena G. de White comenzó a hablar, a las cinco de la tarde, todos los asientos estaban ocupados y había una sólida muralla formada por personas de pie que rodeaban el interior de la carpa. Aun en la plataforma se apretujaba la gente. Ella no había podido dormir la noche anterior por el estallido de los fuegos artificiales y la ruidosa celebración de la festividad, pero la emoción producida por el éxito de la reunión le hizo olvidar el cansancio.

Todos los días compartió la responsabilidad de la predicación con los pastores Olsen, Matteson e Ings, y el lunes, al concluir su estada en Estocolmo, escribió:

“Ayer, domingo, se calcula que unas mil personas escucharon con profundo interés dentro y fuera de la

carpa. El pastor Matteson y el hermano Olsen están tan contentos por las reuniones que no saben cómo expresar su gratitud a Dios. La verdad y la obra crecerán más que nunca en Suecia”.—*The Signs of the Times*, 28 de julio de 1887.

La despedida

Finalmente llegó la hora de despedirse. El lunes 27 de julio por la mañana, la Sra. de White predicó en la pequeña iglesia de Estocolmo, y al terminar cada uno de los presentes la saludó con un cálido apretón de manos. Las mujeres se mostraron especialmente amigables y cariñosas. Pero las despedidas no habían concluido. En el departamento del pastor Matteson la esperaban todos los colportores y obreros.

“Cada uno expresó en pocas palabras su aprecio por las reuniones. Todos habían leído los libros de la Hna. White y tenían grandes deseos de verla. Cuando escucharon su testimonio aceptaron el mensaje que habían recibido y fueron muy bendecidos por el Señor”.—*Manuscrito 35*, 1887.

[351]

Emocionada, la Sra. de White respondió con un breve discurso que fue traducido por el pastor Matteson.

Después de un último adiós en la estación, la Sra. de White abandonó Suecia definitivamente. Al día siguiente se detuvo por poco tiempo en Copenhague, donde visitó la casa de E. G. Olsen, ubicada en la calle Rorholmsgade 12. Allí volvió a ver a Carl Ottosen, y habló más extensamente con él acerca de sus planes.

Durante el Concilio Europeo celebrado en Moss, se había acordado que O. A. Olsen debía regresar a Norteamérica lo antes posible para asistir a algunos congresos, incluyendo el de la Asociación General. Él decidió partir la primera semana de agosto, y Elena G. de White resolvió viajar en el mismo barco.

Ella se dirigió entonces a Inglaterra, donde pasaría el último mes de su permanencia en Europa. Pasó por Kiel, en Alemania, y siguió hasta Hamburgo. Desde allí atravesó Alemania rumbo al

oeste y recorrió parte de Holanda* antes de tomar el barco Princesa Elizabeth para cruzar el canal.

[352] Las últimas semanas de su estada en Europa las pasó en Inglaterra, tal como lo había hecho al comenzar su gira, dos años antes.*

*Elena G. de White no celebró reuniones en Holanda. L. R. Conradi visitó este país en 1887, y fue el primer ministro adventista que penetró en esta seductora tierra, una de las más pobladas del planeta. Al año siguiente, se publicó el primer periódico holandés en los Estados Unidos (**De Bijbellezer—The Bible Reader**).

“En 1889 Conradi visitó Holanda con Peter Wessels, de Sudáfrica. En Winschoten conocieron a la familia Potze y le dieron a conocer el mensaje adventista. La Sra. Potze aceptó la fe adventista.

“En 1893 R. G. Klingbeil comenzó a predicar y a vender libros a los marineros del puerto de Rotterdam. Dos años más tarde se realizó en Rotterdam el primer bautismo de seis conversos... El 15 de abril de 1898, se organizó la primera iglesia adventista... En 1912 había 250 holandeses adventistas. El 7 de julio de 1919 el gobierno reconoció a la iglesia como una sociedad religiosa”. *SDA Enciclopedia*, 844.

* 12—E.G.W. en E.

La última escala del viaje

Un mes muy activo en Inglaterra

La Señora de White se quedó en Inglaterra durante su último mes en Europa. Comenzó esta etapa con un fin de semana prolongado en Kettering. Esta ciudad, situada a unos 80 km al este de Birmingham, está dentro de la zona industrial de Midlands y en la actualidad es un centro de manufactura del calzado.

“Caminamos e hicimos algunas compras en el gran mercado de la ciudad—escribió poco después de su llegada. Y añadió—: Compramos zapatos”.—**Manuscrito 36, 1887.**

También sus pies espirituales estaban calzados “con el apresto del evangelio de la paz”. **Efesios 6:15.** Antes del alba, el sábado 2 de julio, ya estaba levantada escribiendo. Con las palabras siguientes expresó su preocupación por las almas de Inglaterra:

“Siento una profunda necesidad de que Dios me conceda una ayuda especial, en la ganancia de almas para Jesucristo. ‘Sin mí—dice Jesús—, nada podéis hacer’. ¡Cuán débiles somos con nuestras fuerzas finitas! Deseamos trabajar para el Maestro. Quiero agradar a Jesús, quien me amó y murió por mí. Mi alma siente un inexpresable anhelo de la dulce y permanente paz de Cristo. Quiero tener a Jesús continuamente en mis pensamientos”.—**Ibid.**

Más adelante prosiguió:

“A las diez de la mañana del sábado llegó el coche para llevarnos al lugar de la reunión. Es un salón bastante grande. Tiene paredes de hierro y el calor del sol sobre él lo hacía asemejar a un horno. Había unas 50 personas reunidas. Mi predicación se basó en **Hebreos**

[353]

12:1-4. A pesar del intenso calor el Señor me dio mucha libertad para hablar. A las 12 el coche estaba en la puerta y regresamos a casa con un profundo y ferviente anhelo en el corazón por esa querida gente a la cual le hablamos. Sabíamos que muchos tenían que convertirse plenamente, pues de lo contrario no podrían mantener la verdad o resistir la tentación.

“A las tres de la tarde volví a hablar a la iglesia de Kettering, acerca de **Mateo 22:11-14**. Era un tema sumamente solemne y el Señor impresionó mi corazón con el pensamiento de la terrible suerte que correrán aquellos que, cuando venga Jesús para examinar a sus huéspedes, no estén vestidos con el traje de bodas.

“Creo que muchos quedaron impresionados. Al concluir la predicación hubo una reunión social y se dieron muchos testimonios, pero yo sentí que las almas estaban en peligro. Algunos de los presentes no habían hecho su decisión, y yo insté a las personas que no estaban plenamente del lado del Señor, a que tomaran decisiones ese día, que rompieran las poderosas cadenas de Satanás y se entregaran completamente al Señor”.—**Ibid.**

Los resultados fueron muy satisfactorios, y un matrimonio joven se adelantó. El esposo, un constructor, era un hombre intemperante que a menudo se embriagaba, a veces durante varios días.

“Ambos dieron su testimonio, y con mucha sencillez y sentimiento expresaron su determinación, y debemos dejarlos en las manos de Dios para que él

[354]

los dirija y los guíe. El lo hará si ellos se someten a él como a un fiel Creador. ¡Oh, qué terrible maldición es la intemperancia!”—**Ibid.**

La Sra. de White llegó a Kettering el miércoles 29 de junio por la noche, y se quedó en casa de J. H. Durland en Hawthorne Road.

Al día siguiente, su hijo Guillermo se reunió con ella. Además de las dos predicaciones del sábado, habló ante la iglesia una vez el domingo, en una sala que el pastor había alquilado para las reuniones de la iglesia.

El lunes 3 de julio, Elena G. de White y sus compañeros de viaje partieron para Londres, y se alojaron durante los cuatro días que duró su visita en el Hotel Tranter's Temperance, ubicado en Bridgewater Square, Barbican Street. Allí pudo disponer finalmente de unos pocos días de tranquilidad, que empleó para leer con Guillermo los capítulos que acababa de escribir de *El Conflicto de los Siglos*.

Siempre interesada en las actividades de la iglesia que había ayudado a fundar, hizo un viaje a Holloway para visitar el Almacén Internacional del Libro de la calle Holloway 451. Y también tuvo tiempo para llamar “a la casa donde vivían nuestras hermanas que daban estudios bíblicos y procuraban llegar a las clases más elevadas. Las encontramos bien ubicadas”.—*Ibid.*

Elena G. de White y la obra en las cárceles

Mientras estuvo en Holloway, visitó a la familia Marsh. Hacía muchos años que la Hna. Marsh guardaba el sábado. Su esposo era guardián en una prisión*, y la familia vivía al lado del enorme y hostil edificio. “Era realmente triste—observó la Sra. de White apenada—ver a un gran número de prisioneros que efectuaban su media hora de ejercicios entre los tristes muros de la prisión, controlados por guardias a cada paso”.—*Ibid.*

[355]

Mientras estaba en Salem, Oregon, en junio de 1878, fue invitada para predicar cierta vez en una cárcel.

“Yo esperaba ver a un grupo de hombres de aspecto repulsivo, pero felizmente estaba equivocada; muchos de ellos parecían inteligentes y algunos daban la impresión de ser personas capaces. Estaban vestidos con el uniforme de la prisión, ordinario pero limpio, bien peinados y con las botas lustradas. Al observar las variadas fisonomías que tenía delante, pensé: ‘A cada uno

* La Cárcel de Holloway es muy conocida en la actualidad como establecimiento de reclusión para mujeres.

de estos hombres le han sido confiados ciertos dones o talentos específicos, para que los usaran para glorificar a Dios y beneficiar al mundo...’

“Cité las palabras de Juan: ‘Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es’. **1 Juan 3:1, 2.**

“Exalté ante ellos el sacrificio infinito hecho por el Padre al dar a su amado Hijo en beneficio de los hombres caídos para que ellos pudieran ser transformados por medio de la obediencia, y llegaran a ser reconocidos como hijos de Dios”.—**Life Sketches of Ellen G. White, 233, 234.**

El ejemplo que dio la Sra. de White en lo que respecta a la obra social como una cuña de entrada para llegar al corazón humano, es muy conocido. Lo que no siempre se comprende es que esa obra en favor de los presos, las viudas, los huérfanos, etc., formaba tanta parte del ministerio que le había sido encomendado como la recepción y la comunicación de la luz y la verdad.—Véase **Mensajes Selectos 1:33, 34.**

[356]

La despedida a los misioneros

Esa noche se realizó la despedida a los obreros que habían pasado brevemente por Europa y estaban a punto de partir para Africa: los pastores C. L. Boyd y D. A. Robinson.* Es muy probable que en esa ocasión la Sra. de White haya entregado a ambos hombres la carta referente a la conducción de la obra en territorios misioneros, que

*La permanencia del pastor Robinson en Africa fue bastante breve. Al año siguiente regresó a Inglaterra, donde trabajó hasta 1895. Luego partió para la India. En el año 1900 falleció víctima de la viruela. El pastor Boyd trabajó en Africa hasta 1891, cuando regresó a los Estados Unidos para asumir la presidencia de la Asociación del Río Tennessee. En ese estado permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1898.

había escrito durante el congreso de Moss, porque ella menciona que hubo “una franca conversación acerca de la manera como debían comenzar el trabajo y llevarlo adelante en su nuevo territorio”.—

Manuscrito 36, 1887.

Al día siguiente, en el puerto, tuvo lugar otra emotiva despedida. “No pudimos retener las lágrimas al conversar con ellos, ya que no sabíamos si alguna vez volveríamos a vernos en esta vida, e ignorábamos qué cosas les aguardaban al establecerse en su lejano nuevo campo de labor. Regresé del barco con muchas impresiones tristes”.—**Ibid.**

De Londres a Southampton

De Londres la Sra. de White siguió viaje a Southampton acompañada por el pastor Ings y su esposa. Llegó el jueves 7 de julio y cenó con la Hna. S. Phipson en la Calle Shirley 130. La Sra. Phipson era el agente local de publicaciones adventistas en Southampton. La Sra. de White habló varias veces a la iglesia. El domingo realizó un agradable paseo a la isla de Wight. Allí, con la Sra Phipson y los esposos Ings, visitó al Hno. Sargent, un capitán de barco que observaba el sábado desde hacía cinco años. “La Isla de Wight es un hermoso lugar”, declaró. Y desde allí se veían las aguas donde navegaban muchísimos barcos que salían hacia el mar abierto o regresaban.

[357]

Ese mismo día el Sr. Sargent los llevó en un bote de remos al otro lado de la bahía, para hacer una visita a sus hijos. Y antes de abandonar ese bellissimo, antiguo y tranquilo lugar, Elena G. de White aprovechó la oportunidad para visitar la Casa Osborne, la residencia de la reina, y la capillita contigua.

“Vimos el sillón que ella ocupa, rodeada por su familia, en una alcoba donde la congregación no la pueda observar, no sólo por razones de seguridad, sino para evitar que todos los ojos se sientan atraídos hacia ella. Esta iglesia reúne a la nobleza y al séquito real”.—**Ibid.**

El último tema de su diario

Con la visita a la isla de Wight concluye el último de los diarios que la Sra. de White escribió mientras estuvo en Europa. A continuación sólo se halla la información a grandes rasgos de las últimas tres semanas que pasó en Inglaterra. Pero el 14 de julio se encontraba en Wellingborough, una pequeña ciudad del área de Midland, cerca de Kettering. Allí predicó sobre el tema “Un pueblo peculiar”. En resumen, dijo lo siguiente:

“La semana pasada hubo gran excitación en Londres. Estaba por llegar la reina. Todos querían ver a la soberana. Pero hay una venida más importante que la de la reina. ‘La gloriosa aparición del gran Dios y Salvador Jesucristo’. ¿No nos entusiasma este tema? Jesús levantará a los muertos de sus tumbas, y serán arrebatados para recibir al Señor en el aire. Entrarán en la ciudad de Dios. Verán las puertas abiertas de par en par para recibirlos, y comerán del árbol de la vida. Allí hay ángeles que nunca cayeron. Los santos de todos los siglos estarán allí, y recibirán el reino y les pertenecerá...

[358]

¿No es motivo suficiente para alegrar nuestros corazones?”—*Manuscrito 25, 1887.*

La semana siguiente visitó Grimsby, donde volvió a ocuparse en hacer compras. Adquirió franela y otras telas para preparar ropa para su familia. También escribió varias cartas a uno de los obreros jóvenes de Basilea, que tomaba bebidas alcohólicas y fumaba. Era un excelente traductor al alemán, pero estaba a punto de perder su trabajo debido a sus malos hábitos. Como resultado de leer con oración los testimonios bastante explícitos que le mandó Elena G. de White, él confesó sus errores. Cuando ella partió para los Estados Unidos los informes indicaban que había sufrido una transformación genuina en su vida y en sus hábitos.

El martes 2 de agosto encontramos a Elena G. de White en Birkenhead, predicando su último sermón en Europa. Pasó una tarde muy activa recibiendo a los visitantes que habían venido a darle el

último adiós en su casa de la calle George Drew 12, en Woodlands, Clifton Park.

El testimonio que presentó centenares de veces durante su permanencia en Europa se resume en el último mensaje que dirigió a los creyentes de Moss, Noruega. Es el siguiente:

“Debemos realizar nuestro viaje por el mundo como peregrinos y extranjeros, aferrándonos por medio de una fe viva a la cruz del Calvario. La bendición de Dios descansará sobre cada alma que se consagre plenamente a él. Cuando busquemos a Dios con todo el corazón, lo hallaremos. Dios se interesa profundamente por nosotros, y quiere que hagamos una obra completa para la eternidad. Ha derramado todo el cielo en un don, y no hay ninguna razón para que dudemos de su amor. Mirad al Calvario. Cristo murió por vosotros, y ¿qué mayor evidencia del amor de Dios podéis pedir que la que ha sido dada en la vida, la muerte y la intercesión de Jesús?

[359]

“Dios os pide que le entreguéis el corazón. Vuestras facultades, vuestros talentos, vuestros afectos, todo debéis rendírselo a él, para que pueda obrar en vosotros el querer y el hacer por su buena voluntad, y os hagáis idóneos para la vida eterna. Aceptad la invitación que Cristo os ofrece: ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga’. *Mateo 11:28-30*. ¡Oh, esforcémonos por alcanzar la meta del premio de nuestra elevada vocación en Cristo Jesús! ¿Puede Dios hacer más de lo que ha hecho? Vaciamos nuestras almas de toda enemistad, de toda insensatez y relacionémonos con Jesús por medio de una fe viva. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Cristo perdonará vuestras transgresiones, y os recibirá misericordiosamente”.—*The Review and Herald*, 5 de mayo de 1891.

[360]

El regreso

A bordo del ciudad de Roma

Londres... Southampton... Wellingborough... Kettering... Grimsby... Birkenhead... Liverpool. Todas estas ciudades de la antigua Inglaterra, fueron las últimas que visitó Elena G. de White antes de abordar el vapor Ciudad de Roma, en Liverpool, el 3 de agosto. ¡Al fin estaban de regreso! Esos nombres quedarían ligados a su memoria mientras viviera.

A las once de la mañana llegaron a Liverpool. Allí se encontró con su nuera, María K. White y sus dos nietas, Ella y la pequeña Mabel, a las cuales hacía varios meses que no veía. Guillermo C. White quedó en Basilea para terminar algunos trabajos de último momento “que le exigieron especial atención”.—*The Review and Herald*, 5 de mayo de 1891.

[361] En casa del Hno. Drew, en Liverpool, la Hna. White disfrutó de algunas horas muy agradables. Allí conoció a un hermano que había sido pastor de otra iglesia y había aceptado recientemente el sábado. Su apellido era Smith. “El ha sido ministro de la Iglesia Estatal y fue separado de ella por haber aceptado la doctrina de la inmortalidad del alma sólo a través de Cristo, de acuerdo con la Palabra de Dios”.—*Ibid.* Ella se alegró al ver avanzar en la luz a este honesto cristiano, e hizo lo que pudo por animarlo.

Sus extensos consejos acerca de la necesidad de alcanzar a los “ministros de otras iglesias” son sabios y sensatos:

“Tenemos una obra que hacer en favor de los ministros de otras iglesias. Dios desea que sean salvos. Ellos, al igual que nosotros, sólo pueden alcanzar la inmortalidad por medio de la fe y la obediencia. Debemos trabajar fervientemente por ellos a fin de que la obtengan. Dios quiere que participen en su obra especial para este tiempo. Desea que se encuentren entre los que dan alimento oportunamente a los de su casa. ¿Por qué no

van a participar ellos también de esta obra?”—**Testimonies for the Church 6:77, 78.**

En el puerto de Liverpool

Había llegado la hora de embarcarse. El Ciudad de Roma llevaría a los viajeros* de regreso al hogar sin contratiempos. Dos años atrás ella contemplaba la posibilidad de emprender la aventura por Europa con algo de duda e inseguridad. Antes de partir para el Viejo Mundo, Dios le había revelado en una visión ciertas situaciones existentes entre los obreros y las incipientes instituciones europeas.

Pero ahora, todo eso formaba parte del pasado. Sus pensamientos al partir de Liverpool ya no eran expectantes sino más bien reflexivos.

Los progresos que se habían realizado en los ocho países que visitó, al trabajo sacrificado y abnegado de los obreros europeos y norteamericanos, y la buena disposición de los creyentes para escuchar y practicar los consejos del espíritu de profecía, produjeron gozo en su corazón y alabanza en sus labios. [362]

Sus reflexiones acerca de la obra en Europa están bien expresadas en un artículo que apareció en la *Review* cuatro meses después que regresó a su país. “Después de permanecer dos años en Europa, no vemos motivos de que existan otros desánimos acerca del estado de la causa allí, que los que tuvimos cuando comenzó la obra en los distintos campos de Norteamérica”.—**The Review and Herald, 6 de diciembre de 1887.**

Ahora podía hablar por experiencia. Los dos años que pasó en Europa realizando visitas y predicaciones, dando enseñanza y consejos y observando lo que la rodeaba, la calificaron para presentar a los hermanos norteamericanos un informe fidedigno y positivo. Después de haber contribuido como pionera en la difusión del mensaje en los Estados Unidos, pudo participar en el desarrollo de las primeras iglesias e instituciones de Europa.

*María de White y las dos niñas compartieron un camarote con la Sra. de White. D. T. Bourdeau y su hijo Agustín también estaban a bordo. Además iban como pasajeros un profesor llamado Kunz y O. A. Olsen y su hijo. Olsen se dirigía al congreso de la Asociación General.

La condición de las tres misiones europeas

En el mismo artículo publicado en la *Review*, la Sra. de White, refiriéndose a las tres misiones europeas, escribió lo siguiente:

“Una gran obra les ha sido confiada a los que presentan la verdad en Europa... La población que reside dentro de los límites de esta misión es cuatro veces mayor que la de los Estados Unidos. Se ha hecho una buena obra en estos países. Los que han recibido la verdad están diseminados como portaluces en casi todos los países. En Suiza tenemos casi 300 observadores del sábado. Hay grupos pequeños en Francia, Alemania e Italia, y doscientas almas en Rusia que obedecen la ley de Dios; hay, además, una iglesia de 40 miembros en el lejano oriente, casi en las fronteras de Asia. Se han echado los cimientos para levantar una iglesia en

[363]

Holanda. En Rumania y Córcega existe un puñadito de personas que tratan de guardar los mandamientos de Dios, y que esperan la llegada de su Hijo desde los cielos.

“¡Pero cuán poco se ha hecho en comparación con la gran obra que tenemos por delante!... Los obreros de esta misión se esfuerzan al máximo para satisfacer las necesidades de la causa. Pero hace falta dinero para mantener y extender la obra. Desde distintos países nos llega el siguiente llamado: ‘Enviadnos un ministro para predicar la verdad’. ¿Cómo responderemos a este llamado?

“Nuestra casa editora de Basilea necesita ayuda para llevar adelante su grande y buena obra de traducir a los diversos idiomas europeos y de publicar los libros basados en la verdad presente. En la venta de nuestros libros los colportores han alcanzado un éxito alentador. La luz llega así a la gente, mientras que el colportor—quien

en muchos casos ha sido despedido de su trabajo al aceptar la verdad—puede mantenerse económicamente, y las ventas representan una ayuda financiera para la oficina...

“Pero el trabajo de traducción y publicación es, necesariamente, difícil y costoso. Hay que proveer los fondos necesarios a la oficina.

“En la Misión Escandinava, frente a la pobreza y las grandes dificultades que se presentaron, muchos oyeron la amonestación y creyeron en ella. Hay 23 iglesias y casi 1.000 observadores del sábado en estos países. Nueve ministros y licenciados, y aproximadamente 30 colportores están ahora en el campo de trabajo. Esto se ha logrado sólo por medio de la abnegación y la más estricta economía. Hay gran necesidad de recibir ayuda económica para poder enviar obreros y publicaciones a estos pueblos del norte.

[364]

“La misión de Londres, esa gran ciudad de unos 5.000.000 de habitantes, debe ocupar un lugar en nuestros pensamientos, en nuestras oraciones y en nuestras ofrendas. Hay que hacer una gran obra allí, y apenas ha comenzado. Pensad en las muchas ciudades de Inglaterra... a pesar de que en todas se habla nuestro idioma, todavía no ha entrado en ellas la verdad”.—*Ibid.*

El mar se parece a un plácido lago

Las meditaciones de la Sra. de White mientras estaba a bordo eran una mezcla de sentimientos de regocijo por el crecimiento de la obra, por una parte, y de preocupación e inquietud acerca del futuro, por la otra. Se parecían al variable clima marítimo.

El 4 de agosto, al despertar, se sintió fuerte y bien. “Todo está bien esta mañana—escribió con alegría—. Pasé una hermosa noche. El agua está tan serena como la de un plácido lago. Si no fuera por el ruido de las máquinas y por un leve movimiento, no creería que

estamos en el barco”. **Carta 165, 1887**. Pero la calma fue seguida por una tormenta, se puso el cerrojo y se aseguró la portilla. Elena G. de White escribió posteriormente:

“Tuvimos una tormenta en el mar, pero no de las más violentas. Yo pasé el día en cubierta, sin cansarme de contemplar el balanceo de las olas, temibles en su belleza, resplandecientes como los cielos con sus variados reflejos, que se alzaban como impulsadas por una terrible ira. La visión fascinaba los sentidos. Las olas esparcían rocío como si fueran una catarata desbordante azotada furiosamente por los vientos inmisericordes. Hacían temblar el fuerte y sólido barco. Parecían ser víctimas de una pasión salvaje... Oímos gritos en cubierta y vimos a docenas de pasajeros que huían en todas las direcciones, porque las olas habían barrido completamente la

[365]

cubierta, empapándolos por completo”.—**Manuscrito 27, 1887**.

Este torbellino de viento y agua estimuló, naturalmente, la actividad de Elena G. de White. He aquí el relato en sus descriptivas palabras:

“Nos embargaban pensamientos solemnes. El sólido barco era apenas una mota en la inmensidad de las aguas. Los hombres que malgastan su vida en luchas vanas por obtener la felicidad, están representados por el mar en conflicto, que no tiene reposo. Observé los cambios y conflictos que atravesaban las aguas profundas en sus variados aspectos de luz y oscuridad, las plácidas aguas semejantes al mar de cristal, el ventarrón y la tormenta, y este orgulloso barco que se deslizaba sobre las olas agitadas por la tormenta.

“Los juegos de cartas, el baile y la alocada alegría que tenían lugar en el barco, en la mitad del océano,

parecían completamente fuera de lugar e inapropiados en esos momentos. Si las aguas no estuvieran sujetas dentro de los límites señalados por un milagro perpetuo del poder divino, destrozarían, a impulsos de la tormenta y la tempestad, con su vehemencia salvaje y tumultuosa, aun a los mejores barcos, lanzando la carga viviente en un sepulcro de agua. ¡Qué pensamiento, un barco solitario sobre las profundidades ilimitadas! Día tras día podemos contemplar el cielo que nos cubre y las aguas que nos rodean. No se observan señales; la mirada no logra descansar sobre nada que se esté quieto. ¿Llegaremos alguna vez a nuestros hogares o seremos tragados por las aguas de las grandes profundidades, como lo han sido antes millares de millares de personas? Dios, el Dios infinito, ¡cuán grande es su poder! ¿Tendremos temor de confiar en él?”—*Ibid.*

[366]

Finalmente, el 11 de agosto el Ciudad de Roma arribó a Nueva York. “Tuvimos... un viaje agradable”, fue el comentario lacónico de la Sra. de White. *Carta 50, 1887*. “Sin embargo—añadió con sobriedad—la misma noche que pisamos tierra firme tomamos otro barco” que los llevaría al lugar donde ella debía hacer su primera presentación en los Estados Unidos. Luego comenzó una serie ininterrumpida de reuniones al aire libre.

Estas intensas actividades la mantuvieron ocupada durante dos meses, hasta que finalmente llegó a su casa de Healdsburg, California, a mediados de octubre.

La influencia de Elena G. de White en la iglesia europea

L. H. Christian, que estuvo a cargo de la obra en Europa durante los años 1922-1928, y fue presidente de la división Noreuropea desde 1928 hasta 1936, escribió las siguientes palabras:

“El movimiento adventista en Europa jamás habría llegado a ser lo que fue, si no hubiera contado con la visita de ella. Durante muchos, muchos años, los miembros de nuestra iglesia y sus hijos en Inglaterra, Suiza,

Noruega, Dinamarca y Suecia, no se cansaban de hablar de la Sra. de White. Y en los años siguientes, cuando a veces algunos miembros desleales ridiculizaban y empujaban a la sierva de Dios y el don de profecía, nuestros hermanos decían: ‘Nosotros sabemos que no es así. La hemos oído hablar. Hemos visto su vida humilde, santa e inspiradora. Tenemos sus libros, que están de acuerdo con la Biblia, y aumentan nuestro amor por Jesús’.

“Cuando fui a Europa por primera vez en 1903, casi todo nuestro pueblo recordaba aún la visita de la Sra. de White, y les encantaba hablar de sus reuniones y experiencias, porque sentían que su estada allí los había ayudado muchísimo”.—*The Fruitage of Spiritual Gifts*, 161, 162.

[367]

En el año 1912, un pequeño grupo de adventistas noruegos se enteró, por medio de un hermano de la iglesia, que el 26 de noviembre Elena G. de White iba a cumplir 85 años. Se sentían muy ligados a los escritos de la sierva de Dios, y decidieron “celebrar” esa fecha de manera muy propia y singular. La carta que escribieron a Elena G. de White decía lo siguiente:

26 de noviembre de 1912

Sra. Elena G. de White

Sta. Elena, California

¡Querida Madre de Israel y Sierva del Señor!

Saludos de algunos observadores del sábado, del oeste de Noruega, que se han reunido para celebrar su 85 aniversario con una reunión de oración y agradecimiento.

Agradecemos al Señor por toda la luz que él ha dejado a través del espíritu de profecía, y oramos para que nos ayude a caminar en ella; y nuestra ferviente oración es que el Señor proteja y fortalezca a su anciana sierva, a quien él ha escogido para darnos toda esta maravillosa luz y orientación.

(Firmado)

Alma Anderson

John Johnsen

Augusta Johnsen

Arthur Johnsen

Ranghild Johnsen

Laura Hansen

Emma Fleischer

Elverhoi, Voss, Noruega

[368]

Una voz profética que habla al mundo

La Sra. de White ayudó a iniciar la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Norteamérica. Contribuyó a levantar la iglesia en Europa. Posteriormente fue también pionera en Australia (1891-1900). Y al concluir su activa vida, en 1915, pudo declarar acerca de su testimonio en favor de Cristo y de los setenta años de servicio en la causa que amó: “Hice lo mejor que pude”.